Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

ALCIDES D'ORBIGNY

EL HOMBRE AMERICANO

EDITORIAL FUTURO

ALCIDES D'ORBIGNY

El hombre Americano

EDITORIAL FUTURO

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

EL HOMBRE AMERICANO

por

ALCIDES D'ORBIGNY

Conocidas son la paciencia, la dedicación, la inteligencia, la habilidad desplegadas por el sabio francés Alcides Dessalines D'Orbigny para reunir en ocho años de permanencia en América —tras recorrer más de 900 leguas de Oeste a Este y 775 leguas de Norte a Sur— el caudal de datos y pruebas, de trabajos escritos y reflexiones que integran "El hombre americano considerado en sus aspectos fisiológicos y morales", resumen de varios años de condensación literaria y científica.

La EDITORIAL FUTURO, que editara por primera vez en castellano esta valiosa obra en 1944, vuelve a ponerla a disposición —después de dos lustros en que estuvo ausente de los anaqueles de las librerías— del vasto sector de estudiosos interesados en lo permanente de las investigaciones que contiene.

El hombre americano es un histórico concierto de disciplinas como la arqueología, la geología, la geografía, la zoología, la botánica, la lingüística y la etnografía, aplicadas analíticamente a cada una de las razas, ramas, naciones y tribus de los pobladores autóctonos de la América Meridional. Esta edición aparece enriquecida por la inserción del Atlas y de un índice alfabético de las materias que en este libro se tratan. El esfuerzo que supone enriquecer así obra tan fundamental para los estudios americanos, queda compensado con el apoyo que el público lector, estamos seguros, habrá de prestarle.

EDITORIAL FUTURO S. R. L.

GIBSON 4024 BUENOS AIRES

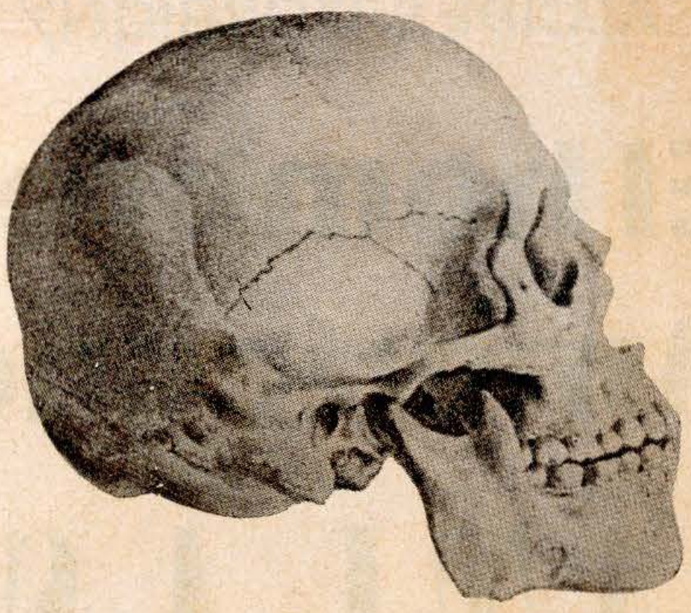
RECIFE-PE
R.DA MATRIZ.22
TEL:(081)222-4171
SALVADOR-BA
R.RUI BARBOSA.4-B
TEL:(071)243-5383
SÃO PAULO-SP
R.XAVIER DE
TOLEDO.234
TEL:(011)34-8492

ALCIDES D'ORBIGNY

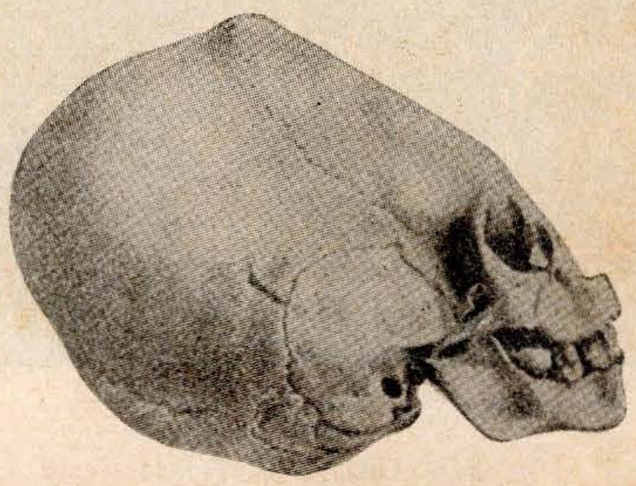
El hombre Americano

ATLAS

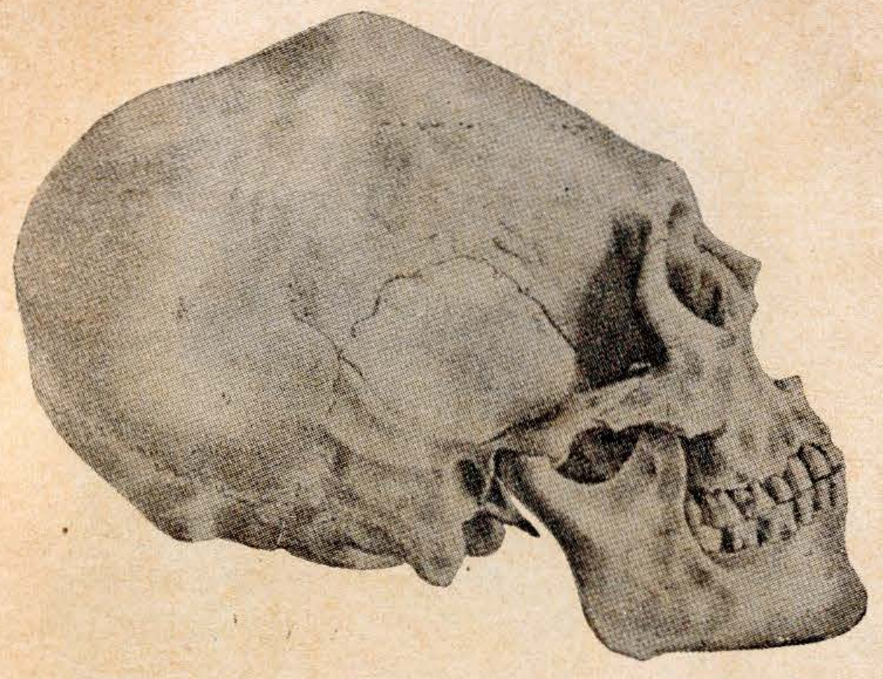
EDITORIAL FUTURO
BUENOS AIRES



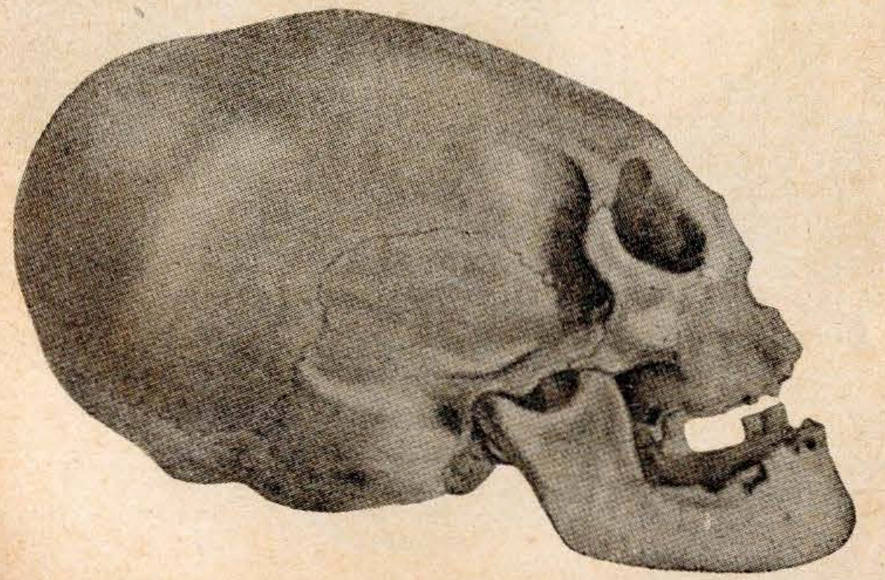
1. — Cabeza de un Puelche del Río Negro (Patagonia)



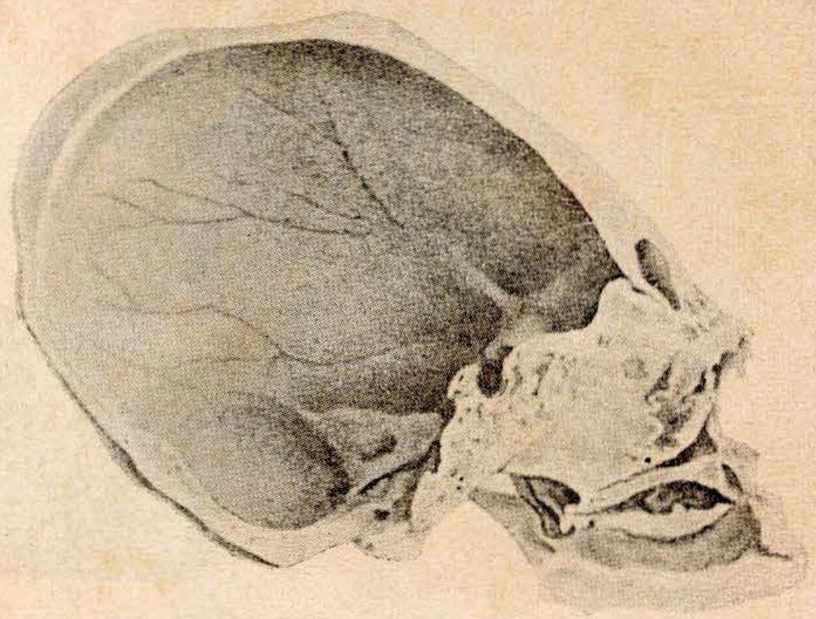
2. — Cabeza de un joven Aymará de la provincia de Carangas (Bolivia)

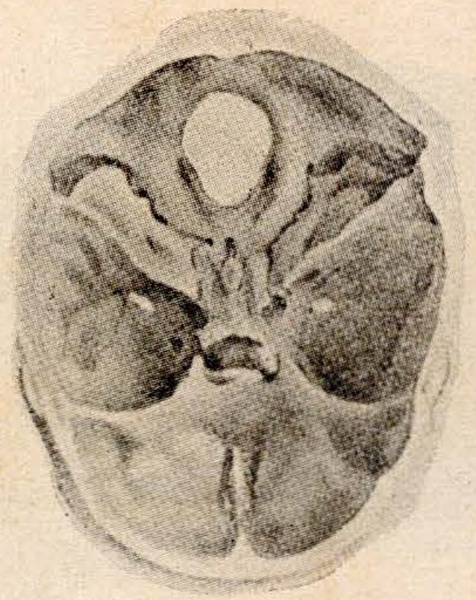


1. — Cabeza de un Aymará de la provincia de Muñecas

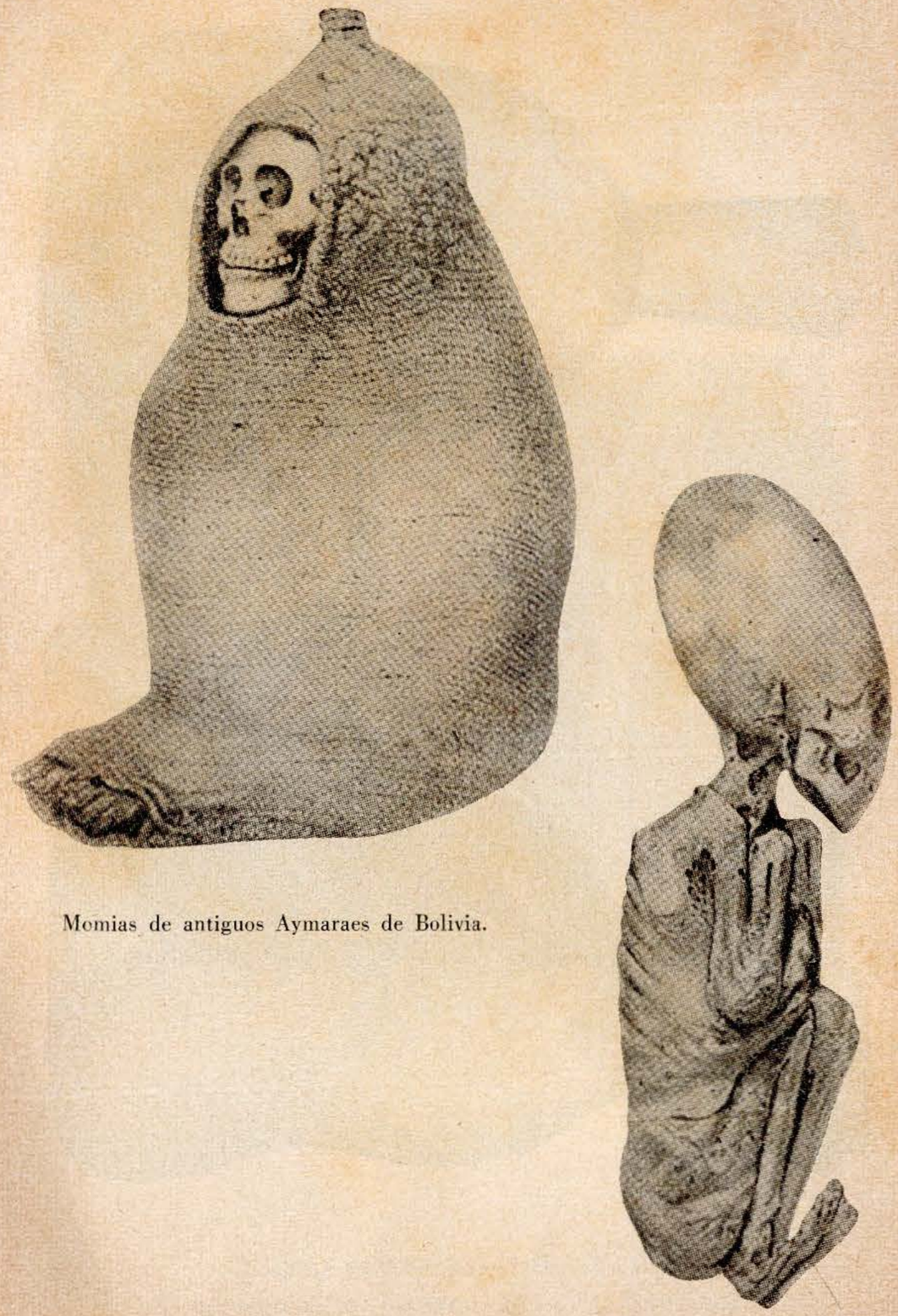


2. — Cabeza de un Aymará, de las orillas del lago Titicaca (Bolivia)

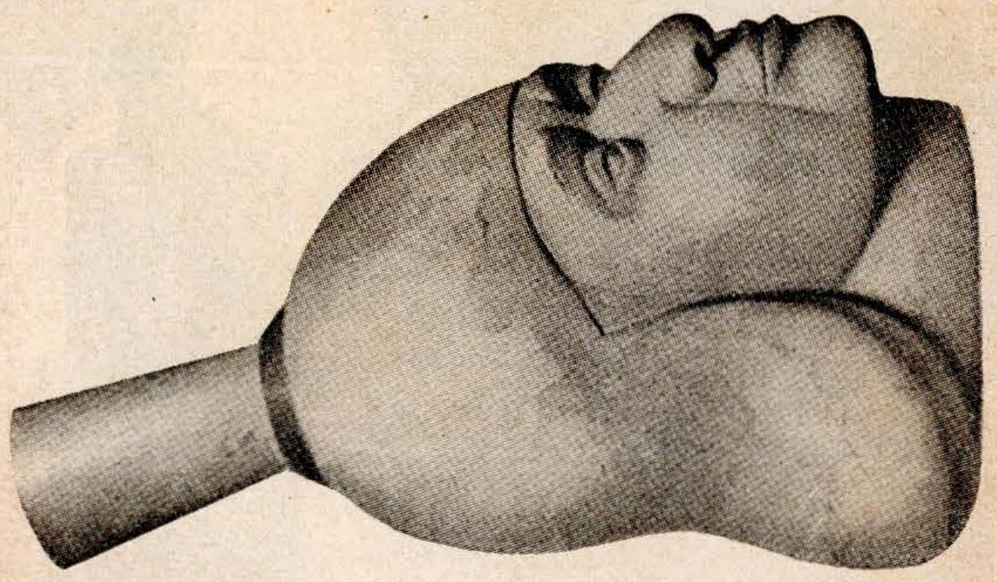




Cabeza de un Aymará de Tacna
(Costas del Perú)



Momias de antiguos Aymaraes de Bolivia.



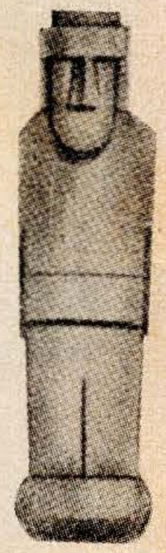
Vaso antiguo de los Quichuas de Bolivia

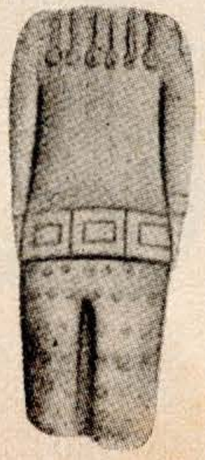
CABEZA DE UNA ESTATUA COLOSAL

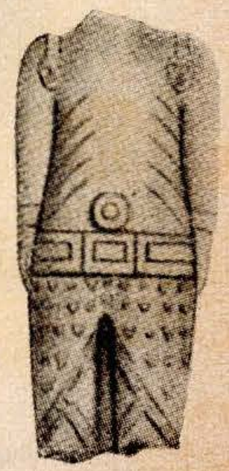
Ruinas aymaraes en Tiahuanaco, cerca de La Paz (Bolivia)

ANTIGÜEDADES DE LOS
INDIOS AYMARAES

de las riberas del lago
Titicaca (Bolivia)

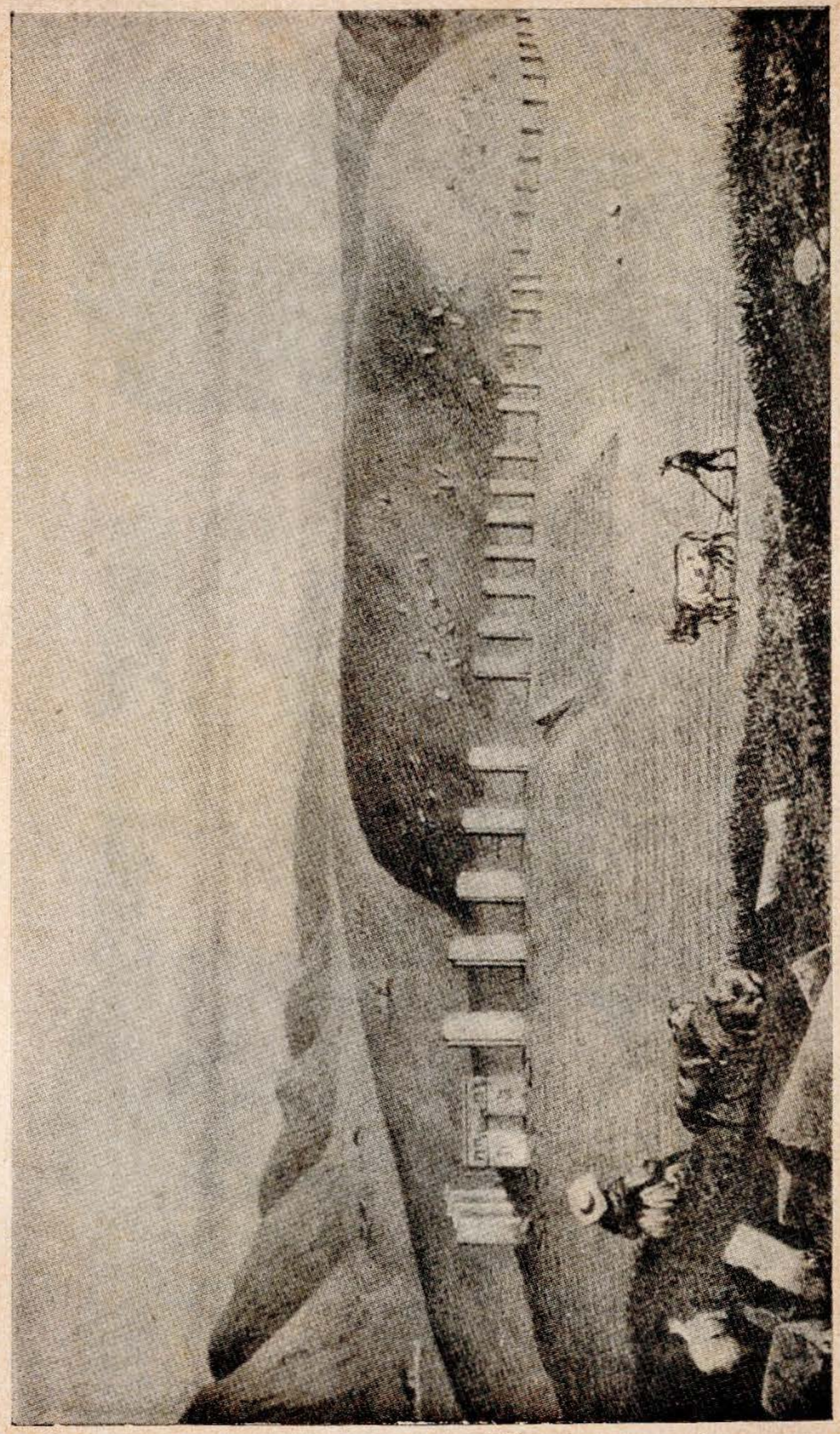






Antigüedades de los Quichuas o Incas, de Bolivia

LAMINA IX



VISTA DE LAS RUINAS DE LOS ANTIGUOS MONUMENTOS DE TIAHUANACO, cerca de La Paz (Bolivia)

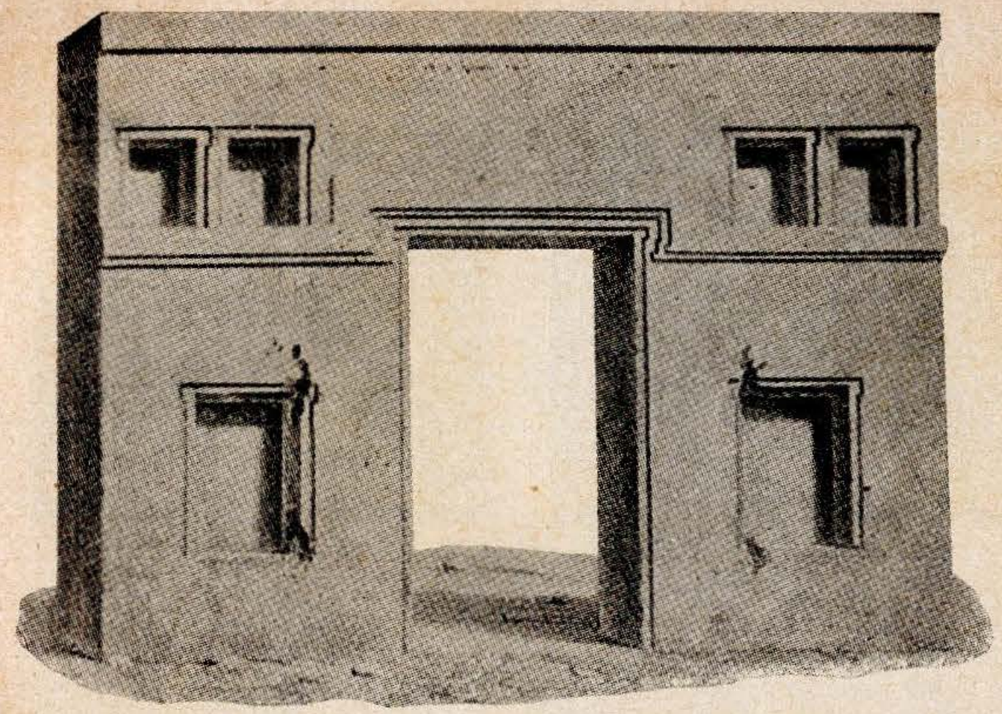


Fig. 1: frente del oeste

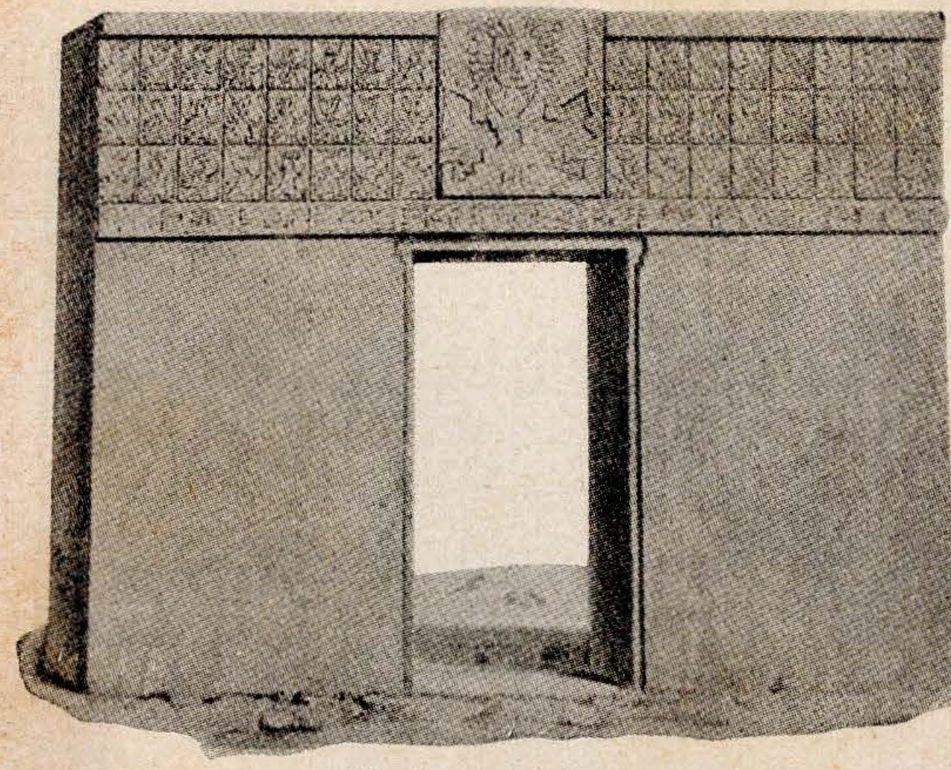
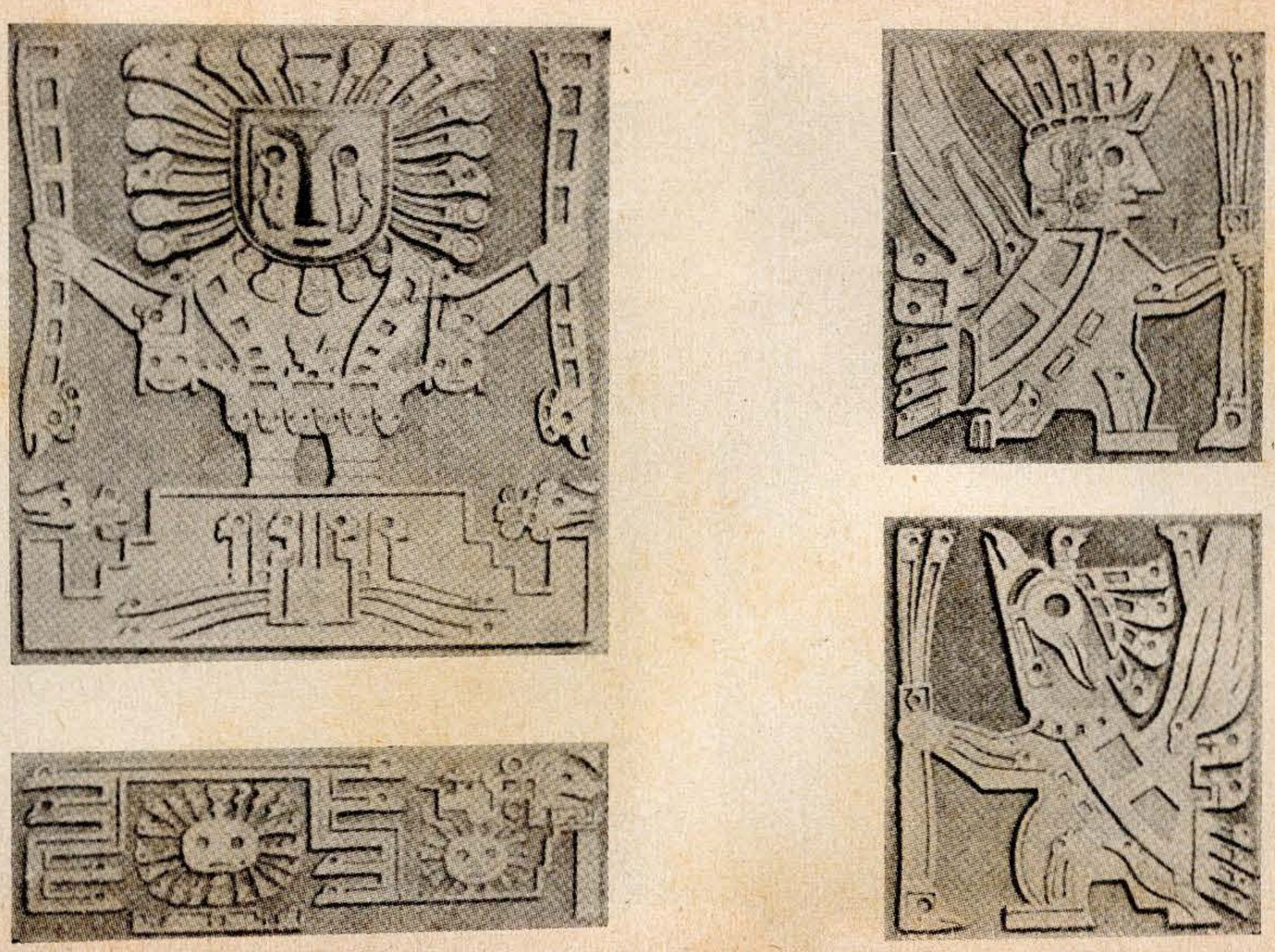


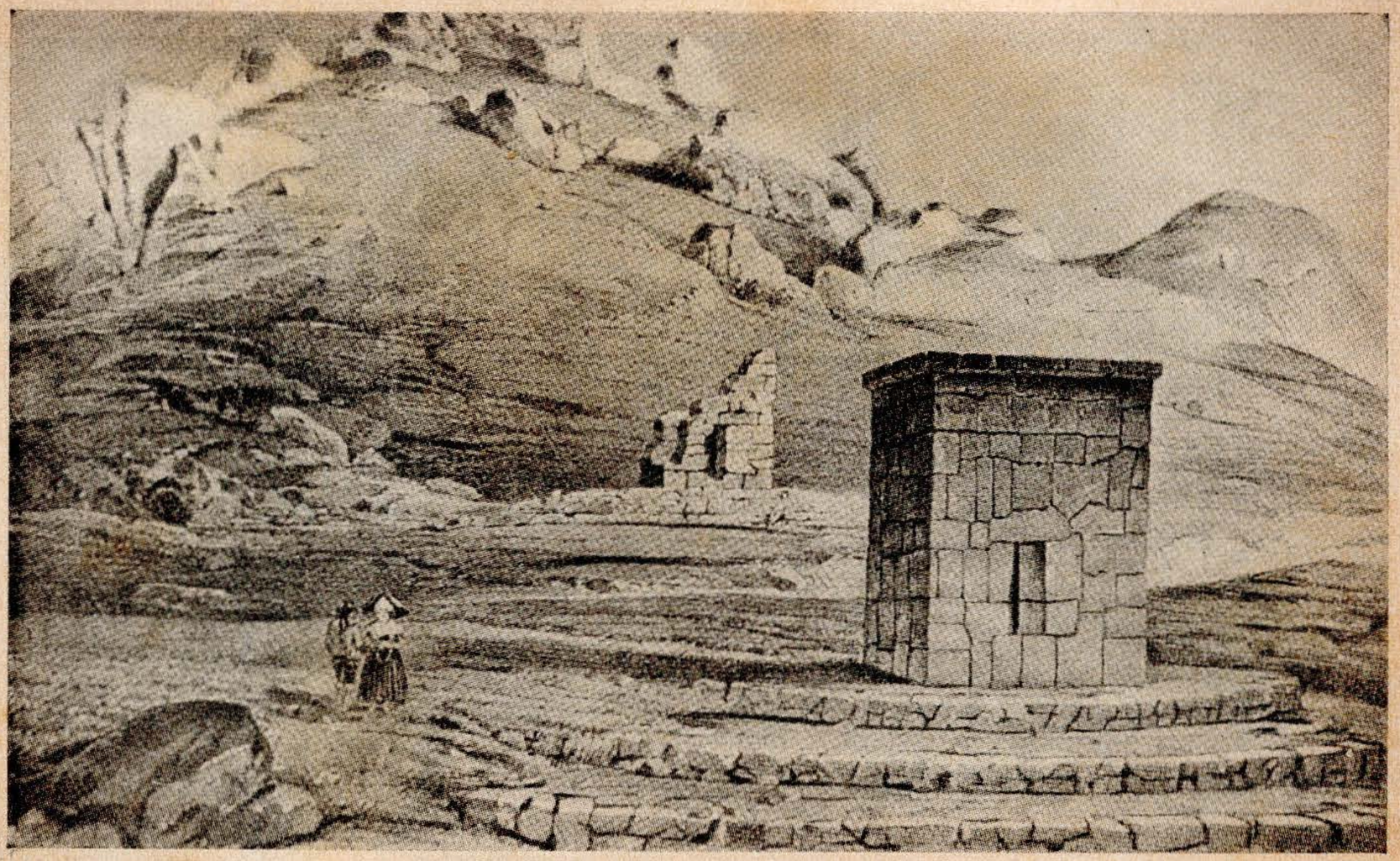
Fig. 2: frente del este
Pórtico monolítico de un antiguo templo de la Nación Aymará, en Tiahuanaco (Bolivia)

LAMINA XI

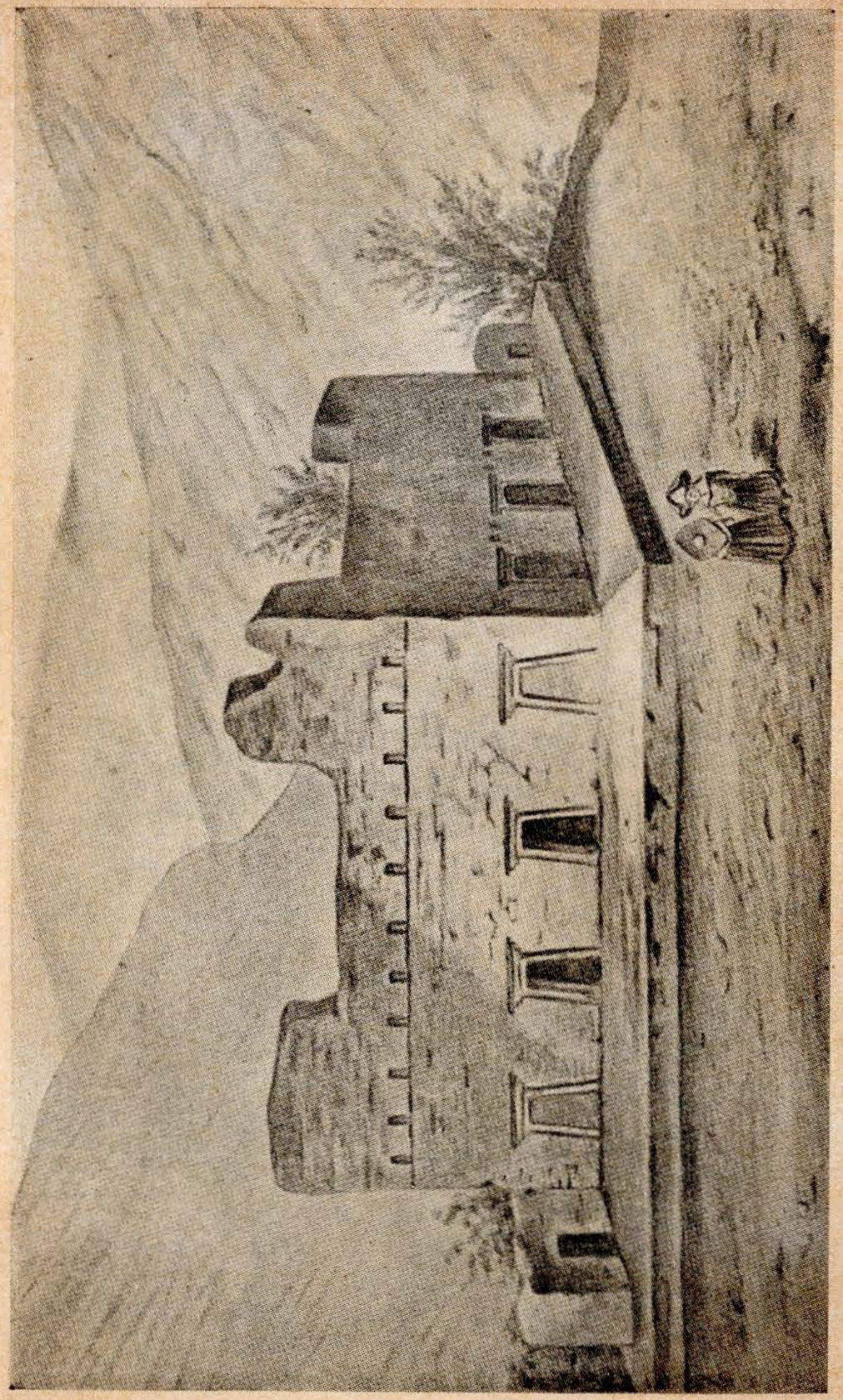


Detalles de las esculturas en relieve del Pórtico de la plancha Nº 10

LAMINA XII

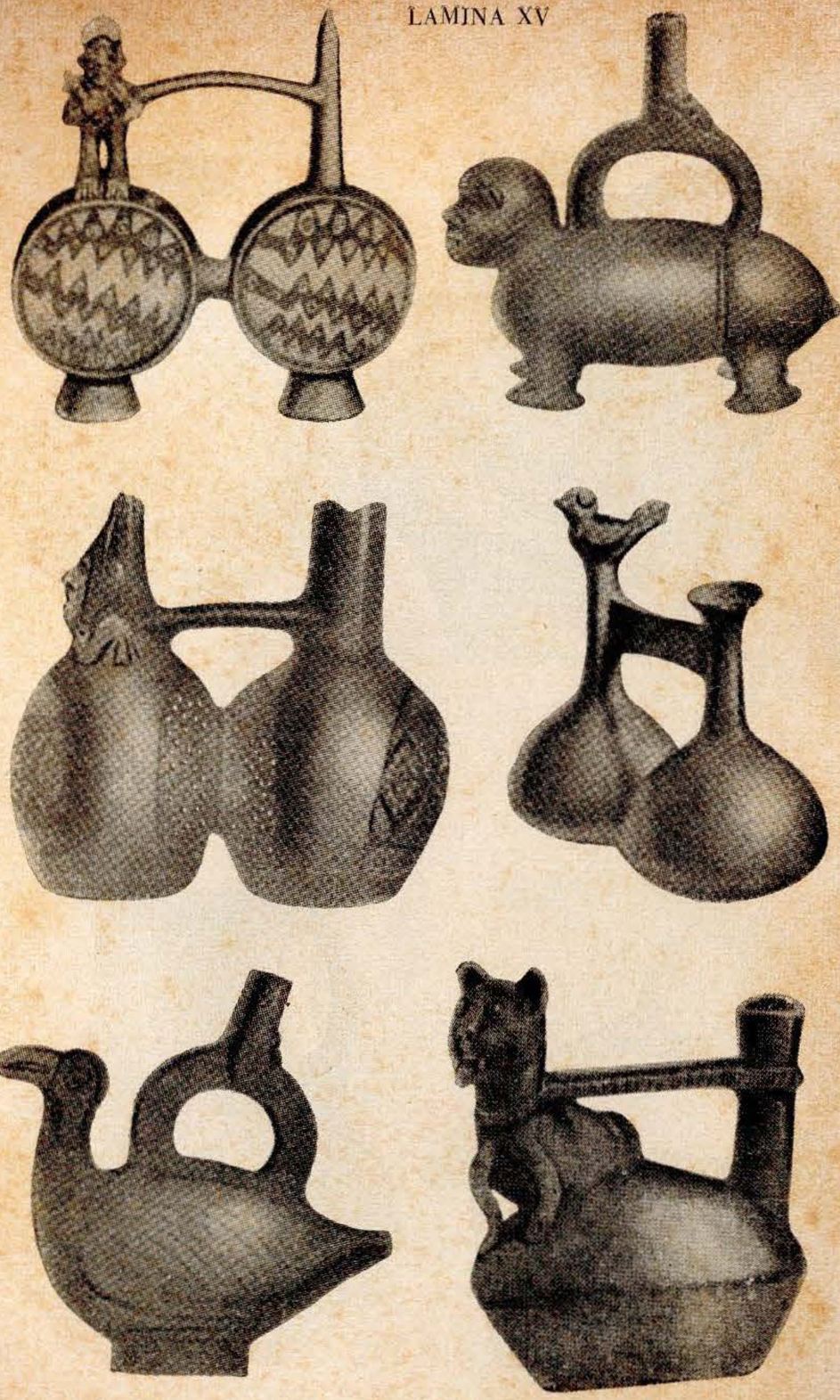


TUMBA DE UN JEFE AYMARA de la provincia de Carangas (Bolivia)



RUINAS DE UN TEMPLO DE LOS INCAS
en la isla de Titicaca (Bolivia)

VASOS ANTIGUOS DE LOS INDIOS QUICHUAS
de la costa del Perú y de Bolivia



VASOS ANTIGUOS
encontrados en las tumbas de los indios Quichuas, del Perú

3

ALCIDES D'ORBIGNY

EL HOMBRE AMERICANO

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

EL HOMBRE AMERICANO

CONSIDERADO

EN SUS ASPECTOS FISIOLOGICOS Y MORALES

POR

ALCIDES D'ORBIGNY

Caballero de la real orden de la Legión de Honor, Oficial de la Legión de Honor de la República Boliviana, Miembro de Varias Academias y Sociedades Científicas nacionales y extranjeras, autor del "Viaje por la América Meridional", etc.

Renato Nicolai

EDITORIAL FUTURO
BUENOS AIRES

Traducción de
ALFREDO CEPEDA

PRIMERA EDICION
30 DE MAYO DE 1944
SEGUNDA EDICION
25 DE SEPTIEMBRE 1944
TERCERA EDICION
20 DE MAYO DE 1959

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by EDITORIAL FUTURO, Buenos Aires

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

INDICE

pág.

INTRODUCCIÓN 13

PRIMERA PARTE

CAPITULO I. — Generalidades 23
Consideraciones geográficas y estadísticas 23
Clasificación 23
Superficie ocupada; distribución geográfica 26
Migraciones 32
Población 34
Movimiento de la población y estadística de la raza americana 40

CAPITULO II 65
Consideraciones fisiológicas. Color de la piel 65
Contextura de la piel 71
Olor de la piel 72
Talla 72
Formas generales 83
Formas de la cabeza 88
Facciones: Fisonomía 90
Complexión: Longevidad 96
Mezclas de razas 97

CAPITULO III 101
Consideraciones morales. Idiomas 101
Facultades intelectuales 112
Carácter 115

pág.

Hábitos 119
Usos y costumbres 122
Industria, Artes 128
Vestidos 134
Centros de civilización; gobierno 136
Religión 140

SEGUNDA PARTE

RAZAS AMERICANAS. — Características 147

PRIMERA RAZA. — Ando Peruana 151
Características generales 151

PRIMERA RAMA. — Peruana 151
Nación Quichua o Inca 154
Nación Aymará 180
Nación Atacama 192
Nación Chango 194

SEGUNDA RAMA. — Antisiana 197
Nación Yuracarés 204
Nación Mocetenes 211
Nación Tacana 214
Nación Maropa 216
Nación Apolista 217

TERCERA RAMA. — Araucana 220
Nación Auca o Araucana 222
Nación Fueguina 231

SEGUNDA RAZA. — Pampeana 237

PRIMERA RAMA. — Pampeana 237
Nación Patagona o Tehuelche 246
Nación Puelche 274
Nación Charrúa 277
Nación Mbocobi o Toba 282

pág.

Nación Mataguaya 288
Nación Abipona 293
Nación Lengua 295
Naciones no observadas de la Rama Pampeana 296

SEGUNDA RAMA. — Chiquiteana 298
Nación Samucu 306
Nación Chiquito 311
Nación Saraveca 321
Nación Otukés 322
Nación Curuminaca 324
Nación Covareca 325
Nación Curaves 326
Nación Tapiis 326
Nación Curucaneca 327
Nación Corabeca 327
Nación Paiconeca 328
Observaciones 330

TERCERA RAMA. — Moxena 331
Nación Chapacura 342
Nación Moxo 345
Nación Itonama 352
Nación Canichana 354
Nación Movima 358
Nación Cayuvava 360
Nación Ité o Itenes 362
Nación Pacaguara 364

TERCERA RAZA. — Brasilio guaraní 366

RAMA UNICA. — 366
Nación Guaraní 367
Tribu de los Guarayos 397
Tribu de los Chiriguanos 402
Tribu de los Sirionos 407
Tribu de los Tupis 409
Tribu de Guayanas 409
Nación Botocudo o Aymore 409

pág.

Nación Nuara 411
Nación Nalicueca 411
Nación Guasarapo 411
Nación Guato 412
Nación Cabasa y Bororo 412

INDICE ALFABETICO de nombres de tribus, de sus sinónimos y las materias consideradas en esta obra 417
Atlas 425

AL Sr. BARON ALEJANDRO DE HUMBOLDT

Señor Barón:

Vos habréis tenido la bondad de aceptar la dedicatoria de mi obra sobre el hombre americano.

¿En quién podría yo pensar dedicarla si no fuera a vos, cuyo genio la ha inspirado en cierta medida, a vos a quien Europa proclama ejemplo y modelo de los viajeros filósofos?

Que el mundo erudito vea, en el homenaje que yo os rindo, expresión de reconocimiento de uno de vuestros más sinceros admiradores; halle en él los sentimientos que yo os consagro, como uno de los más ilustres representantes de la ciencia contemporánea. Al sentirme muy feliz porque no hayáis juzgado mi obra demasiado indigna de vos, señor Barón, ¡cómo no habré de experimentar un estímulo para los estudios a que he consagrado toda mi vida, con una prueba tan honrosa de esa benevolencia, que no cesa de atraeros amistades, en una profesión en la que no tenéis rivales!

Tengo el honor de ser, con el más profundo respeto,
Señor Barón,

Vuestro muy humilde y muy devoto servidor

ALCIDES D'ORBIGNY

INTRODUCCION

Cuando la Dirección del Museo de Historia Natural tuvo a bien fijarse en nosotros y proponernos, en interés de la ciencia, efectuar un viaje por la América Meridional, aceptamos esa propuesta con entusiasmo, puesto que nos brindaba la oportunidad de realizar un proyecto largamente concebido y meditado, y para cuya ejecución nos veníamos preparando desde hacía muchos años.

Comprendíamos que nuestro estudio especial sobre Los Animales Moluscos y Rayados, *que habíamos iniciado después de haber estudiado las otras ramas de la zoología, no podía colmar nuestras necesidades, y que, para sacar todo el partido posible de un viaje a cuyo éxito completo estábamos dispuestos a consagrar el tiempo requerido, entregándole, de ser necesario, toda nuestra existencia, debíamos dominar no solamente la zoología y la botánica en su conjunto, sino también otras muchas ciencias vinculadas estrechamente a ellas. La geografía, por ejemplo, indispensable a toda clase de investigaciones de historia natural, nos permitiría estudiar, desde todos los puntos de vista —una vez que hubiéramos adquirido un conocimiento completo de la configuración de los países que debíamos recorrer—, los efectos y las causas de las grandes leyes y de los cambios en la distribución de los seres, sobre los que la composición y los accidentes geológicos tienen una influencia no menor que aquélla. Solicitamos entonces un año de plazo, antes de emprender el viaje, a fin de dedicarnos a nuevos estudios y adquirir nuevos medios de observación, para cumplir así una honrosa misión, en la medida que lo concebía nuestro pensamiento. Sin embargo, la zoología, sus aplicaciones y derivados, debía ocupar el primer lugar en nuestras investigaciones; era natural, entonces, que el Hombre, el más perecto de los seres, exigiera observaciones tanto más especiales cuanto que en aquella*

época (1825) el inmortal Cuvier [1], *considerando todavía a los pueblos americanos muy poco conocidos como para creerse autorizado a incluirlos en una de sus grandes razas, los dejaba por completo de lado. Podemos decir que no se poseían aún nociones exactas de los habitantes del nuevo Mundo y que solamente habían sido estudiados, desde un punto de vista verdaderamente filosófico, en las eruditas publicaciones del señor barón Alejandro de Humboldt* [2]. *Este ilustre viajero no recorrió, por desgracia, más que la extremidad norte de la América Meridional —cuya visita se nos había encomendado—, y el resto de ese vasto continente, especialmente la región austral, permanecía, en ese aspecto, casi por completo desconocido, puesto que Azara* [3], *único autor que había hablado de ella como observador, no describe más que a los naturales del Paraguay o de las proximidades de esa comarca, sin profundizar el estudio del idioma y de las características fisiológicas. Una parte del Brasil, las extensas pampas del sur de la República Argentina, las montañas de Chile, las mesetas de los Andes bolivianos, sus pendientes orientales, lo mismo que las llanuras y colinas de las provincias de Moxos y Chiquitos, en el centro de la América Meridional, se mantenían vírgenes de observaciones inmediatas y precisas, necesarias para arrojar alguna luz en ese caos de naciones generalmente nominales, cuyo número, cada día mayor debido a la corrupción de la ortografía, se hacía más y más difícil de desembrollar.*

Informamos de nuestro proyecto a los señores Cuvier y de Humboldt, quienes, midiendo toda la importancia de las observaciones dirigidas a ese propósito, nos honraron con sus consejos. Pudimos lograr mantener varias conversaciones con el primero de esos sabios, que nos demostró alguna estima, y debimos a la protección muy grande que el señor de Humboldt acuerda siempre a las personas que tratan de ser útiles a las ciencias, preciosas enseñanzas sobre nuestro asunto, lo mismo que sobre la geografía americana. Con el propósito de llevar a la práctica nuestros proyectos y de responder a las diversas cuestiones que se nos habían planteado, abandonamos, a principios de 1826, el suelo europeo.

Pisamos el continente americano en Río de Janeiro. La guerra con la República Argentina había obligado a movilizar gran número

[1] *Regne animal*, t. I, p. 84, nueva edición. En 1829 seguía pensando de la misma manera.

[2] *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau monde.*

[3] *Voyage dans l'Amerique méridionale*, t. II.

de soldados, circunstancia que nos brindó la oportunidad de ver reunida una cantidad bastante crecida de Guaraníes, primitivos habitantes de la capital del Brasil, y poderlos así cotejar con algunos Botocudos, que habían sido conducidos en cautiverio desde regiones más septentrionales. Pero el Brasil, ya explorado por sabios de todos los países, no nos ofrecía otra cosa que seguir las huellas de los señores Augusto Saint-Hilaire, Spix y Martiu, el príncipe Maximiliano de Neuwied, etc. Lo abandonamos, pues, para trasladarnos a Montevideo, en la desembocadura del Plata, y de allí a Buenos Aires, donde pudimos ver a los primeros Araucanos de las pampas, que habían sido derrotados en un encuentro con los Argentinos.

No era en el seno de las capitales donde debíamos observar al hombre del Nuevo Mundo y ocuparnos de realizar investigaciones provechosas sobre las otras partes de la ciencia. Remontamos, en consecuencia, el Paraná, hasta los límites del Paraguay, a fin de ver, allí, algunas de las naciones descriptas por Azara y observarlas con atención. En Corrientes, donde establecimos nuestro centro de observación, no se habla, lo mismo que en el Paraguay y en las Misiones, más que el guaraní, en casi todas partes. Por eso, una estada de casi un año nos hizo posible adquirir un conocimiento tan completo de ese idioma, como para reconocerlo luego en los sitios donde volvimos a encontrarlo ulteriormente. Ese conocimiento debía permitirnos, más tarde, descubrir las migraciones a largas distancias de los Guaraníes, y esclarecer muchos puntos dudosos de la historia del hombre del continente meridional. Sobre los restos de los célebres establecimientos de los Jesuítas, que han inspirado tantas obras más exageradas que verídicas, y sirviéndonos de guía el viaje del señor de Humboldt, nos solazamos cotejando sus juiciosas observaciones acerca del indígena de las Misiones del Orinoco, con el Guaraní, colocado en idénticas condiciones; hallamos, en ambos, el mismo estado social, las mismas modalidades en los usos, las costumbres y las facultades morales e intelectuales. Pero cuál no sería nuestra sorpresa al comprobar que esa comparación nos demostraba que, palabras evidentemente guaraníes, cuyo traspaso sólo podría haberse producido por medio del contacto, se descubrían en numerosas citas del sabio viajero, correspondientes a los idiomas de las naciones Caribes, Omaguas, Maipures, Tamanaques, Parenis y Chaimas, del Orinoco y de Cumaná. Debíamos llegar a la conclusión de que los Guaraníes se habían extendido sobre casi toda la América Meridional. Tal observación nos pareció de lo más interesante, y nos propusimos desde entonces profundizar esa clase de investigaciones, a nuestro retorno a Europa.

Estudiamos minuciosamente a la nación guaraní, *y sus cruzas con la raza blanca y la raza africana; visitamos a los soberbios* Tobas *y a los* Lenguas *del Gran Chaco, cuyos rasgos, color y costumbres son tan distintos de aquéllos de los Guaraníes; y luego, mientras regresábamos a Buenos Aires, pudimos observar los restos de la gran nación de los* Abipones, *lo mismo que a los* Mbocobis, *guerreros de las llanuras occidentales del río Paraná, cerca de Santa Fe. Llegamos a comprobar la existencia de grandes diferencias entre esas naciones, a pesar de lo cual quisimos proseguir nuestras observaciones, a fin de fundamentar mejor la opinión que nos habíamos formado. Con tal propósito, tanto como por el interés de realizar otras investigaciones, decidimos, a pesar de los obstáculos de todo género que se nos presentaron, ir a establecernos en la Patagonia, a orillas del Río Negro, donde sabíamos que podríamos hallar a todas las naciones australes. Se trataba también, por otra parte, de resolver el famoso problema de los grandes y pequeños Patagones, y esta tarea era lo bastante importante como para decidirnos a emprender el viaje.*

Viviendo, durante ocho meses, en medio de tribus de Patagones, Puelches, Araucanos *y hasta de algunos* Fueguinos, *que los Patagones trajeron de las costas del estrecho de Magallanes, pudimos observarlas en forma comparativa no solamente en lo físico, sino también en sus usos, costumbres y religión; y formarnos ideas bastante claras de sus idiomas respectivos, confeccionando vocabularios de sus términos más usuales. Empleamos todo el tiempo que no dedicábamos a realizar excursiones, en reunir en nuestra residencia, o visitar en las de ellas, a esas diversas naciones, formulándoles preguntas por intermedio de buenos intérpretes, porque ya nos habíamos percatado de que las observaciones superficiales, o hechas muy a la ligera, perjudican más que favorecen a la ciencia. Por esta razón creemos poder afirmar, sin aventurar nada, que cuando abandonamos la Patagonia para regresar a Buenos Aires, conocíamos tan a fondo a las naciones australes como para estar en condiciones de aclarar un importante punto de discusión sobre el hombre.*

Antes de trasladarnos a las costas del gran Océano, retornamos a Montevideo, donde habíamos visto a gran número de Charrúas, *incorporados al ejército de los Independientes. Esos guerreros Charrúas, así como las naciones que acabábamos de visitar, prefirieron en todo momento ser diezmados por los ejércitos españoles, antes de perder su salvaje libertad. Luego, doblando el cabo de Hornos, nos dirigimos a Chile, para continuar nuestras observaciones; pero, como allí no hallamos más que a los Araucanos, con quienes habíamos vivido tanto tiempo en la parte oriental del continente, nos embarcamos y nos detuvimos en Cobija, para estudiar a los* Changos, *indios pescadores de los ríos del desierto de Atacama. Después, pasando prontamente al Perú o trepando la cuesta occidental de los Andes, llegamos a las elevadas mesetas de Bolivia, a fin de observar a la nación* Aymará, *cuyos grandes monumentos son testimonios de la antigua civilización. En esas colosales ruinas, en los relieves simbólicos de sus pórticos, creíamos descubrir la cuna del culto y de la monarquía de los Incas. Era, por otra parte, la primera vez que se nos hacía necesaria la historia para explicar los hechos. Era la primera vez que, en las ceremonias de la religión católica, profesada por esos indígenas, debíamos buscar los rastros de las creencias antiguas. Después de varios meses de residencia entre los Aymaraes de las mesetas de los Andes, llegamos a encontrarlos de nuevo sobre la pendiente oriental de la cadena, en las provincia de Yungas y Sicasica.*

Luego abandonamos a esa nación para pasar a la provincia de Ayupaya, en el seno de aquéllas de los Quichuas, *la misma que pobló el Cuzco, donde los Incas tenían la sede de su gobierno. Estudiamos a esa nación en varias aldeas sucesivamente, y después, descendiendo al medio del valle de Cochabamba, comprobamos que el idioma quichua dominaba en todas partes, siendo el idioma del país, hasta de las ciudades, del mismo modo que el Aymará era el idioma corriente en La Paz y en las regiones colindantes. Nos alegró ver también, en las provincias de Cochabamba, Clisa y Misque, a hombres sometidos otrora al yugo de los Incas, viviendo en cabañas idénticas a aquéllas que habitaban antes de la conquista, con costumbres muy poco distintas de las de aquel entonces.*

A medida que descendíamos por la pendiente oriental de los Andes, hacia sus últimos contrafuertes, los rastros de los Quichuas desaparecían debido a su cruza con los Españoles, y pronto ya no hallamos ninguno en las llanuras cálidas y húmedas de Santa Cruz de la Sierra. Nos impresionó, al arribar a la capital de esta provincia, la gran semejanza que notamos entre sus habitantes y aquéllos de la frontera del Paraguay... Hablaban el español con el mismo acento y los mismos giros, poseían las mismas bellas formas y facciones agradables y características. Nos preguntábamos cuál podría ser la causa de esas analogías tan grandes, cuando encontramos a un indio chiriguano, *cuyas facciones nos recordaron a los Guaraníes de Corrientes; le hablamos en guaraní y comprobamos que, en efecto, pertenecía a esa nación. Desde ese momento nos explicamos fácil-*

mente la semejanza entre los habitantes de esas dos alejadas localidades. Estudiamos de nuevo a los Guaraníes en Porongo y en Bibosi; descubrimos, en esta última Misión, que los salvajes Sirionos, *de los bosques del Norte, son también una tribu de esa gran nación, lo mismo que la numerosa población de los Chiriguanos. Hallamos, pues, al pie de los Andes, no solamente a Guaraníes que provenían de migraciones muy antiguas, sino también a aquéllos que, en 1541, atravesaron el Gran Chaco, para venir a habitar estas comarcas.*

Estábamos ya en el seno de las llanuras del centro de América. Teníamos, al Norte, la gran provincia de Moxos, y al Este la de Chiquitos, habitadas solamente por indígenas. Era un campo magnífico de observaciones para estudiar al hombre. Resolvimos, en consecuencia, consagrar el tiempo necesario para tener una idea exacta de las naciones y de sus características fisiológicas y morales. Ese estudio, al que se agregaron las grandes distancias que debimos recorrer, venciendo los obstáculos naturales, nos ocupó diez y ocho meses, durante los cuales, salvo los dos que pasamos en la Misión, no vimos más que Americanos de raza pura, convertidos por los Jesuítas al cristianismo.

Comenzamos por Chiquitos, que recorrimos hasta las orillas del Río Paraguay y las fronteras del Brasil. Allí, secundados por el señor gobernador Don Marcelino de la Peña, que nos place nombrar aquí, así como por los curas, no solamente pudimos efectuar todas las observaciones que nos eran necesarias, sino también obtener informaciones muy precisas e interesantes sobre la estadística indígena de esa parte del mundo. Luego de haber visitado todas las Misiones e interrogado cuidadosamente a las tribus de que se componía cada una de ellas, comprobamos que la masa de la población pertenecía a la nación de los Chiquitos; *mas la diferencia de idiomas nos permitió descubrir también otras diez naciones distintas: los* Samucus, *los* Payconécas, *los* Saravécas, *los* Otukés, *los* Curuminacas, *los* Curarés, *los* Covarécas, *los* Corabécas, *los* Tapiis *y los* Curucanécas, *sobre los cuales recogimos todas las nociones que nos fué posible obtener.*

Para pasar de la provincia de Chiquitos a la de Moxos, debimos cruzar más de cien leguas de bosques. En medio de esa hermosa vegetación, hallamos numerosas aldeas indígenas, casi en su estado primitivo. Mas, ¡cuál no sería nuestro asombro cuando, al oír la primera palabra que pronunció uno de sus habitantes, descubrimos que eran también Guaraníes, que vivían en esos lugares, con el nombre de Guarayos! *¡Habíamos encontrado, pues, desde el Plata hasta*

Atlántico hasta el pie de los Andes Bolivianos, a esa nación, tan poco conocida en Europa! Como habíamos comprobado que los Guarayos conservaban intactas su religión y sus costumbres primitivas, decidimos estudiarlos a fondo; pasamos más de un mes entre ellos, asistiendo a sus ceremonias religiosas, para poder observar sus hábitos completamente patriarcales, y nos fué tanto más fácil identificarnos con ellos cuanto que podíamos hacernos comprender algo en su idioma.

Llegamos a continuación a Moxos, donde, siempre en piragua, ya fuera mientras viajábamos o cuando permanecíamos en las aldeas con los indígenas, pudimos estudiarlos sucesivamente en todos los detalles de sus usos y costumbres, recogiendo las mismas informaciones estadísticas que obtuvimos en la provincia de Chiquitos, e investigando, al comparar los idiomas y las facciones, las diferencias y semejanzas entre las naciones. Después de una larga permanencia en la región, llegamos a distinguir ocho idiomas completamente diferentes, hablados por igual número de naciones: los Moxos, *con su tribu de* Baures, *constituían más o menos la mitad de la población de la provincia; seguían los* Chapacuras, *los* Itonamas, *los* Canichanas, *los* Movimas, *los* Cayuvavas, *los* Pacaguaras *y los* Iténes, *que vivían separadas entre sí, sin mezclarse, desde hacía siglos, y conservando, en consecuencia, cada una su carácter nacional.*

Entre las planicies inundadas de Moxos y las elevadas mesetas de Bolivia, vivían, según supimos, algunas naciones indígenas que, de acuerdo con los que observamos en los Maropas *que llegaron a Moxos durante nuestra residencia allí, nos parecieron diferentes de aquéllas de las planicies. Sabíamos, por otra parte, hasta qué punto la geografía, la zoología y la botánica de esas comarcas todavía vírgenes, podían tener para nosotros importancia. Remontamos entonces el curso del Río Chaparé, hasta el pie de las últimas montañas, donde, en los bosques más hermosos del mundo, hallamos a la nación de los* Yuracarés, *una de las más interesantes para ser observadas, tanto por sus características fisiológicas como por la rudeza de sus costumbres salvajes, su absoluta independencia y la complejidad de su mitología. La estudiamos durante algún tiempo, y luego, ascendiendo por la cordillera oriental hasta Cochabamba, para descender inmediatamente al lado opuesto, pisamos primero una tierra desconocida, antes de encontrarnos de nuevo entre otras tribus salvajes de los Yuracarés. Durante este viaje, hallamos también a los indígenas* Mocetenes, *que habitaban en medio de los más horribles precipicios de los contrafuertes de los Andes.*

Nos hicimos construir por aquellos Yuracarés una piragua, y nos embarcamos en ella para retornar a Moxos, donde, con indígenas de esa provincia remontamos al Río Piray, hasta llegar a Santa Cruz de la Sierra. Luego de haber concluído, no sin pesar, nuestras observaciones en el centro del continente, sólo pensamos en trepar de nuevo las montañas, con el propósito de continuar nuestras investigaciones en las regiones de Bolivia que todavía no conocíamos. Regresamos pronto allí y seguimos estudiando, en las provincias de La Laguna, Tomina, Yamparais y en los alrededores de Chuquisaca y Potosí, a los indios quichuas, que forman, con sus mezclas, la mayor parte de la población de esas provincias. Volvimos a encontrar a la nación Aymará en las provincias de Oruro, Carangas, Sicasica y La Paz, así como a orillas del lago Titicaca. Nos abstuvimos de hacer observaciones sobre sus ruinas en su estado actual, y finalmente después de haber observado a los indígenas de Islay y de los alrededores de Lima, nos embarcamos de regreso a Francia, trayendo el resultado de ocho años de investigaciones y observaciones.

Cada nación ha sido estudiada con gran minuciosidad en todas sus características fisiológicas, en los más insignificantes detalles de sus usos, de sus costumbres, de su religión y de su idioma, y en las modificaciones que ha impuesto la civilización a su estado primitivo. Hemos comparado cada nación con sus vecinas, a fin de determinar sus diferencias características; hemos recogido, de cada una, suficientes informaciones como para conocerlas bien; hemos, finalmente, observado al hombre en todos los climas, bajo todas las latitudes, en todos los grados de elevación de las montañas. Nuestras ideas, primero confusas, al ser aclaradas por la comparación, nos permitieron ir poco a poco clasificando los hechos aislados, agrupándolos según su mayor o menor analogía. Comenzamos por diferenciar cada grupo de formas, de facciones, de colores de la piel; por establecer los puntos terminales de cada gran división, basada sobre las características fisiológicas; por fijar las subdivisiones, siempre en relación con la composición geográfica de los lugares.

Fácil nos fué formarnos el juicio de que, tratándose de un problema tan delicado como el que plantea el hombre mismo, se había procedido tal vez demasiado a la ligera, y que dicho problema exige, por el contrario, más que cualquier otro, hechos exactos, cuya reunión, en su conjunto, permitirá algún día clasificar al hombre no de una manera arbitraria, sino de acuerdo con deducciones extraídas rigurosamente de un gran número de observaciones realizadas con un objeto tanto filosófico como zoológico. Estamos lejos de tener la

pretensión, después de lo que hemos visto, de conocer a los seres humanos descriptos por otros observadores y a aquéllos de las comarcas americanas que nos son desconocidos. Estamos lejos de querer resolver que esos hombres corresponden positivamente a una u otra de nuestras divisiones, y de querer hacerlos entrar en nuestros grupos, lo que tendría el inconveniente de mezclar hechos de los que podemos responder y que hemos observado personalmente, con otros tomados de obras extranjeras, cuya exactitud no podemos garantizar. Por tales motivos, resolvimos no tener en cuenta, en el trabajo sobre la especie humana, que hemos meditado desde nuestro regreso a Francia, más que los hechos recogidos durante nuestro viaje, *sin dejar por eso de referirnos a cada una de las naciones observadas en su extensión accidental, fuera de los límites geográficos que hemos recorrido, porque tal referencia resulta indispensable al conjunto de la descripción y de la historia de las naciones que consideramos.*

Una vez que decidimos limitarnos a nuestras observaciones personales, comprendimos que no podíamos, empero, rechazar un complemento indispensable. Habíamos podido estudiar, sobre el terreno, las naciones en su estado actual; recoger nociones preciosas sobre muchos aspectos de su historia, de su estado, en la época de la conquista y de sus migraciones; pero, para muchas de ellas, carecemos por completo de esas informaciones o éstas se presentan modificadas por las tradiciones, lo que nos hizo imprescindible recoger cuanto ha sido escrito en los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo, a fin de cotejar el estado primitivo con el estado actual, y de comprobar las modificaciones impuestas por el contacto de la civilización, los aspectos históricos que están de acuerdo con los monumentos existentes y los hechos que permiten seguir, de una manera segura, las migraciones de las naciones a larga distancia. Nos fué indispensable, asimismo, consultar también a todos los autores modernos que han tratado de esos hombres, con el propósito de destruir las ideas equivocadas que pudieran haber dado o confirmar las ideas verdaderas.

No nos sentimos amilanados por la magnitud de esas investigaciones. El conocimiento de los idiomas importados de nuestra Europa al Nuevo Mundo —el español y el portugués— en los cuales están escritas la mayoría de las obras, nos facilitó la tarea. Además, habíamos traído de América manuscritos de gran valor histórico, un gran número de vocabularios y algunas de las obras principales de los historiadores españoles. Nuestras investigaciones hubieran sido, sin embargo, incompletas, si el señor Ternaux Compans, a quien la

historia americana debe el conocimiento de gran cantidad de documentos muy importantes no hubiera puesto a nuestra disposición, con extraordinaria amabilidad, su rica y preciosa colección de obras sobre América. Esa colección es verdaderamente única en el género y sin ella no hubiéramos podido procurarnos en Francia informaciones muy raras sobre los siglos XV, XVI y XVII. Nos sentimos felices de poder testimoniarle aquí, públicamente, nuestro reconocimiento, a la vez que señalar su biblioteca como de indispensable consulta para las personas que se ocupan del estudio del Nuevo Mundo. Estamos obligados a expresar idéntico agradecimiento al sabio señor Eyries, a quien la geografía debe tantas publicaciones importantes, por la bondad con que nos ha confiado muchas de las obras de su rica biblioteca.

En resumen, luego de haber estudiado, durante ocho años, a los americanos sobre el terreno; después de haber ordenado y clasificado metódicamente nuestras observaciones, y de haberlas completado en cuatro años de investigaciones históricas en los autores antiguos y modernos que se han referido a aquellos hombres, ofrecemos como fruto de tantas elucubraciones los hechos que hemos recogido, con las deducciones generales que nuestros estudios geográficos locales nos permiten extraer. Si investigaciones tan delicadas y tan penosas, aportan algunos resultados nuevos y algunas consideraciones importantes; si damos a conocer un punto de vista más preciso, desde el cual se pueda encarar el estudio del hombre; si este tarbajo se juzga, en su conjunto, útil a la ciencia y es acogido con benevolencia; no lamentaremos ni las fatigas, ni las vigilias, ni el tiempo que nos ha costado, felices de haberlo emprendido y sintiéndonos excesivamente compensados por nuestros esfuerzos.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

GENERALIDADES

CONSIDERACIONES GEOGRAFICAS Y ESTADISTICAS. CLASIFICACION

No trataremos de discutir los diversos métodos aplicados a la clasificación del hombre[4] en general, porque no queremos ocuparnos aquí más que de aquella parte de América que hemos investigado largo tiempo. Ante todo, sin embargo, séanos permitido expresar, en lo que se refiere a la división de los seres, una opinión fundada en veinte años de observaciones inmediatas y de investiga-

[4] Un escritor anónimo lo dividía, en 1684, en cuatro razas, en la primera de las cuales reunía el *Americano*, el Europeo y una pequeña parte de los pueblos de Asia y Africa. (*Journal des savans*, 1684, p. 133).

Linneo lo dividió, en 1766, en cuatro razas, de acuerdo con las cuatro partes del mundo, separando por completo *al hombre rojo de América* (*Syst. nat., ed.* 12, *Homo*).

Gmelin dividió al hombre, en 1788, según su color en cuatro variedades: el *blanco*, el *moreno*, el *negro* y el *cobrizo constituían todas las razas americanas* (*Syst. nat., ed.* 13, *Homo*).

Buffon reconoce seis variedades en el hombre, y deja completamente de lado a los americanos.

Herder sigue el mismo sistema (*Zur Philosophie der Geschichte der Menachheit*, t. II, p. 4 y 68).

Powdal lo divide en tres razas, provenientes de los tres hijos de Noé. Los Americanos y los Mongoles son ubicados entre la raza blanca y la raza roja (*New collect. of: voyages*, t. II, p. 273).

Kant forma, en 1788, cuatro variedades, de acuerdo con el color, y consagra una de ellas al *americano cobrizo* (Engel, *Philos, für die Welt*, t. II).

Hunter divide al hombre, en 1775, en siete variedades, dejando al margen al *americano rojo* (*Disn. de hominum varietatibus*, p. 9).

Zimmermann reconocía, en 1783, cuatro variedades en el género humano, e incluía, en la segunda, el Asia Boreal y América (*Geographische Geschichte des Menschen*, t. I).

ciones sobre las diferentes ramas de la zoología marítima y terrestre, investigaciones realizadas con constancia en todas las latitudes y bajo todos los climas. Comenzaremos por declarar nuestra convic-

---

Meiners, en 1783, no dividía al género humano más que en dos razas: la bella y la fea; la primera comprendía a la raza blanca y la segunda al resto del mundo. (*Grundriss der Geschichte der Menschheit*).

Klügel no descubría más que cuatro variedades: en la primera incluía los pueblos de Asia, Europa, las regiones septentrionales de Africa y América. (*Encyclopedie*, t. I, p. 23).

Blumenbach, en 1795, en una obra importante, forma cinco variedades: la cuarta, compuesta por los *Americanos ferruginosos*, es considerada enteramente distinta. (*De gen. hum. var. nat.*).

Lawrence publicó, en 1832, una obra interesante, llena de ponderables investigaciones, en la que divide al hombre, lo mismo que Blumenbach, en cinco variedades, incluyendo a los *Americanos solos* en la cuarta. (*Lectures on physiology, zoology and the natural history of man*, p. 488).

Cuvier dividió al hombre, en 1829, en tres razas: pero deja fuera a los Americanos, sin incluirlos en ninguna. (*Régne animal*, 2ª edic., t. I, p. 84).

M. Duméril separa al hombre, en 1806, en seis razas, y la cuarta es la Americana. (*Zoologie analytique*).

Maltebrun, a quien la ciencia geográfica debe tan buenas obras, dividió al hombre, en 1816, en dieciséis razas; en la sexta coloca a todos los Americanos, menos a aquéllos de las regiones septentrionales, que imagina que provienen de otros continentes. (*Géogr. univer., París*, 1816).

Hasta ese momento sólo se tuvieron en cuenta las razas y las variedades entre los hombres, y los Americanos eran generalmente considerados como incluídos en una sección diferente de las otras, pero las diferencias se debían a distintas causas. M. Virey forma *dos especies*, según el ángulo facial; en la primera especie ubica, como tercera raza, a los *Americanos* o *raza cobriza*.

Casi al mismo tiempo, en 1821, dos sabios han adoptado en sus obras un sistema casi análogo, y que prescindiendo del valor de las divisiones, tiene muchos puntos de contacto con el de Maltebrun.

M. Bory de Saint-Vincent separa al género humano en *quince especies*. En su VI, la *hiperbórea*, incluye todo el norte de América y una parte de Asia rusa; en su VII, la *neptunia*, reúne a los *Americanos* desde California a Chile, así como a los mexicanos y peruanos de las costas occidentales de América, a los naturales de una parte de Madagascar y de casi todas las islas de Oceanía y la Polinesia; en su IX, la *colómbica*, reúne a los habitantes de la Florida, los *Caribes* de las Antillas y los naturaes de una parte de México, Tierra Firme y las Guayanas; en su X, la *americana*, ubica a todos los habitantes de América Meridional, menos los de las regiones orientales y los ya mencionados; en su XI, la *patagónica*, no coloca más que a los Patagones; en su XIV, la *melaniena*, incluye a los habitantes de la Tierra del Fuego, Diemen y muchos lugares de Formosa, las Filipinas, las Molucas, etc. (*L'Homme, Homo*, Ensayo zoológico sobre el género humano).

M. Desmoulins divide al género humano en diez y seis especies: su XV, la *colombiana*, comprende a los habitantes de América del Norte, de todos los Andes, desde Chile a Cumaná, y del archipiélago Caribe; su XVI, la *americana*, comprende a los Guaraníes y los Omaguas, en la raza primera; a los

ción íntima de que *los hombres no pertenecen más que a una sola y misma especie* [5].

Una vez admitida esa base, sin indagar cómo ni dónde el hombre ha arribado hasta los lugares que habita, considerándolo tal como se presenta en la actualidad, o, al menos, no remontándose más allá de los límites de las tradiciones históricas, se descubrirá que las formas principales están más o menos rigurosamente circunscriptas en los límites geográficos generalmente aceptados, y que aparecen en relación con los hechos. El hombre del Nuevo Mundo ha recibido legítimamente, en virtud de ese principio, el nombre de *hombre americano* [6]; y, nada dispuestos a modificar esa denominación de uno de los grandes sectores de la especie humana, la adoptamos con entusiasmo, puesto que de ella hemos de ocuparnos.

Casi todos los autores antiguos y modernos han asentado, al referirse a los americanos, alguna hipótesis, más o menos probable, acerca de su origen; cada uno de ellos, haciendo a un lado las tradiciones, ha dado rienda suelta a su imaginación, dentro de límites más o menos grandes y más o menos racionales. Unos, dotados de un genio superior y reuniendo las informaciones incompletas esparcidas por los viajeros, han desarrollado un sistema que no carece de verosimilitud; mientras que otros, por el contrario, se dejan arrastrar por prejuicios religiosos quizás demasiado exclusivos y rechazan todos los hechos de una manera absoluta. No entablaremos discusiones baladíes, y haciendo a un lado una cuestión siempre hipotética e indi-

---

Botocudos y los Guaicas, en la segunda; a los Mbayas y los Charrúas, en la tercera; a los Araucanos, los Puelches y los Patagones, en la cuarta; y a los Pescherés o Fueguinos en la quinta.

No intentaremos discutir aquí el valor absoluto o relativo de esas comparaciones, puesto que la América Meridional es la única región del mundo cuyo estudio hemos profundizado. Por consiguiente, al hacer notar que esas divisiones difieren desde todo punto de vista de las nuestras, basadas sobre la observación inmediata, creemos que es nuestro deber agregar que, sin haber visto de cerca a las naciones que las componen, es completamente imposible sacar conclusiones provechosas de la gran cantidad de escritos publicados sobre los Americanos por los autores antiguos y modernos, escritos que presentan a menudo contradicciones que sólo son aparentes, y esta observación explica, mejor que todo lo que pudiéramos decir, las grandes diferencias de clasificación.

M. Garnot, en 1837, en su artículo sobre el Hombre, del Diccionario de Historia Natural, en 4º, divide, lo mismo que Cuvier, a los hombres en tres razas, incorporando a los Americanos a la raza amarilla o mongólica.

[5] Ocuparía mucho espacio desarrollar aquí lo que entendemos por la palabra *especie:* este punto será explicado en la zoología de nuestro viaje, en cada serie animal.

[6] Ver nota de la página 21.

ferente al progreso de la ciencia, nos encerraremos en el círculo de la observación positiva. ¿Por qué buscarles a los americanos, por otra parte, un origen lejano, un origen común, cuando pueden verse, sobre el terreno mismo, características fisiológicas y morales tan variadas, tan diferentes entre sí? Creemos que hay que esforzarse en hacer conocer a los americanos agrupándolos de acuerdo con su mayor o menos analogía, para comprobar si todos pertenecen al mismo tronco o a varios troncos distintos. Tal es el objetivo que nos hemos propuesto.

SUPERFICIE OCUPADA; DISTRIBUCION GEOGRAFICA

Como únicamente nos referimos a aquellos pueblos que hemos visto, examinaremos a los que habitan una superficie comprendida entre el grado 12 de latitud sur y la extremidad meridional del continente americano, en casi toda su extensión, sin franquear esos límites más que en el caso de franquearlos esos pueblos, puesto que los seguiremos en sus migraciones hasta el lugar donde se hayan detenido.

La superficie de América, cuyos primitivos habitantes estudiaremos, puede compararse a más de la mitad de nuestra Europa: se extiende desde la zona tórrida hasta las regiones glaciales de la Tierra del Fuego. Su constitución orográfica la eleva del nivel del mar a las nieves eternas [7]; su suelo no podría ser más variado en sus formas y en su aspecto. Por el occidente una gran cadena de montañas se eleva hasta las nubes, paralela a las costas del gran oceáno; helada en su extremidad meridional, presenta en la zona tórrida los climas más diversos: estéril, seca y ardiente en las pendientes escarpadas de su ladera occidental; templada o fría en sus inmensas mesetas; cubierta de una rica vegetación en las pendientes ligeramente inclinadas de su ladera oriental. Por el oriente, colinas bajas, cálidas, boscosas, lindando con el Occáno Atlántico, ofrecen una notable uniformidad de aspecto, de composición y de formas. En medio de territorios tan desparejos, se extienden inmensas llanuras, primero frías, áridas y secas en la parte meridional, luego templadas, verdes, con un horizonte sin límites en las pampas; ardientes, finalmente, y cubiertas de bosques, en la zona tórrida. Tales son los aspectos generales de las comarcas que consideramos. Veremos más adelante la influencia que ejercen sobre las características físicas y morales de los hombres que habitan esas diversas regiones.

[7] Véase, en la parte geográfica de nuestro viaje, una descripción más minuciosa de esa superficie.

Llamamos *nación* a toda reunión de hombres que hablan un idioma que proviene de una fuente común, y *tribu* a toda reunión de hombres que hablan distintos dialectos derivados de ese mismo idioma. Enumeraremos las naciones que hemos observado, pero anticipándonos un tanto a los hechos, las presentaremos clasificadas metódicamente de acuerdo con sus *razas* [8] y sus *ramas* [9], estableciendo después las características que las distinguen, primero para familiarizar con ellas al lector y luego con el propósito de simplificar las numerosas citas particulares o colectivas a que obliga la naturaleza de estas consideraciones generales. Presentaremos también comparativamente, frente a frente, los límites de las extensiones, en latitud y longitud, que esas diversas naciones ocupaban antes de la conquista u ocupan todavía en la actualidad.

Todos los americanos que hemos observado se agrupan, por consiguiente, en *tres razas*, divididas en *treinta y nueve* naciones distintas. Parecerá, tal vez, ese número comparativamente poco elevado si se lo compara con la superficie que ocupan, sobre todo en la idea aproximada que dan los mapas, erizados de nombres que los copistas reproducen sin verificar su exactitud; pero, como podrá verse al considerar cada nación en particular, hemos analizado la sinonimia con el mayor cuidado, y nuestras treinta y nueve naciones son, entre centenares, las únicas que no se han desvanecido ante una seria comparación de los idiomas. Algunas de ellas, por ejemplo, reciben hasta cerca de un centenar [10] de denominaciones citadas por los autores antiguos y modernos, quienes, al copiarlas, las desnaturalizan cada vez, y crean nuevas palabras; o bien cada viajero escribe, según el genio de su idioma, el mismo nombre de distintas maneras,

[8] Llamamos *raza* a todo conjunto de naciones que reúne una identidad de sus características físicas generales (véase más adelante esas características). Empleamos así esa palabra en un sentido más restrictivo que los autores.

[9] Llamamos *rama* a un grupo más o menos numeroso de naciones distintas que presentan, en las razas, características físicas o morales que determinan esas divisiones, casi siempre en relación con la geografía local.

[10] Véase, por ejemplo, la sinonimia de los Guaraníes y de los Chiquitos en los parágrafos especiales sobre esas dos naciones. Siempre se ha abultado el número de las naciones bárbaras. La antigua Europa nos ofrece un ejemplo. Así W. Edwards, en sus interesantes investigaciones *(Des caractéres physiologiques des races humaines,* p. 39), ha dicho con razón: "La larga nómina de esos pueblos espanta. Parecería que ese vasto territorio apenas les fuera suficiente, aun en el caso de ocuparlo ellos solos".

Razas	Ramas	Nombre de naciones	Límites ocupados por las naciones: En latitud austral	En longitud oeste de París
1ª RAZA ANDO-PERUANA	1ª Rama Peruana	Quichua o Inca	0º a 28º	65º a 83º
		Aymará	15º a 20º	69º a 75º
		Chango	22º a 24º	72º 30'
		Atacama	19º a 22º	72º 30'
	2ª Rama Antisiana	Yuracarés	16º a 17º	66º a 69º
		Mocetenes	16º	69º a 71º
		Tacana	13º a 15º	70º a 71º
		Maropa	13º 50'	70º
		Apolista	15º	71º
	3ª Rama Araucana	Auca o Araucano	30º a 50º	60º a 76º
		Fueguino	50º a 56º	68º a 77º
2ª RAZA PAMPEANA	1ª Rama Pampeana	Patagón o Tehuelche	39º a 53º	65º a 77º
		Puelche	34º a 41º	60º a 68º
		Charrúa	31º a 35º	56º a 62º
		Mbocobi o Toba	21º a 32º	61º a 64º
		Mataguayo	22º a 28º	63º a 65º
		Abipones	28º a 30º	61º a 64º
		Lengua	27º	62º
	2ª Rama Chiquiteana	Samucu	18º a 20º	60º a 62º
		Chiquito	16º a 18º	60º a 64º
		Saravéca	16º	62º
		Otuké	17º	60º
		Curuminaca	16º	62º
		Covaréca	17º	61º
		Curavés	19º	60º
		Tapiis	18º	60º
		Curucanéca	16º	62º
		Paiconéca	16º	63º a 64º
		Corabéca	18º	62º
	3ª Rama Moxena	Moxos	13º a 16º	64º a 69º
		Chapacura	15º	64º a 65º
		Itonama	13º a 14º	65º a 67º
		Canichana	13º a 14º	67º a 68º
		Movima	14º	68º a 69º
		Cayuvava	12º a 13º	68º
		Pacaguara	10º	67º a 68º
		Iténes	12º a 13º	67º a 68º
3ª RAZA BRASILIO-GUARANÍ		Guaraní	del 34º de l.a al 14º de l.b	37º a 64º
		Botocudo	18º a 20º	43º

las que se convierten, para el compilador, en otras tantas naciones diferentes. Ha llegado la hora de terminar con ese abuso, porque hace imposible toda apreciación responsable de los Americanos a cualquier persona que no haya recorrido aquellas comarcas. Hemos procurado reducir esa exuberancia de palabras sobre las regiones que hemos visitado, y la supresión razonable de muchas naciones puramente nominales no ha constituído la parte menos difícil y fatigosa de la tarea que nos hemos impuesto; pero sí, como lo esperamos, hemos logrado simplificar los trabajos de nuestros sucesores, sobre la especie humana, y si, desde ese punto de vista, rendimos algunos servicios a los antropólogos, habremos alcanzado nuestro propósito y descansaremos, felices de haber cumplido con un deber que la conciencia del éxito obtenido lo hará para nosotros un placer.

Las denominaciones colectivas que empleamos provienen de las divisiones geográficas o territoriales más conocidas y usadas en el país y los mapas, y las correspondientes a las naciones no son nada extrañas a América. Hemos cuidado mucho de no cambiar o desnaturalizar ni un solo nombre, porque no es creando nuevos nombres que se sirve a la ciencia; los nombres que damos son los más comunes en el país y pertenecen, casi todos, a los idiomas de las naciones correspondientes, como lo hemos explicado, por otra parte, al referirnos particularmente a cada una de ellas.

¿Queremos estudiar la distribución de esas naciones en el territorio americano, y sobre todo las modificaciones y los cambios operados desde la conquista hasta la actualidad? Al llegar los europeos la situación era ésta:

1º Una sola nación, la Guaraní, dividida en numerosas tribus, pero separadas entre sí, ocupaba casi todo el litoral del Oceáno Atlántico, desde el grado 32 de latitud austral hasta las Antillas [11], donde bajo la denominación de Caraibes (Caribes), subyugó a una parte de los primitivos habitantes y se extendió hasta el pie de los Andes Peruanos [12], encerrando a un gran número de pequeñas naciones distintas;

2º En la cadena de los Andes, sobre sus laderas y el litoral del gran Oceáno, una monarquía poderosa, la de los Incas o Quichuas, tenía sometidos a todos los pueblos montañeses, desde Chile a Quito, sin descender nunca a las planicies orientales; dejó, empero, li-

[11] Véase lo que decimos a ese respecto en el parágrafo Guaraní.
[12] Allí encontramos a los Sirionos, los Guarayos y los Chiriguanos. (Véanse esas tribus en el parágrafo Guaraní).

bres a los guerreros Araucanos y a los pescadores Fueguinos, en la extremidad meridional.

3º Entre ambas naciones nombradas, en medio de las llanuras, comenzando por el sur, los Patagones, los Puelches, los Charrúas y los Mbocobis, ocupaban una gran superficie de esos territorios uniformes y horizontales; pero si avanzamos hacia el norte y nos dirigimos hacia las pequeñas colinas boscosas de Chiquitos o hacia las llanuras inundadas de Moxos, en vez de grandes naciones se ofrecerán a nuestros ojos pueblos diseminados en medio de los bosques, a los que les era imposible multiplicarse más, y tenían cada uno su idioma particular; eran nuestros *Chiquiteanos* y nuestros *Moxeanos;*

4º Si pasamos ahora de las llanuras a las montañas sobre las laderas orientales de los Andes, veremos pequeñas naciones más reducidas todavía, cada una en su torrente, sobre el borde de su río, separada de las otras por bosques impenetrables o por montañas casi inaccesibles, formando los elementos constituyentes de nuestra rama antisiana [13].

Tal era la superficie ocupada por cada una de las naciones en el momento de la llegada de los Españoles y Portugueses.

Veamos ahora las modificaciones que se han producido desde aquella época hasta nuestros días. Los Caribes de las Antillas fueron pronto destruídos por los Españoles; las Guaraníes del Brasil atacados, vencidos y sometidos por los Portugueses; algunas tribus, huyendo de los conquistadores, se refugiaron en el interior; otras construyeron ciudades, entregándose a los extranjeros; pero la nación no se movió de su territorio primitivo, y aun hoy pueden encontrarse en todas partes a los Guaraníes o por lo menos a su idioma, hablado en todo el Brasil. Otros Guaraníes, sometidos por los Españoles, constituyeron las Misiones del Paraguay y se mantienen todavía en su suelo natal. Los Incas y los Aymaraes, reducidos al yugo español y al cristianismo, no han cambiado de residencia; los orgullosos Araucanos se alejaron de las colonias españolas de Chile, trasladándose al Sur, a las Pampas, para conservar su independencia; los Fueguinos no abandonaron sus rocas heladas; los Patagones siguieron ocupando sus áridas llanuras; los Puelches se fueron de las orillas del Plata, para vivir en las Pampas del Sur; los Charrúas fueron expulsados de la Provincia de Entre Ríos y de la Banda Oriental, donde no ocupan más que los lugares más septentrionales; los Mbocobis y los

13 Véanse, por el conjunto de esa distribución, nuestro mapa explicativo, y para los detalles, las descripciones especiales.

Lenguas no han cambiado de residencia. Las naciones de las ramas chiquiteana y moxena se sometieron al cristianismo, cada una sobre el suelo que ocupaba primitivamente. Las naciones de la rama antisiana no abandonaron sus moradas: unas se hicieron cristianas, otras siguieron en estado salvaje tal como las encontraron los Españoles. Se operaron, pues, cambios muy pequeños en los lugares de residencia de los Americanos, y salvo el vecindario de las grandes ciudades — donde las naciones, cuya independencia de carácter no las alejó, se confundieron con la población, por medio de cruzas—, América mantiene más o menos la misma distribución de su población que en la época de la conquista [14]; sólo ha cambiado el número de componentes de cada nación.

Si clasificamos a las naciones de acuerdo con la extensión del terreno que ocupan, reconoceremos que el primer lugar no corresponde a la más civilizada ni a la que poseía un gobierno estable, sino a la nación de los Guaraníes, divididos en tribus independientes, que vivían todavía en estado salvaje. La segunda, en esa clasificación, es la de los Quichuas civilizados de las cumbres de los Andes; la tercera la de los Araucanos; la cuarta la de los Patagones; la quinta la de los Mbocobis; la sexta la de los Aymaraes; la séptima la de los Puelches; la octava la de los Charrúas; la novena la de los Fueguinos; la décima la de los Chiquitos; la undécima la de los Moxos; y después otras naciones muy pequeñas. Resulta, por consiguiente, que la extensión del terreno ocupado por cada una de las naciones no está, ni mucho menos, en relación con la población, pero sí lo está con el género de vida y la naturaleza del suelo. Un pueblo cazador tiene necesidad para vivir de una superficie mayor que un pueblo dedicado a la agricultura, porque al verse obligado a perseguir a los animales, se divide en familias; se hace nómada, y ocupa una extensión tan vasta cuanto el territorio que ocupa es más estéril, como puede comprobarse con los Patagones, los Puelches, los Charrúas y otras naciones del sur de las Pampas.

La naturaleza de los terrenos ejerce una influencia más o menos importante sobre la extensión más o menos grande que una nación necesita para vivir. Las mesetas andinas debían ofrecer los mayores recursos al hombre, debido a los animales que fueron prestamente

14 Parece que lo mismo ha sucedido en el Viejo Continente. Véase Desmoulins (*Histoire naturelle des races humaines,* París 1826, p. 153), y sobre todo las eruditas investigaciones de W. Edwards (*Des caractéres physiologiques des races humaines*). Este escritor ha descubierto a todos los pueblos que habitaban antiguamente a Europa.

domesticados y a los vegetales que se pudieron cultivar. Es por eso que allí el mayor número de habitantes ocupó la más pqeueña superficie. Las provincias de Moxos y Chiquitos, y todo el Brasil, con sus inmensos bosques que dan sombra y los numerosos ríos que las riegan, debían ser habitadas por hombres agricultores, cazadores y pescadores a la vez; de ahí que esas regiones sólo hayan sido medianamente pobladas, mientras las Pampas, cuya esterilidad hace imposible los cultivos, son habitadas por pequeñas naciones que ocupan superficies muy extensas [15]. En las montañas, donde nada impide a los pueblos comunicarse entre sí, residen grandes naciones, como los Quichuas, los Araucanos y los Aymaraes. En las llanuras abiertas, el hombre puede aproximarse sin dificultad a su semejante; pero, en el interior de los bosques, la naturaleza le impone el aislamiento, y se divide en una multitud de naciones distintas.

El Americano habita todas las regiones y todas las alturas. Le es indiferente establecer su morada sea en las extremidades heladas del continente, sea en la zona tórrida, o desde el nivel del mar hasta una altura de 4.800 metros sobre éste (casi el nivel del Monte Blanco). Veremos más adelante las modificaciones que los diversos lugares de residencia imponen en las características fisiológicas y en las costumbres.

MIGRACIONES

Pasemos ahora a considerar las migraciones de las naciones. Veamos qué circunstancias las hacen posibles y los motivos que determinan a aquéllas cuyos rastros podemos seguir.

El hombre a quien la naturaleza ha hecho nacer en el seno de espesos bosques, se halla rodeado por todos lados, y no sabría imaginar regiones lejanas. Queda, casi siempre, estancado dentro de un círculo determinado. Creemos que cuatro circunstancias locales distintas, al revelar a un pueblo la extensión del territorio que ocupa, pueden inducirlo a viajar. 1º El litoral marítimo, cuyo vasto horizonte le abre de continuo la perspectiva de nuevas tierras: apenas dobla un cabo, cuando descubre otro, y al ver a lo lejos una nueva tierra, siente deseos de conocerla. 2º El curso de un río que, por el volumen de sus aguas, le hace imaginar la extensión inmensa de una región desconocida, le induce a buscar y descubrir a ésta, ya sea ascendiendo

[15] Véase sobre la población la comparación del número de individuos con la superficie que ocupan.

o descendiendo el curso de las aguas. 3º Una planicie que puede recorrer con facilidad y que le permite ver a lo lejos colinas que anuncian la presencia de un país nuevo. 4º Finalmente, las mesetas de una región montañosa, cubiertas de rugosidades, que, en un sentido vertical, producen el mismo efecto que los cabos del litoral, en un sentido contrario; cada cumbre lo estimula a trepar la montaña hasta llegar a ella y descubrir el panorama que se le ofrece del otro lado, induciéndolo, a su vez, a intentar una nueva exploración.

La causa de las migraciones siempre se relaciona con el grado de civilización y las costumbres de los pueblos. Los civilizados Quichuas tenían, por ejemplo, un motivo religioso: convertir a los bárbaros al culto del sol y hacerlos participar de los beneficios de una ley común. Pero entre los otros pueblos americanos, no existió el mismo motivo, puesto que no constituían el cuerpo de una nación, y su religión, siempre más tolerante, no los llevaba a realizar proselitismo. El motivo de la migración, era, para el cazador, hallar una comarca más abundante en caza; para el pescador, una bahía con más peces; para los guerreros, sobre todo para los Guaraníes, la esperanza de exhibir el coraje y el ansia de conquistar nuevas compañeras, cuya posesión representaba para ellos un honor.

En tres naciones hubo migraciones: en la quichua, la guaraní y la araucana. La primera partió, con Manco Cápac, del lago Titicaca, dirigiéndose hacia el Norte; hasta el Cuzco [16], para desde allí irradiar, siempre animada de un espíritu de conquista, hacia el Norte hasta Quito y hacia el Sur hasta Chile, siguiendo las mesetas andinas y el litoral marítimo [17]. La guaraní costeó las orillas del mar, marchando hacia el Norte: sus hordas salvajes y guerreras avanzaron hasta las Antillas, con el nombre de Caribes; bajo este mismo nombre remontaron, marchando hacia el oeste, el Orinoco, el Amazonas y sus afluentes [18]. Los Guaraníes del Paraguay, por su parte, siguieron el curso del Paraná y descendieron hacia el sur, hasta Buenos Aires, mientras que en una fecha conocida (1541) abandonaron, en gran número el Paraguay, se dirigieron hacia el Noroeste; atravesaron las planicies del Chaco y se establecieron al pie de los Andes Bolivianos, donde permanecieron con el nombre de Chiriguanos. Los araucanos realizaron migraciones parciales y momentáneas del oeste

[16] Véase el trabajo especial sobre esa nación.

[17] La expedición a Chile del Inca Yupanqui. Véase Garcilaso: *Comentario real de los Incas*, lib. VII, cap. XVIII, p. 246.

[18] Véase la parte detallada sobre los Guaraníes, en la que hemos desarrollado ese punto.

al este, es decir, desde los Andes a las llanuras. De esta manera, la dirección de las migraciones en la América Meridional irradió, según nuestras investigaciones, siempre de un centro a diversos puntos, puesto que los Quichuas se extendieron tanto hacia el norte como hacia el sur. Solamente los Guaraníes, si se considera su cuna el trópico de Capricornio habrían desarrollado de sur a norte sus migraciones generales.

POBLACION

Es sabido que la realización de un buen censo presenta muchos obstáculos hasta en nuestros países civilizados. No cabe entonces ninguna duda que las dificultades aumentan en América, entre hordas salvajes. A ello se debe que, hasta hoy en día no se haya publicado nada realmente positivo acerca de la población de ese continente, encarado exclusivamente desde el punto de vista del número de indígenas puros. De ahí que en el mundo se crea, muy a menudo, que los Americanos de la parte meridional hayan desaparecido, por decirlo así, de su suelo natal, y que apenas quedan algunos jirones dispersos de la población primitiva, confinados lejos de las colonias existentes, formadas por Europeos. No agregaremos más... Ninguna persona, carente de informaciones, habría podido emprender un trabajo semejante, y nosotros mismos, que hemos vivido en aquellas comarcas, hemos logrado recién al cabo de ocho años de residencia entre esas naciones, con una gran perseverancia y favorecidos por un concurso de circunstancias, obtener cifras que nunca hubiéramos podido conseguir por medio de cartas, porque los actuales gobernantes americanos se resisten a hacerlas conocer. Sin embargo, al presentar en el cuadro que sigue, el número de individuos por naciones, por ramas y por razas, no tenemos la pretensión de dar datos completos. Deseamos que se vea en el cuadro solamente el conjunto de datos recogidos por nosotros con el mayor cuidado [19].

Sin salir del círculo de naciones que constituyen el objetivo de esta obra, hemos llegado a la cifra de 1.685.127, como número total de individuos que las componen en la actualidad. ¿A qué total llegaríamos si pudiéramos agregar a aquellas cifras el producto de las cruzas, ya que solamente la nación quichua nos presenta 458.572 mesti-

19 Indicamos, en la descripción de cada nación, las fuentes de información, cuyo valor hemos examinado. Podrá, tal vez, acusársenos de haber errado al hacer figurar para cada nación hasta las fracciones halladas en los censos, pero creemos que redondeando las cifras nos alejaremos más de la verdad, porque caeremos en lo arbitrario.

Razas	Ramas	Nombre de las naciones	Número de individuos por naciones	por ramas	por individuos
ANDO-PERUANA	PERUANA	Quichua o Inca ..	934.707		
		Aymará	372.397		
		Chango	1.000	1.315.452	
		Atacama	7.348		
	ANTISIANA	Yuracarés	1.337		
		Mocetenes	2.400		
		Tacana	6.304	14.557	1.364.009
		Maropa	900		
		Apolista	3.616		
	ARAUCANA	Auca o Araucano .	30.000	34.000	
		Fueguino	4.000		
PAMPEANA	PAMPEANA	Patagón o Tehuelche	10.000		
		Puelche	600		
		Charrúa	1.500		
		Mbocobi o Toba ..	14.000	32.500	
		Mataguayo	6.000		
		Abipones	100		
		Lengua	300		
	CHIQUITEANA	Samucu	2.250		
		Chiquito	14.925		
		Saravéca	350		
		Otuké	150		
		Curuminaca	150		
		Covaréca	150	19.235	78.982
		Curavés	150		
		Tapiis	50		
		Curucanéca	50		
		Paiconéca	910		
		Corabéca	100		
	MOXENA	Moxos	13.620		
		Chapacura	1.350		
		Itonama	4.815		
		Canichana	1.939	27.247	
		Movima	1.238		
		Cayuvava	2.073		
		Pacaguara	1.012		
		Iténes	1.200		
	BRASILIO-GUARANÍ	Guaraní	238.136	.....	242.136
		Botocudo	4.000		
				Total	1.685.127

zos, y la aymará 188.257? Esas dos naciones tienen, en conjunto, un efectivo de 646.809 individuos, más o menos mestizos de sangre española, y si los agregamos a los de raza pura, llegaremos, en las comarcas que consideramos, a la suma de 2.331.936 individuos. Esta cifra demuestra que los Americanos no están por extinguirse y que serán necesarios algunos siglos antes de que se fusionen por completo con la población general.

Si volvemos a nuestros cálculos y dividimos a los individuos en dos series, compuesta la una de aquéllos que se han convertido al cristianismo y la otra de los que viven todavía en estado salvaje, cómputo que hemos hecho para cada nación, llegaremos, por ramas, a los resultados que pueden apreciarse en el cuadro que sigue.

RAMAS	Cristianos	Salvajes
Rama peruana	1.315.452	—
„ antisiana	11.857	2.700
„ araucana	—	34.000
„ pampeana	100	32.400
„ chiquiteana	17.735	1.500
„ moxena	23.750	3.497
Raza brasilio-guaraní	222.036	20.100
Total	1.590.930	94.197

De manera que, en los territorios que hemos explorado, hay 1.590.930 Americanos puros convertidos al cristianismo, y quedan todavía cerca de 94.197 en estado primitivo; decimos cerca de, porque para no ser tachados de exagerados, mantenemos las cifras aproximativas más bien por debajo que por encima de la verdad. De la comparación de esas cifras —aunque a primera vista no parecen tener ninguna influencia filosófica— pueden sacarse conclusiones de la mayor importancia sobre los aspectos fisiológicos y morales de los Americanos, al analizarlos por naciones y ramas, puesto que es menester reconocer: 1º, que esa comparación confirma por completo las divisiones que hemos establecido de acuerdo con las características fisiológicas únicamente, ya que cada rama es casi enteramente cristiana o salvaje; 2º, que esa comparación demuestra que las características fisiológicas están en relación con las disposiciones morales; 3º, que la fácil sumisión de los indígenas americanos a los conquistadores americanos del Nuevo Mundo se debe más a las disposiciones morales que caracterizan a aquéllos que a la bravura de éstos, puesto que las naciones que resistieron a la conquista son todavía libres, mientras que aquéllas que recibieron a los conquistadores como amigos han sido todas subyugadas.

Considerando por separado a cada raza y a cada rama, bajo tal punto de vista, vemos a la rama de los peruanos completamente sometida, y en la rama de los antisianos, no sometidas aquellas naciones que no pudieron ser fácilmente vencidas debido a dificultades locales, porque nunca opusieron resistencia; mientras que los Araucanos prefirieron hacerse matar antes que aceptar las imposiciones de los Europeos. Es de hacer notar que la única rama de la raza peruana que desafió a los ejércitos españoles, habita las regiones más meridionales del continente. Veamos ahora si ha sucedido lo mismo con nuestra raza pampeana. La rama pampeana, la más meridional de las tres, presenta absolutamente las mismas características que los Araucanos. Ninguno de sus miembros es cristiano y todos son libres; mientras que todos aquellos Chiquiteanos y Moxenos que no se han doblegado a la prédica de los misioneros, deben su independencia a su alejamiento de los lugares donde se predicaba el cristianismo. Por otra parte, los Guaraníes, aun aquéllos más meridionales, se sometieron ciegamente al yugo que les fué impuesto en las regiones del sur de sus territorios, y si los del norte (los Chiriguanos de Bolivia) no se convirtieron al cristianismo, son por lo menos amigos de los colonos europeos.

De los hechos precedentes podemos sacar la conclusión, a pesar de las apariencias en contrario, que la influencia del clima sobre la mayor o menor docilidad del hombre americano ha sido menor que la influencia de sus propias disposiciones morales. Todos los pueblos de las regiones más meridionales del continente americano, desde el grado 34 de latitud sur hasta la extremidad, no han sido, es cierto, jamás sometidos; pero aquéllos de las llanuras cálidas del Chaco, comprendidas entre los grados 20 y 32 de latitud, se han mantenido también independientes, a pesar de las numerosas tentativas que se han hecho para dominarlos; mientras que los Quichuas y los Aymaraes, que por las mesetas elevadas que habitan pueden ser considerados habitantes de regiones templadas y hasta frías, se entregaron a los Españoles, apenas éstos aparecieron.

Las naciones, consideradas en su importancia relativa según el número total de hombres que las componen en la actualidad ocupan el orden siguiente, que comparamos al orden que tienen según su superficie:

Nº de orden según la población	Nombre de las naciones	Población	Nº de orden según la extensión del terreno ocupado
1	Quichuas o Incas	934.707	2
2	Guaraní	238 136	1
3	Aymará	372.397	6
4	Aura o Araucano	30.000	3
5	Chiquito	14.825	10
6	Mbocobi o Tobas	14.000	5
7	Moxos	13.620	11
8	Patagón o Tehuelche	10.000	4
9	Atacama	7.348	—
10	Tacana	6.304	—
11	Mataguayo	6.000	—
12	Itonama	4.815	—[22]

Este cuadro presenta enormes diferencias que demuestran que la superficie no está, ni mucho menos, en relación con la población que la habita, lo que se debe a dos causas principales: primero a la naturaleza del terreno, como ya lo hemos dicho, y después al género de vida de sus habitantes, como lo veremos más adelante.

Para que se pueda apreciar, a través de las cifras, las relaciones de la población con la superficie en leguas cuadradas de 25 por grado, según la naturaleza del suelo y las costumbres de los habitantes, veamos las comprobaciones que hemos obtenido de aquellos pueblos cuya posición actual permite presentar en cuadro [21]:

Vemos, pues, que, ayudados por las circunstancias, hemos podido comparar superficies de terrenos colocados en condiciones enteramente distintas de clima, latitud, elevación, naturaleza y costumbres

[20] Las naciones que no tienen cifras son aquéllas que ocupan una porción de tierra demasiado pequeña como para incluirlas entre las once que hacemos figurar en la primera comparación.

[21] No podemos llegar a la exactitud, en esos cálculos, si no tomamos como término de comparación a las únicas ramas o naciones que habitan circunscripciones determinadas, ya que, estando las poblaciones indígenas mezcladas con los blancos, las relaciones de las naciones puras con la superficie dejan de ser exactas. Nuestras ramas chiquiteana y moxena y la nación patagona llenan, en ese sentido, todas las condiciones requeridas. En lo que se refiere a la nación Aymará, como su territorio está ocupado por muchos Europeos y mestizos, no hemos podido tomar como base los Indios de raza pura, sino la población entera de los cuatro departamentos de La Paz, Oruro, Puno y Arequipa, así como su superficie, porque es evidente que los colonos no han modificado los recursos locales ni el género de vida característico de las montañas.

Naciones o ramas	Naturaleza de los terrenos que ocupan	Costumbres de los habitantes	Superficie [22]	Población	Habitantes por legua cuadrada
Rama Chiquiteana	Colinas boscosas y cálidas	Cazadores, agricultores	7.500	19.135	2
Rama Moxena	Llanuras y bosques inundados y cálidos	Agricultores, cazadores y pescadores	8.125	27.247	3
Nación Patagón ...	Llanuras áridas, secas y frías	Cazadores	28.750	10.000	0 [23]
Nación Aymará ...	Montañas elevadas secas, templadas o frías	Pastores y agricultores	11.250	777.988	69 [24]

[22] Superficie habitada en leguas cuadradas de 25 por grado.

[23] Un hombre por legua cuadrada. No hemos creído necesario tener en cuenta las fracciones de este cuadro; por eso hemos dado la cifra más cercana a la verdad.

[24] Esas cifras están muy lejos de las europeas. Según M. Quetelet (*Sur l'homme*, etc., t. I, p, 282) la población de Europa es de 1062 para Francia, y Según M. Moreau de Jonnés, de 1200, como ha tenido la amabilidad de informármoslo verbalmente.

completamente diferentes. Creemos, por consiguiente, que esa comparación ofrecerá interés, especialmente si se la relaciona con las cifras obtenidas en Europa [25]. Nuestro cuadro demostrará que la parte de América cuya población es más numerosa, resulta precisamente ser aquélla donde los pueblos son más civilizados y la agricultura es más adelantada; mientras que allí donde el hombre no tiene otra ocupación que la caza, la población se mantiene por debajo de todas las cifras conocidas. Demuestra, finalmente, que la superficie habitada por los indígenas que unen a la agricultura la caza, aunque relativamente mucho más extensa que la que ocupan los pueblos puramente agricultores, no puede compararse con la ocupada por los pueblos exclusivamente cazadores, sobre todo cuando el terreno es seco y estéril, como el de los Patagones.

MOVIMIENTO DE LA POBLACION Y ESTADISTICA DE LA RAZA AMERICANA

Hasta hoy no ha sido posible obtener datos exactos de la población puramente americana. Ninguna de las regiones conocidas del Nuevo Mundo ofrece todavía las condiciones necesarias para reunir los elementos que requiere un buen trabajo sobre ese asunto. Para poder estudiar con provecho a los indígenas, desde el punto de vista estadístico, es menester que se presenten sin mezcla, y además, se depende de la benevolencia del gobierno que permita obtener informaciones verosímiles. Ningún lugar nos ofrecía, en ese aspecto, tantas garantías como las antiguas Misiones de los Jesuítas de las provincias de Moxos y Chiquitos, situadas en el centro de América, en la zona tórrida. Allí, una población exclusivamente americana, estaba sometida a la República de Bolivia. Impresionados por esa comprobación, procuramos hacer de ambas provincias el centro de nuestras observaciones particulares sobre los movimientos de población, así como sobre todo lo concerniente a la estadística de los aborígenes. Ayudados en nuestras investigaciones por los curas y los gobernadores [26], creemos poder presentar como seguros los datos que damos a

[25] En los Países Bajos, 1829 habitantes por legua cuadrada de 25 por grado. En Inglaterra, 1457. En España, 641. En Suecia y Noruega, 82. Según el cuadro presentado por M. Quetelet (*Sur l'homme et le dévelopment de ses facultés*), t. I, p. 282; París, 1935.

[26] Debemos especialmente a la amistad del señor Marcelino de la Peña haber tenido la suerte de obtener informaciones que, de otro modo, hubiera sido ciertamente imposible conseguir con tanta exactitud, aun en las regiones civilizadas de las repúblicas americanas.

continuación, porque los hemos recogido con exactitud de los registros de los curas, y el gobierno de los Jesuítas, que se prolonga hasta hoy, mantiene un contralor sumamente escrupuloso —ejercido por los mismos Indios—, al extremo de que es difícil que pueda pasárseles un solo nacimiento o defunción. Los resultados que daremos a conocer no se basan, es cierto, en una población muy numerosa, puesto que ésta se eleva a más de 38.197 almas, distribuídas en dos provincias: una, la de Chiquitos, cubierta de bosques y compuesta de colinas graníticas; otra, la de Moxos, casi desprovista por completo de árboles, constituída exclusivamente de planicies húmedas, que están inundadas la mayor parte del año. Pero, sin basarnos posiblemente en una población tan numerosa como para dar una opinión definitiva, estamos completamente convencidos de que estos resultados ofrecen observaciones interesantes para la estadística comparativa de los lugares, y que el antropólogo que los consulte podrá convencerse de que las cosas se desarrollan, entre hombres de ramas distintas y casi salvajes, del mismo modo que bajo nuestros ojos, en el seno de la civilización europea.

Comenzaremos por hacer conocer los elementos de población en las dos provincias que consideramos.

POBLACION INDIGENA DE LA PROVINCIA DE CHIQUITOS EN 1830 [27]

Nombre de las misiones	MASCULINA					FEMENINA					Total de la población
	Menores de 3 años	De 3 a 14 años	Casados	Viudos	Total	Menores de 3 años	De 3 a 14 años	Casadas	Viudas	Total	
San Javier	29	60	340	53	482	23	52	340	49	464	946
Concepción	173	235	679	59	1.146	162	189	679	73	1.103	2.249
San Ignacio	460	181	782	136	1.559	414	79	782	100	1.375	2.934
San Miguel	212	214	800	27	1.253	297	143	800	17	1 257	2.510
Santa Ana	190	54	431	49	424	140	49	131	54	374	798
San Rafael	223	69	299	45	636	77	23	299	14	413	1.049
San José	291	119	555	24	989	232	102	555	32	921	1.910
San Juan	180	54	200	5	439	160	40	200	40	440	879
Santiago	230	86	288	16	620	243	42	288	41	614	1.234
Santo Corazón	156	37	215	9	417	128	38	215	7	388	805
Totales	2.144	1.109	4.289	423	7.865	1.876	757	4.289	427	7.349	15.314

27 La diferencia que se notará entre estas cifras y aquéllas de la población de la rama chiquiteana se debe a que, en la suma de las ramas, los Chapacuras, por sus características, han sido agregados a los Moxenos.

POBLACION INDIGENA DE LA PROVINCIA DE MOXOS EN 1831 [28]

Nombre de las misiones	MASCULINA				FEMENINA				Total de la población
	Menores de 14 años	Casados	Viudos	Total	Menores 12 años	Casadas	Viudas	Total	
Loreto	453	494	81	1.028	471	494	21	986	2.014
Trinidad	672	658	54	1.384	597	658	6	1.261	2.645
San Javier	292	371	5	668	315	371	35	721	1.389
San Pedro	328	420	56	804	329	420	23	772	1 576
San Ignacio	414	514	37	965	381	514	88	983	1.948
Santa Ana	255	300	16	571	268	300	17	585	1.156
Reyes	192	266	2	460	120	266	54	440	900
Exaltación	461	473	19	953	583	473	64	1.120	2.073
San Ramón	550	443	65	1.058	373	473	19	835	1.893
San Joaquín	137	194	5	336	147	194	13	354	690
Magdalena	672	658	54	1.384	621	658	6	1.285	2.669
Concepción	606	682	37	1.325	882	682	144	1.708	3.033
Carmen	165	235	3	403	216	235	43	494	897
Totales	5.197	5.708	434	11.339	5.303	5.708	533	11.544	22.883

28 Las diferencias que se advertirán entre el total de la población de Moxos y la de nuestra rama moxena se debe a que, en este cuadro, incluímos los Maropas de Reyes, que corresponden a la rama antisiana, y a que la población de los Chapacuras no es aquí otra que la de Moxos, y no la de Concepción de Chiquitos, como lo pusimos en el cuadro de los Moxenos.

Antes de hacer comparaciones, es necesario explicar por qué razón no existen individuos solteros mayores de catorce años en los hombres y de doce en las mujeres. Esta curiosdiad se debe a la costumbre, que tiene su origen en la época de los Jesuítas, de casar comúnmente a la joven a la edad de diez años y al joven a la edad de trece años. Tal costumbre se ha llevado al extremo de que nos mostraron un viudo de doce años y una viuda de diez, y muy raramente existen en las Misiones individuos solteros o viudos mayores de esas edades.

De los cuadros precedentes se deduce que entre la población casada y soltera, comparada con el total de la población de cada provincia, existen las siguientes relaciones:

Provincias	Individuos solteros	Individuos casados	Excedente a favor de los casados
Chiquitos	5.886	9.428	3.542 [29]
Moxos	10.500	12.383	1.883

En Chiquitos, por lo tanto, sobre una población de 15.314 almas, el número de casados supera en 3.542 al número de solteros; mientras en Moxos, sobre una población total de 22.883 almas, el excedente a favor de los casados llega a 1.883. No hay relación entre uno y otro caso. Pero esto puede ser explicado por la circunstancia de que en la provincia de Moxos mueren, antes de los quince años, más muchachos que muchachas, como puede verse en el cuadro de las defunciones, lo que obliga probablemente a numerosas muchachas a diferir su matrimonio e impide también a las viudas volverse a casar. Tal observación es aún más evidente si se compara la población masculina de Chiquitos con su población femenina y se obtiene un excedente de 616 a favor de los hombres, mientras que en Moxos el excedente es de 205 a favor de las mujeres.

[29] Es interesante una comparación entre esas cifras y las que ofrece Europa. Véase, en ese sentido, los eruditos trabajos del M. Quetelet, *Sur l'homme et le développement de ses facultés*, t. I, p. 297, en los que demuestra que las dos terceras partes de la población se componen de célibes y la otra tercera parte de casados o viudos.

MOVIMIENTO DE LA POBLACION INDIGENA EN LAS PROVINCIAS DE CHIQUITOS Y MOXOS, DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830

PROVINCIAS	Años	Casamientos	NACIMIENTOS			DEFUNCIONES			Aumento de la población
			Masc.	Femen.	Total	Masc.	Femen.	Total	
MOXOS									
Llanuras y bosques inundados una parte del año; clima muy cálido; latitud del grado 12 a 15 sur; población 22.883 almas.	1828	—	767	805	1.572	590	500	1.075	482
	1829	—	807	733	1.540	574	501	1.122	465
	1830	551	807	784	1.591	562	560	1.122	469
Total de los 3 años			2.381	2.322	4.703	1.726	1.561	3.287	1.416
CHIQUITOS									
Colinas graníticas; clima cálido; latitud del grado 16 al 19 sur; población 15.314 almas.	1828	—	502	471	973	—	—	940	33
	1829	—	540	559	1.099	—	—	774	325
	1830	322	513	488	1.001	—	—	1.034	—[30]
Total de los 3 años			1.555	1.518	3.073	—	—	3.018	55

[30] En vez de aumentar, hubo disminución de 303 individuos.

El cuadro precedente muestra, en forma comparativa, el movimiento de la población durante los años 1828, 1829 y 1930, en las dos provincias que nos ocupan pero hemos creído necesario reunir las sumas de los tres años para obtener un término medio y porque cuanto más elevadas son las cifras mejor se establecen las diferencias comparativas. Este cuadro parecerá tal vez, tanto más interesante cuanto que nos proporciona los resultados obtenidos en una población en la que ningún miembro deja de contribuir al aumento de la sociedad, en la zona tórrida, en lugares donde se han reunido todos los medios necesarios para obtener, de un número determinado de habitantes, todo lo que puede pedirse para la reproducción de la especie, y donde los administradores y los curas se preocupan mucho de que los ancianos puedan volverse a casar [31].

Las referencias a los elementos anuales de la población son interesantes al extremo, y no lo serán menos si los comparamos con los de nuestras ciudades, donde, en algunas clases, la falta de comodidades, la desigualdad de las fortunas y otras muchas causas, impiden casarse a gran número de individuos de ambos sexos dando lugar a muchos nacimientos ilegítimos; mientras que en las provincias de Moxos y Chiquitos todos los individuos, sin excepción, se casan cuando tienen la edad, y no hay allí hijos naturales.

Por la misma causa que acabamos de señalar, el número anual de los matrimonios, comparado con la población, ofrece comprobaciones muy diferentes de las que proporcionan nuestras ciudades. En 1830, en la provincia de Moxos, hubo 551 matrimonios que, comparados con la población de 22.883 habitantes, nos llevan al siguiente resultado:

Un casamiento por 41,525 habitantes.

Durante el mismo año hubo, en la provincia de Chiquitos, 322 casamientos [32], que comparados con la población de 15.314 almas, dan el siguiente resultado:

31 Existe una rara costumbre instituída por los Jesuítas. Una hora antes de la misa se despierta a todos los habitantes y se los obliga a permanecer en el lecho. Esta costumbre puede favorecer el sistema que acabamos de indicar, lo mismo que el hábito de no dejar crecer los cabellos a las mujeres mientras no sean madres.

32 Por desgracia, no disponemos más que del año 1830, como término de comparación, y como es un año de epidemias, no puede servir de juicio para el número de defunciones. Hubo, posiblemente, menos casamientos que durante los años normales, y en consecuencia no dudamos que en vez de estar por debajo de la provincia de Moxos, las cifras deben ser superiores a las que da ella.

Un casamiento por 47,559 habitantes [33].

Esas cifras, poco variables en ambas provincias, parecen ser el máximo de lo que puede obtenerse de una población cualquiera.

Si comparamos el número de casamientos por año con el de nacimientos, hallaremos, por ejemplo, que en 1830 hubo, en la provincia de Moxos, 551 casamientos y 1591 nacimientos, lo que da:

Hijos por casamiento, 2,89.

Y en Chiquitos hubo 322 casamientos y 1.001 nacimientos lo que da:

Hijos por casamiento, 3,11 [34].

El grado de fecundidad de los matrimonios es inferior al término medio observado en Europa, pero hay varias causas que explican sin dificultad ese hecho. Ante todo, los individuos de ambos sexos se casan mucho antes de ser aptos para la reproducción, lo que ejerce una influencia negativa en la fecundidad de los matrimonios [35]; además no es posible, en un pueblo donde todas las mujeres son de la misma condición social, que unas alimenten a

33 El Anuario de 1835 de la Oficina de Longitudes, p. 108, da para Francia, según los eruditos resúmenes de Mathieu: *un casamiento* por 131,6 habitantes, o sea más de tres veces el número de habitantes por casamiento de las provincias de Moxos y Chiquitos.

En Cuba, de acuerdo con las observaciones del señor de la Sagra, consignadas en su importante obra estadística (*Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba,* p. 24), habría habido, en 1827, un casamiento por 194 individuos. Estas enormes diferencias dependen, sin duda, de las condiciones del estado social.

34 M. Mathieu, *loc cit.,* p. 108, da para Francia:

Hijos legítimos por matrimonio, 3,78.

Ese número es superior al que dan las provincias de Chiquitos y Moxos, pero la diferencia aparecerá aún más grande si se la compara con el cuadro de M. Benoiston (*Notice sur l'intensité de la fécondité en Europe,* etc. *Ann. des sc. nat.,* Déc. 1826, p. 5):

En Portugal, hijos por matrimonio: 5.14;
En Bohemia, ídem ídem : 5.27;
En Savoya, ídem ídem : 5.65.

De aquí que, admitiendo que un calor moderado puede ser favorable a la fecundidad del matrimonio, como lo hemos notado en la frontera del Paraguay, y teniendo en cuenta las influencias perturbadoras, estamos lejos de creer que Moxos y Chiquitos confirman la observación de Benoiston, de que *la fecundidad es mayor en los países cálidos.*

35 M. Quetelet ya ha señalado que esa causa conduce a la esterilidad o produce hijos que tienen menos probabilidades de vida (*Sur l'homme, etc.,* t. I, p. 65). En los países que consideramos, la segunda causa es evidente, pero las mujeres, sin ser completamente estériles, nunca son muy fecundas.

los hijos de otras, y poder así, volver a ser madres diez o doce meses después de un parto. Cada mujer está obligada a amamantar por sí misma a su hijo, y como los alimentos son muy ordinarios, debe hacerlo invariablemente hasta los tres y más años, tiempo durante el cual no mantiene ninguna relación con su marido, temiendo que un nuevo embarazo la obligue a destetar a su hijo. Resulta así que una mujer raramente tiene, en toda su vida, más de cinco o seis hijos, si es que alcanza ese número, lo que no es corriente.

Los nacimientos, comparados con la población, presentan casi la misma relación que los matrimonios. De ello podrá convencernos el cotejo de los resultados obtenidos en Francia con los obtenidos en Chiquitos y Moxos, y que resumimos en el siguiente cuadro:

Provincias	Años	Nacimientos	Población	Un nacimiento por habitante
MOXOS	1828	1.572	22.883	14,5
	1829	1.540	22.883	14,7
	1830	1.591	22.883	14,45
	Término medio			14,55
CHIQUITOS	1828	973	15.314	15,73
	1829	1.099	15.314	13,93
	1830	1.001	15.314	15,29
	Término medio			14,98
	Término medio de las dos provincias ..			14,76 [36]

De modo que, aunque la fecundidad de los matrimonios sea algo menor que en Europa, la fecundidad de la población es, empero, más del doble, lo que se debe a que todos los miembros contribuyen

[36] M. Mathieu da para Francia, *loc. cit.*, p. 108:
Un nacimiento por 32,4 habitantes.
Esta cifra es más del doble de la media de las dos provincias.
Según M. Quetelet, *loc. cit.*, p. 84, las cifras serían:
Para Prusia, *un nacimiento* por 23.1 habitantes;
Para Bélgica, *un nacimiento por* 30.0 habitantes.
El señor de la Sagra, en su excelente obra sobre la *Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba*, p. 21, dice que la proporción de nacimientos por habitante es:
Un nacimiento por 25 blancos;
„ „ „ 22 negros libres;
„ „ „ 22 negros esclavos.
Estas cifras no admiten comparación con las que tenemos para Moxos y Chiquitos.

y ninguno permanece inútil, como acontece en nuestros climas, donde los medios de subsistencia y muchas otras causas impiden que todos los individuos se casen. La población de Moxos y Chiquitos crecería rápidamente si los medios de conservación estuvieran en relación con la cifra anual de nacimientos.

El número de nacimientos, comparado al de defunciones, está muy lejos de ofrecernos siempre resultados satisfactorios, debido a las razones que acabamos de dar. Durante algunos años la población aumenta con rapidez, pero una epidemia de viruela o alguna fiebre eruptiva anulan en algunos meses todos los progresos alcanzados. El cuadro siguiente muestra esos enormes cambios:

Provincias	Años	Número de nacimientos	Número de defunciones	Defunciones por 100 nacimientos
MOXOS	1828	1.572	1.090	69,34
	1829	1.540	1.075	69,67
	1830	1.591	1.122	70,52
	Término medio de tres años normales ..			69,84 [37]
	1831	1.385	2.798	202,2
CHIQUITOS	1828	973	940	96,6
	1829	1.099	774	70,42
	1830	1.001	1.304	130,26
	Término medio de tres años normales ..			98,21

Este cuadro prueba que los años normales —como son, para Moxos, 1828, 1829 y 1830, y, para Chiquitos, 1828— dan, por cierto, una hermosa proporción, si se la compara con la de Francia; pero las epidemias de 1831 en Moxos y de 1830 en Chiquitos anularon gran parte del crecimiento anual [38], y como esas epidemias son desgraciadamente muy frecuentes, la población de acuerdo con nuestras investigaciones, ha disminuído en vez de aumentar, aún después de la expulsión de los Jesuítas (1767). Esta población, si bien posee

[37] M. Mathieu, *loc. cit.*, p. 108, da para Francia:
Por un nacimiento, 0.82 defunciones.
Esta cifra es seguramente mucho más elevada que la de los años normales de Moxos y Chiquitos.
En Cuba, el señor de la Sagra, *loc. cit.*, p. 22, establece una defunción por 1,8 nacimientos.

[38] Véanse las cifras en el cuadro de movimiento de la población.

todos los medios naturales de prosperidad, está, por otra parte, desprovista de todo recurso contra las enfermedades normales y de todo medio preservativo y curativo contra los estragos de las epidemias.

Las defunciones, comparadas con el número de habitantes, nos dan los siguientes resultados:

Provincias	Años	Defunciones	Población	Una defunción por habitantes
MOXOS	1828	1.090	22.883	29,9
	1829	1.075	22.883	21,28
	1830	1.122	22.883	20,39
	Término medio de los tres años			20,86
CHIQUITOS	1828	940	15.314	16,29
	1829	774	15.314	18,78
	1830	1.304	15.314	11,74
	Término medio de los tres años			15,22
	Término medio de las dos provincias ..			18,04 [39]

Si, por una parte, el número de nacimientos comparado con el de la población, nos proporciona resultados extraordinarios, pero siempre en relación directa con las modalidades locales y los me-

39 M. Mathieu da para Francia, *loc. cit.*, p. 108:
Una defunción por 39,4 habitantes.
Nada se hace, en las provincias de Moxos y Chiquitos, para cuidar a los enfermos, y la naturaleza queda librada a sí misma.
M. Quetelet, *loc. cit.*, p. 84, da las cifras siguientes:
En Inglaterra, *una defunción por* 49,0 habitantes;
En Rusia, *una defunción por* 36,2 habitantes.
Desde hace mucho tiempo se admite que en los lugares pantanosos de Europa y otras partes aumenta la cifra de las defunciones, comparadas con las de la población. (Véanse las eruditas investigaciones de M. Villermé, *Annales d'hygiéne*, y de M. Quetelet, *loc. cit.*, t. I, p. 150). Es interesante hallar una excepción de ese hecho en la provincia de Moxos, comparada con la de Chiquitos.
En la Isla de Cuba, el señor de la Sagra, *Historia económico-política*, etc., p. 22, establece:
Una defunción por 40,8 entre los blancos;
„ „ „ 27,9 entre los hombres de color libres;
„ „ „ 35,9 entre los hombres de color esclavos.
Cifras que, aunque inferiores del término medio obtenido en Francia, son muy superiores a las de las provincias que consideramos, que tienen un clima más o menos igual.

dios de reproducción, vemos también que la mortalidad, comparada con la población, nos proporciona cifras muy inferiores a las que se obtienen en Europa, hecho que debemos atribuir a que las causas de la despoblación no son en lo más mínimo atenuadas por los recursos que brinda la civilización y la ayuda de la medicina.

Las defunciones masculinas, comparadas con las femeninas están en la siguiente relación:

Provincias	Años	DEFUNCIONES		Defunciones femeninas por 100 masculinas
		Masculinas	Femeninas	
MOXOS	1828	590	500	84,74
	1829	574	505	99,64
	1830	562	560	87,28
	Término medio de los tres años			90,44 [40]

Esos datos son muy distintos de los que se recogen en Europa, hecho que podría atribuirse al trabajo manufacturero de los hombres moxenos, y a que, navegando de continuo por los ríos, en una región de inundaciones, están más amenazados de ser atacados por los gérmenes de fiebres intermitentes o más expuestos a diversos accidentes propios de tal género de vida.

Nos falta comparar el número de nacimientos masculinos con el de nacimientos femeninos, para establecer en qué relación están con los de los países templados e investigar localmente algunos hechos que confirman las variaciones que se han señalado.

El cuadro de la página siguiente muestra los resultados obtenidos.

El término medio de ambas provincias sería, si tenemos en cuenta solamente los resultados generales, de 102.28 niños por 100 niñas, y si se nos permite basar un juicio en esas cifras podemos afirmar que, en las zonas muy cálidas, el número de niños es, en relación al de niñas, menos elevado que en los países templados y fríos.

Existe un hecho que puede tener gran influencia sobre el número comparativo de nacimientos masculinos y femeninos: es que los casamientos se efectúan a una edad muy temprana para ambos sexos [41] y la diferencia de edad entre los esposos nunca es mayor de dos a tres años, y la mujer permanece núbil por lo menos duran-

40 M. Mathieu ha hallado para Francia las siguientes cifras:
Defunciones: masculina, 55; femenina, 54,066.
41 Véase lo dicho en la página 44.

Provincias	Años	NACIMIENTOS		Niños por 100 niñas
		Masculinas	Femeninas	
MOXOS	1828	767	805	95.28
	1829	807	733	110.10
	1830	807	784	102.93
	1831	695	690	100.72
	Término medio de los cuatro años			102.12
CHIQUITOS	1828	502	471	106.58
	1829	540	559	96.60
	1830	513	488	105.12
	Término medio de las dos provincias ..			102.44
	Término medio de los tres años			102.28 [42]

te esos años, hasta que el marido sea púber, aún en la latitud que consideramos. La mujer está, por lo tanto, más formada que el hombre, desde su primer embarazo, porque ella, desde ese momento, alcanza su pleno crecimiento, mientras el hombre no ha completado aún el suyo.

Investiguemos ahora la posible influencia de las estaciones sobre los nacimientos. Los datos correspondientes a las provincias de Moxos y Chiquitos, situadas ambas en la zona tórrida, se hallarán en los cuadros siguientes:

42 Según los estudios publicados por M. Quetelet, en su erudita obra *Sur l'homme et le développement de ses facultés*, etc., París, 1835, t. I, p. 45, las proporciones serían:

En Rusia	108,91
En Francia	106.55
En Suecia	104.62

La media sería para Europa de 106.00. Esas cifras son mucho más elevadas que las que acabamos de dar.

En La Habana, según el señor de la Sagra, *loc. cit.*, p. 28, hubo en cinco años un término medio de 1,03 niños por 1 niña. Esa cifra es más elevada que en Chiquitos, aunque muy inferior a las obtenidas en Europa.

CUADRO COMPARATIVO DE LOS NACIMIENTOS MENSUALES EN LA PROVINCIA DE MOXOS DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830.

MESES	1828			1829			1830			Total de los tres años		
	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total
Enero	50	55	105	62	62	124	46	51	97	158	168	326
Febrero	49	39	88	55	42	97	41	56	100	148	137	285
Marzo	72	55	127	66	52	118	67	53	120	205	160	365
Abril	60	66	126	64	69	133	72	81	153	196	216	412
Mayo	81	94	175	79	71	150	59	65	124	219	230	449
Junio	64	69	133	68	50	118	63	66	129	195	182	377
Julio	69	70	139	93	79	172	76	67	143	238	216	454
Agosto	70	63	133	67	55	122	91	76	167	228	194	422
Setiembre	69	91	160	81	88	169	90	79	169	240	258	498
Octubre	67	74	141	59	63	122	71	68	139	197	205	402
Noviembre	61	63	124	63	61	124	65	65	130	189	189	378
Diciembre	55	69	124	50	41	91	63	57	120	168	167	335
	767	805	1.572	807	733	1.540	807	784	1.591	2.381	2.322	4.703

CUADRO COMPARATIVO DE LOS NACIMIENTOS MENSUALES EN LA PROVINCIA DE CHIQUITOS DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830

MESES	1828			1829			1830			Total de los tres años		
	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total	Masc.	Fem.	Total
Enero	54	48	102	35	36	71	54	53	107	143	137	280
Febrero	31	31	62	46	43	89	61	39	100	138	113	251
Marzo	39	46	85	45	47	92	53	42	95	137	135	272
Abril	50	48	98	42	45	87	44	44	88	136	137	273
Mayo	50	37	87	43	49	92	34	36	70	127	122	249
Junio	53	30	83	75	47	122	37	44	81	165	121	286
Julio	34	38	72	49	58	107	36	41	77	119	137	256
Agosto	34	35	69	49	45	94	40	49	89	123	129	252
Setiembre	39	35	74	39	54	93	42	41	83	120	130	250
Octubre	39	40	79	52	42	94	44	40	84	135	122	257
Noviembre	38	46	84	39	50	89	39	31	70	116	127	243
Diciembre	41	37	78	26	43	69	29	28	57	96	108	204
	502	471	973	540	559	1.099	513	488	1.001	1.555	1.518	3.073

Puesto que hemos encontrado en todos los casos una concordancia muy exacta entre los meses de *máximos* y *mínimos* nacimientos masculinos y nacimientos femeninos, creemos que es inútil investigar causas diferentes para los unos y los otros. Pero, con el propósito de demostrar cuáles son las influencias que, a nuestro entender, ejercen las estaciones sobre el número más o menos grande de nacimientos, presentaremos, frente a frente y por años, los *máximos y mínimos* de nacimientos mensuales:

Provincia	Años	Mes de nacimientos máximos	Mes de nacimientos mínimos
MOXOS	1828	Mayo ..... 175 Setiembre ..... 160 Octubre 141	Febrero ..... 88 Enero ..... 150 Diciembre 124
	1829	Julio ..... 172 Setiembre ..... 169 Mayo 160	Diciembre ..... 91 Febrero ..... 97 Marzo 118
	1830	Setiembre ..... 169 Agosto ..... 167 Abril 153	Enero ..... 97 Febrero ..... 100 Diciembre 120
	Resumen de los 3 años	Setiembre ..... 498 Julio ..... 454 Mayo 459	Febrero ..... 285 Enero ..... 326 Diciembre 345

Aunque, en los países que consideramos, la temperatura sea poco variable, se siente, sin embargo, muy intensamente la influencia de las estaciones, que dependen del estado meteorológico de los lugares. La estación seca comienza en el otoño, es decir, en el mes de abril, y termina en la primavera, en setiembre. La naturaleza cambia entonces de aspecto; los árboles se cubren de nuevo follaje, las flores exhiben sus bellos colores, y una pujante vegetación se extiende por una tierra que pelaron las sequías del invierno. Comienza a llover. ¿Cómo el hombre no ha de experimentar los efectos del cambio cuando toda la naturaleza parece salir de una especie de letargo e iniciar una nueva existencia? Si tratamos de descubrir una prueba de

Provincia	Años	Mes de nacimientos máximos		Mes de nacimientos mínimos	
CHIQUITOS	1828	Enero	102	Febrero	62
		Mayo	87	Agosto	69
		Abril	98	Julio	72
	1829	Junio	122	Diciembre	69
		Julio	107	Enero	71
		Agosto	94	Febrero	89
	1830	Enero	107	Diciembre	70
		Febrero	100	Noviembre	70
		Marzo	95	Mayo	70
	Resumen de los 3 años	Junio	286	Diciembre	204
		Enero	280	Noviembre	243
		Abril	273	Mayo	249

esa acción de las estaciones sobre el número de nacimientos producidos nueve meses más tarde, la hallaremos de manera concluyente, y veremos, en el cuadro precedente, que en Moxos y durante tres años, los *máximos* han estado siempre entre los meses de mayo y octubre, o sea que las criaturas han sido concebidas de agosto a noviembre, en la primavera, cuando caen las primeras lluvias, que son cada día mayores, hasta inundar toda la comarca. El término medio de los tres años en los cuales se desarrollan nuestras observaciones, presenta como máximo para Moxos, los meses de setiembre, julio y mayo, que corresponden, en lo que se refiere a las concepciones, a los meses de enero, noviembre y setiembre (primavera y verano)[43]. En Chiquitos hallamos menos regularidad en la influencia de las estaciones; sin embargo, los *máximos* se encuentran casi siempre dentro de los mismos límites, y sólo se exceptúa el mes de enero. Mayo es el mes de la concepción, y el momento más frío del año,

43 La época del *máximo* es, en Bélgica, febrero, según Quetelet, *loc. cit.*, t. II, pág. 319. Las concepciones tendrían pues, lugar en mayo y junio, precisamente en primavera, como en los países que hemos visitado. Nuestras cifras serían, entonces, distintas de las obtenidas por el señor de la Sagra, que dice que en La Habana (*loc. cit.*, p. 35) los meses fríos son más favorables a las concepciones que los calurosos, debido posiblemente a causas locales.

cuando a veces un violento seco del sur retempla las fibras y morigera el calor sofocante de la latitud de Chiquitos. La mayor o menor abundancia de alimentos no parece tener siempre influencia directa en el número de nacimientos, puesto que, durante la estación de la cosecha (febrero, marzo y abril), se dan los *mínimos* de nacimientos en Moxos. Podrá, a lo sumo, ejercer cierta influencia en Chiquitos, cuando el *máximo* tiene lugar en mayo y junio, correspondiente para la concepción, a enero y febrero, época en que se inician las primeras cosechas.

La explicación que acabamos de dar para los *máximos* se aplica, hasta cietro punto, a la que podemos dar para los *mínimos*. Empero, no podemos todavía descubrir causas más particulares. No podemos atribuir la influencia en Moxos a carencia de alimentos, puesto que hallamos el *máximo* de concepciones precisamente en la época de la siembra, que es el momento más alejado de la cosecha; mientras que el *mínimo* tiene lugar siempre en diciembre, enero y febrero, que corresponden para las concepciones, a los meses de abril, mayo y junio, siguientes a la cosecha. Creemos que existen dos influencias distintas: una debida a la temperatura, puesto que las concepciones se producen durante los meses más fríos del año[44], época en que se elevan emanaciones pútridas de una inmensa superficie desecada[45]; ¿pero no podrán ser, acaso, los efectos de esos rigurosos ayunos y de esas penitencias sangrientas, que las creencias religiosas, llevadas hasta el fanatismo, imponen todos los años, durante la cuaresma, a todos los habitantes de Moxos?[46]. Puesto que el cambio de temperatura es poco sensible, nos inclinamos a pensar que la cuaresma, y sobre todo las enfermedades que la siguen, deben ser las causas más probables de la disminución del número. Las mismas reflexiones pueden aplicarse a Chiquitos, aunque con menos regularidad.

Sólo nos queda por ver si, como resumen de nuestros conocimientos locales, los dos cuadros que van en pág. 59, 60 y 61, nos brindan

44 Según Quetelet (*loc. cit.*, tomo II, pág. 319, el *mínimo* de nacimientos se producirían, en Bélgica, en el mes de julio, lo que corresponde, para las concepciones, al comienzo de los fríos del invierno y se halla en relación con lo que hemos observado en la zona tórrida.

45 Villermé, en sus importantes estudios sobre los nacimientos (*Annales d'hygiéne*, enero de 1831), halla que las emanaciones de los pantanos tienen influencia sobre la cifra de las concepciones. Esta observación está en relación con lo observado en la provincia de Moxos.

46 Hacen ayuno riguroso desde el miércoles santo hasta el domingo de Pascua y se cubren el cuerpo de heridas debido a las flagelaciones.

alguna explicación de la época anual de las defunciones *máximas* y *mínimas* en las dos provincias que consideramos.

Ya que no hemos hallado grandes diferencias en las épocas de defunciones según edades y sexos [47], nos limitaremos a presentar aquí, sin hacer distinciones para los *máximos* y para los *mínimos*, los totales extraídos de los cuadros precedentes:

Provincia	Años	DEFUNCIONES	
		Máximo	Mínimo
MOXOS	1828	Junio 146	Octubre 63
		Julio 107	Noviembre 70
		Marzo 103	Agosto 76
	1829	Junio 121	Diciembre 60
		Julio 103	Agosto 69
		Noviembre 101	Enero 78
	1830	Mayo 111	Enero 62
		Noviembre 110	Febrero 78
		Agosto 106	Marzo 83
	Resumen de los 3 años	Junio 359	Enero 229
		Julio 300	Diciembre 234
		Mayo 292	Agosto 251

Los *máximos* de las defunciones, en la provincia de Moxos, se producen siempre durante los meses de mayo, junio y julio, es decir, durante los tres meses más secos y fríos del año [48], época que sigue a la de evaporación de las aguas que cubren a la provincia, dejando inmensas superficies cubiertas de pantanos y aguas estancadas y putrefactas. En consecuencia, podría atribuirse el *máximo* de

47 Es evidente que el año 1830 presenta una mortalidad mayor, y un cambio en las cifras normales que atribuímos, con certeza, a la viruela, que hizo estragos en esa época.

48 Es interesante observar que tanto en Europa como en la zona tórrida el *máximo* de defunciones tiene lugar en la estación más fría (ver Quetelet (*loc. cit.*, t. II, p. 310, y t. I, p. 188). Si prescindimos de las influencias locales, las cosas sucederían entre nosotros igual que en América.

CUADRO COMPARATIVO DE LAS DEFUNCIONES MENSUALES EN LA PROVINCIA DE CHIQUITOS DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830

MESES	1828				1829				1830				Total de los 3 años			
	Menores de 15 años	de 15 a 50 años	Más de 50 años	Total	Menores de 15 años	de 15 a 50 años	Más de 50 años	Total	Menores de 15 años	de 15 a 50 años	Más de 50 años	Total	Menores de 15 años	de 15 a 50 años	Más de 50 años	Total
Enero ..	101	22	24	147	44	37	9	90	49	23	26	96	194	76	57	327
Febrero .	128	19	16	163	48	18	19	85	43	12	26	81	219	49	61	329
Marzo ..	35	22	9	66	28	17	18	63	52	29	18	99	115	68	45	228
Abril ...	39	18	14	71	18	20	19	57	44	29	27	100	101	67	60	228
Mayo ...	45	16	15	76	30	25	17	72	65	30	25	120	141	71	57	268
Junio	39	14	16	69	21	13	20	54	53	22	16	91	113	49	52	214
Julio ...	32	17	15	64	28	7	21	56	64	20	32	116	134	44	68	236
Agosto ..	29	8	13	50	25	11	19	55	73	22	28	123	127	41	60	228
Setiembre	33	17	7	57	35	26	14	75	67	24	31	122	135	67	52	254
Octubre .	27	10	10	47	36	13	16	65	38	25	20	83	101	48	46	195
Noviembre	32	15	8	55	14	10	16	40	69	17	23	109	115	42	47	204
Diciembre	40	21	14	75	36	17	15	68	122	11	31	164	198	49	60	307
	580	199	161	940	363	208	203	774	739	264	301	1.304	1.682	671	665	3.018

CUADRO COMPARATIVO DE LAS DEFUNCIONES MENSUALES EN LA PROVINCIA DE MOXOS DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830

MESES	1828									1829								
	Defunciones femeninas				Defunciones masculinas				Total del mes	Defunciones masculinas				Defunciones femeninas				Total del mes
	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL		Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	
Enero ...	33	7	6	46	31	9	3	43	89	24	8	5	37	24	12	5	41	78
Febrero .	37	6	8	51	22	5	3	30	81	37	11	6	54	28	9	4	41	95
Marzo ..	44	6	8	58	34	7	4	45	103	31	5	11	47	25	14	5	44	91
Abril ...	35	10	4	49	31	9	8	48	97	39	8	4	51	26	8	5	39	90
Mayo ...	39		7	52	34	6	2	42	94	36	13	3	52	22	10	3	39	87
Junio ..	51	22	8	81	43	12	10	65	146	49	9	7	65	34	12	10	56	121
Julio ...	34	12	11	57	37	7	6	50	107	35	11	4	50	36	15	2	53	103
Agosto ..	33	8	6	47	20	5	4	29	76	21	5	6	32	19	8	10	37	69
Setiembre	34	1	4	39	24	12	10	46	85	35	17	2	54	21	10	7	38	92
Octubre ..	15	2	4	21	23	12	7	42	63	29	16	2	47	31	6	4	41	88
Noviembre	30	13	7	50	10	9	1	20	70	36	11	4	51	36	8	6	50	101
Diciembre	18	14	7	39	25	6	9	40	79	23	3	8	34	19	5	2	26	60
	403	107	80	590	334	99	67	500	1.090	395	117	62	574	321	117	63	501	1.075

CUADRO COMPARATIVO DE LAS DEFUNCIONES MENSUALES EN LA PROVINCIA DE MOXOS DURANTE LOS AÑOS 1828, 1829 Y 1830 *(Conclusión)*

MESES	1830									Total de los tres años								
	Defunciones masculinas				Defunciones femeninas				Total del mes	Defunciones masculinas				Defunciones femeninas				Total del mes
	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL		Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	Menores de 15 años	15 a 50 años	Mayores de 50 años	TOTAL	
Enero ...	25	4	2	31	14	17	—	31	62	82	19	13	114	69	38	8	115	229
Febrero .	31	5	6	42	23	10	3	36	78	105	22	20	147	73	24	10	107	254
Marzo ...	34	8	2	44	31	7	1	39	83	109	19	21	149	90	28	10	128	277
Abril	29	13	2	44	36	8	6	50	94	103	31	10	144	93	25	19	137	281
Mayo	41	15	1	57	32	17	5	54	111	116	34	11	161	88	33	10	131	292
Junio	32	9	2	43	33	12	4	49	92	132	40	17	189	110	36	24	170	359
Julio	29	11	1	41	35	12	2	49	90	98	34	16	148	108	34	10	152	300
Agosto ..	47	6	2	55	38	6	7	51	106	101	19	14	134	77	19	21	117	251
Setiembre.	39	8	4	51	31	13	4	48	99	108	26	10	144	76	35	21	132	276
Octubre ..	40	13	3	56	30	15	1	46	102	84	31	9	124	84	33	12	129	253
Noviembre	40	10	4	54	42	12	2	56	110	106	34	15	155	88	29	9	126	281
Diciembre	30	9	5	44	39	8	4	51	95	71	26	20	117	83	19	15	117	234
	417	111	34	562	384	137	39	560	1.122	1.215	335	176	1.726	1.039	353	169	1.561	3.287

Provincia	Años	DEFUNCIONES	
		Máximo	Mínimo
CHIQUITOS	1828	Febrero 163	Octubre 47
		Enero 147	Agosto 50
		Mayo 76	Noviembre 55
	1829	Febrero 85	Noviembre 40
		Enero 84	Junio 54
		Setiembre 75	Agosto 55
	1830 [47]	Diciembre 164	Febrero 81
		Agosto 123	Octubre 83
		Setiembre 122	Junio 91
	Resumen de los 3 años	Febrero 329	Octubre 195
		Enero 327	Noviembre 204
		Diciembre 307	Junio 214

defunciones durante la estación seca a: 1º los vientos invernales, demasiado fríos para hombres que viven casi desnudos y están acostumbrados a una temperatura abrasadora y 2º las enfermedades (fiebres intermitentes) que producen los miasmas deletéreos de que la atmósfera se halla sobrecargada. El *mázimo* tiene lugar en la provincia de Chiquitos, para los años normales, durante los meses de diciembre, enero y febrero, es decir, en la época que precede a las cosechas, tiempo de escasez y cuando las lluvias torrenciales inundan todos los valles. Estamos convencidos de que se debe atribuir a esas dos causas la multiplicidad de las defunciones. Esas dos provincias, tan vecinas entre sí, experimentan, por consiguiente, el efecto de influencias completamente distintas en el aumento de la mortalidad.

La época del *mínimo* de defunciones corresponde en Moxos al momento de las grandes lluvias, estación durante la cual la navega-

ción se simplifica debido al acortamiento de las comunicaciones, y cesan las emanaciones putrefactas de los pantanos. Aunque en Chiquitos existe una menor regularidad, es fácil establecer el *mínimo* correspondiente en la primavera, cuando las lluvias poco intensas vivifican a toda la naturaleza y templan los rayos de un sol ardiente y desecante.

CAPITULO II

CONSIDERACIONES FISIOLOGICAS

COLOR DE LA PIEL

El estudio del elemento colorante de la piel de los Americanos no corresponde a esta obra; pertenece al dominio de la fisiología general del hombre, y como se trata de un problema importante que ha sido analizado con profundidad en las eruditas memorias de M. Flourens [1], sin dejar nada que desear, creemos prestar un servicio a nuestros lectores remitiéndolos a tan excelente fuente de información. Nuestra tarea se reduce a estudiar las características zoológicas, sin usurpar lo que entra en el dominio de la anatomía especial.

Se afirma, a menudo, que el color de los Americanos es uniforme y siempre *cobrizo* [2]. Sin embargo, existen pocas partes del mundo

[1] *Recherches anatomiques sur le corps muqueux ou appareil pigmental de la peau, dans l' Indien Charrúa,* etc. (En *Annales des sciences naturelles,* tomo VII, página 156, 1837).

[2] *Los Indios son de un color que tira a rojo, y a fuerza de tostarse con el sol y con el viento, toman otro que obscurece;* Ulloa, *Noticias americanas,* p. 252 y 253; *Visto un Indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos en quanto el color y contestura.* Humboldt dice *con razón* (*Voy.* in 8º t. III, p. 278): "La denominación de hombres *rojo-cobrizos* jamás debería haberse aplicado en América Equinoccial para designar a los indígenas". Podemos decir otro tanto de las comarcas meridionales. Buffon, *Histoire de l'homme* (éd. de Sonnini, t. II, p. 378) sigue al pie de la letra a Ulloa, en la supuesta uniformidad de los Americanos, p. 34; Blumenbach atribuye erróneamente los negros al Brasil, p. 147 de la traducción francesa: son, sin duda, negros llevados de la costa africana.

Home, *Sketches of the history of man,* t. I, p. 13, considera también a los Americanos de un mismo color.

Igual hace Robertson, *Histoire d'Amérique* (Bordeaux, 1827, lib. 4, p. 56); y Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú,* part. 1, cap. 19.

donde el color del hombre sea tan variado en su intensidad y en la mezcla de sus pigmentos, según las ramas y naciones. Po eso, en vez de aceptar esa uniformidad excesivamente sistemática que encuentra el autor español y muchos otros, comenzaremos afirmando que, en los territorios recorridos, nunca hemos hallado un solo Americano cobrizo. Creemos que el origen de ese error reside en que se ha hecho un estudio más profundo de los pueblos de América Septentrional, caracterizados por ese color cobrizo, y que luego se ha aplicado ese mismo juicio a los aborígenes de las regiones meridionales del Nuevo Mundo, sobre quienes sólo se tienen generalmente, nociones vagas o recogidas con fines muy distintos del que nos ocupa.

El color de los Americanos que estudiamos no presenta más que dos tintes diferentes: el *moreno-oliva* y el *amarillo*, además de los matices intermedios. Y mientras el amarillo domina en los pueblos orientales, el moreno caracteriza a los pueblos del occidente y centro del continente. Los Peruanos, los Pampeanos, los Araucanos, los Chiquiteanos y los Moxenos tienen un color moreno-oliva más o menos intenso, mientras los pueblos brasilio-guaraníes son amarillentos. Y esa diferencia de matices, junto al grupo de las otras características, nos ha servido de base para dividirlos. Veamos ahora qué variaciones de intensidad experimenta cada uno de esos tintes generales.

Respecto al primer tinte (moreno-oliva) comprobamos que donde se presenta con mayor intensidad es en las ramas de los Pampeanos y los Peruanos, que se asemejan mucho a los mulatos. Los Araucanos son más pálidos, mientras los Moxenos y los Chiquiteanos, tienen el tinte menos intenso, con algo de amarillento. Existen otras naciones —los Yuracarés y los Mocetenes, de la rama antisiana, por ejemplo— que consideramos excepciones y variedades locales, y que son tan blancos como los más cetrinos habitantes del mediodía de Europa. Pero más adelante nos referiremos a tales variedades.

Respecto al segundo tinte (amarillo) hallamos mucha uniformidad en los guaraníes. Empero, se presenta más o menos mezclado de rojizo muy pálido, o moreno, según las naciones, y hasta según las tribus. Hay algunos que presentan la excepción de tener el tinte muy pálido, sin que pueda atribuirse esa diferencia característica a otras causas que a influencias locales. Así, nuestras razas ando-peruanas y pampeanas tienen, sin duda, un tinte moreno-oliva, mientras que las razas brasilio-guaraníes lo tienen amarillento. Esas diferencias netas, unidas a otras características físicas y morales, nos hacen creer que existe una causa puramente nacional.

Otra pregunta: ¿qué influencia puede atribuirse a la latitud, elevación y naturaleza de los lugares?

Las naciones de la rama peruana, que habitan la zona tórrida, son las que tienen el tinte más intenso, lo mismo que las de la rama pampeana, que se extienden desde las planicies heladas de la Patagonia hasta las comarcas cálidas. La influencia de la latitud sobre la intensidad del tinte es tanto más admirable cuanto que las naciones de color más intenso se hallan en la zona tropical, mientras que las de piel más clara, tales como la rama antisiana, los Yuracarés y los Mocetenes, las tribus Guaraníes y los Guarayos, están en las regiones cálidas, y en fin los Fueguinos, que son habitantes más próximos al polo austral, tienen el tinte mucho menos intenso que los Peruanos. De ahí que nada prueba que la latitud y el calor tengan la menor influencia sobre el color pálido o intenso, del mismo tinte, en los pueblos americanos [3].

Tampoco nos parece que las montañas produzcan un efecto sensible sobre el tinte, salvo en lo que depende de causas secundarias, como lo veremos en seguida. Hallamos, es cierto, que nuestra rama peruana, en las mesetas andinas, es la rama ando-peruana de tinte más intenso [4], pero ¿no vemos también a la rama pampeana, la más coloreada de las razas pampeanas, vivir siempre en el seno de las planicies del litoral marítimo o por lo menos en planicies poco elevadas, mientras que las naciones más pálidas de esa raza, como los Chiquiteanos, viven en colinas, y, por la misma razón, sobre el punto más alto de las comarcas que habita la raza pampeana? Creemos poder deducir de esos hechos que la elevación no influye realmente sobre la intensidad del tinte de los pueblos, salvo que se una a otras causas derivadas del estado meteorológico del lugar.

Si bien no hemos observado nada que pueda convencernos de que la latitud y la elevación del lugar que habita el homber tenga una influencia directa sobre la intensidad del tinte de las naciones que nos ocupan, no sucede lo mismo con las condiciones atmosféricas: por el contrario, está demostrado que la mayor o menor humedad de una región tiene influencia, a la larga, sobre esa intensidad relativa.

[3] Pauw, *Recherches sur les Américains*, p. 227, 236 y 237. Este autor afirma que el calor es la causa única de la intensidad del tinte.

Blumenbach, *De generis humani*, p. 151, piensa también que el calor determina el tinte subido.

[4] Buffon creía que el color se debía al calor (ed. Sonnini, *Homme*, t. II, p. 303, 454, 449 y 314): dice, de acuerdo a su sistema (p. 378), que los habitantes de las mesetas de los Andes son casi blancos, afirmación que es totalmente opuesta a la realidad.

Nuestra raza ando-peruana nos ofrece una prueba evidente: las naciones de tinte más intenso que la componen —los Quichuas y Aymaraes— habitan las mesetas más elevadas de los Andes, donde no llueve más que dos meses al año, impera la mayor sequía [5] y el suelo carece de sombra. Sobre la ladera occidental, donde nunca llueve, los pueblos del litoral tienen la piel tan oscura como los de las mesetas. Pero si descendemos por la ladera oriental cubierta de la más rica vegetación, a medida que abandonamos las comarcas menos húmedas, hasta llegar, finalmente, donde viven los Yuracarés —donde llueve casi todo el año y grandes bosques interceptan continuamente el paso de los rayos solares—, veremos debilitarse el tinte, al pasar de los Apolistas a los Mocetenes y Yuracarés. Estos últimos, sobre todo, prueban el hecho de la manera más positiva. Pertenecen por sus facciones a la raza ando-peruana, pero su tinte, en vez de ser moreno-oliva, es menos moreno y casi blanco, comparado con el de los otros Americanos [6]. ¿No debemos atribuir ese tinte mucho más claro a su larga residencia en un clima cálido y húmedo, a la sombra eterna bajo la cual viven, que habrán, al cabo de muchos siglos, alterado poco a poco su color primitivo? Antes de pronunciarnos definitivamente, corresponde que acumulemos hechos: veamos si la misma raza no nos proprocionará otros argumentos en favor de esa observación. Si seguimos andando por las montañas, hacia el sur, hallaremos a los Araucanos, ligeramente menos oscuros que los Peruanos: su suelo, en las partes meridionales, es húmedo y está cubierto de vegetación; su carácter coincide con lo que hemos dicho [6 bis]. Pero los Fueguinos, perdidos en el seno de comarcas bru-

5 Hubiéramos deseado señalar, por medio de observaciones, el estado higrométrico de la atmósfera, pero, no poseyendo instrumentos adecuados para medir matemáticamente los grados de humedad y sequedad, hemos tenido que recurrir, a falta de higrómetro, a las plantas. En la meseta andina y en la Patagonia, las plantas colocadas entre hojas de papel se secan sin que haya necesidad de cambiarlas una sola vez, lo que lleva a la creencia —probada además por otros motivos— de que la humedad es muy mínima; mientras que entre los Yuracarés y los Guarayos, nuestras plantas se pudren, aunque les cambiemos dos veces el papel, secándolo al horno, lo que nos demuestra que la humedad es extrema.

6 Los *Guaharibos*, los *Gainarés*, los *Guaicas*, los *Maquiritarés*, descritos por el señor Humboldt, *Voy.*, t. VIII, p. 209 y sig., parecen estar en el mismo caso.

6 bis Gumilla (*Histoire de l'Orénoque*, trad. Avignon, 1752, t. I, p. 108), destacó también que los pueblos que viven en los bosques son también casi blancos, mientras que los de las llanuras son casi oscuros, lo que corrobora nuestra tesis.

mosas, en regiones boscosas al oeste del estrecho, son más pálidos aun, y su tinte viene en apoyo de lo que hemos adelantado.

La raza pampeana nos ofrece ejemplos no menos concluyentes: las naciones de color más oscuro —los Patagones, Puelches, etc.— habitan las regiones más secas del territorio ocupado por la raza; sus llanuras son áridas y desprovistas de vegetación. Si avanzamos hacia el norte, a medida que la vegetación crece y que la humedad aumenta por la proximidad de las planicies inundadas del centro de América, se ve disminuir gradualmente el tinte y hacerse más pálido en los Chiquiteanos, habitantes de colinas boscosas y cálidas, y en los Moxenos, que viven en medio de llanuras inundadas.

La raza brasilio-guaraní nos brinda también pruebas irrefutables: no las hallaremos comparando las naciones entre sí, sino estudiando las tribus de una misma nación y los hombres que hablan un mismo idioma y provienen, por lo tanto, de un origen común. Los Guaraníes de la provincia de Corrientes, que habitan llanuras descubiertas parcialmente, y los guaraníes del pie de los Andes, conocidos con el nombre de Chiriguanos, que viven en el linde de las extensas llanuras del Gran Chaco, tienen un tinte muy oscuro; mientras las tribus de Guarayos [7] y Sirionos, que residen, desde hace por lo menos cuatro siglos, en medio de bosques cálidos y húmedos, impenetrables a los rayos del sol, son casi tan poco oscuros como los Europeos de nuestras comarcas meridionales.

De los hechos mencionados, que no pueden ponerse en duda, ¿no podemos deducir que la acción prolongada de la humedad influye mucho sobre los extremos de intensidad del color el hombre en general, puesto que hallamos una diferencia tan enorme entre los Yuracarés y los Quichuas, cuyas facciones son iguales y, en consecuencia, su origen puede ser el mismo; y en los Guarayos y Chiriguanos, dos tribus de una misma nación, ambas salvajes todavía, y, en consecuencia, cuya piel no puede haberse alterado por mezclas, existe tan grande disparidad? Nosotros estamos convencidos de esa influencia, pero sometemos nuestras observaciones al juicio de los especialistas, satisfechos de haber promovido un problema nuevo que puede hacer avanzar a la ciencia.

La acción prolongada de los rayos solares produce también en los Americanos, algunos cambios momentáneos. Así, aunque los Peruanos y Chiquiteanos tengan, bajo sus ropas, un color oscuro que se

7 Los Guarayos del Uruguay, descriptos por Azara, *Voy. dans l'Amér. mérid.*, t. II, p. 76), se hallan, tal vez, en las mismas condiciones que los Guarayos: se trata, por otra parte, de una tribu de los Guaraníes.

debe a la raza, este color se hace más intenso en las partes del cuerpo expuestas al ardor del sol, pero esas mismas partes tostadas, expuestas a la sombra, vuelven a tomar el tinte natural. Hemos observado un hecho interesante en los Chiquiteanos que se sometieron a la experiencia que les propusimos; después de tres meses, durante los cuales no se expusieron al sol sin cubrirse el rostro, o sea la patre del cuerpo más expuesta al aire desde la infancia, se convirtió en la menos oscura, a tal punto que si se hubiera podido medir la diferencia de intensidad se habría hallado una enorme variación, y, sin embargo, esos individuos llevaban cubierto el cuerpo desde su nacimiento. Hemos multiplicado los ejemplos de ese fenómeno y hemos comprobado que el rostro es en los Guarayos, y en general, en todos los Americanos, siempre la parte menos oscura en relación al tinte normal, mientras que el pezón de las mujeres es la parte donde el tinte se presenta más oscuro. Los niños nacen siempre con el tinte característico de la raza: ese tinte, primero más pálido, es a la edad de ocho o diez años casi tan intenso como en la edad adulta.

La opinión generalizada de que las razas americanas no expresan en lo más mínimo, por medio de la coloración instantánea del sistema dermoidal (poniéndose rojas) del rostro, las sensaciones vivas que experimentan, nos parece inexacta, por lo menos en las regiones que hemos visitado; porque hemos comprobado, en forma sucesiva, que en todas esas naciones la expresión exterior de sensaciones fuertes es tan ingenua y no menos enérgica que en la raza blanca; pero, como tienen la piel más oscura, el efecto mecánico resulta menos visible.

En resumen: hemos visto que las dos grandes divisiones de los tintes —el moreno-oliva y el amarillento— están en perfecta relación con nuestra división de las razas y se deben, sin duda, a las características físicas propias de cada origen primitivo; mientras que los hechos conocidos inducen a creer que la intensidad del color de cada raza, y hasta de cada nación, varía en razón de la mayor o menor humedad de los lugares que habitan. Terminaremos estas investigaciones especiales sobre los tintes naturales de los pueblos, haciendo notar que el color de la raza brasilio-guaraní es, con poca diferencia, el mismo que el de los pueblos de las islas de Oceanía; pero, ¿qué conclusión extraer de ese hecho cuando las grandes extensiones habitadas por las razas pampeanas y ando-peruanas la separan del Gran Océano? ¿Cómo admitir orígenes próximos entre aquélla y éstos cuando no existe la posibilidad geográfica de que así sea?

Nos falta hablar de los colores que parecen corresponder, en forma parcial o general, a causas accidentales. Nuestra rama antisiana nos ha mostrado —para casi todos los individuos de las naciones mocetenes, tacanas y yuracarés— grandes manchas irregulares, casi blancas [8], de contornos poco definidos, sobre todo el cuerpo, el rostro y las extremidades. Hemos notado, al mismo tiempo, que esas manchas ocupan sobre todo las partes salientes de las articulaciones; pero ninguna tiene el aspecto harinoso que presentan las enfermedades de la piel, sino que, por el contrario, la epidermis aparece tan lisa en esas partes como en el resto del cuerpo. Empero, después de haber comprobado que los niños no tienen nunca esas manchas, la atribuímos a causas artificiales o a consecuencia de afecciones cutáneas. Es interesante, de cualquier manera, observar que tres naciones presentan a la vez esa anomalía, lo que no deja de ser raro y extrañar a cualquiera que las ve por primera vez. A pesar de nuestras investigaciones locales, sólo hemos hallado dos casos de albinismo: uno en la nación de los Moxos y el otro en los Patagones. El primero era bien evidente, mientras que el segundo nos ha dejado algunas dudas.

CONTEXTURA DE LA PIEL

Nunca hemos visto en las regiones cálidas de América hombres o mujeres desnudos sin sentirnos impresionados por la finura extrema de su piel. Ésta no presenta jamás esa ligera vellosidad de los hombres del Viejo Mundo; es lisa, pulida, brillante, tan suave como el raso, y nada despareja, como asegura don Antonio Ulloa [9], enemigo de la raza americana. La hemos visto, tal como la describimos, en los Chiquiteanos, Moxenos y Guaraníes [10], y aunque esas cualidades de la piel estén también bastante desarrolladas en las naciones de las montañas y en las comarcas meridionales del continente, no pueden compararse en intensidad a las que adquieren en la zona tórrida.

[8] Esta característica singular ha sido notada por los habitantes de las comarcas próximas a las naciones que nos ocupan. Por eso estas últimas fueron nombradas por los Españoles: *hombres overos.*

Blumenbach, *De l'unité du genre humain*, p. 171 (trad.) habla de negros, pero como excepción, mientras que el hecho es general.

[9] *Noticias americanas;* Madrid, 1772, p. 313.

[10] Biet, *Voyage dans la France équinoxide*, p. 352, observó también esa característica en los Caribes, que pertenecen, según nosotros, a los Guaraníes: "Su carne es oscura y muy dulce; la piel parece de raso, cuando se la toca".

OLOR DE LA PIEL

Hemos comprobado que los naturales del suelo americano tienen, en general, un olor distinto de los Europeos y algo más pronunciado. Ese olor, por lo demás, nos resulta difícil describir. Todos tenemos nuestro olor, y los animales dotados de un olfato delicado, como el perro, distinguen inmediatamente, por el simple olor, los vestidos de su dueño de aquéllos de las otras personas. Pero tratar de explicar la sensación que ha producido en nosotros ese olor *sui generis* sería demasiado audaz, puesto que cada uno podría explicarlo a su modo, según nuestro parecer. Todo lo que podemos decir con certeza a ese respecto es que los americanos tienen un olor particular distinto del olor del negro y algo menos fuerte [11].

TALLA

De todas partes del mundo se ha exagerado tanto la talla de sus habitantes como de América: han hablado, sucesivamente, de que en el Nuevo Mundo viven gigantes colosales, de tres metros [12], al lado de enanos o pigmeos de cinco a seis palmos [13], apenas. No nos sorprende que tamañas inexactitudes hayan circulado durante un siglo en el que la verdad parecía vulgaridad, el siglo de lo maravilloso; pero sí nos sorprende que semejantes fábulas, más o menos modificadas, se mantengan hasta nuestros días. Una vez que hemos establecido la falsedad de todo lo que se ha dicho a ese respecto, el deseo de remontar a los orígenes y descubrir las causas del error, nos ha dado coraje para hojear ese caos de materiales desarticulados. Y largas y laboriosas investigaciones nos prometen que las informaciones que ofrecemos sobre los Patagones [14] y los Fueguinos no harán más ne-

11 Thibault de Chanvalon, *Voyage á la Martinique*, p. 44, dice, al hablar de los Caribes de las Antillas: "Todos tienen un olor fuerte y desagradable", pero demuestra gran embarazo al tratar de probarlo.

12 Sarmiento, en Argensola, *Conquista de las Molucas*, lib. 3, páginas 117, 125, dice *tres varas*, lo que presenta un aumento de más de la tercera parte.

13 Expedición de Cavendish en 1592, por Knivet, *Colection de Purchas*, t. VI, lib. VI, c. 7.

14 Véase nuestra Ojeada histórica sobre los Patagones, y el cuadro en el que presentamos todas las tallas dadas por los diferentes autores a los Patagones y Fueguinos.

CUADRO COMPARATIVO DE LA ESTATURA MEDIA POR NACIONES, POR RAMAS Y POR RAZAS

Razas	Ramas	Naciones	Talla media por naciones en metro	Talla media por rama	Talla media por raza
ANDO-PERUANA	PERUANA	Quichua ..	1.600	1.5972	1.6272
		Aymará ...	1.600		
		Chango ...	1.590		
		Atacama ..	1.600		
	ANTISIANA	Yuracarés .	1.660	1.6454	
		Mocetenes	1.650		
		Tacana ...	1.649		
		Maropa ...	1.650		
		Apolista ..	1.620		
	ARAUCANA	Araucano .	1.620	1.6411	
		Fueguino .	1.663		
PAMPEANA	PAMPEANA	Patagón ..	1.730	1.6884	1.6732
		Puelche ..	1.700		
		Charrúa ..	1.680		
		Mbocobi ..	1.680		
		Mataguayo	1.670		
		Abipones .	1.680		
		Lengua ...	1.680		
	CHIQUITEANA	Samucu ..	1.663	1.6630	
		Chiquito ..	1.663		
		Saraveca ..	1.663		
		Otuké	1.663		
		Curuminaca	1.663		
		Covareca ..	1.663		
		Curavés ...	1.663		
		Tapiis	1.663		
		Curucaneca	1.663		
		Paiconeca	—		
		Corabeca .	1.663		
	MOXENA	Moxo	1.677	1.6704	
		Chapacura	1.663		
		Itonama ..	1.649		
		Canichana	1.677		
		Movima ..	1.690		
		Cayuvava ..	1.677		
		Pacaguara .	1.670		
		Itenés	1.677		
BRASILIO-GUARANÍ		Guaraní ..	1.620	1.6200	1.6200
		Botocudo .	1.620		

cesario remontarse a las fuentes antiguas, quedando, de esa manera, un problema que ha agitado tanto tiempo a los filósofos y sabios, resuelto definitivamente. Si bien esas dos naciones de las partes más australes de América han atraído la atención de los observadores, no sucede, por desgracia, lo mismo con el resto de las comarcas que nos ocupan. Únicamente Azara ha proporcionado, sobre esta cuestión, algunas vagas informaciones, sin apoyarlas en pruebas. Por eso no disponemos a ese respecto de otra garantía que nuestras observaciones personales. Antes de hacer ninguna consideración de detalle, creemos necesario presentar, en un cuadro comparativo, nuestras observaciones referentes a la talla media de los hombres de cada nación, y luego, en su conjunto, por ramas y por grupos más generales todavía, es decir, por razas, con el propósito de que, al seguir con menos dificultad el desarrollo de nuestra exposición, podamos apreciar mejor el valor de los datos [15].

Si consideramos la talla media del conjunto de las naciones, según sus límites, encontramos, por ejemplo, que la más alta es, sin duda, la nación patagona, con una talla, según nuestros datos [16], de 1 metro 750 milímetros (5 pies y 4 pulgadas), mientras que las más pequeñas de todas, las naciones chango y quichua, no llegan más que a 1 metro 590 a 600 milímetros (4 pies y 9 pulgadas). De esa manera existe, entre esos dos límites extremos, una enorme diferencia de 140 milímetros (más de 5 pulgadas), lo que demuestra categóricamente que no hay unidad de talla en los Americanos, considerados en general. Se trata de ver ahora qué relaciones de uniformidad encontramos con nuestras divisiones por ramas o por razas.

Comencemos por nuestra raza ando-peruana. Comprobamos que existe una gran igualdad de talla en las cuatro naciones que forman la rama peruana, y si los changos son una excepción se debe, tal vez, a causas particulares, porque el resto nos ha dado una talla media de 1 metro 600 milímetros (algo más de 4 pies y 9 pulgadas). La rama antisiana no nos ofrece, ni mucho menos, una uniformidad semejante: en los Yuracarés, los más altos de todos, 1 metro 660 milímetros (5 pies y una pulgada y media), y en los Tacanas, los más bajos, 1 metro 649 milímetros. Entre ambos hay 11 milímetros de diferencia y la talla media de la rama es de 1 metro 645 milímetros, es decir, 48 milímetros más elevada que la

[15] Las medidas señaladas son las que hemos tomado de cada nación, sobre un número más o menos grande de individuos.

[16] Nuestra medida, tomada sobre un gran número de individuos, es muy diferente de todo lo que ha sido dicho.

de los Peruanos. Investigaremos más adelante las causas de esa diferencia. En la rama araucana hallamos, término medio, 1 metro 641 milímetros, es decir, algo menos que la rama antisiana, pero 44 milímetros más elevada que la rama peruana. De esa manera, las diferencias que existen entre todas las naciones ando-peruanas desaparecen, y se agrupan perfectamente de acuerdo con las ramas. La talla media de toda raza es de 1 metro 627 milímetros.

La raza pampeana presenta, en su rama pampeana, a los Americanos de mayor tamaño. Los Patagones miden, como hemos dicho, 1 metro 730 milímetros; los Mataguayos, que son los más pequeños, tienen 1 metro 670 milímetros. La diferencia de 60 milímetros es enorme, pero no nos parece extraordinaria si en las comparaciones se tienen en cuenta las influencias locales. La talla media de la rama es de 1 metro 688 milímetros. La rama chiquiteana es de una uniformidad perfecta de talla; su media es de 1 metro 663 milímetros, es decir, 25 milímetros por debajo de la de los Pampeanos. Si prescindimos de la comparación, en la rama moxena, de la nación itonama, que constituye una anomalía, veremos que la nación menos alta después de ésta es la chapacura, que tiene la talla de los Chiquiteanos, mientras los Movimas dan 1 metro 690 milímetros, o sea 27 milímetros de diferencia. La talla media viene a ser de 1 metro 670 milímetros, o sea intermedia entre la de los Pampeanos y la de los Chiquiteanos. La talla media general de la raza pampeana nos da, en fin, 1 metro 673 milímetros, o sea 46 milímetros por encima de la raza ando-peruana.

La raza brasilio-guaraní, sin tomar en consideración sus excepciones, parece tener 1 metro 620 milímetros [17]; estaría, pues, por debajo de las otras dos, aunque siendo superior a nuestra rama peruana. Por lo que precede podemos comprobar, sin embargo, que las medias de las tallas relativas están en perfecta relación con las divisiones establecidas; de ahí que la talla lo mismo que el color, parezcan depender de una característica primitiva propia de cada nación en particular. Veamos, no obstante, si no debemos atribuir algunos efectos de las diferencias debidas a la influencia de la latitud, a la elevación sobre el nivel del mar o a la naturaleza de los lugares.

Los hombres más altos, o sea los Patagones, habitan las regiones frías comprendidas entre los grados 39 y 53 de latitud austral, mientras que los más bajos, o sea los Peruanos, viven en la zona tórrida.

[17] Las tribus de los Guarayos constituyen una excepción (véase su descripción en el artículo dedicado a los Guaraníes).

Nº de orden	Nombre de las naciones	TALLA			LIMITES	OCUPADOS	NATURALEZA DE LOS TERRENOS HABITADOS	Razas a que pertenecen	Ramas a que pertenecen
		Media hombres Metro	Extrema hombres Metro	Media mujeres Metro	En latitud meridional	En elevación por encima del nivel del mar Metro			
1	Patagón	1.730	1.920	1.620	39º a 53º	—	Llanuras áridas, secas y frías	Pampeana	Pampeana
2	Puelches	1.700	1.800	1.620	34º a 41º	—	Llanuras secas, áridas	„	„
3	Movima	1.690	1.740	1.620	14º	—	Llanuras húmedas y cálidas	„	Moxena
4	Charrúa	1.680	1.760	1.600	31º a 35º	—	Llanuras templadas	„	Pampeana
5	Mbocobi	1.680	1.730	1.590	21º a 32º	—	„	„	„
6	Abipones ...	1.680	1.000	—	28º a 30º	—	„	„	„
7	Lengua	1.680	—	—	27º	—	„	„	„
8	Moxo	1.677	1.785	1.552	13º a 16º	—	Llanuras cálidas y húmedas	„	Moxena
9	Canichana ...	1.677	1.785	1550	13º a 14º	—	„	„	„
10	Cayuvava ...	1.677	1.785	1.552	12º a 13º	—	„	„	„
11	Itenés	1.677	—	—	12º a 13º	—	„	„	„
12	Pacaguara ..	1.670	—	—	10º	—	„	„	„
13	Mataguayo ..	1.670	1.720	—	22º a 28º	—	Llanuras cálidas	„	Pampeana
14	Chapacura ..	1.663	1.760	1.535	15º	—	Llanuras inundadas, cálidas	„	Moxena
15	Samucu	1.663	1.760	1.535	18º a 20º	—	Colinas bajas, cálidas	„	Chiquiteana
16	Chiquito	1.663	1.000	1.535	16º a 18º	—	„	„	„
17	Saraveca	1.663	—	1.535	16º	—	„	„	„
18	Otuké	1.663	—	1.535	17º a 13º	—	„	„	„
19	Curuminaca .	1.663	—	1.535	16º	—	„	„	„
20	Covareca	1.663	—	1.535	17º	—	„	„	„
21	Curavés	1.663	—	1.535	19º	—	„	„	„
22	Tupiis	1.663	—	1.535	17º	—	„	„	„
23	Curucaneca .	1.663	—	1.535	16º	—	„	„	„
24	Paiconeca ...	1.663	—	1.535	16º	—	„	„	„
25	Fueguinos ..	1.663	—	1.540	50º a 56º	—	Litoral de montañas frías y bajas	Ando-peruana	Araucania
26	Yuracarés ...	1.660	1.760	1.530	16º a 17º	600 a 1000	Pie de montañas boscosas y cálidas	„	Antisiana
27	Mocetenes ..	1.650	1.680	—	16º	1000?	Montañas boscosas, cálidas	„	„
28	Maropa	1.650	—	—	13º	—	Pie de montañas	„	„
29	Tacana	1.649	1.700	—	13º a 15º	1200?	Montañas boscosas	„	„
30	Itonama	1.649	1.730	1.550	13º a 14º	—	Llanuras inundadas, cálidas	Pampeana	Moxena
31	Guaraní	1.620	1.730	1.490	—	—	Colinas boscosas	Brasilio-guaraní	„
32	Botocudo ...	1.620	1.000	—	—	—	„	„	„
33	Apolistas	1.620	—	—	15º	—	Montañas templadas	Ando-peruana	Antisiana
34	Araucano ...	1.620	1.730	1.460	30º a 50º	—	„	„	Araucania
35	Quichua	1.600	1.650	1.460	0º a 28º	2500 a 5000	Montañas secas, áridas y frías	„	Peruana
36	Aymará	1.600	1.650	1.460	15º a 20º	2500 a 5000	Litoral de montañas	„	„
37	Atacama	1.600	—	—	19º a 22º	2500?	„	„	„
38	Chango	1.590	1.650	1.455	22º a 24º	—		„	„

Sería falso apresurarnos a extraer la conclusión de que la región cálida es menos favorable al crecimiento del hombre, puesto que los Movimas de Moxos nos ofrecen una talla media poco inferior a la de los Puelches, vecinos de los Patagones, como talla y como lugar que habitan; y que, además, si nos desviamos de esos límites, vemos otros pueblos de regiones más cálidas [18], rivalizar también con la nación patagona. Si comparamos detenidamente los materiales que poseemos, no hallaremos nada que pueda probar que el color tiene la menor influencia sobre la talla [19]. No encontraremos tampoco nada que nos demuestre que el frío tenga mayor influencia, porque si bien se ha presentado sistemáticamente a los Fueguinos como enanos, con el propósito preconcebido de hallar en el polo sur la misma talla pequeña observada en el polo norte, esta opinión carece de fundamento, puesto que, según nuestras observaciones personales y el testimonio de los viajeros, esa nación tiene una talla media de 1 metro 663 milímetros (o sea cerca de 5 pies y 1 pulgada y media).

Nos parece que una mayor influencia tiene en la talla media del hombre americano la elevación, el habitar permanentemente las montañas. Vemos, por ejemplo, que todos los Peruanos son los más pequeños de todas las naciones que comparamos; habitan por lo general mesetas comprendidas entre 2.000 y más de 4.700 metros [20] sobre el nivel del mar, donde el aire está muy rarificado. Si seguimos a los otros pueblos montañeses, veremos que a medida que la latitud más fría los obliga a descender de las mesetas a puntos menos elevados, adquieren una talla más elevada; los Araucanos son más altos que los Peruanos; y los Fueguinos, que sólo habitan el litoral, en medio de sus montañas heladas, son más altos que los Araucanos. Las mismas circunstancias descubrimos en las zonas cálidas, al descender de las mesetas por la ladera oriental de los Andes; los Apolistas, de la rama antisiana, son los más bajos, mientras las otras naciones tienen una talla que depende, de cierta manera, de la altura relativa del lugar que ocupan; así, al pasar de los Apolistas a los Tacanas y a los Mocetenes, la talla aumenta; los Yuracarés, que viven al pie de la cadena, son los más altos de todos. Dos hechos interesantes confirman esa influencia: en los valles cálidos y húmedos de Bolivia, la talla de los Quichuas es mayor que en las mesetas. La nación araucana nos presenta el mismo fenómeno: Los Pehuelches [21], habitantes de las montañas, forman la tribu de menor estatura, mientras los Ranqueles, de talla mucho mayor, viven desde hace siglos en las planicies próximas a los Andes.

Las observaciones que hemos efectuado sobre los pueblos que componen la raza pampeana confirman nuestra afirmación: el punto más elevado de esa zona geográfica es la provincia de Chiquitos, formada de colinas graníticas, que dividen las cuencas del Amazonas y el Plata. Es interesante hacer notar que allí se encuentran los hombres de talla más pequeña, mientras que la talla media aumenta a medida que uno se aleja de ese centro, descendiendo hacia las planicies del sur hasta llegar junto a los Patagones del litoral marítimo o del lado Norte, dirigiéndose hacia las llanuras de la provincia de Moxos. Estarán de acuerdo con nosotros... De lo dicho precedentemente es difícil no sacar la conclusión de que la acción prolongada de la rarificación del aire de las mesetas puede tener influencia sobre el achicamiento de la talla media del hombre, puesto que ese hecho está demostrado, no solamente por el conjunto de pueblos, sino también por las pruebas que ofrece el mismo lugar donde viven las tribus de una misma nación.

Para estar en condiciones de distinguir claramente si el efecto que acabamos de describir no depende del estado de la atmósfera, o no se debe realmente a la influencia de las montañas, nos falta considerar la influencia de los lugares sobre la talla. El paralelo que podemos establecer entre los Patagones y los Peruanos destruye todas las objeciones presentadas en favor de las influencias atmosféricas exclusivas. En efecto, como lo hemos dicho, la vegetación y la zoología características de las llanuras que habitan los Patagones, a la orilla del mar, del grado 41 al 50 de latitud [22], se hallan absolutamente en las mismas condiciones que las de las mesetas de los Andes, del grado 15 al 20 de latitud, entre límites de elevación que van de los 2.700 a los 4.700 metros sobre el nivel del mar. No solamente se hallan las mismas familias y géneros de plantas y ani-

18 Los *Caribes*, descriptos por el señor de Humboldt, en su *Voyage aux régions équinoxiales* (in 8º, t. III, p. 355) no corresponden posiblemente a la nación que habita las Antillas y que se designa con el mismo nombre.Véase nuestras investigaciones a ese respecto, en el artículo sobre los Guaraníes.

19 Buffon creía que el frío achicaba al hombre (edic. de Sonnini, *Homme*, t. II, p. 303).

20 Véase lo que hemos dicho en el parágrafo sobre los Quichuas y Aymaraes.

21 Véase nuestra descripción especial y nuestro *Voyage dans l'Amér. mérid.*, parte histórica, t. II, cap. XXI, por los detalles que damos sobre esa nación.

22 Véase lo que decimos sobre los Gorriones, *Voyage dans l'Amér. mérid.*, t. IV, Pájaros, p. 141 y sig., y sobre los Mamíferos.

males, sino también absolutamente las mismas especies: la sequedad es análoga; el aspecto es idéntico; y sin embargo las llanuras alimentan a los Americanos más altos, mientras las mesetas son habitadas por hombres de pequeña estatura. Esta comparación demuestra que la influencia de una temperatura fría y seca no basta para modificar la talla, y que es menester que se una otra causa inherente a la vida en las montañas más o menos elevadas. Por otra parte, no es posible negar la influencia de las localidades; porque si podemos atribuir la diferencia de talla entre los Yuracarés y los Peruanos a la elevación de los cantones que habitan, se podría agregar también la influencia de un clima benigno, del suelo más fértil del mundo, del calor y humedad constantes de los hermosos bosques habitados por los Yuracarés. En apoyo de esta última consideración, nos referimos a la diferencia de talla observada entre los Guaraníes en general y su tribu de Guarayos, ubicados idénticamente en las mismas condiciones atmosféricas que los Yuracarés; la talla media de los Guaraníes es de 1 metro 620 milímetros, mientras que la de los Guarayos es de 1 metro 660 milímetros [23].

Si analizamos los efectos producidos sobre la talla de los Americanos por la abundancia o falta de alimentos, sólo hallaremos hechos negativos. Los Peruanos, que han sido siempre pastores y han llevado a un gran desarrollo la agricultura, y los Chiquiteanos, siempre agricultores y cazadores, los primeros de nuestra raza ando-peruana y los segundos de nuestra raza pampeana, son los más pequeños. De todas las naciones de su correspondiente raza, los Fueguinos y los Yuracarés, cazadores y pescadores de las montañas, y los Patagones, cazadores de las llanuras, son por el contrario los mayores de todos, y es sabido que han sufrido grandes privaciones momentáneas en su existencia nómada y azarosa de cazadores, sobre todo en la Patagonia, la comarca más estéril del mundo [24]. De tales consideraciones, y de otras que es inútil reproducir aquí, sacamos la conclusión de que esa influencia es enteramente nula en nuestros pueblos americanos.

La comparación de la influencia de los lugares sobre la talla media, con la que ejercen éstos sobre el color, es muy interesante. Por una parte, el color disminuye al descender de las montañas hacia las llanuras, o ir de las regiones secas de los Andes hacia el polo, lo que es precisamente lo contrario de lo que acabamos de decir

23 Véanse los parágrafos especiales.

24 Véase nuestra descripción de la Patagonia, *Voyage dans l'Amér. mérid.*, parte histórica, t. II, cap. XVIII y cap. XX.

sobre la talla comparativa debida a la elevación. Por otra parte, sobre las llanuras la intensidad del tinte aumenta con la sequedad de las regiones cálidas hacia el sur, y la talla sigue una marcha casi igual, puesto que aumenta desde las colinas de Chiquitos hasta donde viven los Patagones. Por lo tanto, existe concordancia en las llanuras, mientras en las montañas existe una completa oposición. Esto no se presta a ninguna especie de paralelo, porque esos dos decrecimientos se deben a causas distintas. Pero no hemos creído que debíamos pasar ese hecho en silencio.

Antes de hacer nuevas consideraciones sobre la talla, presentamos en un cuadro, para uno y otro sexo, el decrecimiento medio por nación, comparado con la mayor talla que alcanzan [25]; y damos la elevación y la naturaleza de los terrenos sobre los cuales cada nación reside para completar, en lo posible, nuestras observaciones al respecto. (*Véase el cuadro en pág.* 76 *y* 77).

Ese cuadro presenta a las naciones de acuerdo con el orden del término medio de su talla, lo que permite ver en seguida:

1º Que el decrecimiento está en un todo en relación con nuestras divisiones de razas y ramas, con apenas algunas excepciones en cada uno de esos grupos; así, hasta ahora, vemos que el color y la talla ofrecen características que las distinguen, según esos mismos grupos;

2º Que ese decrecimiento no coincide en lo más mínimo con los límites de la latitud donde viven las naciones;

3º Que, por el contrario, ese decrecimiento está del todo en relación con el nivel que se habita, es decir, que a medida que se eleva sobre las montañas, la talla disminuye;

4º Finalmente, que, si bien la naturaleza del terreno influye más o menos, según se trate de llanuras o de montañas, puede verse al mismo tiempo que esas mismas llanuras, sea que se extiendan en la zona fría o en la zona cálida, sea que se presenten secas y áridas o con sus terrenos inundados, no hacen variar sensiblemente la talla, por lo menos en el conjunto de naciones.

La talla más elevada que alcanzan los individuos de una misma nación por encima de la media, no ofrece, como lo muestra el cuadro, una marcha muy regular, y las relaciones están lejos de ser las mismas; sin embargo, el conjunto de hechos reunidos parece demostrar que entre la talla media y la talla extrema hay, para cada nación, mucho menos diferencia que en Europa. Los eruditos trabajos

25 Sólo nos referiremos a los resultados a que hemos llegado personalmente.

de los señores Villermé [26] y Quetelet [27] demuestran que si el crecimiento es más rápido en las ciudades europeas que en el campo, la diferencia de talla deja de ser sensible, una vez que ha adquirido todo su desarrollo. Podría emplearse ese argumento, mas existe otro irrefutable: la uniformidad en las dimensiones de los mamíferos de una misma especie es tanto mayor cuanto están poco influenciados por la domesticidad. ¿No podríamos considerar, por analogía, como la causa más admisible de esa pequeña diferencia, el estado más próximo a la naturaleza en que viven los Americanos? Nunca hemos hallado, en relación a la talla media característica de cada nación, ni gigantes ni enanos entre los indígenas puros. ¿No viene, ese hecho negativo, en apoyo de nuestra hipótesis?

No nos hemos referido todavía a la talla media de las mujeres comparada con la de los hombres, pero todas las informaciones que hemos podido obtener en tal sentido están consignadas en ese mismo cuadro y podrán probar igualmente, por comparación, que hay poca uniformidad en las relaciones; pero esas relaciones siguen, empero, una marcha regular, si se consideran por separado cada uno de los grupos. Podemos hallar, entonces, que en todas las naciones de la rama pampeana, los Patagones, los Puelches, los Charrúas y los Mbocobis, y en los Moxenos y los Movimas, las mujeres tienen proporciones relativamente mayores que las que tienen en Europa los hombres y las mujeres [28]; mientras que, por el contrario, en los pueblos montañeses, los Peruanos y Araucanos, las mujeres tienen proporciones relativamente más pequeñas que las de los Europeos [29]. Otra deducción interesante puede sacarse de la comparación de la proporción relativamente más elevada en las mujeres de naciones de alta estatura que en las de pequeña talla; es que esa proporción sería, para las naciones americanas que hemos observado, completamente contraria de la que existe en Europa. Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire

26 *Annales d'Hygiéne,* cuadernos Núm. 2 y Núm. 5.

27 *Sur l'homme et le développement de ses facultés,* etcétera. (París, 1835), t. II, p. 11.

28 En uno de los interesantes cuadros que presenta Quetelet, *loc. cit.*, t. II, p. 42 y 43, hallamos que los límites de crecimiento del hombre son de 1 metro 722 milímetros, mientras que los de la mujer son de 1 metro 579 milímetros: la diferencia sería de 143 milímetros, o algo más de la quinta parte, mientras que hallamos, en los Patagones, sólo 110 milímetros de diferencia y 80 en los Puelches, es decir, más o menos de un sexto a un octavo.

29 La diferencia entre la talla media de los Quichuas y las mujeres de la misma nación es sólo de 140 milímetros, o menos de un quinto de la talla media de los hombres.

dice, en sus eruditas investigaciones [30]: "Las mujeres son mucho más pequeñas, en proporción a los hombres, en las comarcas donde éstos alcanzan una talla muy elevada". Así, en América, la diferencia que acabamos de señalar sería anómala y podría derivarse de causas locales o más bien de otras causas, provenientes de las costumbres de los pueblos. Las mujeres ejercen en Europa mucho menos que los hombres sus fuerzas físicas, mientras que, por el contrario, en las naciones más próximas a la naturaleza, y principalmente en aquéllas que viven exclusivamente de la caza, las mujeres se entregan mucho más que los individuos del otro sexo a diferentes ejercicios, sin que, empero, esos ejercicios sean excesivamente intensos; siempre moderados, no fatigan nunca a las niñas, puesto que comienzan recién después de la edad de la nubilidad. ¿No encontramos en este género de vida, tan distinto del europeo, la causa inmediata de la menor diferencia que existe en los límites comparativos de la talla media de los dos sexos en América?

FORMAS GENERALES

Si bien hallamos grandes diferencias en el color y la talla de los Americanos, sus formas están lejos de ofrecernos los mismos resultados: varían sin duda, pero en proporciones poco considerables, teniendo en cuenta la talla comparativa de cada nación. Describiremos, ante todo, esas formas en general, luego señalaremos las excepciones, buscando, al mismo tiempo, las causas que nos parecen haberlas determinado.

A pesar de los volúmenes escritos para probar la degeneración y debilitamiento de los Americanos [31], podemos decir, en términos generales, que presentan todas las características que se atribuyen a la fortaleza física. Su cabeza, comparada con el resto del cuerpo, es más bien grande que pequeña; su tronco es ancho, robusto, casi uniforme en su longitud; su pecho es combo; sus espaldas son erguidas y anchas; y sus caderas raramente muy salientes. Sus miem-

30 *Histoire générale et particuliére des anomalies de l'organisation,* t. 1º, p. 236.

31 Pauw, *Recherches sur les Américains.*

Don Antonio Ulloa, *Noticias Americanas,* p. 320, los llama *animales,* porque son robustos y soportan fácilmente la fatiga y las intemperies.

Robertson, *Histoire d'Amérique,* edic. española, lib. 4, pp. 57, 58, etc. Todo lo que este autor ha escrito tiende a probar, lo mismo que Ulloa, que los Americanos no solamente son degenerados, sino también que el país mismo y todos los seres que lo habitan se hallan en el mismo caso.

bros son tal vez algo cortos, si se los compara con el cuerpo; pero llenos, generalmente redondos, fuertes, con músculos salientes. Sus extremidades superiores, nunca delgadas, son por lo general bien contorneadas, del punto de vista estético, aunque quizás demasiado grandes; sus manos son pequeñas, comparadas con los brazos. Sus extremidades inferiores son casi siempre bien proporcionadas y de bellas formas, muy raramente delgadas; sus articulaciones muy poco a menudo gruesas; sus muslos y sus piernas llenos. La forma general de los Americanos es, por consiguiente, menos bella que en el tipo herculeano. Las mujeres también participan del vigor de esa complexión; sólo excepcionalmente presentan formas graciosas: como tienen todas las características de la fortaleza física, son demasiado robustas y grandes para ser bien formadas en el sentido que le damos a esta expresión en Europa. La naturaleza las ha dotado, en cambio, de todas las ventajas deseables para el género de existencia que deben llevar: anchas espaldas, pecho combo, cuello más bien proporcionado que voluminoso o pequeño; anchas caderas, que hacen fácil el parto; y manos y pies pequeños. Tales son las formas generales de los dos sexos en las naciones americanas que hemos visitado. Veamos, ahora, según nuestras ramas y razas, si las influencias típicas o las de las localidades no las modifican a menudo.

En la raza ando-peruana, los Peruanos nos presentan formas muy pesadas: tienen, en general, el tronco más grande que los otros Americanos, y sobre todo algo más largo, guardando esas proporciones las extremidades. Tales proporciones salen de la línea normal y deben ser atribuídas a causas que examinaremos en seguida. Las extremidades son llenas y cortas. Las mujeres tienen mucho cuello. Los Araucanos tienen, en todo, las mismas características que los Peruanos; empero, aunque largo, el tronco no lo es tanto como en los primeros; en ellos las articulaciones son gruesas y el modo de andar irregular [32]. Los Antisianos no presentan uniformidad de formas: son igualmente robustos, pero su tronco no está desproporcionado con las extremidades, sobre todo en los Yuracarés; y, de todos los pueblos de la raza ando-peruana, son los únicos que tienen proporciones análogas a las que admiramos en el Viejo Mundo. Hallaremos pronto la causa de ello en influencias locales.

Comparemos ahora las ramas de nuestra raza pampeana: en los Pampeanos, guardando proporción con su talla, hallamos el verdadero

[32] Lo que atribuímos a la manera que tienen de sentarse en el suelo. Ver *Voy. dans l'Amér. mér.*, parte histórica, t. II, cap. XXI.

tipo de las características de los Americanos, es decir, la reunión de la elevación de la talla con las de todas las formas características de la fortaleza física. El tronco, aunque más robusto, siempre está en proporción con las extremidades. Las mujeres son casi tan grandes como los hombres y tienen las mismas formas; los senos son mediocres. Los Chiquiteanos son los únicos que parecen menos vigorosos. Los Moxenos, con las mismas características, son en general menos pesados, mejor contorneados, y el exterior de las mujeres está menos alejado del de las mujeres europeas.

La raza brasilio-guaraní ocupa justo el medio, en ese sentido, entre la raza ando-peruana y la raza pampeana: aunque menos desproporcionados que los Peruanos, los hombres tienen empero el cuerpo más grande que los Pampeanos; y si, a primera vista, podemos reconocer a un Peruano montañés por el mayor tamaño de su cuerpo, en proporción con las extremidades, podemos distinguir también a un Guaraní de un habitante de las llanuras por la mayor longitud de su tronco, poco proporcionado con la talla. Es en esa nación donde también hallamos, como anomalía local, una tribu más hermosa y alta, la de los Guarayos.

En resumen; las características de las formas, aunque diferentes en las tres razas, por el tamaño y la longitud comparativas del tronco con las extremidades, están lejos de ser muy distintas. La fortaleza relativa parece depender, en general, de la talla [33]. Los pueblos montañeses constituyen la única excepción, presentando proporciones más robustas que las que debían corresponderles por su talla.

La latitud más o menos cálida, o más o menos fría, no ejerce ninguna influencia. No sucede lo mismo con la elevación sobre el nivel del mar del lugar que habitan, porque ésta posee una influencia muy positiva sobre los pueblos montañeses; por eso todos estos pueblos son, como hemos visto, los más pequeños, sin que la talla, empero, influya generalmente sobre las otras partes del cuerpo, porque vemos en ellos el tronco más grande, guardando las proporciones, que en los pueblos de las llanuras. Hay asimismo una característica que nos parece relacionarse esencialmente con la rarificación del aire: nos referimos al gran desarrollo del pecho, que tiene influencia sobre la longitud del tronco y le da algo más de longitud relativa que en los otros hombres. Hemos visto que las mesetas que habitan los pueblos peruanos están comprendidas entre los límites

[33] Por estar desprovistos de instrumentos, que pudieran permitirnos medir la fuerza relativa de las naciones, según su talla y sus formas, nos vemos obligados a guardar silencio a ese respecto.

de elevación de 2.000 y 5.000 metros sobre el nivel del mar. El aire está más o menos rarificado, de acuerdo con el nivel; pero no cabe duda que en las mesetas el hombre necesita mayor cantidad de aire que en el nivel del mar para poder hallar los elementos vitales. Resulta así que, por la mayor dilatación de sus células, los pulmones adquieren un enorme desarrollo, y la cavidad que los contiene es mayor de lo normal, lo que agranda el tronco, destruyendo un tanto las relaciones armoniosas con las extremidades. Las tribus de las mismas naciones, que después de larga residencia en las montañas descienden a las llanuras y viven en ellas mucho tiempo, nos prueban esa influencia: tienen siempre un cuerpo grande, característica que les viene de raza; pero no presentan más la desproporción entre la longitud del cuerpo y las extremidades. Esa anomalía desaparece paulatinamente, a medida que el gran descenso de la temperatura no permite más a los montañeses habitar regiones tan elevadas, como se nota en los Araucanos: una de sus tribus, los *Ranqueles*, nos da una prueba evidente, porque, habiendo descendido a las llanuras hace mucho tiempo, muestran formas menos macizas. Las naciones que componen la rama antisiana nos muestran también, de una manera evidente, la influencia de la rarificación del aire: a medida que descienden de las montañas a las llanuras cálidas, sus formas se alargan y su pecho disminuye de amplitud; y los Yuracarés, que habitan las llanuras del pie de los Andes, en el seno de los bosques más hermosos y cálidos, y también más húmedos, no solamente tienen la piel más pálida y la talla más elevada, como hemos visto, sino también las proporciones más bellas y esbeltas que cualquier otra nación americana de las que conocemos.

Pensamos que, en este último caso, hay dos influencias distintas que determinan los cambios de esa naturaleza: la primera, quizás la más poderosa, es la falta de rarificación del aire; y la segunda, a la que es difícil no reconocerle una gran acción, es el calor húmedo de las comarcas habitadas por los Yuracarés; y, en abono de ese hecho, podemos también citar a las tribus de los Guarayos, que viven en las mismas condiciones locales que los Yuracarés, y que, en vez de tener las formas un tanto macizas del resto de la nación guaraní, son más esbeltos, y, en general, constituyen una anomalía entre los pueblos americanos. Además, ubicadas en medio de llanuras cálidas y constantemente inundadas, la rama moxena nos presenta a las únicas naciones, de toda la raza pampeana, en que las formas son poco macizas. Creemos poder sacar la conclusión, de esas observaciones, que la rarificación del aire origina proporciones más grandes.

mientras la humedad cálida tiende, por el contrario, a alargarlas y aproximarlas a las de la raza caucasiana.

Creemos descubrir así en la humedad una influencia completamente local sobre la obesidad más o menos frecuente. Nunca hemos encontrado obesos ni en las mesetas elevadas, ni en las planicies meridionales, donde el aire es muy seco; mientras que, en las planicies inundadas y ardientes de la provincia de Moxos, entre los Guarayos, en el seno de bosques húmedos y calurosos, así como sobre las colinas boscosas que habitan los Guaraníes, se hallan con frecuencia hombres y mujeres obesos. Estas conclusiones están posiblemente en relación con las observaciones hechas en Europa, donde la obesidad es más común en Inglaterra que en Italia; pero ello posiblemente se deba a disposiciones particulares características de las naciones estudiadas.

Nos sentimos obligados a hacer sobre la juventud de las naciones americanas una referencia curiosa, que puede aplicarse a todas ellas sin distinción: es que, desde la infancia, hasta la edad adulta, no se ven nunca esas formas delgadas, esos miembros flacos y ese cuerpo estrecho de los niños de Europa; por el contrario, conservan desde el nacimiento hasta la muerte el mismo tronco grande y las mismas extremidades llenas y carnosas, lo que demostraría tal vez que esas formas corresponden a las características primitivas de los Americanos.

Las costumbres influyen también, en determinadas circunstancias, sobre las formas: los Araucanos, los Patagones y los Puelches nos presentan una prueba evidente. Los Americanos marchan en general, derechos, tienen movimientos fáciles, mucha agilidad y mucha flexibilidad. Empero, las naciones señaladas tienen un modo de andar difícil, las piernas arqueadas, las rodillas muy salientes, las articulaciones gruesas y los pies algo chuecos. Primero nos sorprendieron esas características, pero luego hemos creído hallar la explicación de esos hechos en el hábito de sentarse siempre en tierra, con las piernas cruzadas como los Orientales, permaneciendo en tal postura por lo menos la cuarta parte de la vida. Hay que agregar la costumbre constante, para los dos sexos, de montar a caballo desde la infancia, lo que les obliga a abrir las rodillas [34].

Nunca se encuentran, entre los Americanos, personas deformes,

[34] Forster, *Voyage autour du globe*, t. II, p. 480, cita la misma observación que nosotros hemos hecho a menudo.

Pallas, *Ueber die mongolischen Volkerschaften*, t. 1º, p. 98, halla lo mismo en Asia.

lo que se ha querido atribuir al hábito, común a todos los pueblos, de eliminar a las criaturas que muestran disposiciones a salir del estado normal [35]. Estamos lejos de negar que así sucede con las naciones completamente salvajes, pero en los Peruanos que, en general, cuidan a sus hijos quizá más que los mismos Europeos (incluyendo a las clases inferiores de la sociedad); en los Peruanos que los cuidan con la mayor solicitud, y en las naciones chiquiteana y moxena, de las que es fácil obtener informaciones precisas en ese sentido, lo que no sucede con otras regiones de América que hemos recorrido, jamás hemos encontrado más que enfermedades accidentales. ¿Se deberá ello a la libertad con que se deja desarrollar físicamente a las criaturas, que están casi siempre desnudas? Nos sentimos tentados a creer que es así, y es, sin duda, a ese mismo motivo que podemos atribuir esa uniformidad de detalles de cada nación, no estando el cuerpo comprimido por ninguna ligadura y pudiendo así mantener sus contornos naturales [36].

FORMAS DE LA CABEZA

Tan difícil sería demostrar que la forma de la cabeza de los Americanos es una sola, como señalar, con precisión, las características permanentes que distinguen a las formas de cabeza de las diversas naciones, puesto que, sobre un gran número de individuos que hemos examinado en algunos pueblos, hemos hallado tal variedad de formas que hemos debido contentarnos con definiciones generales, sin llegar a particularizar [37]. No nos cabe la menor duda que, sobre

[35] Robertson, *Histoire d'Amérique*, edic. españ., t. II, lib. 4, p. 67; Gumilla, II, p. 234; Padre Techo, *Histoire du Paraguay*.

[36] Humboldt (*Voy.*, edic. in 8º, t. III, p. 291), se refiere a la falta de deformidad en los Caribes, Muiscas y Mejicanos, lo que demuestra la generalidad del hecho.

[37] Como puede verse en nuestra plancha III, figs. 1 y 2 del *Atlas*, el cráneo es más bien pesado en los Americanos, y no muy liviano, como dice Blumenbach, trad. franc., p. 218.

Lawrence, *Lectures on physiology, zoology and the natural history of man*, Londres, 1828, así como Blumenbach, considera que los cráneos americanos tienen la frente aplastada. Nuestra plancha 1, figura 1, prueba, a lo menos para los Puelches, que es la regla general, y que en América, lo mismo que en otras partes, el cráneo varía al máximo. El mismo considera al cráneo americano, análogo, por la forma, al de los Mongoles, aunque más pequeño. Las observaciones de Parchappe, *Recherces sur l'encéphale*, p. 50, comprueban que, en el pequeño número que ha medido, el volumen de las cabezas

millares de cráneos de una raza cualquiera, tanto en el Viejo como en el Nuevo Continente, es imposible hallar cabezas cuyas características se relacionen a las otras, salvo en el caso de los negros. Sería entonces muy difícil dar algo de positivo sobre este punto. Hemos creído notar que, en nuestra raza ando-peruana, los Peruanos tienen la cabeza muy a menudo oblonga, de adelante hacia atrás, algo comprimida lateralmente; la frente poco comba, corta e inclinada algo hacia atrás. Los Antisianos y los Araucanos tienen más o menos la misma forma de cabeza. Los Pampeanos, de la raza pampeana [38], tienen generalmente la cabeza redonda, algo elipsoide, acortada de adelante hacia atrás, poco comprimida lateralmente; la frente poco comba, pero no inclinada. Esa característica es más exagerada en los Chiquiteanos y la cabeza es circular, mientras en los Moxenos es más oblonga. La raza guaraní tiene una forma de cabeza muy semejante a la de los Moxenos. Al dar esas características, estamos lejos de asignarles un valor riguroso, porque en cada una de las naciones hay un número más o menos grande de excepciones. Sólo hemos querido subrayar la característica dominante.

Existe un género de deformidad puramente artificial que ha impresionado a los fisiólogos: nos referimos a la deformidad de la cabeza, que hemos hallado en el más alto grado en los restos de los antiguos Aymaraes [39], mientras sus descendientes tienen el cráneo conformado como los otros Peruanos. Por los datos que hemos podido reunir a ese respecto [40], creemos haber explicado con suficiente claridad el modo de presión ejercida por atrás y en forma circular, comprimiendo la masa del cerebro y dando gran longitud a las partes posteriores, en detrimento de las anteriores, de manera tal que los parietales forman dos masas muy destacadas, mientras la frente queda casi horizontal sobre los dos arcos de las cejas. Creemos que, en ese caso, no hay más que un desplazamiento y nunca alteración, y que las facultades intelectuales resultan poco afectadas [40 bis].

---

americanas es, por el contrario, superior al de las cabezas de la raza malaya. La dificultad de procurarse cráneos, hasta en los mismos lugares, no nos ha permitido obtener en todos los casos datos de cada nación; pero el aspecto de los indígenas y la inspección de gran número de cráneos que hemos visto, nos han convencido que en América aquéllos varían no solamente según las razas y naciones, sino también de individuo a individuo del mismo pueblo.

[38] Ver plancha I, fig. 1, la cabeza de un Puelche de las Pampas.

[39] Ver nuestra plancha I, figura 2; plancha II, figura 1 y 2, y plancha III.

[40] Ver el parágrafo Aymará.

[40 bis] Las consideraciones referentes a esos cráneos nos parecen dema-

FACCIONES: FISONOMIA

Es conocido hasta qué punto las facciones varían en nuestras ciudades y cuán fácil es hallar tipos distintos en las comarcas más lejanas. No nos preguntamos si esa diversidad de formas y de fisonomía se debe a la mezcla de las razas, o si habrá que referirla mucho a la influencia de la civilización. Es una pregunta extraña a nuestro propósito. Enunciamos ese hecho solamente con el objeto de demostrar que, si entre las naciones americanas, hemos encontrado diferencias tan grandes, no llegaremos nunca a distinguir netamente los grupos de hombres que constituyen los elementos de la población del Nuevo Mundo. Felizmente no es así, y, en términos generales, puede afirmarse que cada nación tiene un aire de familia que la distingue claramente de sus vecinas y permite al ojo experto del zoólogo reconocer, en un gran conjunto, todos los tipos, sin equivocarse nunca. Un Peruano se diferencia más de un Patagón, y éste de un Guaraní, que un Griego de un Etíope o de un Mongol. Un autor ha dicho ingenuamente que quien ve a un Americano ve a todos los Americanos [41]. Se trata de una afirmación superficial, aunque por desgracia muy acreditada, y que paraliza las investigaciones. Pero podemos afirmar con la mayor seguridad, como trataremos de probarlo, que hay, por el contrario, pocos pueblos menos uniformes tanto en los detalles como en el conjunto de sus facciones. Sucede, en realidad, con esta última característica, lo mismo que con el color y la talla,

---

siado particulares de los Aymarás para que podamos considerarla como generalidades; enviamos al lector a nuestro parágrafo Aymará, rama peruana.

Las eruditas observaciones de Parcnappe (*Recherches sur l'encéphale*, etcétera, París, 1836) aclaran muchos puntos interesantes de la relación del volumen del cráneo con las facultades intelectuales; lo que demuestra, hasta cierto punto, que la forma más o menos variable del cráneo en los hombres de distintas comarcas, no tendría una influencia directa sobre esas facultades. Dice en la pág. 28: "La diferencia de volumen entre los individuos sin inteligencia y la cabeza de los alienados, está a favor de los primeros". Pág. 34: "La inteligencia puede manifestarse en su grado normal en una cabeza de volumen inferior, igual o apenas superior al de los imbéciles". Pág. 35: "El volumen de la cabeza no influye en las facultades mentales de los imbéciles". Y pág. 45: "La mayor inteligencia no coincide siempre con el mayor volumen de la cabeza".

41 Ulloa, *Noticias Americanas*, Entretenimiento XVII, p. 253.
Robertson, *History of America*, t. II, p. 404, nota 47.
Kan, *Im teutschen Mercur*, 1788, t. 1º, p. 119.
Molina, *Sulla storia naturale del Chili*, p. 336.

a los que hemos visto variar al máximo, según las razas y hasta según las naciones.

Con el objeto de probar lo que acabamos de adelantar, pasaremos sucesivamente en revista todos los límites de variación de las partes constituyentes de las facciones, hasta llegar al conjunto de la cara [42].

La *frente* es, como acabamos de verlo, algo inclinada y comprimida lateralmente en los Peruanos; y ligeramente comba, sin compresión, en las otras naciones.

La *nariz* es en los Peruanos, larga, saliente, fuertemente aquilina y como encorvada en su extremidad; corta y ligeramente chata en los Araucanos, Moxenos, Chiquiteanos y casi todos los Antisianos; muy corta, muy chata y muy grande en los Pampeanos; y corta y delgada en los Guaraníes.

Las *ventanas de la nariz* son muy abiertas en los Pampeanos, algo menos en los Peruanos, menos todavía en los Araucanos, Antisianos, Moxenos y Chiquiteanos, mientras que apenas lo son en los Guaraníes.

La *boca* presenta también sus variedades: muy grande y de labios gruesos y salientes en los Pampeanos; más grande todavía y de labios mediocres y poco salientes en los Peruanos; de la misma dimensión, pero de labios gruesos en los Moxenos; media, de labios finos y poco salientes en los Chiquiteanos; más pequeña, pero semejante a ellos, en los Guaraníes.

Los *ojos*, siempre pequeños y negros en todas las naciones, son completamente horizontales en la raza ando-peruana, la rama moxena, los Patagones y Puelches; pero en la nación Mbocobi del Gran Chaco y en los Chiquiteanos, aunque la masa de la población los tiene horizontales, algunos individuos los tienen más anchos exteriormente, lo que establece una transición con los Guaraníes, siempre con los ojos levantados en el ángulo exterior, como se ve en los Mongoles. Los Peruanos nos muestran otra característica constante: tienen siempre la córnea amarillenta.

Los *pómulos* son salientes en los Pampeanos y Araucanos; no comienzan a mostrarse hasta en la edad adulta en los Peruanos y Moxenos; y no son salientes en los Chiquiteanos y Guaraníes, a menos que sea en la vejez extrema.

42 Aunque haya menos variación que en Europa en las facciones de los individuos de una misma nación de los pueblos que nos ocupan, porque se mezclan poco entre sí, existen sin embargo algunas, y hemos debido tomar por modelo el tipo general, no las excepciones.

El *mentón* es más uniforme: todos los Americanos lo tienen corto y redondo; los Araucanos algo alargado, v los Peruanos y Guaraníes algo más saliente, aunque sin poder compararse nunca a la raza del Cáucaso.

Ya no se sostiene, en fin, la creencia sistemática que negaba por completo la barba a los Americanos [43], porque se tomaba por característica general lo que era debido a la costumbre de depilarse. La *barba* es en los pueblos americanos siempre *recta o no rizada* y de color negro; crece tarde y cubre particularmente ambos lados del labio superior y el medio del mentón; a menudo se reduce a algunos pelos ralos. Sólo hemos hallado una excepción a esas características; una tribu de los Guaraníes, los Guarayos [44] que, aunque pertenecen a la misma nación, lleva una barba larga, que les cubre no solamente el mentón y el labio superior, sino también ambos lados del rostro. Esa barba se diferencia de la de nuestra raza en que es recta. Así la suposición de que esa tribu debe tal característica excepcional a su mezcla con la raza blanca, se destruye por sí misma, cuando, además, hemos llegado a la certidumbre, en esos lugares, de que esa tribu no se ha mezclado nunca, habiendo permanecido salvaje y alejada más de cien mil leguas de la población europea más próxima. Hemos tratado de explicarnos tal anomalía, y si lo mismo que en la disminución del tinte de esa misma tribu y en su talla anormal, en relación al resto de su nación, no hemos encontrado más que las consecuencias de influencias locales, tampoco podemos hallar otras causas para la barba.

Las *cejas* muestran una gran uniformidad en las naciones que no conocen la depilación: son siempre estrechas, muy arqueadas y muy negras.

Los *cabellos* son también característicos y semejantes en todas las naciones: descienden sobre la frente, son negros, gruesos, espesos, muy rectos y lisos, pero un hecho que parece característico de la raza americana es que nunca se les caen, ni aún en la vejez más avanzada. No hemos hallado un solo indígena puro calvo, ni siquiera un indígena mestizo calvo, y solamente en edad muy avanzadas y en contados individuos se ven cabellos amarillentos reemplazar a los de color normal.

[43] Pauw, *Recherches sur les Américains*, t. II, p. 184.
Robertson, *Histoire d'Amérique*, edic. españ., t. II, lib. 4, p. 56.

[44] Véase nuestro parágrafo sobre los Guaraníes y nuestras observaciones sobre su tribu de Guarayos.

Los *dientes* nos presentan también mucha uniformidad: son hermosos, bien alineados, casi verticales y duraderos, es decir, que la caries es muy rara. Hemos visto a numerosos ancianos cuyos dientes estaban usados casi hasta la raíz por la masticación, sin que les faltara uno solo. Podríamos preguntarle a Pauw [45] si tal característica y la de la duración de los cabellos anuncian una raza degenerada y enferma.

Pasemos ahora a comparar las características que se refieren al conjunto de las partes que hemos estudiado por separado.

El *rostro* está lejos de ser uniforme en sus contornos: lo vemos casi circular en los Guaraníes y Chiquiteanos; algo más elíptico en los Araucanos, Peruanos, Moxenos y Antisianos; casi cuadrado y largo en los Pampeanos, sobre todo en los Patagones.

El *ángulo facial* varía poco: la boca es, en general, saliente en todas las naciones, sin que, por ello, el ángulo sea muy agudo; los maxilares avanzan por esa razón; pero el perfil no se asemeja, sin embargo, al de los Etíopes. Por el contrario, los Patagones muestran una bella curva y el de los Peruanos está lejos de ser exagerado.

Se ha afirmado, generalizando excesivamente las características de los Americanos, que su fisonomía siempre es seria, triste y abatida [46]. No negaremos que tal es el aspecto que presentan algunas de las naciones, pero sería falso decir que se halla en todas. Nada tan variable como la fisonomía. Así, al describir en general a cada grupo de pueblos, señalaremos algunos hechos relacionados con las modificaciones que aporta a su exterior su estado moral o físico. El Peruano, sometido siempre a la mayor servidumbre [47], tiene la fisonomía grave, reflexiva y hasta triste; podría decirse que guarda todos sus pensamientos y que oculta sus placeres y que sus penas lo dejan insensible, lo que es más aparente que real. Los Araucanos libres, pero siempre guerreando, son también reflexivos, serios, fríos, pero no tristes; sienten un profundo desprecio por todo hombre extranjero. Los Pampeanos presentan la misma apariencia de frialdad y tal vez de indiferencia [48]. Si en los Patagones se descubre algo de dulzura a través de su fría fisonomía, no sucede lo

[45] *Recherches sur les Américans.* Dice que son seres enfermizos y débiles.

[46] Azara, *Voyage dans l'Amérique méridionale*, t. II, tiene todas esas descripciones de los Indios.

[47] Aun en la época de los Incas.

[48] Véase nuestra descripción de los Tobas *Voy. dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. 1º, p. 305, y de los Patagones, t. II, capítulo XVIII.

mismo con los Mbocobis, de rasgos repugnantes y hasta feroces en su conjunto. Los Moxenos, aunque generalmente alegres, tienen entre ellos naciones de fisonomía triste y fría, como los Canichanas, mientras en Moxos tienen facciones más dulces y abiertas. Si ascendemos las colinas habitadas por los Chiqueteanos, hallamos la fisonomía más abierta, franca, alegre, una fisonomía llena de vivacidad. Aunque subrayando que la expresión de las facciones es casi siempre la misma en cada nación, y aunque podamos creer que se debe, a menudo, al carácter nacional, tenemos sin embargo pruebas de que la posición moral puede influir mucho en el aspecto exterior.

Buscaremos ejemplos en tribus distintas de un mismo pueblo. Los Guaraníes del Paraguay, Corrientes y Bolivia sometidos, casi como esclavos, a los colonos, tienen el aire triste y abatido; sus rasgos reflejan indiferencia; y no parecen pensar ni sentir. En cambio los Guaraníes libres (los Guarayos) presentan un rostro dulce, interesante y lleno de orgullo; su aspecto revela a hombres espirituales. Los Sirionos y los Chiriguanos tienen el orgullo, pero no la dulzura de los Guarayos. La comparación de esas tribus, todavía en el estado primitivo de libertad, con las de las tribus que son completamente sometidas al régimen de las Misiones, que destruyen todo sentimiento de amor propio y dignidad nacional, prueba sin duda la influencia del estado social. Pero, ¿podemos confiar en el aspecto exterior de hombres sometidos?, y ¿no encontraremos siempre el carácter nacional, bajo esa máscara de insensibilidad? Después de frecuentes observaciones, creemos poder responder afirmativamente a esa pregunta.

En resumen; después de haber comparado todas las partes que componen la fisonomía entre sí, y la fisonomía misma; luego de haber mostrado las modificaciones de forma de cada una de esas partes, según las naciones; nos nos queda más que señalar, por el contrario, las características generales de los Americanos, uniformes y que pueden ser considerados como tipo de los pueblos del Nuevo Mundo. Son en su orden de importancia:

1º Los cabellos espesos, gruesos, negros, lisos y largos, que descienden hasta la frente, resistiendo a la edad;

2º La barba rala, gruesa, negra, *siempre lisa*, que crece muy tarde, y solamente sobre el mentón y a los lados del bigote;

3º El mentón corto;

4º Los ojos pequeños y hundidos;

5º La quijada saliente, los dientes hermosos, casi verticales, persistentes, a pesar de los años, y

6º Las cejas delgadas y muy arqueadas.

Puede comprobarse que, a pesar de las numerosas excepciones que hemos señalado, les quedan todavía a los Americanos características típicas comparables a los pueblos de otras partes del globo.

La belleza es puramente ideal y convencional: cada pubelo tiene la suya. El negro ve, posbilemente, su belleza en la nariz chata y sus labios gruesos; el Mongol en sus ojos rasgados. Por eso, no querer hallar más que aquello que se asemeja al tipo de nuestra raza es mostrarse demasiado exclusivo, y exponerse al reproche de parcial. No nos es permitido, pues, pronunciarnos en ese sentido, y sólo nos queda comparar.

Entre las razas americanas puras, se hallan muy difícilmente facciones análogas a las de la raza blanca. Sin embargo, hemos hallado en cada nación rostros que en Europa serían considerados agradables: unos pertenecientes al tipo ando-peruano y los otros al tipo brasilio-guaraní o a la raza pampeana. Pero hay pocas relaciones entre ellos, y no pudiendo considerar lo bello en forma comparativa con nuestra raza, nos faltan toda clase de datos para especificarlo aquí.

Otro aspecto particular de las naciones americanas es el aire masculino o afeminado de los hombres. Hemos hallado el carácter masculino muy pronunciado en los Peruanos y Pampeanos, y algo menos en los Moxenos; mientras los Chiquiteanos, Antisianos, Araucanos (estos últimos muy belicosos, sin embargo) y los Brasilio-Guaraníes tienen siempre facciones afeminadas, a tal punto que, en los Moxenos y Araucanos, resulta difícil conocer el sexo por las facciones, y a menudo hubiéramos estado indecisos, si la costumbre no hubiera salvado nuestras dudas. En casi todas las naciones, los hombres jóvenes se parecen a las mujeres. Sin embargo, hay algunas en que el sexo origina grandes cambios; las naciones peruanas, por ejemplo, cuyos hombres tienen la nariz larga; y esas diferencias subsisten durante toda la existencia, mientras que, en la mayor parte de las otras naciones, cuando las mujeres llegan a los treinta años pierden sus facciones características y son completamente iguales a los hombres. En la niñez, en todas las naciones sin distinción, el rostro es enteramente redondo, característica que cambia en los hombres al llegar a la pubertad, se mantiene en las mujeres mucho tiem-

po después de ser núbiles y continúa a veces hasta los veinticinco años, según las naciones, desapareciendo por completo después.

Hemos hecho notar que cada tribu tiene un aire de familia, que se reproduce en todos los miembros de cada nación. Buscaremos la causa de este doble fenómeno en un concurso de diversas circunstancias. No puede asombrarnos que cada tipo se prolongue sin modificarse, puesto que casi ninguna familia se une sino con sus parientes, o por lo menos, los matrimonios sólo tienen lugar entre los indígenas de la misma nación. De ahí proviene la uniformidad, mucho mayor que en Europa, uniformidad que se perpetúa durante siglos, y se mantendrá invariable, mientras siga aquel sistema. Tal uniformidad únicamente se modifica cuando esos pueblos, al abandonar las costumbres de su estado primitivo, renuncian a su género de vida para adoptar el de la civilización, porque nosotros creemos que existen relaciones íntimas entre las costumbres y las facciones. Los pueblos agricultores tienen, por eso, siempre la fisonomía dulce y abierta, mientras los pueblos cazadores y guerreros son orgullosos, tristes y reflexivos. Creemos también que debido a que se heredan las facciones por medio de los matrimonios y la perpetuidad de las costumbres, existe también otra causa que ya hemos señalado, es decir, que todos esos pueblos, al vivir cerca del estado natural, deben parecerse mucho más que si participaran de la civilización, que destruye la uniformidad de los medios de existencia, y de las comodidades sociales, y opera grandes modificaciones en la posición respectiva de cada miembro de una nación, en relación con los otros.

COMPLEXION: LONGEVIDAD

Tenemos que hacer algunas reflexiones sobre el vigor de la complexión y la longevidad de los pueblos Americanos, para completar nuestra exposición de sus características físicas. Al referirnos a las defunciones, hemos dicho que esos pueblos, desprovistos en general de los socorros de la medicina, difícilmente escapan a las epidemias. Devorado por la fiebre ardiente que precede a la erupción de la viruela, un indígena no conoce otro medio curativo que arrastrarse hasta el arroyo más fresco y bañarse deliciosamente en sus aguas, sin que nadie se oponga. Es fácil colegir que el baño le produce una rápida agravación del mal y la muerte segura. Por otra parte, sus únicos remedios, cuando no son más que prácticas supersticiosas, consisten en una dieta tan rigurosa, que mueren generalmente de

inanición. La civilización, al extenderse por ciertas regiones de América, podrá tal vez prevenir las defunciones hasta la tercera parte de la cifra actual, sobre todo en las provincias de Moxos y Chiquitos.

La complexión de los Americanos es sumamente vigorosa. Resisten a los más duros trabajos [49], son de lo más sobrio y soportan mucho tiempo la sed y el hambre, sin sentirlos en apariencia. Están muy raramente enfermos, aunque no toman ninguna precaución para prevenir las enfermedades, desafiando intrépidamente el calor y el frío. Asombra ver, entre ellos, a ancianos que desconocen las lacras de la decrepitud, y poseen todos sus sentidos, como si fueran jóvenes; tienen los dientes intactos, y sus cabellos nunca se les caen, poniéndose apenas grises en los más ancianos; la vista, el oído y el olfato mantienen una gran fineza, los movimientos son muy ágiles y el rostro escasamente arrugado [50]. Resulta siempre difícil establecer con precisión la edad de esos ancianos, puesto que muy pocos saben contar, y cuando saben no lo hacen con exactitud y no lo recuerdan sino en relación con los acontecimientos históricos grabados en su memoria. Las investigaciones que hemos hecho a ese respecto nos han llevado a la convicción de que la duración de la existencia es menor en las comarcas cálidas que en los lugares templados, y tanto en las unas como en los otros, no hemos visto. Americanos que pasen de los cien años. Podemos afirmar que pocos de ellos viven más de ochenta años. La demostración más convincente que podemos dar del vigor de su constitución física, es la costumbre casi general de las mujeres indígenas de dar a luz cerca de un arroyo, bañarse inmediatamente con la criatura y en seguida volver a sus ocupaciones domésticas cotidianas con tanta tranquilidad como si nada extraordinario hubiese acontecido. No cabe duda que los numerosos y delicados cuidados de que se rodea a la parturienta en Europa están muy lejos de aplicarse en aquellas comarcas.

MEZCLAS DE RAZAS

Hemos encontrado muy pocos casos, bien probados, de cruzamiento entre diferentes naciones de las razas americanas pero siempre la mezcla de dos tipos da origen a productos superiores: los

[49] Por eso Ulloa (*loc. cit.*, p. 314) los trata de *brutos*. Se refiere también a la insensibilidad y al coraje con que soportan los sufrimientos.

[50] Ulloa lo ha admitido igualmente. *Noticias americanas*, p. 324.

Guaraníes y Chiquitos, por ejemplo, producen al cruzarse hombres más grandes que los de cada una de esas naciones, y la mezcla de los Mbocobis del Chaco con los Guaraníes muestran el mismo resultado. Pero no hemos recogido un número suficiente de hechos como para creernos autorizados a emitir un juicio a ese respecto.

No sucede lo mismo en el cruce con la raza blanca o la raza negra. Hemos podido observar los productos y analizar las modificaciones en todas partes. Comencemos con las mezclas en la raza blanca. Hemos descubierto que no ofrecen siempre los mismos resultados: la de los Guaraníes con los Españoles [51] produce hombres de talla más hermosa, casi blancos y de bellas facciones, desde la primera generación. En Corrientes y Santa Cruz de la Sierra, donde esa mezcla es lo más común, impresiona la belleza y nobleza del aspecto exterior: los ojos son grandes, la piel muy clara y la nariz, lo mismo que la mayor parte de las facciones, típicamente españolas; la barba es sin embargo rala y recién a la tercera generación es tan fuerte como en la raza blanca. De todas las cruzas ésa es la que nos parece mejor y casi rivaliza con la raza blanca.

Los Chiquiteanos producen al cruzarse con los blancos, hombres poco diferentes de la forma primitiva indígena. El rostro en lo que se refiere a las facciones, sigue siendo redondo, y tal característica recién se modifica a la segunda generación que ya, por el color, casi no los diferencia más de los Españoles.

Los Moxenos, dan al cruzarse con los blancos, resultados casi semejantes, con la única diferencia de que las formas son más hermosas en la mezcla con los Moxenos que en la mezcla con los Chiquiteanos; pero, en ambas ramas, los ojos siguen siendo pequeños, mientras que con los Guaraníes cambian, inmediatamente, de dimensiones.

Los Araucanos producen hombres que conservan, hasta la tercera generación, la cara redonda, característica de la nación. Tal característica se conserva especialmente en las mujeres, lo mismo que la talla pequeña. Hemos notado, por el contrario, que en Chile las facciones de los hombres, que son producto de primera cruza, se acercan generalmente mucho al tipo español y son de la misma talla.

Las naciones de las Pampas no dan, ni mucho menos, una mezcla que pueda compararse a la de los Moxenos conservan las facciones duras y serias, y el rostro mantiene, por lo menos durante dos generaciones, los labios gruesos y la nariz característica.

La raza peruana, es posbilemente, la que produce la mezcla a la vez menos bella y más tenaz: hasta la cuarta generación se conservan las facciones de los Quichuas y sobre todo esa singular característica de tener la córnea de los ojos amarillenta en vez de blanca. En la primera generación, el color disminuye algo, las facciones apenas cambian y la talla sigue siendo casi siempre la misma.

¿Depende, esa diferencia en los productos del mestizaje, de las razas que se cruzan o de lugares del cruzamiento? Creemos que ambas causas tienen influencia. De cualquier manera, la mezcla produce, en general, hombres mucho mejor constituídos en las llanuras cálidas que en las montañas, hecho que, por lo menos en lo que se refiere a la talla, puede considerarse como prueba de las influencias locales ya señaladas [52]. Una observación, que no carece de interés, es que todas las mezclas de que hemos hablado son siempre los productos Españoles con las mujeres indígenas y nunca a la inversa.

Si bien las diferencias señaladas en las mezclas, según las naciones y los lugares, son del punto de vista físico, la mayor uniformidad reina en cuanto a las facultades intelectuales: los hombres que provienen de cruzas son de una extrema facilidad intelectual, que en nada ceden a la de la raza blanca.

La mezcla de los negros con las mujeres indígenas, única que existe, produce hombres superiores por las facciones, a las dos razas mezcladas; esos resultados impresionan especialmente en los Guaraníes. Podría decirse que la raza americana gana en belleza, mientras todo aquello que caracteriza a la raza africana desaparece, en lo que se refiere a las facciones, para no dejar más que, a veces otros rastros que los cabellos encrespados. Sin embargo, muy a menudo se ven- en el primer cruzamiento, los cabellos casi lacios, mientras que la tercera generación de mezcla de negro con blanco siguen siempre los cabellos crespos. En la mezcla con los Guaraníes, desde la primera generación la nariz casi deja de ser chata y los labios gruesos desaparecen casi por completo. Hemos notado también que el cruce no produce en todas partes cambios igualmente importantes, y los atribuímos a causas puramente locales. Además, los habitantes de las colonias americanas pueden testimoniar que los negros que nacen en suelo americano no se parecen a los de la misma

51 Véase lo que hemos dicho en *Voy. dans l'Amérique méridionale*, parte nistórica, t. 1º, cap. XI, p. 367.

52 La rarificación del aire, etc. Ver págs. 75 y sig.

nación que han venido a la costa africana. Un negro criollo, hijo de padre y madre nativos de Africa, pierde las facciones exageradas de sus progenitores y se distingue inmediatamente de los otros negros [53], lo que demostraría, evidentemente, que tanto sobre las facciones como sobre las formas pesa una influencia local cuyas causas no han sido determinadas.

53 No sacamos consecuencia del principio tan lejos como Blumenbach, quien (*De generis humani var.*, trad. franc., p. 198) pretende que los Ingleses tienen en las Antillas la cara de los Americanos.

CAPITULO III

CONSIDERACIONES MORALES

IDIOMAS

Pocos estudios son más difíciles y exigen tanta reflexión como la filología. No queremos abusar de este punto y, por consiguiente, los idiomas no jugarán un papel de primera importancia de esta obra. Nos limitaremos a hacer algunas generalizaciones, remitiendo al lector a un trabajo especial y extenso con los detalles y desarrollos que corresponden a ese tema, sobre el que hemos recogido muchos materiales completamente nuevos [1].

Después de las eruditas investigaciones del señor barón de Humboldt sobre los idiomas americanos [2], después de las investigaciones más generales de los señores Vater [3] y Guillermo de Humboldt [4], sería, sin duda, una gran audacia decir una sola palabra sobre los idiomas de las naciones que hemos observado; pero, reconociendo las dificultades de esa tarea que sale del círculo de nuestros estudios habituales, hemos creído que no debíamos dejar de tratar ese asunto y pedimos por adelantado la indulgencia de los lectores.

Un ilustre viajero reconoció la justeza de las obras de Vater [5], cuando dice [6]: "En América, desde el país de los Esquimales has-

1 Véase la parte especial sobre Filología en nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale.*

2 En su *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent.*

3 *Mithridates y Bevolkerung von Amerika.*

4 *Sur les mtnographies des langues.*

5 *Mithridates,* t. III, part. II, p. 385 y 409; *Bevolkerung von Amerika,* p. 207.

6 Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales,* edit. in 8º, t. III, p. 306, y t. IX, p. 26. Dice también: "Una disparidad total de palabras unidas a una gran analogía en la estructura, caracteriza a las lenguas americanas. Son como materias diferentes, revestidas de formas análogas".

ta las orillas del Orinoco y desde las tierras ardientes hasta los glaciares del estrecho de Magallanes, *lenguas madres, enteramente diferentes por sus raíces, tienen, por así decir, una misma fisonomía.* Se descubren analogías impresionantes de estructura gramatical, no solamente en las lenguas perfeccionadas, como la lengua del Inca, la aymará, la guaraní, la mejicana y la cora, sino también en lenguas extremadamente groseras". Hemos comparado los numerosos vocabularios de las lenguas americanas recogidos en el curso de nuestro viaje, de los cuales la mayoría con desconocidos a los filológos. Esa comparación nos ha convencido de la verdad del principio de uniformidad de los idiomas del Nuevo Muno; pero si lenguas, cuyas raíces no se parecen en lo más mínimo, poseen un mecanismo interior análogo; si presentan una característica general semejante, la de componerse de partículas agregadas más o menos complejas que la eufonía ha desnaturalizado; si, finalmente, las reglas gramaticales son muy próximas en todas, ese género de investigación no tendría una importancia exclusiva. Para conocer los límites donde termina la diferencia de las lenguas madres con los dialectos que se derivan de ellas, se hace tanto más necesaria la comparación de las raíces que la componen y las palabras, cuanto las reglas gramaticales sean más uniformes; porque desde ese momento esas reglas no podrán por sí solas establecer los límites que den por lo menos, hasta cierto punto, las raíces. Hemos debido arreglarnos a ese respecto, a fin de demostrar que los vocabularios, a los que se les atribuye poca importancia, cuando no están acompañados de gramáticas, tienen en América, mucho mayor valor que en las otras partes del mundo; y la comparación de las palabras compuestas se hace tanto más indispensable, cuanto que muchos autores de gramáticas americanas han subordinado a menudo las reglas idiomáticas de América a las de la lengua latina, que toman por *punto de partida* de su teoría; por eso que la eufonía, la pronunciación, así como la analogía de los sonidos, nos parece que no deben ser dejados de lado en la comparación [7].

[7] El sabio W. Edwards dice con razón a ese respecto: "El pueblo que cambia de lengua transmite a sus descendientes su acento y pronunciación primitivos; y, aunque todo se modifica a la larga, no hay razón para que no subsistan rasgos evidentes en el nuevo idioma durante siglos". *Des caractéres physiques des races humaines,* p. 101 y siguientes, especialmente en la p. 106, por lo que se refiere a la trasmisión de los sonidos. No llamará la atención, por consiguiente, que nos hayamos extendido en consideraciones sobre ciertos sonidos particulares de las lenguas americanas.

Todas las lenguas americanas están compuestas de partes agregadas, de partículas maravillosamente calculadas para lograr todas las combinaciones posibles, el juego de los sustantivos con los verbos, los pronombres, los adjetivos, los pensamientos que se pueden añadir, y las numerosas modificaciones que su modo de acción determina. Empero, como la eufonía ha hecho, de acuerdo con las circunstancias, suprimir o añadir letras, la descomposición de esas partículas no siempre es fácil; porque, en la unión de dos sustantivos para formar uno compuesto, casi todas las lenguas emplean la contracción, pero en forma tan amplia que a veces una sola vocal representa toda la palabra. En muchas de éstas, los pronombres están tan íntimamente unidos a los sustantivos, que casi nunca están separados, y lo mismo sucede cuando se une a los verbos. A menudo, el radical se reduce a una sola letra, que precede o sigue, sea el sujeto, sea el verbo que la acompaña. La unión de los sustantivos a los adjetivos participa de la misma regla, pero sufre generalmente considerable reducción de letras. Caracteriza sobre todo a las lenguas americanas la complicación de los tiempos de verbos, el gran número de modificaciones de esos tiempos, según el género de la acción de que dependen, y la falta completa de artículo. Humboldt dice, con gran verdad, al hablar de las lenguas del nuevo mundo [8]: "Existe una multiplicidad de formas y tiempos en los verbos, una transformación artificial para indicar por adelantado, sea por la flexión de los pronombres personales que forman la desinencia de los verbos, sea por un *sufijo* intercalado la naturaleza y las relaciones del régimen y del sujeto, para distinguir si el régimen es animado o desanimado, del género masculino o femenino, único o de número complejo".

En algunas lenguas, los adjetivos nada varían según los géneros y los casos como sucede en las de los Quichuas. Aymaraes, etc., y preceden a los sustantivos; pero, en el guaraní, aunque también invariables, siguen generalmente al sujeto. En una palabra, aunque los principios generales sean los mismos para las inversiones, difieren a tal punto en los detalles, que nos haría falta mucho espacio, que no podemos consagrar a ese asunto, para hacer conocer siquiera una parte de los numerosos matices característicos de cada lengua bajo el punto de vista del arreglo de las partículas componentes, como bajo el de la eufonía.

[8] *Voyage aux régions équinoxiales,* in 8º t. III, p. 306.

Todas las lenguas americanas son fuertemente acentuadas, lo que les da un carácter muy enérgico: unas son muy guturales, o los sonidos se pronuncian con la nariz; otras son dulces y eufónicas. Las redundancias o combinaciones de consonantes muy duras de algunas de ellas chocan al oído, mientras en otras están, por el contrario, llenas de vocales o de formas que no pueden ser más agradables. En las unas, sólo se hallan los sonidos llenos de la lengua latina, en las otras se presentan con frecuencia nuestros diptongos, nuestras letras francesas, como la *u*, y la *z*, y otros sonidos característicos de nuestra lengua. En las lenguas que conocemos siempre falta alguna que otra letra. La *f*, por ejemplo, se halla en la lengua araucana, pero falta en todas las demás; en la quichua es la b, la *d*, la *g*; en el guaraní, la *l*, la *v*, etc., etc.

El sistema de numeración está en relación con las necesidades del intercambio, el comercio y la civilización de los pueblos: los Quichuas y los pueblos de las Pampas, saben contar hasta cien mil [9], siguiendo divisiones decimales que no pueden ser más claras; mientras que muchas otras naciones de cazadores sólo conocen términos de comparación, y no cantidades absolutas, o se detienen en *cinco*, *diez* o *veinte*, según el número de los dedos de las manos y de los pies. Es allí donde hay que buscar el origen de las formas decimales adoptadas por los pueblos.

Muchas lenguas, principalmente las de la raza pampeana, nos presentan una anomalía en lo que se refiere a los nombres de las partes del cuerpo. Esos nombres comienzan o terminan de manera uniforme, por una o más letras, que siempre son las mismas. Creemos que la explicación de ese hecho curioso consiste en la existencia de un pronombre posesivo que siempre está junto a esas palabras, pero no hemos obtenido la prueba positiva de su existencia. Además, hay lenguas (la canichana, por ejemplo) donde esa anomalía se extiende a todo objeto material que pertenece a la naturaleza, de manera que todos los sustantivos comienzan solamente por dos letras distintas, mientras las palabras explicativas de cualidades, de una acción o pensamiento, varían únicamente en las primeras letras que las componen.

Otro género de excepción ha dado lugar a muchas reflexiones: en tal lengua, las palabras empleadas por el hombre son, en la mayor parte, diferentes de las que emplea la mujer, donde cada palabra, al pasar por la boca de esta última, tiene una terminación distinta. La lengua de los Chiquitos presenta esa característica en el más alto grado; pero en las otras se reduce a los títulos de parentesco. Desde hace mucho tiempo [10] se explica esa anomalía por el hábito de ciertos pueblos conquistadores (los Guaraníes sobre todo) de matar a los hombres y conservar a las mujeres, suposición que nos parece bastante probable.

Se ha supuesto en algunas ocasiones [11], por carencia de conocimientos positivos, que la mayoría de las lenguas americanas están poco extendidas, son groseras y carecen por completo de términos para expresar un pensamiento, una idea elevada o hasta una pasión; pero, en este aspecto, como en tantos otros, se está completamente equivocado. Si los Quichuas y Aymaraes civilizados tienen una lengua difundida, llena de figuras elegantes, de ingenuas comparaciones y de poesía, sobre todo cuando se trata del amor [12], no es necesario que, aislados en el seno de los bosques salvajes o arrojados en medio de las llanuras sin límites, los pueblos cazadores, agricultores y guerreros están privados de las formas elegantes del lenguaje, de figuras ricas y variadas. Lo demuestran numerosos vocabularios chiquitos [13]. Además, si no fuera así, ¿qué podrían decir esos infatigables oradores que hemos visto entre los Patagones, Puelches, Yuracarés y Araucanos, emocionar al auditorio y animarlo con sus discursos? [14]. ¿De qué se compondrían esos himnos religiosos y alegóricos de los Guarayos (tribu de los Guaraníes) [15], tan ricos en figuras? A medida que penetramos en el genio de las lenguas, nos convencemos y más observamos que son, en general, extremadamente ricas y abundantes. Si se pudiera estudiar

9 Pauw, *Recherches sur les Américs.*, dice (t. II, p. 266): "En ninguna de esas lenguas se puede contar más allá de tres". Puede comprobarse con qué verdad juzga a un pueblo que no ha visto. Robertson, *Hist. de l'Amér.* (Edic. esp., t. II, p. 84), participa de ese error.

10 Padre Raymond Breton, *Dictionnaire caraibe*, p. 229, publicado en 1665.

11 Robertson, *Histoire de l'Amérique.*

12 Ningún viajero puede dejar de testimoniar la verdad de ese hecho, porque en el Perú es la primera cosa que aprenden los habitantes en sociedad.

13 Poseemos un diccionario chiquito, manuscrito, in folio, de 600 páginas, que puede demostrarlo por otra parte.

Humboldt ya había hecho notar ese hecho, cuando decía: "Puede admitirse que casi en todas partes los idiomas ofrecen más riquezas y matices más finos de lo que podría suponerse ptr el grado de incultura de los pueblos que los hablan". (*Voyage aux régions équinoxiales*, edic. in 8º, t. III, p. 302).

14 Ulloa dice que a sus discursos les falta contenido (*Noticias americanas*, p. 334). Pensamos que jamás ha estudiado una lengua americana y que jamás se ha hecho traducir uno de esos discursos.

15 Es imposible hallar algo más gracioso. Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. mérid.*, parte histórica.

a fondo el guaraní, el quichua y el chiquito, como se estudia el griego y el latín, sería posible convencerse de ese hecho. Generalmente se abre juicio sobre una nación en base a algunos individuos, que forman parte de ella, reducidos y sometidos casi a la esclavitud en las misiones, individuos en los que el espíritu nacional cede ante la influnecia de la servidumbre. Pero ¿no están completamente embrutecidos esos individuos? [16]. En el hombre libre, que todavía conserva sus costumbres primitivas, hay que buscar ese estado de espíritu, esa exaltación de sentimientos que corresponden realmente a la nación.

Hemos tratado de explicar la dureza o la eufonía de las lenguas por inducciones sacadas de las costumbres y del género de vida, más o menos próximo a la naturaleza; pero nada hemos hallado que pueda autorizar esas inducciones: la nación más civilizada, los Quichuas, habla la lengua más dura, mientras los cazadores salvajes poseen una lengua dulce y armoniosa.

Podemos decir también, que si no hemos tenido en cuenta en las lenguas, la característica que limita y distingue a las naciones entre sí, estamos lejos de hallar, en su conjunto, por ramas, diferencias tan marcadas como nos ofrecen las características físicas. En ninguna parte existen reglas definidas, y, salvo las raíces distintas por razas, las restantes características gramaticales están lejos de mostrarse constantemente en relación con nuestras divisiones. Así, de acuerdo con nuestras observaciones, las lenguas no serían el medio más seguro de llegar a una solución del problema del origen de los pueblos y su clasificación en grupos más o menos extendidos; pero, en los pueblos sin anales, las lenguas reemplazan siempre exactamente a la historia, para hacer conocer sus antiguas migraciones y seguir su marcha a través de los continentes [17]; porque, si bien hay palabras que solamente por un azar pueden hallarse en pueblos alejados, hay otras que se deben a los usos particulares, a las costumbres íntimas y a la creencia religiosa de una nación, y que sólo pueden transmitirse por medio de un contacto bien demostrado [18].

16 Es cierto que, en las Misiones, los indígenas buscan adivinar el pensamiento de uno antes de responder a la pregunta que se les formula, o que tratan de responder en forma evasiva. Pero ello se debe a su estado de servidumbre. Un indio libre responde con justeza y sin tergiversar.

17 Véase en el parágrafo Guaraní los hechos curiosos ignorados hasta nuestros días, que han revelado nuestras investigaciones acerca de las lenguas, sobre las antiguas migraciones de pueblos.

18 Por ejemplo, lo que citamos sobre los Caribes.

Un sabio geógrafo [19] ha dicho con razón: *En el sentido filosófico de la estructura de las lenguas, la analogía de algunas raíces sólo adquiere valor cuando se las puede encadenar geográficamente.* Participamos en un todo de esa opinión. Para nosotros, la relación entre algunas palabras, aun de aquéllas que se consideran radicales, no puede tener importancia y hacer suponer filiación entre dos pueblos, mientras no exista una *posibilidad geográfica.* Resulta, por cierto, muy interesante establecer comparaciones y entregarse, con ese propósito, a investigaciones fastidiosas y difíciles sobre los pueblos de diversos continentes, pero querer concluir que ha habido comunicaciones recientes, sería llevar demasiado lejos las consecuencias de un principio un tanto discutible. A medida que se acumulan las relaciones entre un número mayor de naciones alejadas entre sí y dispersas sobre puntos distantes de nuestros hemisferios, se demostrará la imposibilidad material de que esas relaciones sean el resultado del contacto, porque, si analogías de construcción gramatical o de raíces existentes entre dos pueblos colocados en dos regiones alejadas del globo, pueden dejar incertidumbre sobre su origen común, ¿qué sucederá con analogías que se extienden al mismo tiempo en diversas comarcas, tomada cada una en una parte diferente del mundo, como, por ejemplo, las que halla el señor de Paravey [20], entre la nación Muisca de la meseta de Bogotá en América, los pueblos japoneses del este de Asia, los Arabes de la parte oeste del mismo continente y los Bascos de Europa occidental? ¿No resulta difícil suponer que pueblos, provenientes de comarcas tan lejanas, crucen los mares, los continentes y todos los obstáculos locales para ir a la vez a poblar la cima de una montaña de Colombia y formar un centro de civilización algo más reducido, en medio de naciones salvajes que las rodearon? Con algo de buena voluntad, y sin modificar muchas letras en las raíces de las lenguas, es posible hallar analogía entre las lenguas del mundo entero.

Si pedimos una explicación de ese hecho a la naturaleza misma de las cosas, tal vez la hallaremos en la conformación de los órganos de la voz. A pesar de su flexibilidad y de la grande multiplicidad de sonidos que puede producir mediante el ejercicio, la voz humana no puede sobrepasar límites asignados por su propia conformación y de ahí que, al comparar las lenguas entre sí, hallamos

19 Maltebrun, *Géographie universelle.*

20 *Mémoire sur l'origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogota.* (Extracto del Nº 56 de los *Annales de philosophie chrétienne*).

en todas los mismos sonidos, diversamente combinados o modificados por el uso, es cierto, pero expresando cosas generalmente diferentes en lenguas lejanas y más generalmente idénticas en lenguas vecinas o que han estado en contacto. A medida que una lengua se extiende, se podrá hallar en sus raíces reducidas casi constantemente a una emisión de sonidos[21] y por consiguiente mucho más limitada que el resto del lenguaje, sonidos semejantes, mientras que todas las palabras serán distintas; pero, ¿sacaremos necesariamente la consecuencia de que hubo comunicación, cuando, en realidad, no hubo más que una relación fortuita que, lo repetimos, parece deberse a la naturaleza íntima del hombre? Un ejemplo impresionante de lo que acabamos de adelantar se halla, según nos parece, en el resultado de los primeros esfuerzos del niño por articular sonidos. Como no produce más que aquellos sonidos que se deben esencialmente a la especie, y que son, al mismo tiempo los más fáciles para pronunciar, sin que la alteración y las modificaciones operadas por el genio y el giro propio de cada lengua hayan cambiado nada, las palabras que pronuncia son casi siempre las mismas. Así como sus primeras palabras, sus primeros sonidos le son arrancados por las necesidades más apremiantes, y se dirige a su madre, pidiéndole instintivamente el primer alimento, y luego al padre, ser que, naturalmente, se presenta después inmediatamente ante sus ojos. Al comparar entre sí esas palabras de un gran número de lenguas, las hemos hallado tanto con mayor frecuencia idénticas, cuanto el círculo es más estrecho. El nombre de la madre es el primero, luego viene el del padre y cada uno de esos nombres es el mismo sobre casi todo el globo, lo que demuestra que el niño habla en todas partes el mismo idioma.

Lo mismo se observa en aquellas raíces que son semejantes por ser menos complicadas, mientras que la semejanza de un grupo numeroso de palabras sólo existe, realmente, cuando hay contacto entre las naciones o éstas tienen un origen común, lo que siempre depen-

21 El número de vocales es limitado: son invariablemente las mismas en todas las lenguas; cuando se le une una consonante radical, aunque el número de consonantes sea muy grande, resulta fácil también calcular las combinaciones, que, en comparación con las de toda una lengua, se reducen a un número poco elevado. No es, pues, raro ver a menudo raíces dotadas en la unión de una consonante o de una vocal, idénticas en dos naciones que jamás han tenido contacto probado por la historia. A la inversa, más se complican los sonidos, más se hacen raras las relaciones, terminando por desaparecer en razón proporcional de la mayor complicación de los mismos sonidos.

de de las posibilidades geográficas. Así, a medida que se profundicen las investigaciones sobre las lenguas, por la analogía de las construcciones, por la identidad de las raíces y por la de aquellas palabras ligadas íntimamente a las costumbres y religión de un pueblo, podrá seguírselas progresivamente a través de los continentes o descubrir la ruta que el hombre ha debido recorrer. Pero si esas investigaciones carecen de valor, sólo podrán establecerse relaciones entre algunas raíces aisladas, entre dos pueblos ubicados a distancia difícil de franquear, sobre todo cuando las características físicas no se asemejan.

Para completar el cuadro de lo que acabamos de decir de las lenguas americanas, presentamos, en el cuadro siguiente, las mismas palabras en las lenguas de las diversas naciones que estudiamos en este libro, a fin de que se pueda establecer la escasa relación existente entre ellas, aunque todas pertenecen al mismo continente.

PRIMERAS PALABRAS DE LA INFANCIA EN LAS PRINCIPALES LENGUAS DEL MUNDO [22]

Parte del mundo	Nombre de la nación	Madre	Padre
América Meridional	Patagona	Yama	Yaca
	Puelche	Mama	—
	Araucana	Papai	Chachai
	Guaraní	Mama	Papa
	Galibi	Bibi	Baba
	Moxo	Meme	Tata
	Quichua	Mama	Yaya
	Aymará	Mama-tai	Tata
	Cayuvava	Apipi	Apapa
	Kitemoca	Mama	Tatia
	Yuracarés	Meme	Tata
	Chapacura	Mama	Tiatia
	Itonama	Amete	Amima
	Yaios	Immer	Pape
	Paunaca	Mimi	Tata
	Cumanagota	Mama	—
América Septentrional	Delawares	Anna	—
	Pottawatemeh	Nanna	Nosach
	Pensilvania	Anna	—
Oceanía	De Viti	Ti nana	Tama
	De Ticopua	Ti nana	Pa
	D'O-Taiti	Moana	Papa
	De Malaco	Mama	Bapa
	De Guaham	Nana	Tata
	Port Dalrymple	Ble-mana	Mena
Asia N. E.	Jukaguir	Ama	—
	Koriak	Memme	Pepe
	Samoyeda	Amma	—
	Taigi	Emme	—
	China	Mama	—
	Qasipumucq	Ninu	—
	Tchetchem	Nana	Dada
	Tures	Ana	Ata
	Khiva	Ana	Baba

[22] Las palabras de América meridional son sacadas de nuestros vocabularios manuscritos, así como de los vocabularios impresos: los de la América septentrional, de Barton (*New views of the orig.* etc.); las de Oceanía, de la *Philologie de lAstrolabe* por M. d'Urville; las de Asia y Rusia, de Klaproth (*Asia polyglotta*); las de Europa, de los diccionarios; las de Africa, de d'Oldendorp. Las palabras chinas nos han sido trasmitidas por Stanislas Julien.

Parte del mundo	Nombre de la nación	Madre	Padre
Europa rusa	Estonia	Omma	—
	Carelia	Mamo	Tuata
	Olonetz	Mamo	Tato
	Eslavona	Mammo	Bata
	Votiak	Mumy	—
Europa Sep entrional, Central y Meridional	Alemana	Mama	Papa
	Inglesa	Mama	Papa
	Latina	Mamma	Papa
	Española	Mama	Papa
	Portuguesa	Mamai	Pai
	Francesa	Maman	Papa
	Italiana	Mamma	Babbo
	Griega	Mamma	Pappas
Africa	Madecasse	Nini	Baba
	Loango	Mama	Tata
	Camba	Mama	Tate
	Congo	Mama	Tata me
	Tembu	Ma	—
	Fula	Hamma	Baba
	Mangré	Mina	Atia
	Berber	Iemma	Baba
	Bambara	Mba	Fa
	Kamamil	—	Faba

FACULTADES INTELECTUALES

Casi todos los autores del siglo pasado están de acuerdo en negar a los americanos, inteligencia. Antonio Ulloa para justificar, en lo posible, la conducta a menudo bárbara de ese grupo de aventureros intrépidos que conquistó el Nuevo Mundo, o porque no quiso descender hasta los indígenas americanos para comprenderlos, dice, en todas las formas, que están desprovistos de facultades intelectuales [30]; y como ha visto a los americanos en gran número de puntos del continente, su obra, lo mismo que las de Bouguer [31] y La Condamine [32], a quien sin duda hizo adoptar, con pocas variantes, su sistema, ha servido de tema a cuantos han escrito, después de ellos, sobre los Americanos, sin recurrir a los antiguos autores [33], menos apasionados, en verdad. Pauw [34] lleva, en ese sentido, la exageración y la mala fe tan lejos como es posible hacerlo, extendiendo su sistema de los hombres a las plantas, y finalmente al suelo americano. Robertson [35] recoge esas ideas, bien alejadas de la

30 *Noticias americanas,* Madrid, 1772, p. 321; los compara a los brutos; p. 322: dice que no piensan; p. 308: *En la raza de los Indios es necesario distinguir los actos y operaciones del entendimiento de los que son de pura manipulación o industria... En los primeros son totalmente negados, torpísimos y sin descernimiento, ni comprehensión.* (Ulloa reproduce, sin citar, gran número de hechos sacados de la *Miscellania austral* de Diego d'Avalos y Figueroa; Lima, 1602).

31 *Voyage aud Pérou,* in 4º, 1749, p. 102.

32 *Relation abrégée d'un voyage,* etc.

33 Garcilaso de la Vega, Padre Acosta, etc.

34 *Recherches sur les Américains.* Hace de todos los Americanos un solo ser. Así, tomando siempre, de todos los autores y por cada nación, los datos que están de acuerdo con su pensamiento dominante, termina por dar, como retrato de los Americanos, el conjunto más monstruoso de vicios, defectos y barbarie.

35 *Histoire de l'Amérique.* Es evidente que también Robertson tenía una idea preconcebida cuando comenzó a escribir la historia de América, porque, lo mismo que Pauw, confunde a todos los Americanos, y, con menos exageración y más erudición, llega a los mismos resultados; ha seguido el mismo sistema que Pauw y no es más consecuente que éste en sus conclusiones. Nada más falso que las generalidades en las que no se tienen en cuenta las particularidades, los motivos y las causas, puesto que entonces se toman por reglas las excepciones.

Herrera, *Décadas* II, *lib.* II, p. 15. Ha suscitado la cuestión de saber si los Americanos son hombres o animales.

El autor de *Choix des lettres édifiantes,* t. VII (*Missions d'Amérique,* t. 1, p. 14) en sus consideraciones generales sobre los Americanos, ha copiado todas las ideas desfavorables a éstos, profesadas por Robertson.

verdad. Así esos dos autores, que no conocen a los Americanos sino a través de falsos informes, o que no toman, de los autores por ellos citados, más que aquello que coincide con sus ideas, despojan poco a poco a los indígenas del Nuevo Mundo de todos los dones de la naturaleza, hasta hacer de ellos hombres débiles, degenerados física y moralmente, y dotados a lo sumo del instinto de los animales del Viejo Mundo. ¿Qué podríamos decir de la civilización francesa si se tomara como prototipo a los campesinos *Poitevins* o a los *Bas-Bretons?* En las capitales, cerca de los centros de gobierno, en las grandes sociedades, hay que buscar el grado de las facultades intelectuales de un pueblo, y no en las clases menos esclarecidas de la sociedad, como lo hacen los autores que citamos.

Lo que hemos dicho de la riqueza y elegancia de las lenguas [36], da una idea más justa y provechosa de los Americanos. Sigamos ese género de investigaciones, en lo que tiene relación con el pensamiento, la reflexión y la poesía. Los Quichuas y los Araucanos tienen sus poetas, encargados de describir las hermosas acciones de sus reyes [37]. ¿Demuestran la debilidad del pensamiento y la esterilidad del espíritu, idiomas que animan comparaciones tan ingeniosas, giros tan elegantes y una alocución tan clara como los pueblos oradores Quichuas [38], Patagones, Puelches, Araucanos y Yuracarés? Hemos oído cien veces a esos hombres, tratados de brutos, arengar a los suyos horas enteras, sin vacilar un solo instante. Sus entonaciones son de lo más variadas, y sucesivamente enternecen o exaltan a su auditorio. ¿Pueden hacerlo seres que no piensan? El Americano no está privado de ninguna de las facultades que poseen los otros pueblos; sólo le falta la oportunidad para desenvolverlas. Cuando esas naciones sean libres, mostrarán mucha más facilidad en todo género de actividad intelectual, y si hoy algunas de ellas no son más que la sombra de lo que han sido, ello se debe solamente a su posición social actual.

Algunas, como la guaraní y la yuracarés, tienen una mitología llena de las más graciosas ficciones. Los Patagones y los pueblos que ambulan por las llanuras poseen un sistema muy ingenioso de

36 Véase página 101.

37 Véase Garcilaso, *Coment. de los Incas,* p. 34, 37, 67, 77, 261, etcétera. Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale,* parte histórica, t. II, capít. XXI, p. 264.

38 Ulloa, *loc. cit.,* p. 334, cita sus largos discursos y sin embargo les niega pensamiento.

constelaciones [39]. Los Quichuas habían calculado el año solar y las revoluciones lunares; en ellos y en los Aymaraes, la arquitectura estaba muy avanzada, lo que es demostrado por sus inmensos monumentos, adornados generalmente con relieves lisos [40]; el dibujo no era en ellos tan grosero como se podría creer, y poseemos una cabeza de los Quichuas que anuncia, por el contrario, una gran capacidad [41] de imitación de las facciones. Los historiadores de Moxos tenían también, en el siglo pasado, una escritura que consistía en rayas trazadas sobre pequeñas planchas [42]; y los de la nación quichua conservaban, mediante signos simbólicos [43], por un conjunto de nudos e hilos, los anales de la nación, por si fallaba la memoria. En cuanto a sus poetas, el encanto con que describían el amor, anuncia, ciertamente, una inteligencia desarrollada y tanto espíritu como sensibilidad. Hemos podido juzgar la extrema aptitud de todos los Americanos, hasta de los que tienen el espíritu menos cultivado, para aprender lo que se les enseña. Poseen una rápida percepción, y no es raro hallar individuos que hablan tres o cuatro lenguas, tan diferentes entre sí como el francés y el alemán [44]. En resumen, sin querer parangonar el desarrollo de las facultades intelectivas de los Americanos con los de los habitantes de Europa, las creemos que pueden formar a un pueblo esclarecido, y no cabe duda que, tarde o temprano, la marcha de la civilización demostrará lo que decimos, de acuerdo con hechos bien establecidos y observaciones personales.

Entre todas las naciones que hemos visto, pueden ser colocados en primer lugar, por su inteligencia, los pueblos montañeses y los de las regiones templadas de las llanuras. Los de las regiones cálidas son, en general, más dulces y afables; poseen un pensamiento más rápido, pero su juicio es menos profundo. Los Incas fueron los más avanzados, porque siendo los únicos que tenían un gobierno regular, constituían una sociedad organizada, provista de un centro

39 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. II, p. 98.

40 Véase el Atlas, p. 9, 10, 11, y *Voyage dans l'Amérique méridionale, nuestras planchas de Antigüedades*, Nº 4, 6 y 7.

41 Véase el Atlas, pl. 5, y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 15.

42 Véase Viedma, *Informe general de la provincia de Santa Cruz* (1787), p. 89; manuscrito cuyo original poseemos.

43 Véase nuestra descripción especial de los Quichuas.

44 Este hecho es general, y Humboldt lo ha observado, lo mismo que nosotros (*Voy. aux rég. trop.*, t. II, p. 308, edic. in 8º).

Español	RAZA ANDO-PERUANA				RAZA PAMPEANA																RAZA BRASILIO-GUARANI	
	RAMA PERUANA		RAMA ANTISIANA	RAMA ARAUCANA	RAMA PAMPEANA				RAMA CHIQUETEANA					RAMA MOXENA								
	Nación Quichua (23)	Nación Aymará (24)	Nación Yuracarés (25)	Nación Araucana (25)	Nación Patagona (25)	Nación Puelche (25)	Nación Mbocobi (25)	Nación Mataguaya (25)	Nación Samucu (25)	Nación Chiquito (25)	Nación Sarabeca (25)	Nación Otuké (25)	Nación Paiconeca (25)	Nación Moxa (26)	Nación Chapacura (25)	Nación Itonama (25)	Nación Canichana (25)	Nación Movima (25)	Nación Cayuvava (25)	Nación Pacaguara (25)	Nación Itenés (25)	Nación Guaraní (27)	Nación Botocuda (25)
Hombre	Runa (28)	Hake	Suñe	Che	Nuca	Chia	Yova	Innom	Vairigué	Ñoñich (29)	Echeena	Vuani	Uchanenuve	Achane	Kiritian	Umo	Enacu	Itilacua	Cratasi	Uni	Huataki	Aba	—
Mujer	Huarmi	Marmi	Yee	Malgen	Nacuna	Yamcat	Alo	Kiteis	Yacotea	Paich	Acunechu	Vuaneti	Esenunuve	Eseno	Yamake	Caneca	Ikegahui	Cucha	Cratalorani	Yucha	Tana	Cuña	—
Cabeza	Uma	Ppekeña	Dala	Lonco	Dil	Cacaa	Carcaic	Litec	Yatodo	Taanys	Noeve	Ikitao	Ipe	Nuchuti	Upachi	Uchu	Eucucu	Bamacua	Nahuara-cama	Mapo	Mahui	Acang	—
Mejilla	Ccaklla	Nauna	Puñe	Tavuun	Capenca	Yacalere	—	—	Yudé	Nochosté	Nunaapa	Irenara	Ipiki	Numiro	Urutarachi	Papapana	Eicokena	Kinto	Iribuju	Tamo	Buca	Tapiti	Chamton
Ojos	Ñahui	Nayra	Tanti	Ge	Guter	Yatitco	Jacte	Notelo	Yedoy	Nosuto	Nol	Ichaa	Ihuikis	Nuuki	Tucuchi	Icachi	Eutot	Sora	Niyoco	Huiro	To	Tesa	Kectom
Oreja	Rinri	Inchu	Meye	Pilun	Jene	Yaxyexte	Iketela	Nokiote	Yagoroné	Noñémosu	Nuniije	Ichaparara	Iseñoki	Nuchoca	Taitatachi	Mochtodo	Eucomete	Lototo	Iradike	Paoki	Iniri	Apicaqua	Aismon
Mano	Maki	Ampara	Bana	Cuu	Cheme	Yapaye	Kenoc	Noguec	Ymanaetio	Panaucos	Aniquaichi	Seni	Ivuaki	Nubupe	Umichi	Malaca	Eutijle	Sojpan	Daru	Muipata	Uru	Mbo	Jomton
Sol	Inti	Inti (villca)	Puine	Antu	Chuina	Apiucuc	Naloic	Ijuaba	Yede	Zuuch	Caame	Neri	Isese	Saache	Huapuito	Apache	Nicojli	Tinno	Ñaraman	Vari	Panevo	Quaraci	—
Luna	Killa	Phakhsi	Subi	Cuyen	Chuina	Pioo	Caaboic	Guela	Etosia	Vaach	Cache	Ari	Kejeré	Coje	Panato	Tiacaca	Nimilacu	Yetso	Iraré	Oche	Mapito	Yaci	—
Agua	Yacu	Uma	Sama	Co	Ara	Yagup	Netrat	Guag	Yod	Tuuch	Une	Uru	Ina	Une	Acum	Huanuve	Nese	Touni	Ikita	Jene	Como	Y	Miñan
Fuego	Nina	Nina	Aima	Cutal	Maja	Aquacake	Anorec	Itag	Pioc	Pees	Tikiai	Rera	Chaki	Yucu	Isse	Bari	Nichucu	Vee	Idore	Chii	Iche	Tata	Chumbake
Montaña	Orcco	Collo	Monono	Mahuida	Yuilhuana	Atecq	—	Lesug	Cucanat	Yirituch	Uti	Batari	Iyepé	Mari	Pecun	Iti	Comee	Champandi	Iruretui	Machiva	Pico	Ibiti	Itacluc
Arco	Picta	Micchi	Mumuta	Tugud	Chuita	Aeke	Nectikena	Luchang	Acho	Kimomes	Echote	Vevica	Tibopo	Eziporocu	Parami	Hualichkit	Niescutop	Tanilo	Iraupui	Canati	Pari	Guirapa	Kekenem
Flecha	Huachhi	Micchi	Tomete	Pulki	Aje	Guit	Nectikenap	Lotec	Diojic	Cokikich	Maji	Tehua	Coriruco	Takirikiré	Chininie	Chere	Ichuhuera	Julpaendi	Irabibiki	Pia	Kivo	Hui	Clocochi
Joven (adj.	Huaina	Yacana	Sebebonto	Huecke	Naken	Yapelgue	Nesoc	Magse	Nacar	Naukich	Inipia	Ichaoro	Umono	Amoperu	Isohuem	Tiétié	Ecokelege	Avenionca	Mamihuasi	Huakehue	Iroco	Cunumbucu	—
Viejo (adj)	Machu	Achachi	Calasuñe	Vucha	Kikeken	Ictza	Iraic	Chuit	Chokinap	Poostii	Vuchijari	Eadi	Ectia	Echasi	Itaracun	Viayachne	Enimara	Bijau	Iratakasi	Chaita	Ucuti	Tuya	—
Yo, mi (pronombre)	Ñoca	Na	Se	Inche	Yaja	Kia	Aam	Yam	Oyu	Ñy (gny)	Nato	Iki chaochi	Neti	Nuti	Huaya	Achni	Ojale	Incla	Aresi	Ea	Miti	Ndi ni	—
El, Ella (pronombre)	Pay	Hupa	Lati	Vei	Toja	Sas	Aam	Atachi	Uuta	Tu	Echeche	Iki chaano	Piti	Ema	Aricau	Oni	Enjale	Icolo	Are	Aa	Comari	Ae	—
Déme (v.)	Koay	—	Tim buche	—	Tasja	Chutaca	Ahuaenoc	Maletuec	Asigue	Aiñanauzo	Icha munazii	Iyura	Pipanira	Peeracano	Miapachi	Macuno	Sichite	Caijleca	Piboloire	Eki ahue	Huiti	Emboocho	—
Comer (verbo)	Miccuni	Mankatha	Tiai	In	Ket	Akenec	Sekea	Tec	Agu	Ichaca	Inlicha	Oaketa	Ninico	Pinike	Cahuara	Ape	Alema	Caiki	Panii	Pihue	Caore	Acaru	—
Dormir (verbo)	Puñuni	Ikita	Atesei	Umaugtun	Coote	Meplamum	Sooti	Nobina	Amo	Ñañoca	Itiemeca	Anutake	Pimoco	Migue	Huachiaé	Conejna	Agaja	Oroki	Pibibil	Ochahuan	Upuiira	Ake	—
Yo quiero (verbo)	Munani	Chicatha	Cusu	Anay	Venengui	Kemo	Ain ain	—	Aimese	Ñoñemaca	Areaca no jajari	Ivia sike	Nikikino	Pivoro	Mosi chacum	Ichavanene	Huarchua	Jirampana	Orichuhu-cuhua	Akekia	Imiré	Potari	—
Yo no quiero (v. negativo)	Munanichu	Chicathani	Nis cusu	Pilan	Chaetengui	Canoa	—	Ykite	Cachimese	Miñoñemacait	Maicha nojajari	Oraebie scate	Isiñi kinovo	Voi-pivoro	Masi-chacum	Huachich-vaco	Nolmach éhua-erehua	Cai-jiram-pana-aca	Yeichuen-hua	Oje amakia	Inimire	Ndaypotari	—

23 Palabras sacadas del *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada Quichua o del Inca*, por González de Holguin; Lima, año 1608.

24 Palabras tomadas del *Vocabulario de la lengua Aymará*, por Ludovico Bertonio; julio 1612.

25 Palabras copiadas de los vocabularios que hemos redactado sobre los lugares con la ayuda de buenos intérpretes.

26 Palabras del *Arte de la lengua Maxa, con su vocabulario*, por Pedro Marban; Lima, 1701.

27 Véase *Tesoro de la lengua Guaraní, compuesto por el padre Antonio* Ruiz; Madrid, 1639.

28 Para no alterar la ortografía de las palabras contenidas en los diccionarios impresos, y para que haya uniformidad, las hemos escrito como se pronuncian en español. Así decimos *Runa*, que en francés se pronuncia *Rouna*, etc.; pero como en algunas lenguas se encuentran palabras cuyo sonido no se puede reproducir con exactitud en español, hemos escrito con letras itálicas todas aquellas que deben pronunciarse a la francesa, como *ch*uina (la luna), en patagón, y *ain-ain* (yo quiero), en Mbocobi.

29 Es nuestra *ch* sin vocal final, que tiene solamente el sonido de la vocal precedente, y no *tch*, que representa la unión de esas dos letras en español. Este sonido ha sido representado impropiamente con una *x* en los diccionarios manuscritos de la lengua de los Chiquitos.

de luces, desde donde se irradiaban ideas de grandeza y lujo, nutridas y vivificadas allí en la clase aristocrática, que las expandía en el pueblo. Mientras las otras naciones, divididas en numerosas tribus, viviendo en el aislamiento y huyendo, por así decirlo, no llevaban su atención más allá del círculo estrecho de sus intereses del momento y más inmediatos.

Lo acontecido a la civilización peruana, destruída de un solo golpe, junto con el saber de los Incas, por la masacre que de éstos hizo el usurpador Atahualpa, al comienzo de la conquista, explica el estado actual de los peruanos, comparado con lo que fueron.

CARACTER

Aunque el carácter del hombre varíe mucho con los individuos, no puede negarse que existen matices debidos al origen común. Al juzgar una nación o una raza en su conjunto comparada a otra, podrá comprobarse que una tiende hacia la dulzura, otra a la ferocidad; que una está dispuesta a someterse a todo lo que se le ordene, mientras otra preferirá la muerte a la sumisión, y, sin salir del círculo de nuestras observaciones, encontraremos todos los matices que acabamos de señalar. Los Quichuas y Aymaraes civilizados, de los Andes, son de un carácter dulce, pacífico, muy sociable. Recibieron a los españoles con sincera hospitalidad y se sometieron ciegamente a su religión, así como a las nuevas leyes que les impusieron: son sobrios, pacientes en el sufrimiento, laboriosos y perseverantes en el trabajo. Los Guaraníes salvajes de las colinas boscosas del Brasil son generalmente dulces, afables, francos y hospitalarios; recibieron, en casi todos los lugares, con placer a los españoles y portugueses, los ayudaron y se sometieron a su religión y a su yugo. Lo mismo aconteció con los pueblos de nuestras ramas chiquiteana y moxena, para quienes bastó el celo religioso para reducir y convertir al cristianismo; mientras que, orgullosos e indomables guerreros, los pueblos más meridionales de las montañas y mesetas, los Araucanos, Patagones, Puelches, Charrúas, Mbocobis, etc., combatieron encarnizadamente a los españoles cuando éstos llegaron, y al cabo de tres siglos, prefieren dejarse diezmar sin cesar por los españoles [45], a reconocer sus leyes y religión. Son todavía los mismos que en la época de la conquista. Contrastes tan impresionantes entre hombres cu-

[45] Pauw atribuye a las localidades, lo que no puede citar como prueba de debilidad (t. I, p. 99).

yas características fisiológicas se diferencian, por otra parte, netamente entre sí, ¿no demostrará evidentemente que cada raza y cada nación pueden tener en el carácter matices que, sin cambiar jamás, parecen perpetuarse de generación en generación, en los miembros del mismo pueblo? Los Peruanos, Chiquiteanos y Moxenos siempre serán dulces, siempre sumisos; los Araucanos y Pampeanos, siempre soberbios, siempre indomables.

Cada una de nuestras divisiones presenta, en su carácter, los matices más diversos.

En los ando-peruanos, los Peruanos son dulces, afables, hospitalarios, sociales, sumisos hasta la servidumbre y supersticiosos al extremo; se divierten sin parecer alegres, bailan sin abandonar su taciturnidad y frialdad. Son todos cristianos. Los Antisianos ofrecen poca uniformidad y son, tanto por su carácter como por su posición geográfica, intermediarios entre los Peruanos y los pueblos de las llanuras; unos, poco diferentes de los Quichuas por las buenas cualidades, han sido reducidos al cristianismo, mientras los otros (los Yuracarés) presentan el verdadero tipo de salvaje librado a sí mismo y reúne todos los vicios junto al egoísmo mayor: soberbios, insociables, independientes, crueles, insensibles para sí mismos y los demás; son todavía libres. Los Araucanos se parecen mucho a los Yuracarés y son altaneros, indóciles como ellos, disimulados, renconrosos, poco alegres, generalmente taciturnos; guerreros intrépidos, viajeros infatigables, son todos independientes [46].

La raza pampeana presenta más o menos los mismos contrastes. Los Pampeanos se parecen en todo a los Araucanos: y llevan a todas partes su inconstancia; son tristes, serios, reservados, fríos, a veces feroces; jamás uno solo de ellos se ha hecho cristiano si no ha sido a la fuerza... Todos son libres. Los Chiquiteanos difieren en todos los puntos: dulces, sumisos, aceptan voluntariamente las leyes de los misioneros, sin casi oponer dificultades. Constantes en sus gustos, presentan el tipo alegre más frívolo, sociable y bueno, y tienen un espíritu comunicativo. Todos son cristianos. Los Moxenos, aunque menos alegres, son por el carácter iguales a los Chiquiteanos; como éstos, no aman los cambios y todos ellos han abrazado el cristianismo.

La raza brasilio-guaraní ocupa el punto medio entre los Peruanos y los Chiquiteanos. Son generalmente buenos, afables, francos,

46 Véase una descripción muy extensa en *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte nistórica, t. II, cap. XXI, p. 225.

hospitalarios, fáciles de convencer y cuando admiten por primera vez un principio lo siguen ciegamente. Reciben al extranjero, se sometieron a los conquistadores, así como a la religión de los misioneros; guerreros y viajeros, eran valientes y llevaban la venganza contra el enemigo vencido hasta la antropofagia, tratándolo siempre antes con mucha humanidad [47].

Son reflexivos, serios en sus discursos y hablan poco. Casi todos son cristianos.

Después de este rápido vistazo a los matices del carácter moral, podemos convencernos de que éstos están casi siempre en relación con nuestras divisiones, basadas sobre las características fisiológicas, lo que nos proporciona una nueva prueba de que el carácter es generalmente nacional y se debe esencialmente a las disposiciones físicas predominantes, particulares de cada nación o de cada grupo de nación. Podemos deducir de ese hecho otra consecuencia no menos importante: que todavía queda sin explicar, para quienes investigan la historia de aquella curiosa época, el enigma de la conquista del Perú y de ciertas partes de América por un puñado de hombres, en medio de numerosos pueblos. Esa conquista, decimos, no fué más que la consecuencia inevitable de las disposiciones naturales, del carácter de los pueblos conquistados, porque los españoles no pusieron en evidencia menos coraje ni menos perseverancia en su lucha guerrera o religiosa contra los Araucanos, contra los pueblos de las Pampas y del Gran Chaco, y sin embargo, ni el hierro ni la persuasión pudieron obtener nada de estas últimas naciones, que permanecieron hasta nuestros días, tanto en religión como en política, lo que eran al descubrirse el Nuevo Mundo.

Si, como lo hemos hecho con las características fisiológicas de los Americanos, comparamos su carácter moral con su género de vida, llegaremos a resultados interesantes.

Los más dulces y hospitalarios de todos —los Quichuas y Aymaraes— son, por la naturaleza del lugar que habitan, pastores y agricultores solamente y nunca se ocupan de la caza. Aquellos que más se les parecen por esas cualidades —los Chiquiteanos, Moxe-

47 Pero Magalhanes de Gandavo, *Historia de Santa-Cruz, Lisboa* 1576, ha dado varias pruebas evidentes. Véase también la traducción francesa de Ternaux Compans de esa obra, en su interesante *Collection de voyages, relations et mémoires originaux, pour servir á l'histoire de la découverte de l'Amérique.*

Robertson, *Hist. de l'Amér.*, edic. esp., t. II, p. 151, se equivoca por completo al decir que los Peruanos practicaban la antropofagia.

nos y Brasilio-Guaraníes— son simultáneamente, según las localidades, agricultores, pescadores y cazadores, mientras los más indomables, los más crueles, los más soberbios —los Araucanos, Patagones, Puelches y Mbocobis— son cazadores esencialmente. ¿Es el carácter que influye sobre las costumbres? ¿O son las costumbres que influyen sobre el carácter? Esta doble pregunta puede parecer completamente hipotética, pero no por eso pensamos menos que se deba creer en la influencia de las costumbres sobre el carácter, puesto que es evidente que una costumbre que al principio nos repugna y nos inspira horror, el hábito termina por hacérnosla natural. Todos los pueblos agricultores y pastores y casi todos los pueblos agricultores y cazadores a la vez, se sometieron a los españoles y son cristianos. Los pueblos exclusivamente cazadores jamás se sometieron: todos, por el contrario, son libres, tanto en la América del Norte como en la América del Sur.

Las relaciones del carácter con las localidades habitadas por los pueblos americanos, presentan también semejanzas interesantes. Las naciones más civilizadas y sociables habitan las mesetas elevadas y templadas: los Peruanos sobre los Andes, los Muiscas en la meseta de Bogotá y los Mexicanos en la de México. En consecuencia, si el espíritu de sociabilidad se desarrolla en las montañas, la bondad y dulzura no se hallan siempre. Los Peruanos y los Muiscas tienen hábitos dulces, pero los Mexicanos son bárbaros, crueles en sus creencias religiosas, lo que, por otra parte, proviene de su fanatismo antes que de su carácter propio. En las colinas cálidas son más sociables los caracteres; hay mucha bondad, o tal vez dulzura, como en los Chiquiteanos y los Guaraníes; pero las familias están dispersas y aisladas entre sí, lo que probablemente se deba a exigencias imperiosas de la vida del cazador. En las llanuras frías y templadas, viven los pueblos más insociables, intratables y soberbios, como los Patagones, los Puelches y los habitantes del Gran Chaco. Aunque parezca deducirse de lo que acabamos de decir que la influencia de las montañas produce mayor suavidad en las costumbres y que las llanuras producen el efecto contrario, no hay que apresurarse a dar una opinión definitiva, porque los Moxenos, de un carácter muy dulce, habitan las llanuras, mientras los soberbios Araucanos viven en las montañas. Quedan, por consiguiente, muchas dudas a resolver, antes de formular un juicio, sobre todo cuando no se podría negar que existen matices del carácter íntimamente ligados a la raza.

El examen de las grandes masas de la población americana atestigua la influencia de la latitud y de la temperatura sobre el carácter.

Los pueblos más intratables viven, en la América del Sur, en la extremidad meridional, y en la América del Norte, en la extremidad septentrional. Podría extraerse, a primera vista, la conclusión de que la influencia es evidente, pero, ¿no podríamos con la misma razón atribuir esa identidad de carácter a la similitud de los hábitos? Se plantean en seguida las siguientes preguntas: ¿son determinados esos hábitos por las localidades, como sucede evidentemente con los Patagones, o son la consecuencia de la latitud? Vemos, es cierto, los pueblos más dulces y más alegres en las regiones cálidas, y los más sombríos, más reflexivos y más indomables en las regiones templadas y frías, pero ello solamente cuando la temperatura se debe a la latitud sola, porque los Peruanos de la zona tórrida, a consecuencia de la elevación de las mesetas que habitan, ocupan, de hecho, las regiones frías y templadas, y son, como hemos visto, los más dulces de los Americanos.

Algunos autores, que no nombramos, porque lo han sido demasiado en esta obra, niegan que los Americanos tengan pasiones: los creen incapaces de amar, sentimiento tan vivo en los habitantes del Viejo Mundo. Sin embargo, de acuerdo con nuestras observaciones personales, podemos afirmar que son tan susceptibles como nosotros a pasiones ardientes. Podemos citar numerosos ejemplos de que hemos sido testigos, pero nos contentaremos con remitir a los historiadores que narran hechos que los demuestran sin refutación. En el siglo XVI [48], el amor de un Guaraní por una mujer española fué la causa de la ruina del fuerte Sancti Spiritu, fundado por Gaboto. Posteriormente, Lesson ha recogido otro hecho, que tuvo consecuencias igualmente trágicas, en los Araucanos de Chile [49].

HABITOS

Los hábitos de los pueblos dependen siempre de sus recursos y posibilidades locales. Querer atribuir las diferencias que existen, a ese respecto, entre las naciones, a la sola influncia de la civilización, sería completamente falso, porque, al contrario, son los recursos locales que traban o aceleran la extensión numérica de los pueblos y su

48 Todos los autores que han escrito sobre el Plata citan ese hecho. Lozano, *Historia del Paraguay*, t. I, p. 29.
Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay*, t. I, cap. 2, p. 26.
49 Lesson, *Compléments des Oeuvres de Buffon*, t. II, razas humanas, p. 166.

reunión en sociedad, primer origen de la civilización. La superficie que estudiamos nos presenta un ejemplo. Sólo se halla en ella una nación civilizada: los Quichuas de los Andes. Pero, ¿a qué circunstancias se debe su civilización? Nada impide atribuirla a la presencia, sobre sus mesetas, de la llama y de la alpaca, que redujeron al estado de domesticidad, tanto como al cultivo de la patata, natural de sus montañas, y que reemplazó al cereal del Viejo Mundo, al que se debe, sin duda, sus primeros centros civilizados. Viviendo en la abundancia, pudieron reunirse en gran número, y hasta constituir una poderosa monarquía. Fuera de allí ningún animal característico del país pudo ser reducido a domesticidad [50]. Algunas comarcas tenían como alimento la mandioca, que generalmente falta, y que no puede conservarse en las migraciones; y el maíz, que el gran calor, la humedad y los numerosos insectos destructores no permiten conservar como provisión [51]. Otras no poseen ninguna clase de raíces, ni granos cultivables [52], y, por otra parte, su terreno no hubiera permitido los cultivos [53]. De ahí que, unos en momentos de frecuentes penurias, otros por necesidad, tuvieron necesariamente que convertirse en cazadores. A medida que la caza se hizo más rara, los hombres se extendieron a lo lejos para conseguirla, y se hicieron nómadas, viajeros. La inclinación a la caza, en vez de reunirlos, los aislaba, para asegurarse mayores posibilidades y para evitar rivalidades perjudiciales. Sus recursos disminuyeron, pues, a medida que se hallaban en mayor número sobre un lugar. Debieron, por consiguiente, dividirse en pequeñas tribus. Esas tribus estaban, a menudo, en abierta concurrencia sobre el derecho a cazar en los lugares que habitaban. De ahí riñas y odios entre las familias, tendencia guerrera o a dispersarse en las llanuras y en medio de espesos bosques. Tal es, en pocas palabras, la historia de los hábitos comparativos de los pueblos americanos. Veamos ahora si, según los lugares, y las posibilidades, los hábitos de los pueblos están siempre de acuerdo con lo que acabamos de decir.

Los grandes rebaños de llamas y alpacas, que los Peruanos redujeron a la domesticidad, sobre la meseta andina, hicieron de esos lugares, antes de la conquista, los únicos sitios donde los pueblos

50 Podría preguntársele a Robertson, que (edic. esp., t. II. p. 114) critica a los Americanos por eso, qué animal era posible reducir a domesticidad en el Brasil, por ejemplo.

51 Así sucede en todas las comarcas cálidas.

52 Los Patagones y Puelches.

53 Por su gran sequía y falta de lluvia.

fueron pastores. En ninguna otra parte hubo animal apto para ser domesticado. De ahí que las otras naciones carecieran de ese género de recursos. La agricultura existía en casi todos los pueblos; los Peruanos la llevaron al más alto grado de perfección relativa, y habían aplicado a ella las artes [54]; los Chiquiteanos, Moxenos y Guaraníes de la zona tórrida les hacían la competencia, pero como diversas causas destruían sus cosechas o les impedían conservarlas, eran en todos los tiempos, según las localidades, pescadores y cazadores. La agricultura era para ellos un constante medio de existencia, mientras que no veían en la caza y en la pesca más que un recurso momentáneo y un pasatiempo. Los Pampeanos, por el contrario, que habitaban las llanuras secas y áridas, no tenían granos para ser cultivados, o sólo les conocían en los puntos de contacto con otras naciones de cultivadores, o, en la mayor parte, los desconocían por completo. La caza debía ser, pues, general en todas las comarcas cálidas y en el extremo sur de América meridional. Así los Pampeanos y los Araucanos hacían de ella su único recurso, mientras los Guaraníes, los Chiquiteanos y los Moxenos no se ocupaban más que en forma secundaria. La pesca, así como la caza, crean generalmente el gusto y la necesidad de cambiar de lugar, como lo atestiguan los Fueguinos [55], únicos pueblos exclusivamente pescadores, no siéndolo los otros más que circunstancialmente. Los pueblos del litoral del Perú lo eran también, así como los Guaraníes de las costas del Brasil; los otros pueblos no pescaban más que en las estaciones propicias, o cuando las circunstancias los colocaban accidentalmente en condiciones favorables.

Las grandes sociedades no existían, pues, más que en los Peruanos de la meseta de los Andes, agricultores y pastores, viviendo en habitaciones fijas; las otras naciones se dividían y subdividían al infinito por tribus. Los pueblos agricultores y cazadores permanecían por lo común estacionarios, como los Moxenos, los Chiquiteanos, algunos Guaraníes y algunos Antisianos, pero cambiaban frecuentemente de residencia y realizaban recorridos a corta distancia. Los pueblos cazadores y pescadores, tales como los Araucanos y Pampeanos, eran y son siempre ambulantes.

Lo precedente demuestra que las grandes divisiones de los hábitos están por lo general en relación con las que hemos establecido para las características físicas, y lo están siempre sobre todo, con las po-

54 Véase el parágrafo Quichua.

55 Véase nuestra descripción especial.

sibilidades locales. Veamos ahora las modificaciones impuestas a los hábitos de los Americanos, por la introducción del caballo, el buey y otros animales domésticos, así como por los cereales. Los Peruanos, conservándose como estaban, han seguido criando los animales característicos; únicamente les han añadido nuestros carneros y asnos, enriqueciendo sus cultivos con el trigo y la cebada. En las regiones cálidas, donde el cereal no crece, los animales domésticos han bastado para producir los mayores cambios; los indígenas los han adoptado en numerosas comarcas, renunciando a los viajes y a la caza. Las tribus todavía salvajes, errantes en medio de los bosques, son las únicas que a menudo, por falta de pastos, no han gozado de ese bien. En las llanuras templadas del Gran Chaco, el hombre ha dejado de ambular; posee rebaños y sólo hace de la caza un pasatiempo. Los Araucanos tienen también, en las montañas de Chile, rebaños y siembran trigo; son por lo general sedentarios; pero, en las Pampas y en las llanuras de la Patagonia, los Araucanos, los Puelches y los Patagones sobre todo, amos hoy del caballo, que prefieren a todos los animales, se han hecho, en vez de fijarse, más ambulantes todavía y más cazadores, debido a la facilidad de recorrer grandes distancias y alimentarse de la carne de sus corceles. Posiblemente la esterilidad de sus llanuras, que los ha obligado, como cazadores, a llevar una vida nómada, los obligará a continuar, como pastores, el mismo género de vida, a consecuencia de la falta de pastos.

USOS Y COSTUMBRES

Si los hábitos de los pueblos dependen de los recursos locales, los usos y costumbres están casi siempre en relación con los hábitos, pero a menudo son también modificados por las localidades. Los Quichuas y los otros Peruanos, concentrados en grandes ciudades y en numerosas aldeas, debieron construir grandes edificios para la aristocracia de su nación, y para su culto, y sólidas casas para los simples particulares, porque no viajaban en lo más mínimo. Los hombres de las ramas moxenas establecidos, debido a la religión, cerca de los lagos y de los ríos, de los que creían descender [56], se agruparon en aldeas compuestas de cabañas de troncos de palmeras. Los Chiquiteanos, los Guaraníes y los Antisianos, aunque no carecían de piedras, como los Moxenos, sólo se construyeron cabañas de

56 Véase la parte especial.

cañas y sólo vivieron en grandes familias. Nómada por gusto y por necesidad, el habitante pampeano del Gran Chaco, tiene por morada los esteros, donde en cada parada se fabrica un abrigo contra la intemperie, mientras el Patagón, el Puelche y el Araucano de las Pampas, más nómadas todavía, no solamete no se construyen casas, sino que se contentan con formar, con la piel de los animales que matan, tiendas que transportan con ellos.

Los hábitos y las posibilidades locales influyen mucho en el género de construcciones de las moradas de los Americanos. Cada familia tiene, entre los Peruanos, su casa separada, siendo ésta pequeña; entre los Guaraníes, donde una familia entera vive bajo el mismo techo, cada casa parece contener una aldea; entre las Moxenos, los Guaraníes y los Chiquitos, además de las habitaciones privadas, hay en cada aldea una gran casa común, destinada a recibir a los extranjeros y a los visitantes, y en el último de los pueblos nombrados, los jóvenes de ambos sexos se separan de sus familias respectivas para vivir en común hasta el matrimonio.

El arreglo de las habitaciones está en relación con las costumbres: los Peruanos no conocen el lujo y los adornos, más que para sus templos y para sus Incas; los simples particulares poseían y poseen pieles sobre las que se acuestan, y a las cuales añaden solamente sus útiles de labranza, las herramientos necesarias para ejercitar su labor personal y los utensilios de su menaje. Los yuracarés Antisianos no poseen más que sus armas, un lecho de hojas de palmera y un mosquitero de corteza de morera para defenderse de los insectos. El Moxeno y el Guaraní tienen la hamaca para acostarse; los hombres Chiquiteanos también poseen la hamaca, pero a las mujeres se les reserva una simple estera; los Pampeanos del Chaco no tienen tampoco más que esteras; y el Patagón, el Puelche y el Araucano se contentan con la piel de animales salvajes. Las armas, que siempre adornan las habitaciones, varían según las naciones: el Peruano, el Araucano y el Fueguino se sirven de la honda; la maza es característica de todas las naciones de las ramas guaraní, chiquiteana, moxena, antisiana y peruana, como también de los Pampeanos; la lanza pertenece a los Peruanos, Araucanos y Pampeanos; las bolas, arma muy terrible, es la especialidad de los Pampeanos y Araucanos; pero se hallan en todas las naciones, sin distinción, el arco y la flecha, atributos seguros del cazador y a menudo del guerrero.

Para hacer conocer mejor las costumbres, según las diversas épocas de la vida, recorreremos, en forma sucesiva, el curso de la

existencia de los Americanos, comparando sus semejanzas y diferencias.

La mujer de casi todas las naciones, durante su preñez, no modifica sus ocupaciones ordinarias; como ya lo hemos hecho notar, va a menudo, en todas las latitudes, a dar a luz a la vera de un arroyo, se baña en seguida, lava a su hijo y vuelve a cumplir con sus ocupaciones ordinarias. Unicamente en algunas naciones (los Quichuas, los Araucanos) [57], la época del nacimiento de los niños es señalada con fiestas y algunas ceremonias. Los hijos son criados con tierna solicitud: las madres los amamantan durante dos o tres años y les prodigan minuciosos cuidados. Luego se convierten en sus esclavas y soportan todos sus caprichos, sin hacerles jamás un reproche. El padre hace otro tanto, y en los Yuracarés la menor amonestación sería considerada un crimen. Se ha dado el caso de Araucanos que abandonaban su lugar de habitación por el simple capricho de una criatura [58]. La educación de ambos sexos se reduce a imitar los ejercicios de sus padres; los muchachos se ocupan de la caza y las muchachas de las tareas domésticas y de los trabajos de su sexo.

La época de la nubilidad de las mujeres da lugar, en la mayoría de los Americanos, a ceremonias complicadas y a prácticas bárbaras, que, bajo diversas formas, se encuentran en los Antisianos, Araucanos, Pampeanos, Chiquiteanos, Moxos, Brasilio-Guaraníes, o, por así decirlo, en toda la extensión de América meridional. Por medio de un riguroso ayuno, de abluciones de la joven, del tatuaje de una parte de su rostro o de sus brazos, de cicatrices profundas en el pecho, se testifica exteriormente el paso de la infancia estéril a la edad de la fecundidad.

La época del matrimonio es menos festejada: el casamiento se efectúa, en casi todas partes, entre los parientes más próximos o, por lo menos, entre los miembros de una misma tribu. En los Quichuas, la unión era consagrada por uno de los Incas; en las otras naciones no es, por lo general, más que un asunto convencional, de conveniencia. El hombre debe dar previamente pruebas de su devoción a la caza y de su valor como guerrero, y luego debe obtener el consentimiento de la familia. El casamiento, en los pueblos del Sur, no es más que la compra de una mujer al precio más elevado. De ahí que les sea más fácil conquistar una esclava al enemigo que

57 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. II, cap. XXI, p. 244.

58 Falkner, *Description des terres magellaniques* (edic. de Lausanne 1787, t. II, p. 109).

obtener una mujer de la propia tribu. La poligamia no era aceptada en los pueblos quichuas, donde sólo era un privilegio de la aristocracia; mientras que, en casi todas las otras naciones, en estado primitivo, es una costumbre general que depende de la riqueza, del coraje y de la posición social del hombre, y que puede considerarse un gran honor.

Los medios curativos de las enfermedades se limitan, en casi todos los lugares, a farsas superticiosas o a algunas sangrías. Los pueblos cazadores (Araucanos, Patagones, Puelches y Yuracarés) huyen del lugar de la enfermedad y abandonan a sus enfermos, por el temor del contagio [59]. Las costumbres, en lo que se refiere a la muerte, son, en casi todos los lugares, idénticas. Al enterrar un difunto, se le doblan las piernas, con las rodillas apoyadas en el pecho y los brazos cruzados, de manera que el cuerpo se encuentre exactamente en la tumba en la posición que ocupaba en las entrañas de su madre al nacer. Parecería que esos pueblos, a los que se les niega el pensamiento, quisieran, por esa identificación filosófica de la tumba con la cuna, unir los dos extremos de la vida del hombre, recordándole que sólo nace para morir. El cuerpo, así plegado, se coloca en un monumento individual, que eleva cada familia, en un lugar común, en los Aymaraes; en compartimientos de pisos, en un otero consagrado de cada aldea, en los Quichuas. Los Guaraníes colocan a sus muertos en su propia cabaña, sea en el fondo de una tumba tapizada de ramas, sea en un vaso de tierra cocida, especialmente destinado a ese uso. Los yuracarés Antisianos lo depositan también en su cabaña, que cierran en seguida, sin recoger más un solo fruto del campo que él plantó. Los Araucanos de las Pampas, los Patagones y los Puelches entierran al difunto, queman sobre su tumba todo lo que le perteneció y sacrifican a sus manes a todos sus animales domésticos, sus caballos y sus perros, para que lo acompañen en la otra vida, ya que por una creencia universal se rodea siempre a los difuntos de sus vestidos y armas, para que estén eternamente a su lado, lo que vendría en apoyo de ciertas identidades etnológicas cuyo valor ya hemos explicado. El duelo es moderado en los Peruanos y Yuracarés, y consiste en abandonar el lugar donde el individuo murió. En los Araucanos, Patagones y Puelches es señalado por vestidos sombríos o por tintes negros, con los que se cubren los cuerpos. En las naciones del Chaco y los Charrúas, los parientes, sobre todo las

59 Véanse los detalles que damos en *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. II, cap. XX, p. 190.

mujeres y los niños, se someten a severos ayunos y no solamente se cubren de heridas, sino que la mujer se corta una articulación de un dedo, a la muerte de cada pariente próximo. Al amanecer, se oye a cada nación llorar a sus muertos, con gemidos, recordar sus virtudes, relatar sus buenas acciones, exaltar su coraje.

La condición respectiva de los dos sexos depende siempre del grado de civilización: la de la mujer será más dulce en el pueblo que haya hecho mayores progresos. Se la rodea de todos los cuidados y de todos los miramientos debidos a la debilidad de su sexo, en una nación civilizada; los hombres se dedican a las tareas más penosas, para ayudar a sus compañeras. ¡Qué contraste en un pueblo salvaje! El hombre se considera, por así decirlo, de una naturaleza distinta y se creería deshonrado si hiciera otra cosa que cazar y pescar. En los viajes largos, avanza, llevando solamente su arco y flechas [60], mientras la mujer carga los equipajes, las criaturas y los víveres, y además, cuando se detienen, ella, en vez de descansar, debe buscar leña y cocinar [61], mientras el hombre permanece muellemente acostado en su hamaca, o negligentemente tirado sobre tierra [62]. El hombre se ausenta a menudo de las aldeas para cazar e ir a buscar, en los bosques, la miel de las abejas salvajes; y siempre va solo. Derriba los árboles del lugar donde va a establecer su cultivo, confecciona sus armas, se cava una piragua, mientras la mujer cuida a los hijos, hace los vestidos, se ocupa del interior de la casa, cultiva el campo, cocina los frutos, recoge las raíces y prepara los alimentos. Tal es, más o menos, la condición respectiva de ambos sexos, entre casi todos los Americanos. Los Peruanos fueron los únicos que, en su media civilización, modificaron parcialmente esas costumbres, porque el hombre participaba de las fatigas del otro sexo o cargaba con las tareas más penosas.

60 Hemos preguntado a menudo a los hombres por qué no llevaban sus armas, mientras sus mujeres iban tan cargadas; nos respondieron que era necesario que fuera así, porque siempre estaban dispuestos a defender a sus compañeras del ataque imprevisto de un jaguar.

61 M. Walkenaer, *Essai sur l'histoire de l'espéce humaine*, 1798, p. 79, ha pintado muy bien la condición de la mujer del cazador salvaje.

62 La condición de la mujer, en relación a su trabajo, no puede ser más lastimosa. Pero, sin embargo, jamás se le hace un reproche por la forma de tener la casa; jamás el Americano, ni siquiera el más bárbaro, pega a su mujer, y la trata siempre con la mayor dulzura. Esto nos hace pensar si esas mujeres, a pesar de las cargas que soportan, no son mucho más felices que muchas de Europa, tan maltratadas por sus maridos.

Desde el más civilizado, el Peruano, por ejemplo, hasta el más salvaje, todos los Americanos gustan de las bebidas fermentadas, cuyo consumo es la base de sus fiestas, de sus pasatiempo y de sus juegos. En los Moxenos, Chiquiteanos, Guaraníes y Antisianos, donde cada nación está dividida en gran número de tribus, se acostumbra a hacer frecuentes visitas, que determinan diversiones. Las mujeres van al campo, traen mandioca o aplastan el maíz, y preparan una bebida agradable para los visitantes. Entonces comienzan esas danzas monótonas, en las que los danzarines no parecen divertirse mucho; esa música poco armoniosa, ese juego de pelota de los Chiquiteanos, que se ejecuta con la cabeza, rivalizando aldeas enteras [63]; y el de los Patagones, en el que las manos y el pecho entran en acción al mismo tiempo. El placer de reunirse y beber atrae todavía hoy a los Peruanos modernos a las fiestas cristianas, en las que ejecutan danzas reservadas antes para la fiesta del Raimi (La fiesta del sol) Multiplicando, en las naciones peruana, chiquiteana, moxena y guaraní, las ceremonias religiosas, acompañándolas de bailes y de otras diversiones rimbombantes, los Jesuítas lograron convertir al cristianismo y atraerles a esa nueva religión. En los pueblos del Sur (los Patagones, Puelches y Araucanos) la ebriedad es la felicidad suprema; y llevan tan lejos esa pasión que hemos visto a una India vender a su hijo para asegurar tres días de orgía para ella y su familia [64].

Muchos cambios importantes se han operado en los hábitos y en las costumbres de los Americanos sometidos a los Españoles: todos son cristianos, lo que ha modificado mucho sus usos. Ha mejorado la suerte de las mujeres y los hombres participan en los trabajos, imitando a sus nuevos amos. La religión ha prestado grandes servicios a la humanidad; ha destruído, por ejemplo, la antropofagia de los Guaraníes; ha terminado con esas costumbres supersticiosas que llevaban a los Moxenos a sacrificar a la mujer que aborta o que daba a luz a mellizos; pero no debemos admitir que ha eliminado todos los aspectos del estado primitivo. Los Americanos han conservado casi todos sus antiguos usos, sus juegos y sus diversiones, hasta las supersticiones de un estado salvaje. Las únicas naciones que los han abandonado por completo son aquéllas que se han fusionado con la población de colonos. En cuanto a las naciones que permanecen libres, no han adoptado nada de la civilización que las rodea y se

63 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica.

64 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. II, cap. XVII, p. 108.

hallan en el mismo estado que en la época de la conquista. Los pueblos del Sur se muestran siempre bárbaros e indomables; los Yuracarés, circunscriptos a vivir en los bosques por las naciones sometidas, inmolan todavía a sus hijos, para no tener el trabajo de criarlos, conservan sus fiestas sangrientas, donde cada uno, para probar su coraje, se cubre de heridas, y son los únicos que conocen el suicidio y el duelo. Todas las naciones no sometidas se dedican, en mayor o menor escala, a la poligamia.

INDUSTRIA; ARTES

El progreso de la industria y de las artes en los pueblos depende siempre de su grado de civilización. La industria, las artes y las manufacturas, lo mismo que las facultades intelectuales, no pueden desarrollarse y perfeccionarse sino en las grandes sociedades y bajo el imperio de gobiernos estables.

Podemos, desde ese punto de vista, dividir a las naciones americanas en dos series: una, donde esos progresos comienzan a hacerse sentir, y que sólo nos presenta a las naciones peruanas; otra, donde la industria está en pañales, y en la que se agrupan, con las naciones de las regiones cálidas, las de las partes meridionales del continente. Aunque cada nación, por no decir cada tribu, tenga su industria patricular, dependiente de los recursos locales, es evidente que, en su conjunto, existe, desde ese punto de vista, una distancia considerable entre los Peruanos constituídos en un cuerpo regular de nación, y los otros Americanos, más o menos salvajes, fraccionados en innumerables tribus.

Pasaremos rápidamente en revista el estado de la industria y de las artes americanas, considerando por separado cada género, para dar un cuadro comparativo.

Hemos visto que, en la mayoría de los Americanos, la arquitectura está todavía poco avanzada, puesto que se limita a cabañas o a tiendas. Unicamente los Peruanos han dejado ruinas que se buscarían en vano en las restantes partes de América meridional que consideramos; y, sin conocer la teoría de la bóveda, han construído inmensos monumentos, entre los cuales los templos y palacios de sus soberanos. Esos monumentos son, en la primera edad de los Incas, así como en la infancia de todos los pueblos, construídos con bloques ciclópeos, en paralelepípedos, en los Aymaraes, más antiguos [65], y en los Quichuas más modernos. Tienen mucho más solidez y grandeza que elegancia, aunque son poco seguros. Las puertas son inclinadas en los Quichuas y rectas en los Aymaraes, los templos están decorados y a menudo son monolitos, adornados solamente, en los Aymaraes, de relieves lisos de los más regulares, de variadas grecas [66], aunque el dibujo sea un tanto grosero. Todas las cosas individuales son pequeñas y circulares [67], y están cubiertas de tierra; y, en esos pueblos, las tumbas [68], los templos y los otros monumentos de la religión, son los únicos que eluden las formas mezquinas. Los Quichuas tenían puentes de cuerdas suspendidos sobre los torrentes, grandes caminos que se extendian centenares de leguas, a través del terreno más accidentado y canales de irrigación de una longitud extraordinaria.

La escultura reducida, en los pueblos salvajes, a algunas figuras en madera o a los ornamentos de sus armas, estaba relativamente perfeccionada entre los Incas, aunque a la manera de los antiguos Egipcios, con el brazo de sus estatuas adherido al cuerpo. Creemos que ello se debe a la falta de herramientas, de medios de ejecución, porque los vasos de tierra nos demuestran la habilidad en el modelado y un cierto conocimiento del dibujo [68 bis]. Las estatuas de la primitiva civilización de los Aymaraes son notables por sus formas tan diferentes de la naturaleza, y de un carácter que anuncia ideas decididas y severas [69], más que el deseo de imitar. En la época de los Incas, por el contarrio, existió una tendencia manifiesta a la imitación, y sus estatuas señalan un paso hacia el progreso [70].

El dibujo estaba mucho más adelantado entre los Quichuas que en cualquier otra parte. Trazaban algunas imágenes de reyes y dioses, y a menudo, sin embargo, se limitaban a grecas, a adornos de sus vasos y de sus templos, o a figuras regulares, compuestas de

65 Véase el Atlas, pl. 9, 10 y 11, y nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionales*, Antigüedades, pl. 4, 5, 6. Con esas pruebas puede responderse a Pauw, que (t. II, p. 229) niega que los Peruanos tuviesen monumentos.

66 Véase Atlas, pl. 10, y nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 6.

67 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica (ver pl. 12), los Quichuas del valle de Cochabamba.

68 Véase el Atlas, pl. 12, y nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 3.

68 bis Véase el Atlas, pl. 5, y nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 15.

69 Véase el Atlas, pl. 6 y 7, y *Voyage*, Ant., pl. 8 y 11.

70 *Idem*, pl. 8, y *Voyage*, Ant., pl. 9.

líneas cruzadas en forma diversa, pero siempre angulares, que decoraban sus vasos [71] y sus vestidos. Ese género de dibujo se halla en todos los Americanos, aun en los más salvajes. Los Patagones, los Araucanos y los Puelches los reproducen en colores sobre sus mantos tejidos y sobre sus vestidos [72]; los Moxenos adornan sus calabazas; los Yuracarés los modifican en líneas curvas y regulares, que imprimen sobre sus camisas de corteza de árbol [73], por medio de planchas de madera esculpida, y los Tacanas los imitan en plumas de diversos colores, con que adornan sus cinturas. ¡Cosa curiosa! Los Americanos, que ejecutan grecas regulares, no han logrado imitar una flor, un animal o cualquier otro objeto de la naturaleza orgánica; por lo menos no hemos visto jamás una pintura, aunque todos intentaron imitar la forma de sus vasos [74].

La alfarería es conocida de todas las hordas americanas, salvo de los pueblos pampeanos; y en miles de lugares, donde no se ha hallado el menor rastro de monumentos, en medio de los bosques más tupidos y de las más extensas planicies, se han encontrado fargmentos de vasos. Los antiguos Peruanos, sobre todo, se distinguían en ese género de fabricación, que era casi siempre del dominio de las mujeres. Sus vasos, de los más variados, representan generalmente nuestras formas etruscas [75]; a veces también animales, frutos y juegos hidráulicos ingeniosos. Esos vasos, de forma elegante, son de una bella ejecución y de una regularidad perfecta, aunque modelados solamente a mano, sin la ayuda de instrumentos. Los Guaraníes fabricaban asimismo vasos notables por sus dimensiones y su regularidad [76]. Los cocían sobre el lugar, en todos los pueblos, al aire libre o en un foso poco profundo, cavado en el suelo.

El empleo de los metales no estaba generalizado en América, antes de la conquista. El hierro era desconocido; el cobre, el oro y la plata eran los únicos que se empleaban, sobre todo entre los Peruanos. El cobre se empleaba en las armas y utensilios; el oro y

71 *Idem*, pl. 14, y *Voyage*, pl. 19, 20 y 21.

72 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Usos y costumbres, pl. 1.

73 *Idem*, pl. 11.

74 Véase el Atlas, pl. 14, 15, y nuestro *Voyage*, Antigüedades, pl. 16, 17, 18, 20 y 21.

75 Véase el Atlas, pl. 14, y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 20 y 21.

76 Puede verse, aparte de la colección que nosotros poseemos, lo que hemos enviado, desde diversos puntos del continente americano, al Museo de Cerámica de Sévres.

la plata en los adornos. Los antiguos Quichuas se distinguían en el laboreo de uno y otra; fabricaban así vasos, innumerables adornos de sus templos y figuras huecas que representaban a hombres y mujeres. Las otras naciones, salvo aquéllas que estaban en relación con los Incas, sólo poseían algunos adornos de oro y empleaban como utensilios a las piedras. De éstas eran las hachas de los Guaraníes, Chiquiteanos y Moxenos, el extremo de las flechas y lanzas de los Araucanos, Patagones, Fueguinos, Puelches y Charrúas, antes de conocer el hierro [77].

El tejido estaba más generalizado en América que las otras industrias manufactureras. Los antiguos Peruanos, con sus telares, consistentes simplemente en dos palos atados a estacas plantadas en la tierra, llegaron a un alto grado de perfección; hemos hallado, en sus tumbas, tejidos de lana y algodón muy finos y de una perfecta regularidad. Se debe probablemente a su contacto con los Peruanos que los Araucanos lo conocieron, pero la misma probabilidad no existe para los Moxenos, Chiquiteanos y Guaraníes que, antes de la llegada de los Españoles, sabían tejer el algodón, no solamente para sus hamacas, sino también para sus vestidos. Las otras naciones desconocían por completo ese arte y lo desconocen todavía. Los Yuracarés y algunos de los Guaraníes emplean corteza del árbol; los otros (Patagones, Fueguinos, Puelches y los habitantes del Gran Chaco), la piel de los animales. Los Peruanos poseían, al mismo tiempo que el arte textil, sólidas tinturas, y hemos hallado restos de vestidos, que enterrados en sus tumbas, desde hace por lo menos cuatro o cinco siglos, han conservado sus magníficos colores rojos y amarillos.

La agricultura —desconocida de los Fueguinos, Patagones, Puelches, Charrúas y de las naciones del Gran Chaco— estaba en pañales entre los Guaraníes, Chiquiteanos, Moxenos y Antisianos, para quienes, hasta hoy, voltear árboles, prender fuego, escarbar la tierra más fértil y recolectar constituyen todo el arte agrícola [78]; pero, en la meseta andina, donde una gran población tenía necesidad de econo-

77 También se han descubierto en Francia antiguas hachas de piedra, que son comunes a todos los pueblos.

78 La fertilidad llega a tal punto que bastan algunas jornadas de trabajo para abastecer superabundantemente a las necesidades de varias familias. Se acusa al Americano de ser perezoso, pero, ¿si le es sufuciente tan poco tiempo para hacer a sus necesidades, para qué dedicarse a un trabajo inútil? La diferencia de clase y el comercio pueden estimular al agricultor europeo a aumentar su fortuna, pero, ¿qué puede estimular al hombre libre de los bosques?

mizar tierra, a fin de obtener los recursos necesarios para mantener a todos sus miembros, sobre un suelo muy accidentado, donde hay muy pocos sitios cultivables, era menester, por lo general, llevar el agua desde muy lejos, por medio de canales de irrigación, que fertilizaban, dividiéndose y subdividiéndose al infinito, los extensos valles, hasta entonces incultos. Ese procedimiento hizo habitables la tierras de la ladera occidental de los Andes, donde jamás llueve. En las pendientes más abruptas, murallas dispuestas en escalones, de manera de retener la tierra, podían aumentar aún más los recursos de los Peruanos, y les permitían sembrar, en los lugares fríos, al *patata y la quinua,* y el maíz en los lugares templados y cálidos. Debieron también a su genio agrícola la idea de helar y después secar las patatas, que, bajo el nombre de *chuño,* formaba la base de sus provisiones anuales [79].

Los Peruanos eran los únicos, antes de la conquista, que se dedicaban al pastoreo, criando animales domésticos, que les proporcionaban la lana necesaria para vestirse y los ayudaban también al transporte de sus cosechas. Las llamas y las alpacas de sus montañas han influído probablemente en la civilización de sus elevadas mesetas; pero, como esos animales no podían vivir en las llanuras cálidas, solamente los lugares culminantes de los Andes pudieron aprovechar de ese bien de la naturaleza. Los Peruanos trataban a sus animales domésticos con extrema dulzura. No había, en el resto de América, otro mamífero que el perro cosmopolita, fiel compañero del hombre civilizado, así como del salvaje, que no había sido domesticado; apenas si, entre los Peruanos, se le podía unir el cobayo (nuestro chanchito de la India); entre los Guaraníes y los Chiquiteanos, algunos pájaros, si creemos, en este punto, a los historiadores [80]. Hoy todos los Americanos, salvo algunas tribus salvajes de los bosques, poseen nuestros caballos, nuestros bueyes, nuestro carneros. El caballo, sobre todo, que los Patagones, Puelches, Araucanos, Charrúas y las naciones del Chaco, se han apropiado, y que se les ha hecho indispensable, no les ha traído, y es lógico creerlo, un real progreso de civilización. Actualmente todos esos pueblos, que se han hecho sedentarios, tienen gallinas.

79 Véanse las descripciones especiales.

80 *Comentario de Nuñez Cabeza de Baca;* Barcia, *Historiadores primitivos de las Indias,* p. 6, 9, 30 y 43, y el Viaje de Schmiedel; *Colección de obras y documentos,* etc., de Pedro de Angelis, p. 54, hablan a cada página, de ánades y gallinas domésticas. Los primeros existieron realmente, ¿pero debemos creer en la existencia de las segundas?

La caza, único recurso de las naciones pampeanas y pasatiempo de los Chiquiteanos, Moxenos y Guaraníes, se limita, en los Peruanos, a hacer el *chacu* [81], es decir, a reunirse, de acuerdo a las órdenes de sus soberanos, para cercar, por millares, un espacio determinado, y obligar, aproximándose poco a poco, a todos los animales encerrados en el cerco, sea a entrar en un recinto formado de piedras y de hilos atados entre sí, sea a dejarse prender. Los Araucanos, Patagones y Puelches, se reunían también, pero en pequeño número, para cazar más fácilmente con sus terribles *bolas,* o el arco y la flecha, mientras las otras naciones cazan generalmente con el arco, cada individuo por su cuenta. La destreza de los Americanos es proverbial, por eso no nos referiremos a ella. Solamente diremos que nos sorprendió que no empleen trampas, que nos parecían debían ser muy útiles, ya que los medios de un éxito directo son pequeños. De todas maneras, hemos notado que, de todos los objetos que emplean, las armas son, hasta en los más salvajes, las que cargan más adornos, y tienen formas más variadas, como signos distintivos de las naciones.

La pesca, desconocida en los Patagones, Puelches y algunas otras naciones pampeanas, se realiza casi en todas partes, sea mediante un pequeño arpón, como entre los habitantes de las costas de Chile, Perú y Brasil; sea mediante anzuelos toscos, lo que es más común en las costas brasileñas; sea aún, y es la forma más generalizada entre todos los pueblos de las orillas de los ríos del centro del continente, con el arco y la flecha, y desde el interior de sus piraguas. Puede vérselos entrar en el agua hasta la cintura, para acechar, con ojo experto, al pez que desean descubrir. Pocas naciones emplean cuerdas, mientras los Guaraníes y Chiquiteanos practican un método más sencillo, consistente en aplastar y arrojar al agua cierta planta, cuyo jugo embriaga momentáneamente al pez de manera que se le puede coger con la mano.

La necesidad de pescar o de cruzar un gran río o un brazo de mar, induce por lo general al Americano a ocuparse de la navegación. Sin embargo, en términos generales, puede decirse que en el momento de la conquista, ese arte estaba menos avanzado todavía que los otros. Los Pampeanos y Chiquiteanos no pensaron nunca en valerse de ese medio para atravesar un río. Los Guaraníes y Moxenos, por el contrario, para ascender y descender por sus ríos, tenían

81 Garcilaso de la Vega, *Coment. de los Incas.*
Zárate, *Histoire de la conquéte du Pérou,* p. 43.

grandes piraguas hechas de un solo tronco [82] ahuecado por medio del hacha y el fuego. Fueron, por eso, los primeros que navegaron por las costas marítimas del Brasil, y se aventuraron no solamente por el curso del majestuoso Amazonas y del Orinoco, sino también en el mar, para conquistar las Antillas. Los Fueguinos, hasta cuando trataban de cruzar el estrecho, a pesar de los escollos y tempestades, se contentaban con sus frágiles embarcaciones de corteza de árbol. Los Araucanos, así como los Peruanos, no pusieron en la costa más que informes almadías, compuestas de troncos de árboles unidos; pero, en la cumbre de los Andes, donde la madera faltaba por completo, los Aymaraes inventaron barcos formados de rodillos de juncos sólidamente ligados entre sí [83]; sobre las espaldas resecas del desierto de Atacama, imaginaron construir, con pieles de foca, dos inmensos odres llenos de aire [84] y que, unidos entre sí, formaban una navecilla ligera, forma de que se valen actualmente para pescar.

La gran facilidad con que, en las Misiones de Chiquitos y Moxos, los Jesuítas enseñaron a los naturales un tejido muy adelantado, las pinturas más complicadas y gran número de otros procedimientos industriales, cuyos productos constituían las exportaciones de esas dos provincias; la aptitud que mostraron los indígenas de otras partes de América para aprender, de los Españoles y Portugueses, todas las artes mecánicas, prueban evidentemente que podrían, si se los instruyera, perfeccionarse en ese sentido, y seguir paso a paso los progresos inmensos que hace diariamente nuestra Europa en la incomensurable carrera de la industria artística y manufacturera.

VESTIDOS

El vestido de los pueblos depende por lo general de la naturaleza, temperatura y lugar que habitan; pero su elegancia, belleza y complicación se deben al grado de civilización que hayan alcanzado, o a sus gustos más o menos frívolos. En América existe a menudo, hasta en el arreglo del salvaje enteramente desnudo, un extremo rebuscamiento demostrado por la coquetería de las pinturas con que se adorna [85]; pero en ninguna parte hay vestidos tan ricos y elegantes como

82 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Vistas, pl. Nº 16.
83 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Usos y Costumbres, pl. 8.
84 *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Usos y Costumbres, pl. 9.
85 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Vestidos, pl. 9.

los que caracterizan a algunos habitantes del Viejo Mundo; y la influencia de la temperatura no ha llevado siempre a las naciones americanas a asegurarse un preservativo contra los rigores del frío o del calor. Bajo la zona tórrida, los Guaraníes van desnudos por religión y los Chiquiteanos por gusto; los Moxenos llevan túnicas tejidas o camisas de corteza de árbol; los Yuracarés los mismos vestidos. Pero si pasamos de las regiones cálidas a las templadas, al territorio de los Pampeanos, veremos que no llevan, fuera del pequeño delantal de todos los pueblos, más que un tapado [86] formado del pelaje de animales que mata en la caza; y ese mismo tapado, reducido a algunas pieles de lobos marinos, es el único vestido que cubre a los Fueguinos, sobre sus rocas heladas. Unicamente los Peruanos tenían un vestido parecido, hasta cierto punto, al de los pueblos del Viejo Mundo, consistente en diversas piezas de tejido de lana [87], fabricado por ellos, y con adornos de plata y oro.

Aunque el vestido de los Americanos sea bien sencillo, varía mucho en los detalles, como lo demostrará la descripción comparativa que haremos en pocas palabras. Desde el Patagón de las regiones frías hasta el habitante de las tierras más ardientes, ninguno se cubre la cabeza, salvo para las fiestas y la guerra. Hay que exceptuar a los Peruanos, que llevaban y llevan un bonete de lana que les cae hacia atrás; sus reyes portaban una toca roja. Los cabellos, largos en los Peruanos, Araucanos, Patagones, Puelches y Moxenos, están cortados por adelante en los Antisianos y algunos Guaraníes; rapados, en parte, en algunas tribus de esta misma nación, lo mismo que en los pueblos del Gran Chaco o Pampeanos septentrionales. En casi todas las naciones, no solamente se depilaban la barba, lo que ha dado lugar a la falsa idea de que los Americanos son completamente imberbes, sino que a veces se depilaban las cejas, como lo hacen los Pampeanos, para ambos sexos. El rostro se cubre a menudo de colores, en líneas regulares, como lo hacen los Pampeanos, Araucanos, Guaraníes, Moxenos y Antisianos. Solamente los Peruanos no tenían esa costumbre. El tatuaje, tan común en los pueblos de Oceanía, se reduce en América, debido a las creencias religiosas características de este continente, a algunas líneas trazadas sobre el rostro de las mujeres de las pequeñas tribus Guaraníes o Pampeanas septentriona-

86 *Idem*, pl. 1.
87 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Vestidos, pl. 4, en la que, salvo el peinado, todo es igual a la antigua vestimenta de los habitantes.

les, para indicar cuando son núbiles. Todas las naciones se agujerean las orejas y colocan en ellas adornos más o menos extravagantes: los antiguos Peruanos, así como los Botocudos y los Lenguas actuales, consideran una belleza alargarse las orejas hasta las espaldas y cargarlas con pesas o trozos de madera muy voluminosos. Los Guaraníes, los Botocudos y los habitantes del Chaco, como los Tobas y Lenguas, no se limitan a esas mutilaciones. Más son guerreros y más se desfiguran, a fin de intimidar al enemigo; se agujerean las alas de la nariz, el tabique nasal y sobre todo el labio inferior, con el fin de introducirse trozos muy gruesos de madera —como los Botocudos y Lenguas, lo que los hace más horribles—. En casi todas las naciones llevan collares ambos sexos.

El cuerpo completamente desnudo en los Guaraníes y en los (hombres) Chiquitos salvajes, está empero adornado de pinturas y dibujos; el de las mujeres está cubierto solamente del pequeño delantal e igualmente pintado con líneas diversas muy regulares o de tintes distintos en grandes partes, extendiéndose hasta las piernas y pies. El uso de brazaletes es más o menos común en todas las naciones salvajes, y el Guaraní, el Itonama y el Yuracarés llevan ligas sin medias. Las mujeres chiquiteanas, las Moxenas, las Antisianas y algunas Guaraníes usan una túnica, sin mangas, de corteza de *ficus* o de tejido de algodón. En cuanto a esas plumas con que siempre se obstinan, en Europa en vestir a los Americanos, no pertenecen nunca al vestido habitual y están lejos de corresponder al uso general. Las hemos hallado en brillantes cinturones de los Tacanas, mientras la cabeza está adornada con ellas, en los Guaraníes, Antisianos y algunos Pampeanos, solamente en las fiestas religiosas; después de las ceremonias, esos adornos son guardados con cuidado; sólo se emplean una o dos veces al año.

Los vestidos que acabamos de describir existen todavía hoy en todas las naciones libres, y se hallan, más o menos modificados por la decencia, en las antiguas Misiones de los Jesuítas, en Moxos y Chiquitos. Solamente las naciones vecinas a las grandes ciudades han abandonado realmente por completo su vestido nacional.

CENTROS DE CIVILIZACION; GOBIERNO

Ya hemos dicho que en la superficie de América meridional de que nos ocupamos no había antes de la conquista, más que un solo centro de civilización, el de los Peruanos, mientras que las otras naciones, más o menos salvajes, no presentan ningún cuerpo político y ningún centro más cultivado que el resto [88]. Así, de un lado existía un pueblo en el que todo marchaba hacia las luces, mientras que del otro aparecían sociedades informes, en la igualdad casi completa del hombre primitivo. Hemos buscado las causas de ese contraste en las posibilidades locales [89] y en los hábitos; y ahora que, para completar el cuadro de los Americanos, no nos queda más que tratar lo que se relaciona con los gobiernos y la religión, creemos útil decir previamente una palabra acerca de lo que los monumentos, tradiciones e investigaciones sobre las lenguas, pueden hacernos pensar de esos lugares donde se han formado los primeros centros de civilización.

Nuestras investigaciones a este respecto, como podrán reconocerse en las partes especiales correspondientes a los Quichuas y Aymaraes, prueban evidentemente que la civilización de los Peruanos comenzó a orillas del lago Titicaca, en el seno de la nación Aymará, y que ella debe ser la cuna primitiva de la civilización de la meseta andina; por lo menos es la que ocupa el punto central, donde la vida agrícola y pastoril parece haberse desarrollado en primer lugar, donde las ideas sociales germinaron, donde nació el primer gobierno monárquico y religioso. Esa sociedad, antes de los Incas, en una época muy antigua, perdida en la noche de los tiempos [90], llegó a una civilización muy avanzada, como lo demuestran los monumentos. Transportada por Manco Cápac de las orillas del lago Titicaca al Cuzco, su último esplendor, su religión y su industria comenzaron la monarquía de los Incas, que, a pesar de que el pueblo olvidó su cuna, mostraba que sus reyes conservaban el recuerdo. Este último hecho nos parece demostrado por la especie de predilección que los Incas siempre conservaban por las islas del lago Titicaca, las del Sol y de la Luna, donde hicieron construir templos en recordación de su antiguo origen. ¿Qué impide creer que el aymará fué la lengua sagrada hablada entre ellos?

Fundada sobre bases sólidas, pero limitadas, reducida a un estrecho círculo bajo Manco Cápac, la monarquía de los Incas se extendió hacia el Norte y el Sur, rápidamente, bajo los once reyes que si-

88 Véanse págs. 116-122.
89 Ver página 123.
90 Ulloa, *Noticias americanas*, página 341, sólo otorga a los Americanos 250 años de civilización antes del arribo de los Españoles, lo que es evidentemente equivocado. Buffon, *Histoire de l'homme*, edic. de Sonnini, t. II, p. 426, no les da más que 300. América es, según él (p. 428) una tierra habitada recientemente.

guieron a aquél. Al llegar los Españoles, las leyes de los Incas eran aceptadas, por una parte, hasta la línea, en Quito, y por la otra hasta el grado 35 de latitud sur, en el Río Maule (Chile), siempre en las montañas, porque jamás reinaron en las planicies cálidas situadas al este de los Andes. Al lado de esa civilización desarrollada, vemos a pueblos privados de toda civilización; al lado de ese gobierno monárquico, pequeñas tribus esparcidas, diseminadas, enemigas entre sí y que nunca tenían un jefe. Así, en América, la extensión de los gobiernos está lejos de poder compararse a la de las naciones que se distinguen por su lengua. Así el grado de civilización no sigue siempre una marcha en relación a su importancia numérica, sino que depende de la extensión y estabilidad de las sociedades.

El gobierno monárquico de los Incas era posiblemente el más sólidamente establecido de todos, puesto que los jefes hereditarios mandaban, al mismo tiempo, como dioses, hijos del sol, y como reyes todopoderosos, y reunían el poder religioso al poder civil, obteniendo a la vez la adoración y la obediencia de los pueblos que se les sometieron. Por eso su autoridad era ilimitada, y la aristocracia, compuesta únicamente por los miembros de una misma familia divina, tenía el ascendiente sobre sus sujetos, que se reservaban exclusivamente todas las ramas de la administración, poseía todos los resortes científicos, industriales e intelectuales, y aprovechaba todos los progresos sociales, mientras la masa de la nación, contenida por leyes dulces y paternales en la práctica, aunque más severas en la teoría, estaba condenada a no poder cambiar de suerte, siendo todos los estados y profesiones siempre hereditarios [91], y perteneciendo todas las tierras al Estado. Tal es probablemente una de las causas que impidió la marcha de la civilización y la hizo más estacionaria, porque, al paralizar la ambición individual, sea seca infaliblemente la fuente del progreso. Fraccionada en divisiones parcelarias de diez, cien, mil, diez mil individuos, cada una con su jefe, toda la población estaba repartida en inmensas provincias que dependían del Cuzco, la capital. Las tierras, labradas en común por el pueblo, se dividían en tres partes, una afectada a las necesidades de la nación, la otra al sostén del culto y la tercera como reserva para las necesidades de la guerra.

91 Como toda la cultura estaba en manos de la clase noble, eliminada por el cruel Atahualpa, para destronar a su hermano (Garcilaso, *Comentario de los Incas*, p. 28, 330, 345, etc.), así como por los Españoles, que no podían sufrir las rivalidades del poder, los conocimientos que la civilización había alcanzado debían desaparecer de golpe con los Incas, y la población conservada por los Españoles no se halla en relación con el Cuadro que los historiadores trazan del estado de su gobierno y de su civilización, en la época de los Incas. Este hecho nos parece que resuelve el problema tan a menudo agitado por los escritores, sobre la verdad de los hechos adelantados y en apariencia contradictorios que cada uno de ellos ha visto en los peruanos de su siglo.

Las otras partes de América de que nos ocupamos, no presentaban un cuerpo nacional, divididas como estaban en un gran número de pequeñas tribus, cada una con su jefe momentáneo y raramente hereditario, armado solamente de un poder muy limitado y cesando a veces en sus funciones al terminar la guerra para la que se lo había designado. Había también, en esos jefes, otros géneros de actividades: en los Chiquitos, nombrados por el consejo de ancianos, acumulaban las funciones de médicos y hechiceros, y, en consecuencia, unían a sus funciones políticas, funciones religiosas que le daban preponderancia. En los Guaraníes, sus funciones eran hereditarias, teniendo generalmente subalternos a sus órdenes. En los Araucanos, Patagones y Puelches, el coraje militar y el talento oratorio decidían la elección y su autoridad se reduce a nada en tiempo de paz; lo mismo sucedía entre los Moxenos. En los Charrúas, Tobas y otras naciones del Chaco, los ancianos designaban a los jefes temporarios que debían dirigir el ataque planeado. En los Yuracarés, finalmente, no se aceptaba ningún jefe y la libertad individual era respetada a tal punto que el hijo nunca estaba obligado a obedecer a su padre.

El gobierno de los Incas, pese a su despotismo, por haber llegado a construir una gran sociedad y un centro de conocimientos, era una semicivilización. En el resto de América, el fraccionamiento del poder y las continuas disputas de los jefes, tendían, por el contrario, a perpetuar el estado de anarquía salvaje, que debía durar lo que su sistema de gobierno y ayudan a comprender por qué esas regiones no estaban más avanzadas, en el momento de la conquista. De ahí que la imperfección de la civilización, considerada por algunos autores como resultado de ser América una comarca mucho más moderna que el resto del mundo [92], se explica, como se ve, por el despedazamiento de la autoridad, por la poca extensión y estabilidad de sus gobiernos.

Los Quichuas, a los que se puede comparar, desde ese punto de vista, a los Arabes de Mahoma, hacían la guerra con un espíritu de proselitismo para aumentar el número de adherentes al culto del sol. Jamás fueron crueles y sólo recurrían a las armas cuando la

92 Ulloa, *Noticias americanas*, p. 428.

persuación resultaba inútil. Combatían francamente y lealmente, anunciando su ataque, y no exigían al vencido su sometimiento a las leyes del vencedor. Las otras naciones, divididas por tribus, estaban siempre en guerra entre sí o con las naciones vecinas. El verdadero motivo, el motivo más frecuente, que llevó a los Guaraníes o Caribes, por ejemplo, a conquistar la mitad de la América meridional, fué el deseo de robar mujeres, para hacer de ellas concubinas. Buscaban como pretexto riñas familiares, derechos discutidos a cazar en determinado terreno, o más a menudo todavía, la instigación de agentes religiosos, de sacerdotes o hechiceros [93]. La táctica militar se limitaba a la astucia y la sorpresa; pero, siempre crueles, los hombres eran generalmente masacrados sin piedad o hasta devorados por los vencedores, que no perdonaban más que a las mujeres y a los niños, para reducirlos a esclavitud.

Actualmente, los pueblos no sometidos a los gobiernos republicanos que rigen la América meridional, no han modificado en lo más mínimo sus costumbres y sobre todo su sistema de división por tribus numerosas. Por consiguiente, son tan poco civilizados como en la época de la conquista.

RELIGIÓN

La religión ha estado siempre en relación íntima con el grado de civilización de los pueblos o la extensión de las sociedades. Los hombres que están cerca del estado natural y divididos en pequeñas tribus, tienen una religión simple, que no trata nunca de propagar. A medida que las sociedades se desarrollan y extienden, su religión se complica más y más, y de tal complicación nace el espíritu de proselitismo, por lo menos en las religiones en que dicho espíritu de propaganda es de alguna manera la esencia y la vida. América (en la parte que nos ocupa) lo demuestra tanto como cualquiera otra región del mundo. Por un lado, pequeñas tribus esparcidas tenían una religión tan poco complicada, que se ha llegado hasta negarle el carácter de tal, y jamás sus convicciones religiosas o el deseo de extender el imperio fué el objetivo de sus guerras. Por el

93 Entre los Chiquitos, Araucanos y Patagones, la muerte de un jefe, que el médico no ha podido salvar, se atribuye a los miembros de una familia lejana, lo que a menudo provoca la guerra. Véanse nuestros parágrafos especiales y *Voyage dans l'Amérique méridionale,* parte histórica, t. II, cap. XXI.

otro, una sola nación era civilizada y una sola también nos presenta un sistema religioso extenso, con complicados ritos religiosos y animada del espíritu de proselitismo.

Aunque muchos autores niegan toda religión a los Americanos [94], es evidente para nosotros que todas las naciones, aún las más salvajes, tenían alguna. ¿No trae el hombre al nacer esa idea consoladora que lo acompaña durante su residencia más o menos penosa en la tierra, de que al terminar su carrera terrenal no perecerá por completo, y que al morir comenzará para él, para la parte más noble de su ser, una segunda existencia, pero sin término y más feliz? Pues bien; esa idea consoladora y esa fe instintiva en la otra vida son generales en las naciones americanas, y se manifestaban o se manifiestan todavía bajo diversas formas, en la costumbre de colocar, junto a los muertos, víveres y todo cuanto les pertenece. Los Incas iban a vivir junto a su padre, el sol; los vasallos continuarían sirviendo a sus amos. El Guaraní halla, en el otro mundo, caza abundante y todas sus mujeres vuelven a ser jóvenes. El Antisiano, el Chiquiteano, el Moxeno, el Pampeano y el Araucano, encuentran mucha caza y vuelven a ver a toda su familia. Algunas tribus de las Pampas experimentan una ebriedad continua. Así que, cada uno según su gusto predominante, se creaba una beatitud en relación con sus placeres de la vida terrenal.

Al comparar entre sí a las religiones hallamos, lo mismo que para el gobierno, una diferencia enorme entre los Peruanos civilizados y las otras naciones. En efecto, los Quichuas creían que *Pachacamac,* dios invisible, creador de todas las cosas [95], era el poder supremo, y mandaba al sol y a su mujer, la luna, puesto que éstos están sujetos a una marcha regular e invariable. Pero como no conocían la forma del dios creador, lo adoraban a pleno aire, sin pretender representárselo, mientras que el sol, su creación visible, tenía vastos templos, llenos de riquezas y vírgenes consagradas, y por sacerdotes, sus intérpretes sobre la tierra, a los Incas, sus hijos, a quienes el pueblo podía recurrir en sus necesidades y enfermedades. Se ofrendaban al sol, fecundador de la tierra, los frutos que su calor había hecho madurar; se le sacrificaban mansas llamas; se lo festejaba durante el equinoccio de setiembre, en la gran fiesta de Raimi.

94 Azara, *Voyage dans l'Amérique mêridionale;* Pauw, *Recherches sur les Américains;* Robertson, *Histoire de l'Amérique,* edic. esp., t. II, p. 178.

95 Robertson, *Histoire de l'Amérique,* edic. esp., t. IV, p. 56. no reconoce, por error, más que el culto al sol de los Incas. Véase en la parte especial a los autores que han hablado de Pachacamac.

El pariente más próximo del Inca era primer sacerdote; los otros miembros de la familia real administraban los numerosos templos diseminados por el reino.

Al lado de la religión de los Incas, no tenemos, en los otros pueblos, más que creencias simples, completamente de acuerdo con sus subdivisiones: los Guaraníes, desde el Río de la Plata hasta las Antillas, y desde las costas del Brasil hasta el pie de los Andes bolivianos, reverenciaban, sin temerlo, a un ser bienhechor, su primer padre, el *Tamoi o viejo del cielo,* que había vivido entre ellos, les había enseñado la agricultura, y luego había desaparecido hacia Oriente, desde donde los protegía. Se le rezaba (los Guarayos) en cabañas octogonales, pero jamás se le hacían ofrendas, ni sacrificios; los *Payes* o *Piaches,* hechiceros, eran sus adivinos e intérpretes.

Todas las naciones pampeanas y las de la rama araucana profesaban una creencia calcada sobre el siguiente principio: temían más que amaban a un genio bueno por necesidad, dañino sin motivo, causa de todo el mal que recibían; eran sus intérpretes unas ancianas, que reunían a sus funciones sacerdotales, el arte de curar. Los Chiquiteanos creían también en las influencias malignas, de las que sus jefes eran intérpretes, al mismo tiempo que médicos. Entre los Moxenos no existía uniformidad: en algunos, un dios presidía la cultura, la caza, dirigía las nubes y el trueno; pero el culto más generalizado era el miedo al jaguar (*Felis onza*), al que erigían altares y consagraban ofrendas, entregándose a ayunos rigurosos, para obtener el sacerdocio, al que se unía la profesión de médico, como en los Chiquitos. Los Yuracarés, que tenían una mitología complicada, no adoraban ni temían, sin embargo, a ningún ser especial; nada esperaban del porvenir ni conservaban nada del pasado, verdadero tipo del hombre supersticioso, cuyo egoísmo innoble al extremo rompía todos los vínculos de la sangre.

Esa comparación ligera nos muestra:

1º Que la religión de los Americanos estaba muy lejos de tener por base, como se ha pensado, el culto del sol y la luna únicamente;

2º Que este último culto sólo existe, en forma secundaria, en los Incas, mientras que era completamente desconocido en las otras naciones, cuya fe tenía más bien por principio la esperanza en el bien de una parte, y el temor del mal de la otra. Pero este sistema suponía una asociación de ideas y reflexiones, que no exigía el culto de un objeto visible para todos, y de abstracciones consideradas por encima de la capacidad intelectual de los Americanos, a quien se cree, desde ese punto de vista, inferiores al resto de la humanidad.

Independientemente de su creencia fundamental, todos los pueblos americanos, lo mismo que todos aquéllos que son poco civilizados, asignan una gran influencia a las cosas naturales, al encuentro con un animal en determinada circunstancia, al grito de otro, a los eclipses de sol y luna, a los sueños; pero los pueblos cazadores, sobre todo, tienen en ese sentido innumerables prejuicios, y sus comidas y cacerías están sujetas a una serie de prácticas supersticiosas que varían al infinito, según las naciones, aplicadas por los adivinos o intérpretes de la divinidad. Esos sacerdotes son dioses y reyes, al mismo tiempo, entre los Incas; jefes y sacerdotes entre los Chiquitos, mientras que, en las otras naciones, son solamente adivinos o intérpretes de la divinidad. Se les teme, en este último caso, mucho más que se los ama, y no gozan siempre de una gran consideración, sobre todo en los pueblos pampeanos y guaraníes.

No lejos de los magníficos monumentos de los Incas, pomposamente adornados de oro y plata, apenas si se ve, en las otras naciones, levantarse una simple cabaña, cubierta de hojas de palmeras y consagrada a la adoración del ser supremo. Al lado de las suntuosas fiestas del Raimi, entre los Incas, a las que concurrían gentes de todos los lugares del reino, sólo se ven orgías más o menos bárbaras, más o menos sanguinarias, casi siempre determinadas por las diversas fases de la existencia de los individuos. Al nacer un Inca se realizaban fiestas, que sólo se encuentran, aunque mucho más sencillas, en los Araucanos. La nubilidad de las mujeres es señalada, salvo en los Peruanos, y solemnizada en todas las naciones. Entre los Guaraníes, se ordena a las jóvenes ayunos rigurosos, heridas sangrientas en el pecho, el tatuaje de una pequeña parte del brazo o el rostro; entre los Pampeanos y Araucanos, ayunos, tatuajes o diversas ceremonias más o menos complicadas; entre los Yuracarés, también ayunos, luego la joven y todos sus parientes se cubren de heridas los brazos y las piernas, y, para mejor celebrar su entrada en el mundo, se termina la ceremonia, en todas las naciones, con libaciones. El matrimonio es un asunto de comercio o convención privada, casi ajeno a la religión. No sucede lo mismo con el embarazo de la mujer, que provoca siempre un gran temor en el marido, cuyas acciones pueden tener influencia en el estado del niño, y sobre el parto que, considerado con indiferencia por la mujer, obliga a veces al marido a tomar medidas higiénicas. Los sacerdotes y los adivinos son consultados durante las enfermedades: a veces aplican remedios, hacen sangrías locales; pero, casi siempre, se limitan a farsas, sobre todo a la succión de las partes enfermas, como sucede

entre los Pampeanos, Araucanos, Guaraníes, Chiquiteanos y Moxenos; o bien a ceremonias más o menos complicadas. Al morir, desde el Quichua civilizado hasta el más salvaje de los Americanos, la creencia en otra vida conduce a vestir al cadáver con sus mejores ropas y a colocar a su lado las armas y víveres para que haga el viaje. Entre los Araucanos, Patagones, Puelches y Charrúas, se quema todo lo que perteneció al difunto; se mata, sobre la tumba, a todos los animales domésticos que le sirvieron; y especialmente entre los Charrúas y los pueblos del Chaco, los parientes, para expresar mejor su dolor, se cubren los brazos, los flancos y el pecho de heridas profundas; las mujeres se cortan la articulación de un dedo y todos se entregan a rigurosos ayunos.

La historia mitológica de los pueblos, que a menudo está en relación con los monumentos que dan testimonio de su antigua civilización, puede pues facilitar las investigaciones del historiador. Éste, haciendo a un lado las ficciones de ese contorno místico, con que la imaginación del hombre los ha rodeado, hará surgir rayos de luz que esclarecerán, para él, hechos cuya expresión se pedirá en vano a las tradiciones nacionales de otra clase; así, por ejemplo, la coincidencia del lugar de nacimiento de Manco Cápac, hijo del sol, a orillas del lago Titicaca, con los monumentos de esas mismas riberas, descubre la cuna del primer centro de civilización de los pueblos peruanos [96]. Por desgracia, comprobaciones similares son muy difíciles de obtener en otros pueblos, de cuya lengua apenas se conocen algunas palabras; y su mitología, además, se remonta tan lejos en el tiempo, que puede descubrirse una analogía importante con ciertos hechos generales que pertenecen al mundo entero. Nos referimos a la creación y a épocas que reemplazan, en ciertos puntos de América, al diluvio que se extendió no solamente por el Viejo Mundo, sino también sobre el Nuevo [97]. Si la creencia en el diluvio, que se encuentra entre los Araucanos, obligados a refugiarse en la cumbre de los Andes [98], si esta creencia es, como podría suponerse, sugerida por la presencia de conchas fósiles en la tierra y hasta en las montañas, no sucede lo mismo con la creencia en una renovación general de la raza humana que encontramos en los Yuracarés y Mbo-

96 Véase la parte especial.

97 Entre los Mexicanos (ver Humboldt, *Vues des Cordillères*, etc., t. I, p. 102), y sobre la meseta de Cundinamarca (Humboldt, *Vues des Cordillères et Monumens des peuples ind. de l'Amérique*, t. II, p. 256, etcétera).

98 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, t. II, p. 259.

cobis, envueltos no en una inundación, sino en un incendio general de bosques, al que escaparon solamente seres privilegiados que repoblaron la tierra [99]. Los Guaraníes creen en la llegada del Tamoi, que reanimó a los pueblos, enseñándoles la agricultura, mientras los Moxenos son hijos de los lagos y de los grandes ríos, donde se nutren los peces.

Las relaciones de las grandes divisiones religiosas de los pueblos americanos con las características físicas son evidentes: los Peruanos tenían todos el culto del sol, dirigido por Pachacamac; los Araucanos y Peruanos, la creencia en un ser bueno por necesidad, malo sin propósito, así como las mismas costumbres religiosas; los Guaraníes, una gran uniformidad de religión; los Chiquiteanos, las influencias de la naturaleza; los Moxenos, el temor a los seres vivos. La analogía con los usos y costumbres no es menos importante: los Peruanos, agricultores y pastores, los americanos del sur más civilizados, tenían la religión más complicada y dulce; los guaraníes, agricultores y cazadores, así como los Chiquiteanos y Moxenos, tenían creencias simples, más o menos dulces; mientras que, en los cazadores araucanos y pampeanos sobre todo, la independencia de su género de vida se descubre en la obligación que imponen al ser supremo de protegerlos, sin someterse ellos mismos a ningún castigo, cuando violan sus leyes. Sus sanguinarias costumbres están en relación con su modo de existencia.

Nos falta establecer un último género de comparación, el de la temperatura del lugar con el sistema religioso de los pueblos. ¿Habrá podido nacer el culto del sol en la zona tórrida, donde sus rayos devoradores obligan sin cesar al hombre a buscar una sombra protectora y donde la mañana y la noche son los únicos momentos de vida para la naturaleza? Pero es lógico que ese culto fuera una necesidad para los pueblos de las mesetas elevadas, que no tienen el calor más que cuando el sol los alumbra, y la naturaleza se enfría apenas éste se oculta. De ahí que hallemos el mismo principio religioso en la meseta peruana y en la de Cundinamarca [100], colocadas en idénticas condiciones, mientras que nada anuncia, en los pueblos de las regiones cálidas, el culto del sol.

Si consideramos en su estado de libertad primitiva, las creencias

99 Los Yuracarés tienen una mitología muy amplia y curiosa. Véase en este trabajo, el parágrafo especial sobre los Yuracarés (rama antisiana), y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, donde se describe aquella nación.

100 Piedra Hita, *Conquesta*, pl. 17; Herrera, *Década* VI, lib. V, cap. VI.

religiosas actuales del Americano, las hallaremos tales como eran a la llegada de los Españoles, sin que la civilización que las rodea haya modificado sus ritos y ceremonias que las acompañan. El americano que abraza la religión cristiana, presenta todavía muchas supersticiones de su primitiva posición, sea la indiferencia que muestra en sus bosques, como entre los Guaraníes, sea un fanatismo llevado al colmo, como en Moxos, donde el hombre inmolaba antes, por superstición, a su mujer e hijos, el hombre que, por temor a los jaguares, se dedicaba a rigurosos ayunos, se castigaba por sus pecados, no solamente ayunando por encima de la medida, sino cubriéndose de heridas durante la semana santa. En una palabra, aunque los Americanos, siguen con exactitud la religión cristiana, nuestras observaciones nos llevan a la convicción de que en general sólo participan de las ceremonias exteriores, sin tener una verdadera convicción, o sin encararla del punto de vista de su moral.

SEGUNDA PARTE

RAZAS AMERICANAS

CARACTERÍSTICAS. — *Color*: variable del amarillo al moreno y al rojo cobrizo. *Talla*: variable. *Formas*: cabeza grande en relación al tronco; tronco grande, robusto, pecho combo, miembros llenos y redondeados, manos y pies pequeños; cabellos tupidos [1], gruesos, negros, lisos, largos, descendiendo muy bajo sobre la frente y resistiendo a los años. Barba rala, gruesa, negra, *siempre lisa o no rizada*, creciendo muy tarde y solamente sobre el mentón y a los lados del bigote. Mentón corto. Ojos pequeños y hundidos. Mandíbulas salientes. Dientes hermosos, casi verticales, cejas muy marcadas.

Esas características generales, las únicas que hemos encontrado en todos los Americanos que hemos visto, son en consecuencia las que podrán compararse con las de los hombres de otras partes del mundo. Insistimos particularmente en la *barba lisa y creciendo muy tarde*, que señalamos hoy por primera vez, porque nos parece que diferencia, de una manera radical, al hombre americano de las otras secciones de la especie humana.

Con las divisiones que las características físicas nos han obligado a establecer entre los Americanos que hemos visto, presentamos, en el cuadro siguiente, las diferencias que distinguen esas divisiones entre sí. No dudamos, por otra parte, que siguiendo esa vía para el estudio de las otras partes del Nuevo Mundo, el número de razas debe necesariamente aumentar [2].

[1] Blumenbach fué mal informado, puesto que da como característica de los Americanos su escaso cabello. Por el contrario, lo tienen muy abundante.

[2] Probablemente, los habitantes de Cundinamarca y los Mexicanos entren en nuestra raza ando-peruana, pero no nos cabe la menor duda de que los Americanos del Norte, de la parte septentrional, constituyen una cuarta raza, completamente distinta.

HOMBRE AMERICANO

I RAZA:

ANDO-PERUANA

Color moreno-oliva más o menos pronunciado. Estatura pequeña. Frente poco elevada o huyente; ojos horizontales, nunca rasgados en el ángulo exterior.

1ª Rama: PERUANA

Color moreno-oliva pronunciado. Estatura media 1 metro 597 milímetros. Formas macizas; tronco muy largo en comparación con el conjunto. Frente huyente; rostro ancho y oval; nariz larga, muy aquilina, ancha en la base; labios medianos; ojos horizontales, con la córnea amarillenta; pómulos no salientes; rasgos pronunciados; fisonomía seria, reflexiva y triste.

2ª Rama: ANTISIANA

Color variable del moreno-oliva pronunciado a un tinte muy claro. Estatura variable; media, 1 metro 645 milímetros. Formas poco macizas, tronco de proporciones ordinarias. Frente no huyente; rostro oval, nariz variable; boca mediana, ojos horizontales; rasgos afeminados; fisonomía viva, dulce.

3ª Rama: ARAUCANA

Color moreno-oliva poco pronunciado. Estatura media, 1 metro 641 milímetros. Formas macizas; tronco algo largo en comparación con el conjunto. Frente poco elevada; rostro casi circular; nariz muy corta y chata; ojos horizontales, boca mediana, labios finos; pómulos salientes; rasgos afeminados; fisonomía seria y fría.

HOMBRE AMERICANO

II RAZA:

PAMPEANA

Color moreno-oliva. Estatura generalmente muy elevada; frente comba, no huyente; ojos horizontales; a veces rasgados en su ángulo exterior.

1ª Rama: PAMPEANA

Color moreno-oliva o castaño pronunciado. Estatura media, 1 metro 688 milímetros. Formas hercúleas. Frente comba; rostro ancho, aplastado y oblongo; nariz muy corta, muy chata, de ventanas anchas y abiertas; boca muy grande; labios gruesos y muy salientes; ojos horizontales, a veces rasgados en el ángulo exterior; pómulos salientes; rasgos pronunciados, masculinos, fisonomía fría, a menudo feroz.

2ª Rama: CHIQUITEANA

Color moreno-oliva claro. Estatura media, 1 metro 663 milímetros. Formas medianamente robustas; rostro circular lleno; frente comba; nariz corta y poco chata; boca mediana; labios finos poco salientes; ojos horizontales, a veces ligeramente rasgados exteriormente; pómulos no salientes; rasgos afeminados, fisonomía gozosa, viva, alegre.

3ª Rama: MOXENA

Color moreno-oliva poco pronunciado. Estatura media, 1 metro 670 milímetros. Formas robustas, frente poco comba; rostro oval circular; nariz corta y poco ancha; boca mediana; labios algo salientes; ojos horizontales no rasgados; pómulos poco salientes; fisonomía poco alegre, dulce.

HOMBRE AMERICANO

III RAZA:

BRASILIO-GUARANI

Color amarillento. Estatura mediana; frente poco comba; ojos oblicuos, rasgados en el ángulo exterior.

RAMA UNICA

Color amarillento, mezclado con algo de rojo muy pálido. Estatura media, 1 metro 620 milímetros. Formas muy macizas; frente no huyente; rostro circular lleno; nariz corta y estrecha; ventanas nasales estrechas; boca mediana, poco saliente; labios finos; ojos generalmente oblicuos, siempre rasgados en el ángulo exterior; pómulos poco salientes; facciones afeminadas; fisonomía dulce.

PRIMERA RAZA

ANDO PERUANA

CARACTERÍSTICAS GENERALES. — *Color moreno oliva más o menos pronunciado. Talla pequeña. Frente poco elevada o fugaz. Ojos horizontales, nunca apretados en el ángulo exterior.*

PRIMERA RAMA

PERUANA

Color:moreno oliva pronunciado. Talla media: 1 *metro* 597 *milímetros. Formas macizas; tronco muy largo en relación al conjunto. Frente fugaz; rostro grande, ovalado. Nariz larga, muy aquilina, ancha en la base. Boca bastante grande; labios mediocres. Ojos horizontales, con la córnea amarillenta. Pómulos salientes. Rasgos pronunciados. Fisonomía seria, reflexiva y triste* [3].

La rama que hemos denominado peruana, por el lugar que habita, se extiende sobre la mayor parte de los antiguos dominios de los Incas de antes de la conquista, es decir, en los Andes y sus laderas, desde la línea ecuatorial hasta Santiago del Estero, en el grado 28 de latitud austral. Esos dominios comprendían solamente en las montañas, toda la actual república del Perú, Bolivia y una parte de la República Argentina. Estaban limitados al oeste por el Gran Océa-

[3] No hallamos ninguna característica que aproxime los Peruanos a los pueblos de Oceanía. Son distintos por todas sus características fisiológicas, y aun más por sus costumbres. Si hubieran provenido de las islas, como se ha dicho, tendrían por lo menos alguna idea de la navegación, tan avanzada entre los habitantes de Oceanía, mientras que en aquéllas está tan atrasada. Los Peruanos difieren completamente de las otras razas del mundo.

no, al Norte por naciones que pertenecían también, posiblemente, a la misma rama, más allá de Quito; al Este, hacia el Norte, por naciones de nuestra rama Antisiana, y hacia el Sur, por las naciones pampeanas del Gran Chaco; y por el Sur, por los araucanos.

El país de los Peruanos es uniforme por su composición orográfica, así como por su sequedad. En todas partes se ven mesetas elevadas, próximas a las nieves eternas, valles más o menos cálidos, siempre secos, poco o nada boscosos, siempre desprovistos de sombra; cumbres impresionantes, abismos profundos, llanuras estériles, donde el agricultor industrioso sólo puede hallar los recursos que le obliga a buscar la falta de pastos, en los sitios templados. Allí esa impresionante vegetación de la pendiente oriental de los Andes, jamás alegra la vista de los habitantes; por todas partes el aspecto es de lo más triste, y, en seguida, impresionado por el nombre legendario del Perú, que recuerda tantas ideas de riquezas, el Europeo se admira de que, en medio de una naturaleza tan accidentada y árida, se halle el centro más perfecto de civilización de América meridional. Pero, al contemplar sobre las mesetas, los mansos rebaños de alpacas y llamas, acompañados de sus pastores, su asombro desaparece: ha visto dónde reside la fuente de esa prosperidad.

Entre los pueblos que hemos observado, las naciones que corresponden a esa rama son cuatro: la primera, los Quichuas (o Incas), a quienes correspondía toda la civilización, del tiempo de la conquista, era la nación soberana; la segunda, los Aymaraes, de las mesetas elevadas, aunque la de civilización más antigua y a pesar de su importancia numérica, estaba sometida a los Quichuas, de quien dependían también las otras dos, los Atacamas y los Changos, del litoral occidental, reducidas a una débil población.

El cuadro siguiente indica la población respectiva de las cuatro naciones:

Nombres de las naciones	Número en cada nación de		
	Individuos de raza pura		Mestizos
	Cristianos	Salvajes	
Quichuas o Incas	934.707	—	458.572
Aymaraes	372.397	—	188.237
Atacamas	7.348	—	2.170
Changos	1.000	—	—
	1.315.452	—	648.979

No existen hoy, por consiguiente, hombres en estado salvaje en la rama peruana; su antigua civilización y su sumisión religiosa a sus jefes, los han llevado a hacerse cristianos.

No proseguiremos en estas generalizaciones sobre los Peruanos. La descripción de la nación Quichua, como la más numerosa y civilizada, presenta todas las características fisiológicas y morales que podríamos reproducir aquí y nos remitimos a ella, con el fin de evitar fastidiosas repeticiones, tan difíciles de eludir en este género de trabajos. Por otra parte, los detalles especiales de la nación Aymará, no difieren de los de aquélla en nada más que en las costumbres de aplastar las cabezas, y sobre las informaciones correspondientes a su historia antigua y origen, pedimos al lector que considere las informaciones sobre los Quichuas como generales para la rama, teniendo en cuenta la ojeada histórica dedicada en particular a los Aymaraes.

NACIÓN QUICHUA O INCA

La palabra *Quichua*, bajo la que se conoce en la actualidad, en el país, la nación que nos ocupa, no era antes, según parece, más que la denominación de una de sus tribus [4]; y creemos que fué generalizada por los Españoles. El nombre *Inca*, más conocido en Europa, no se aplicaba más que a los miembros de la familia real, y significaba, en particular, *rey, jefe* [5]. No trataremos de dar aquí los nombres primitivos de cada una de de las tribus que formaban el imperio de los Incas, lo que sería usurpar el dominio exclusivo de la historia, porque los nombres que distinguen hoy a las provincias, y a la vez a las tribus que las habitan, están completamente olvidados o se confunden en uno solo, el de Quichua.

En el momento de la conquista de América, los Incas tenían bajo su dominio, desde el Río Ancasmayo [6], al norte de Quito, un poco al septentrión de la línea ecuatorial, hasta el Río Maule de Chile, en el grado 35 de latitud sur, es decir, una extensión de más de 700 leguas marinas [7]. Por el este, sus límites eran las llanuras cálidas y boscosas, o hasta las pendientes orientales de las montañas andinas, desde el momento que éstas se cubrían de una vegetación activa o que eran demasiado calurosas para que se pudiera criar a las llamas. No tenía, pues, por límites [8] de ese lado a los Andes, a pesar de lo que dicen los antiguos escritores, puesto que los hemos encontrado hasta 100 leguas al este. Por el oeste, los Quichuas estaban limitados por el mar; ocupaban, por lo tanto, el largo de los Andes y una parte de sus vertientes, sobre una extensión variable de 140 leguas (al 18°) en su mayor extensión, y de 50 leguas, en su parte más estrecha (al 16°). Después de haber señalado esta superficie sometida a los Incas, distinguiremos el territorio donde vivía la nación

[4] Garcilaso de la Vega (edición de 1723), *Comentario real de los Incas*, lib. IV, cap. 23, p. 129, 87.

[5] *Ibidem*, p. 28, 30.

[6] *Ibidem*, p. 9. Padre Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Barcelona (1591), *lib.* VI, cap. 19, p. 280.

[7] Hay gran distancia a las 1.300 leguas señaladas por Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 9.

[8] Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 10, solo conocía sus límites orientales, a los cuales les daba por fronteras los Andes nevados. Había por lo menos tanta población quichua al este como en las mesetas. Cochabamba y Chuquisaca están al este de la cadena.

Quichua, que nos ocupa en este momento y que no era, ni mucho menos, la única. Hacia el norte, se extendía sobre la meseta, tal vez hacia Quito; hoy se habla todavía la lengua quichua [9], lo que no hubiera sido, de haber estado habitada primitivamente por una nación distinta [10]. De allí, avanzando hacia el sur, se extendía y se extiende aún sobre toda la meseta de los Andes del Perú y sobre una pequeña parte de la pendiente oriental, hasta el grado 15, donde termina de repente, para dejar un gran espacio comprendido entre las dos cadenas y la costa ocupado por la nación Aymará, de la que nos ocuparemos por separado. Vuelve al sur de los Aymaraes, sobre todas las provincias de Cochabamba, Chuquisaca, Chayanta y Potosí; de allí no vuelve a ascender a las mesetas, sino que sigue solamente sobre la ladera oriental, hasta Tucma [11] (Tucumán) y Santiago del Estero, en el 28º de latitud, donde todavía hoy se habla el quichua [12]. Por la costa, sobre la pendiente occidental, Arequipa, habitada por los Aymaraes, y más allá los Atacamas, que ocupan la provincia del mismo nombre, limitan a los Quichuas, quienes sobre el litoral del sur, no tienen más que pueblos sometidos, pero de un origen distinto [13]. Los Quichuas, por consiguiente, cubren una larga faja de tierra que tiene de norte a sur la forma de la cordillera de los Andes, desde Quito hasta el lago Titicaca; luego sigue al sureste de la nación Aymará, enclavada entre ellos, para ocupar una parte de la pendiente oriental, desde Cochabamba hasta Santiago del Estero, limitada, pues, al oeste por los Andes y al este por llanuras cálidas y boscosas.

[9] Don Jorge Juan y Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Madrid, 1748, t. I, *lib.* V, *cap.* V, p. 377, lo dice en cada página de su obra. M. de Martigny lo confirma, por otra parte, para la actualidad.

[10] La tribu de la meseta de Quito llevaba un nombre distinto, pero creemos que formaba parte de la nación Quichua, por las tribus sometidas que hablaban idiomas distintos, tienen todavía su idioma primitivo, como lo prueban los Aymaraes.

[11] Garcilaso, *Com. de los Incas*, p: 164, 240, 309.

[12] Véanse los límites de los Quichuas, en el mapa de las razas humnas, donde podrán percibirse mejor que en una descripción. Son los límites que hemos podido verificar durante tres años de residencia en la comarca que habita la raza ando-peruana, límites realmente desconocidos hasta entonces.

[13] Hemos descubierto en la lengua de los pueblos del sur (Araucanos, Puelches) palabras pertenecientes al Quichua; fueron, sin duda, trasmitidas después de la conquista de los Incas, bajo Yupanqui, en 1400 (Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 216); se prueba así que todas las palabras introducidas en otra lengua anuncian contactos positivos.

Por el este tienen por vecinas a una serie de pequeñas naciones que constituyen, desde Quito a Santa Cruz de la Sierra, nuestra rama Antisiana; los *Quixos*, por ejemplo, los *Chayaritos*, los *Chuchos* del Río Paro; luego, en los lugares que describimos, los *Apolistas*, los *Maropas*, los *Tacanas*, los *Mocetenes* y en fin, los *Yuracarés*. Más lejos, hacia el sur, los Quichuas tenían por vecinos a los Chiriguanos, tribu de los Guaraníes del Paraguay, y más al sur todavía, a naciones pertenecientes a la rama pampeana, tales como los Matacos, los Mbocobis, las primeras tribus de los Araucanos de las Pampas, estando, pues, así, separadas por la cordillera de los Andes, de las tribus de esa nación guerrera de Copiapó y Coquimbo. Por el norte, limitaban con pueblos pertenecientes, probablemente, a los Muiscas de la meseta de Cundinamarca; al suroeste, los Aymaraes los limitaban por la costa.

Es evidente que los lugares habitados por los Quichuas eran, en la época de la primera llegada de los Españoles, mucho más poblados que hoy; es sabido que gran número de ellos fueron masacrados en Caxamarca [14]; que muchos más todavía perecieron en las expediciones de los primeros aventureros [15], en las guerras civiles [16], así como en los trabajos de las minas, donde eran conducidos a la fuerza [17]. Es sabido también que gran número de ellos se mezclaron con los Españoles y no conservaron su raza pura. Sin embargo, fatigosas investigaciones nos permiten presentar el siguiente cuadro, de acuerdo con la población actual de esa nación, toda cristiana [18]:

Pasemos ahora al estudio de las características fisiológicas de los Quichuas: su color, como lo hemos observado en millares de indi-

[14] Garcilaso, *Comentario real del Perú*, lib. I, cap. XXVII, p. 35. Ulloa, *Noticias amer.*, p. 345, describe las ruinas de numerosas aldeas de valles hoy deshabitados; y p. 352, 353, atribuye la disminución de la población a los excesos de la bebida y no a las minas, pág. 345.

[15] En la expedición de Gonzalo Pizarro para conquistar la provincia de la Canela (Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. III, cap. III, p. 140), y en la de Almagro a Chile (*loc. cit.*, lib. II, cap. XX, p. 87).

[16] Las guerras entre Diego Almagro y Francisco Pizarro, cuando la conquista del Cuzco (Garcil., *Com. del Perú*, lib. II, p. 112, etc.).

[17] Ulloa, *Noticias americanas*, p. 329, pretende que el trabajo en las minas no podía perjudicarlos. Robertson, *Histoire de l'Amérique*, edición española, t. IV, p. 102, cree lo contrario.

[18] Cifras del excelente trabajo estadístico de Francisco Viedma, intendente de las provincias de Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. Este trabajo fue transmitido al virrey de Buenos Aires, en su *Informe general* de 1793 (Manuscrito importante, cuyo original obra en nuestro poder).

	Quichuas puros	Mestizos de Quichuas y Españoles
Quichuas de la Villa de Cochabamba (Bolivia)	1.182	12.980
de la provincia de Sacava, departamento de Cochabamba	3.805	2.290
de la provincias de Ayopaya, departamento de Cochabamba	4.585	1.462
de la provincia de Tacapari, departamento de Cochabamba	14.780	8.090
de la provincia de Arque, departamento de Cochabamba	13.491	4.741
de la provincias de Clisa, departamento de Cochabamba	16.355	11.192
de la provincia de Mizqué, departamento de Cochabamba	8.031	5.602
de la provincia de Yamparais, departamento de Chuquisaca	12.440 [19]	6.220 [19]
de la provincia de Tomina, departamento de Chuquisaca	14.853 [19]	9.426 [19]
de la provincia de Sinti, departamento de Chuquisaca	13.636 [19]	6.818 [19]
de la provincia de Chuquisaca, del departamento de Chuquisaca	1.312 [20]	3.282 [20]
de la provincia de Potosí, del departamento de Potosí	1.365 [20]	6.825 [20]
de la provincia de Chayanta, del departamento de Potosí	39.268 [19]	19.634 [19]
de las provincias de Porco, Chichas, Lipez	67.066 [19]	33.533 [19]
de la provincia de Valle Grande, departamento de Santa Cruz	317 [18]	4.239 [18]
de la provincia de Cuzco (Perú) ..	14.254 [21]	699 [21]
de la provincia de Paucartambo ...	11.299 [21]	957 [21]

[19] Como el censo de 1885 (*Calendario y guía de forasteros de la república Boliviana*), impreso en La Paz, no hace distinción de castas, hemos debido, comparando con las cifras dadas por Viedma, fijar en la mitad la cifra de naturales puros y en la cuarta parte la de mestizos.

[20] Estas cifras, comparadas con las de Viedma, son, después de lo que hemos visto, la mitad de la población general de las ciudades, como mestizos, y la décima parte de indios puros, para Potosí (la cuarta parte de mestizos y un décimo de Indios puros en Chuquisaca), de las cifras dadas en el *Calendario y guía de forasteros de la república Boliviana*, 1835.

[21] Cifras extraídas de la excelente estadística de 1795, publicada en Lima en la *Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú*, por orden del virrey, en la que la población está dividida tal como nosotros lo señalamos. Hemos debido adoptarla con tanto mayor confianza cuanto que

	Quichuas puros	Mestizos de Quichuas y Españoles
de la provincia de Abancay, departamento del Cuzco	18.419 [21]	4.739 [21]
de la provincia de Calca, departamento del Cuzco	5.519 [21]	320 [21]
de la provincia de Urubamba, departamento del Cuzco	5.164 [21]	3.194 [21]
de la provincia de Cotabamba, departamento del Cuzco	18.237 [21]	1.382 [21]
de la provincia de Paruro, departamento del Cuzco	15.034 [21]	2.733 [21]
de la provincia de Chabibileas, departamento del Cuzco	11.475 [21]	—
de la provincia de Tinta, departamento del Cuzco	29.045 [21]	5.420 [21]
de la provincia de Quispicanchi, departamento del Cuzco	19.947 [21]	4 306 [21]
del departamento de Lima (Perú)	63.181 [21]	13.347 [21]
del departamento de Ayacucho (Perú)	99.183 [21]	34.158 [21]
del departamento de Junín (Perú)	105.187 [21]	78.684 [21]
del departamento de Libertad (Perú)	115.647 [21]	76.949 [21]
del departamento de Guayaquil (Ecuador)	153.900 [22]	76.950 [22]
del departamento de Quito (Ecuador)	36.800 [22]	18.400 [22]
	934.707	458.572

viduos, nada tiene de la piel cobriza que se les asigna a los habitantes de América septentrional, ni el fondo amarillo de la raza brasilio-guaraní tiene la misma intensidad y la misma mezcla de moreno-oliva pronunciado que se encuentra en nuestra raza pampeana. En efecto, el color de los Quichuas es el de los mulatos, y la uniformidad es más notable en los individuos de raza pura. Ulloa, en su descripción de los Americanos, confunde a menudo las naciones;

no existe ningún censo posterior, y, en una recopilación publicada en Lima en 1833, bajo el título de *Calendario y guía de forasteros de Lima*, p. 6, se toma también por base el censo de 1795.

22 Las cifras de la población total de los departamentos de Guayaquil y Quito, según el censo de 1830 (*Précis de la Géographie universelle*, por Maltebrun, edición de M. Huot, t. XI, p. 549), las hemos formado, así como para Bolivia, contando la mitad como naturales puros y un cuarto como mestizos.

habla de ellas como si existiera una sola [23]; y mezclando así los recuerdos que conserva de los habitantes de América septentrional, los considera a todos rojizos [24], lo que es falso. Empero, atribuye al ardor del sol y a la acción del aire el color más pronunciado de los Peruanos, a quienes Humboldt considera, con razón, bronceados [25].

La talla de los Quichuas es poco elevada; jamás hemos encontrado individuos que lleguen al metro 70 centímetros (5 pies 3 pulgadas). Las numerosas mediciones que hemos hecho, nos autorizan a creer que la talla media es de 1 metro 60 centímetros (4 pies 9 pulgadas); y pensamos que está todavía por debajo en muchas provincias, sobre todo en las mesetas elevadas, donde la rarificación del aire es mayor [26], mientras que los individuos de estatura más elevada viven principalmente en los valles cálidos y húmedos de la provincia de Ayupaya; diferencia cuyas causas hemos atribuído, en la parte general [27], a la rarificación del aire. Las mujeres son más pequeñas aun y tal vez por debajo de la proporción relativa que corresponde a la raza blanca (1 metro 460 milímetros).

Las formas, como hemos dicho, son más macizas en los Quichuas que en las otras naciones de las montañas; podemos presentarlas como características. Los Quichuas tienen las espaldas muy grandes y cuadradas, el pecho excesivamente voluminoso, muy combo y más largo de lo común, lo que aumenta el tamaño del tronco. De esa manera, la relación normal del largo de éste con las extremidades no parece ser el mismo en los Quichuas que en nuestras razas europeas y difiere igualmente del de las otras ramas americanas. Vemos también que en este aspecto salen de las reglas observadas, siendo más largo en proporción que las extremidades, que no por eso dejan de ser torneadas y bien musculosas, y anuncian mucha fuerza. La cabeza es mayor que el término medio, guardando proporción con el conjunto. Las manos y los pies siempre son pequeños; las articu-

23 *Noticias americanas*, Entr. XVII, p. 253. *Visto un Indio de qualquier region, se puede decir que se han visto todos en quanto el color y contestura.*

24 *Loc. cit.*, p. 252: *Los Indios son de un color que tira á roxo, y afuerza de tostarse con el sol y con el viento, toman otro que abscurece.*

25 *Voyage aux régions*, etc., t. III, p. 364. Se ve que el sabio viajero conoció a los Peruanos como los hemos conocido nosotros.

26 Ulloa, *loc. cit.*, p. 253, había hecho notar también que los Peruanos eran pequeños. *Los (Indios) de la tierra alta del Perú son de mediana estatura.* Esta talla es en relación a la de los Españoles, inferior a la de los Franceses.

27 Véase páginas 68 y 69.

laciones, aunque algo gruesas, no lo son en forma extraordinaria. Las mujeres presentan las mismas características: el cuello siempre es voluminoso.

Acabamos de decir que el tronco siempre es, en proporción más voluminoso que en los otros de América, y que, por la misma razón, las extremidades son, por el contrario, más cortas. Trataremos de explicar ahora ese hecho por el gran desarrollo anormal del pecho. Creemos que una parte determinada de un cuerpo puede tener mayor extensión, a causa de un motivo cualquiera, sin que las otras partes dejen de seguir su desarrollo ordinario. Tenemos una prueba evidente en el caso completamente opuesto al que hemos establecido: por ejemplo, cuando esa parte del cuerpo, debido a una deformidad, no toma, aparentemente, su desarrollo natural, como puede verse en el tronco del jiboso, lo que no impide que las extremidades adquieran las proporciones que deben tener, cuando el tronco crece completamente. De ahí, la falta de armonía en su persona; de ahí, esa longitud de los miembros superiores e inferiores, desmesurados en comparación con el tronco. Si admitimos ese hecho, difícil de refutar, ¿por qué, en el caso que consideramos, no admitir también que el pecho, por una causa que procuraremos establecer, habiendo adquirido un tamaño extraordinario puede naturalmente alargar el tronco, sin que las extremidades pierdan nada de sus proporciones normales, lo que las hará aparecer, como sucede en realidad, más largas que en los otros hombres, donde ningún accidente ha modificado las formas propias de la especie? Estas consideraciones pueden ser motivo de un trabajo especial, pero aquí no corresponde dar los detalles.

Volvamos a las causas que determinan en los Quichuas el gran volumen del pecho que hemos observado. Muchas investigaciones nos permiten atribuirlo a la influencia de las regiones elevadas en que viven y a las modificaciones impuestas por la extrema dilatación del aire. Las mesetas que habitan están siempre comprendidas entre 7.500 y 15.000 pies, o de 2.500 ([28]) a 5.000 ([29]) metros de elevación sobre el nivel del mar. Por lo tanto, el aire está tan rarificado que es necesario en mayor cantidad que a orillas del oceáno, para que el hombre halle los elementos vitales. Los pulmones

[28] Es la altura del valle de Cochabamba, uno de los valles más bajos que habitan los Quichuas de Bolivia.

[29] La villa de Potosí se eleva a 4.166 metros sobre el nivel del mar; numerosos lugares habitados son más altos todavía.

necesitan, a causa de su gran volumen y de la mayor dilatación en la aspiración, una cavidad mayor que en las regiones bajas, y esa cavidad recibe, desde la infancia y durante el crecimiento, un gran desarrollo, completamente independiente de las otras partes. Hemos querido tener la seguridad de que, si como lo suponíamos *a priori*, los pulmones mismos, debido a su gran volumen, no sufren modificaciones notables. Mientras vivíamos en la ciudad de La Paz, elevada a 3.717 metros sobre el nivel del oceáno, nos informaron que en el Hospital había constantemente indios de las mesetas muy pobladas y elevadas (3.800 a 4.000 metros). Solicitamos de la benevolencia de nuestro compatriota M. Burnier, médico de ese hospital, la autorización necesaria para hacer la autopsia del cadáver de alguno de los indios de las regiones más altas, y llegamos a comprobar, con nuestro compatriota [30], que tenía dimensiones extraordinarias, lo que explicaba la forma exterior del pecho. Notamos que las células son mayores que la de los pulmones que hemos disecado en Francia, condición tan necesaria para aumentar la superficie en contacto con el fluído ambiental. En resumen, hemos creído reconocer:

1º Que las células son más dilatadas;

2º Que su dilatación aumenta notablemente el volumen de los pulmones;

3º Que en consecuencia éstos necesitan, para ser contenidos, una cavidad mayor;

4º Que, por lo tanto, el pecho tiene una capacidad mayor que en el estado normal, y

5º Que ese gran desarrollo del pecho alarga el tronco algo más de las proporciones extraordinarias, y lo pone en desarmonía con el largo de las extremidades, que tienen las medidas correspondientes a un pecho de dimensiones ordinarias [31].

Las facciones de los Quichuas son bien características y no se parecen en nada a las de las naciones de nuestras razas pampeanas

[30] M. Burnier nos hizo notar, además, que los pulmones parecen divididos en células mucho más numerosas que de ordinario. Tal hecho nos pareció raro y difícil de admitir. Pedimos a M. Burnier que repitiera sus observaciones sobre un número mayor de sujetos, y cuando algunos años más tarde volvimos a ver a ese culto médico, nos confirmó completamente sus primeras observaciones.

[31] Si bien señalamos la diferencia relativa de proporciones, estamos lejos de darlas por muy exageradas. Es necesario más el ojo del observador que el de todo el mundo para reconocerlo en cada individuo.

y brasilio-guaraníes: es un tipo completamente diferente, que no se parece al de los pueblos mexicanos. Su cabeza es oblonga de adelante hacia atrás, algo comprimida lateralmente; la frente es ligeramente comba, corta, elevándose algo hacia atrás; empero el cráneo es generalmente voluminoso, y anuncia un gran desarrollo del cerebro. Su rostro es igualmente grande, y, sin ser redondo, su elipse se acerca mucho más al círculo que el óvalo. Su nariz, notable, siempre es saliente, muy larga, fuertemente aquilina, un tanto curva en la extremidad, sobre el labio superior [32]; las fosas nasales son grandes, cortadas y muy abiertas. La boca es más bien grande y saliente, sin que los labios sean muy gruesos; los dientes son siempre hermosos y duran hasta la vejez. El mentón es bastante corto y a veces saliente. Las mejillas sólo son caídas en una edad avanzada. Los ojos tienen dimensiones medianas, y hasta cuando son pequeños, siempre son horizontales, jamás cerrados ni levantados en su ángulo exterior. La córnea no es blanca; invariablemente se presenta algo amarilla. Las cejas son muy arqueadas, estrechas, poco tupidas; los cabellos siempre de un hermoso color negro, gruesos, tupidos, largos, muy lisos, muy rectos, descendiendo muy bajo sobre ambos lados de la frente. La barba se reduce en los Quichuas, sin excepción, a algunos pelos derechos y ralos, que crecen muy tarde, cubriendo el labio superior, los lados del bigote y la parte culminante del mentón. La nación Quichua es, posiblemente, de todas las naciones indígenas la que tiene menos barba. El perfil de los Quichuas forma un ángulo muy obstuso y poco diferente del nuestro; los arcos de las cejas son salientes; la base de la nariz es muy profunda. Su fisonomía es, más o menos, uniforme, seria, reflexiva, hasta triste, sin mostrar indiferencia: muestra más bien penetración sin sinceridad. Se diria que quieren ocultar su pensamiento bajo la uniformidad de sus rasgos, donde las sensaciones raarmente se traslucen al exterior y nunca con la vivacidad que las traiciona en ciertos pueblos. El conjunto de las facciones siempre es mediocre: raramente puede verse, en las mujeres, una figura relativamente bella; sin embargo, éstas nunca tienen la nariz tan saliente y curva como los hombres. Éstos, aunque no llevan barba, tienen un aspecto masculino por lo saliente de la nariz. Un antiguo vaso, que representa con un realismo impresionante al imagen de un Quichua, co-

[32] Ulloa, *Noticias americanas*, Madrid, 1792, *Extret.*, XVII, p. 253, dice lo mismo: *Nariz delgada, pequeña y encorvada hacia el labio superior. Es* evidente, sin embargo, que confunde las formas de las naciones, puesto que los Peruanos no tienen, ni mucho menos, la nariz estrecha.

tejado con las facciones de los Quichuas de hoy, nos da la certeza de que, al cabo de cuatro o cinco siglos, las facciones no han experimentado modificación alguna [33].

La lengua quichua (*qquichua*) es muy rica; responde por completo a la civilización del pueblo que la hablaba y la habla aún hoy. Puede, mediante la combinación de las partículas de que se compone, expresar no solamente ideas concretas, sino también abstracciones. Plena de figuras elegantes y de ingeniosas comparaciones, es tanto más lamentable que sea una de las lenguas cuya pronunciación es tan dura al oído. Posee sonidos tan guturales que superan todos los límites y de un graznido difícil de reproducir; carga además a las consonantes más duras, con frecuentes redundancias. Está también fuertemente acentuada y la penúltima sílaba siempre es larga. Tienen consonantes complejas, pero en un sentido que nuestros caracteres comunes de Europa pueden difícilmente reproducir; por ejemplo, en *qquichua*, lleva dos *q*, de las cuales la primera se pronuncia desde el fondo de la garganta como graznido [34], o de la doble *cc*, o *scc*, *tecc*, *tto*, etc. Las palabras terminan casi siempre en *a* y en *i;* pero, cuando terminan en consonante, presentan a menudo los sonidos *ip*, *ac*, *ak* y también *am*, *an*. Los Quichuas no emplean los diptongos, ni nuestra *u* (francesa); la *j*, con la pronunciación gutural española, se repite con frecuencia. Los sonidos en *b*, *d*, *f*, *g*, y *x* faltan por completo. Los nombres de las partes del cuerpo no tienen anomalía, como puede verse con *ccaklla*, mejilla; *ñavi* (*ñahui*) [35] ojos; *rinri* (*nigri*) [36], oreja. Los adjetivos no varían en número y caso, mientras los sustantivos siguen todas las modificaciones que exigen el plural y el singular.

Su numeración es decimal y muy larga; llega hasta cien mil, y

[33] *Atlas*, pl. 5, y *Voyage dans l'Am. mér.*, Antigüedades, pl. 15. No hay que asombrarse, porque, en sus eruditas investigaciones, M. Edwards ha reconocido, en la tumba de un antiguo rey egipcio, la figura característica de los judíos actuales, que no ha cambiado en tres mil años (*Des caractéres physiologiques des races humaines*, París, 1829, p. 19).

[34] Sólo es posible conocer la pronunciación de una lengua oyéndola hablar. Por eso los diccionarios no pueden expresar la verdadera pronunciación de los Quichuas. Unicamente una larga permanencia entre ellos nos ha hecho posible recoger las observaciones que transcribimos. Véase también el *Vocabulario y arte de la lengua general de todo el Perú, llamado Quichua, o del Inca*, por el Padre Diego Gonzalo Holguin, Lima, 1608; y *Arte y vocabulario de la lengua general del Perú*, Lima 1614.

[35] y [36] Las palabras entre paréntesis son las que corresponden a la pronunciación actual, recogida de la boca de los indígenas.

los números no tienen ninguna relación con los nombres de los dedos. La construcción de las frases es la siguiente: "*Quilla imahina (jinac) muyu uyu*"; *quilla*, la *luna; imahina (jinac)*, como; *muyu* redonda; *uyu*, figura. Traducción literal: *La luna como figura redonda;* o mejor: *Figura redonda como la luna.* Otro ejemplo: *Munai, cucuhay, munai cucuskaiki; munai*, tiempo del verbo *amar*, cuyo pronombre *cucuhay*, mi, le da sentido; *munai*, también del verbo *amar*, gobernado por el pronombre *cucurcayki*, tú. Traducción literal: *Amame, te amaré;* o mejor: *Amame, si quieres que te ame.*

De acuerdo con la opinión de los autores antiguos [37], no se puede dudar que los Incas (los de la familia real) tenían un lenguaje particular, que empleaban entre ellos, distinto de la lengua general. Ese lenguaje desapareció por completo con la extinción de los principales Incas.

El carácter de los Quichuas tiene un fondo de dulzura a toda prueba [38], de sociabilidad llevada hasta el servilismo, de obediencia y sumisión ciega a sus jefes, de fijeza en las ideas y estabilidad en los gustos. Es sabido con qué exactitud centenares y millares de hombres de esa nación ejecutaban, desde distancias considerables a veces, las menores órdenes de su Inca [39]. Es sabido también con qué diligencia recibieron a los primeros Españoles que vieron [40], y cómo, a pesar de las crueldades de que fueron objeto, mostraron su devoción a los conquistadores que la suerte de la guerra [41] y las supersticiones religiosas [42] les hicieron recibir como amos y reverenciar como dioses. También constituye una prueba la forma en que todos sin excepción, se sometieron al nuevo culto que les trajeron [43], a las exigencias despóticas que les impusieron los nuevos dominadores; la rapidez con que millares de hombres

37 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VII, cap. II, p. 222.

38 Ulloa los acusa erróneamente de ferocidad (*Noticias americanas*, p. 312) hacia los animales. Hemos visto a Indios llorar ante la necesidad de matar a una de sus llamas.

39 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. XXXVI, p. 218.

40 Fueron testigos esos dos Españoles que, antes de la muerte de Atahualpa, recorrieron todo el Perú, de Caxamarca al Cuzco. Véase Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. I, cap. XXXII, p. 40 y p. 158.

41 Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. I, cap. XXI, p. 55 y p. 99.

42 Es sabido que, según una predicción de Huaina capac (Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. XXIX, cap. XV, p. 321 y sig.), éste había ordenado a los Quichuas obedecer a los extranjeros barbudos.

43 Los Quichuas se hicieron cristianos con la llegada de los Españoles, no quedando, por consiguiente, ni uno solo en estado salvaje.

obedecieron a un solo Español, siéndoles tan fácil deshacerse de él, lo que se ha atribuído a su cobardía y debilidad [44]. Estamos muy lejos de querer explicar así el hecho (porque en otras circunstancias demostraron que sabían combatir con valor [45] y no temían a la muerte). Creemos que debe atribuirse a una causa completamente religiosa y no a falta de fuerza moral, a carencia de coraje [46]. La obediencia pasiva era para los Quichuas uno de los deberes que le imponía el culto que rendían a sus Incas; y se creyeron sujetos a la misma ley frente a los hombres extraordinarios que se les presentaban con el rayo en la mano [47], privilegio que ni los hijos del sol poseían. Se muestran agradecidos por las buenas acciones y llegan hasta a sacrificarse por un bienhechor [48], lo que es demostrado no solamente por la historia de la conquista, sino también por las observaciones que hemos recogido en el curso de nuestros viajes. Son hospitalarios con los extranjeros, y si la opinión del país no es siempre favorable a éstos, explicamos ese hecho, menos por error de los Indios, que por las exigencias de algunos propietarios [49]. Son buenos padres, buenos esposos, aman la sociedad, viven siempre en aldeas y buscan motivos para reunirse y divertirse. Es valiéndose de estas inclinaciones que los astutos religiosos los han convertido al cristianismo [50], creándoles motivos para reunirse y divertirse. Sin embargo, en medio de sus fiestas se divierten sin estar alegres; su taciturnidad y su frialdad difícilmente desapare-

44 Pauw, *Recherches sur les Américains*, t. I, p. 95, 96; Robertson, *Histoire de l'Amérique*, edición españ., t. IV, p. 102.

45 Lo demuestran las pruebas a que los sometía su educación guerrera. Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. XXIV, p. 202. Véase también Garcilaso, *Com. del Perú*, páginas 69, 70. 97, 104.

46 El encarnizamiento que pone Ulloa en demostrar que los Americanos pecan en todos los puntos es tal, que explica, por una falta absoluta de sensibilidad, la fuerza demostrada por un Indio en el curso de una dolorosa operación, durante la cual no profirió una sola queja. *Noticias americanas*, p. 313.

47 Véase Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. II, cap. IV, p. 62.

48 Véase Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. II, cap. IV, p. 144, 331.

49 Ulloa, en su injusta prevención respecto a los Americanos, encuentra raro (*Noticias americanas*, p. 320) que los Peruanos soporten con pena el servicio de las minas al que son obligados.

50 Las fiestas religiosas del catolicismo no pueden ser más numerosas; y siempre, como hemos visto múltiples veces, un gran número de Indios, disfrazados con ropas grotescas, bailan en las procesiones, como bailaban antes en las fiestas del sol, particularmente en la del Raimi. Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. XX, p. 195, y Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Barcelona, 1591, lib. V, cap. XXVI, p. 245.

cen por completo, pero, hasta cuando están ebrios, raramente se pelean y muy raramente todavía se golpean. Si son vengativos y difícilmente olvidan una ofensa, nunca tratan de vengarse, y seguramente no existe otra comarca en el mundo donde se cometan menos asesinatos que en los lugares habitados por los Quichuas. En resumen, son hombres dulces, pacíficos, sociables, sujetos a las leyes, que cumplen todos los deberes familiares, muy sobrios, pacientes en los sufrimientos, laboriosos [51] y de lo más discretos [52].

En relación a sus facultades intelectuales, creemos que los Quichuas no están por debajo de los pueblos de otros continentes [53]; tienen un concepto de la vida, aprenden con facilidad lo que se les enseña, y diversas observaciones nos permiten afirmar que poseen todo lo necesario para constituir un pueblo esclarecido. Hombres que conocen el año solar [54] y la arquitectura [55], que hicieron grandes progresos en el arte de la escultura [56]; hombres capaces de reproducir los recuerdos de su historia por medio de signos simbólicos y de sus quipus [57]; que tenían leyes tan sabias [58], el gobierno mejor organizado e ideas de medicina [59], ¿no muestran tales hombres todas las disposiciones que pueden esperarse de un pueblo aislado, que no debe más que a sus propias fuerzas una civilización necesariamente lenta en su marcha, en razón de su mismo aislamiento? [60]. Es sabido que los Incas eran oradores y que sabían agitar a las masas mediante la elocuencia; es sabido también que sus historiadores debían tener una memoria y juicio [61]; sus poetas y músicos, inspiración y genio; su lengua está llena de figuras graciosas, de comparaciones justas y de proverbios ingeniosos, y refleja con fuerza y elegancia las pasiones vivas, sobre todo el amor, la más atrayente de todas... ¿No prueban tales hechos hasta la evidencia que a los Quichuas no les faltaba inteligencia natural y una cierta elevación de pensamiento que están lejos de tener al mismo grado los otros pueblos americanos? Es cierto que muchos de ellos vivían aislados en el campo y carecían generalmente de un centro de cultura, y se hallan actualmente más o menos en el mismo estado que nuestros campesinos bajo-bretones.

La nación quichua es, sin contradicción, la que proporciona más datos sobre sus hábitos, usos y costumbres, antes de la conquista, pero, obligados a limitarnos en nuestra exposición, daremos solamente un vistazo rápido. Todos los Quichuas, según el lugar que habitan, eran y son pastores y agricultores en las mesetas elevadas [62], agricultores únicamente en los valles cálidos [63], pescadores y a veces agricultores a orillas del mar [64]. Estaban todos esclavados en el suelo natal, sin que ninguno pudiera cambiar de condición [65], y, como hemos visto, son todavía hoy más numerosos

51 Don Antonio Ulloa, *Noticias americanas, Entret.* VII, p. 311, part. 7, dice sin razón que los Peruanos son perezosos.

52 Viaje de Ulloa, II, p. 309. Durante treinta días se tramó con complot, sin que nadie lo denunciara.

53 Estamos lejos de pensar como Pauw o como Ulloa, quien, *Noticias americanas* (p. 321, 366), los considera brutos sin ideas, solamente más astutos que los otros Indios.

54 Acosta, *Historia natural de las Indias*, 1591, *lib.* VI, *cap.* III, p. 249, dice que el año solar de los Incas comenzaba en enero, igual que el nuestro. Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* II, *cap.* XXII, p. 61.

55 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* III, *cap.* XX, p, 98, 99. Véase Atlas, pl. 9, 10, 12, 13, y *Voyage dans l'Amér. méridionale*, planchas de Antigüedades, 3, 4, 6, 12 y 13.

56 Así lo creemos, por lo menos, de acuerdo con el vaso que reproducimos en Atlas, pl. 5, y en nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica, Antigüedades, Nº 15.

57 Acosta, *Hist. nat. de las Indias*, 1591, *lib.* VI, *cap.* VII, p. 266, dice que los Quichuas tenían pinturas jeroglíficas, y respecto a los quipos escribe: *Porque para diversos géneros como guerra de gobierno, de tributo, de ceremonias, de tierra, avia diversos quipos o famales. Y en cada manojo destos tantos ñudos, y nudicos, y hilillos atados, unos colorados, otros verdes, otros azules, otros blancos, y finalmente tantas deferencias, que así como nosotros de veinte y quatro letras quisandolas en deferentes maneras sacamos tanta infinidad de vocablos, así estos de sus ñudos, y colores sacavan innumerables significaciones de cosas.* No se servían, pues, de los quipos solamente como serie de números, sino también como Anales históricos. Véase Garcilaso, *Com. del Perú*, p. 26, 32. En los diccionarios figura la palabra *qquipus*, así escrita.

58 Acosta. *lib.* V, *cap.* XVIII, p. 277; Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* II, *cap.* XIII, p. 49.

59 Se ocupaban también de la estadística anual y los Incas les hacían rendir cuenta anualmente del número de nacimientos y defunciones. Garcilaso de la Vega, *Com. real de los Incas, lib.* II, *cap.* XIV, p. 51 y *cap.* XXIV, p. 63.

60 Acosta, *Hist. nat. y mor. de las Indias*, 1591, *lib.* VI, *cap.* VIII, p. 266, y Garcilaso, etc.

61 Garcilaso, *Com. de los Incas*, p, 34, 37, 67, 77, 261, 321, etc.

62 Lo que son todavía y los más antiguos autores mencionan, como la mayor riqueza de esos pueblos, sus numerosos rebaños. Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 57, 185, 285, 242, etc.

63 Los de Rimac, Cochabamba y Chuquisaca, por ejemplo, donde la dulzura del clima hacía posible grandes cultivos.

64 En El Callao y sobre los lugares de la costa donde las aguas llegan hasta el mar, en el suelo donde jamás llueve.

65 No solamente un individuo no podía cambiar de lugar mientras no conviniera a los jefes, sino que también las profesiones eran hereditarias.

en las mesetas elevadas que en las llanuras. Les era, es cierto, mucho más fácil cultivar las mesetas [66], y sus rebaños hallaban un mejor alimento. Por eso, en la cima de la cordillera de los Andes estuvo la sede de su civilización y gobierno. Todos estaban sujetos a un mismo jefe, su Inca; todos, reunidos en ciudades, aldeas y numerosos caseríos, ponían tanto cuidado en reunirse en sociedades como los pueblos cazadores en diseminarse. Tenían vastos monumentos dedicados a sus soberanos; templos soberbios para sus divinidades; pero ellos se contentaban con pequeñas chozas redondas en cúpula, cubiertas de ramas y tierra, que se conservan idénticas hasta hoy [67]; o en el norte con grandes casas en forma oblonga [68]. Cada familia vivía aparte, criaba a sus hijos con mucha dulzura, acostumbrándolos, desde muy niños, al trabajo, y a someterse a las exigencias de la sociedad, tanto más numerosas cuanto los Quichuas eran dependientes de otros y no tenían ninguna propiedad. Los hombres se casaban recién después de los veinte años [69]; no podían tener más que una mujer, que tomaban siempre con consentimiento de su padre entre las parientas más próximas [70], sin cambiar nunca de familia. Los Incas unían a los esposos, y luego la familia y los vecinos regalaban a la nueva pareja lo necesario para la casa, y le construían la habitación para vivir [71]. Nunca se mezclaban tribus distintas. Cuanto más hijos tenían, más respetados eran. Solamente los Incas podian ser polígamos, no casándose dos veces, sino teniendo concubinas. Las mujeres tenían la costumbre de dar a luz solas y de lavarse inmediatamente en el agua de los arroyos [72]. Al morir el Quichua, se le colocaba en la actitud de un hombre sentado [73], luego se le encerraba, con todos sus vestidos, sea en una tumba cavada y rodeada de murallas de piedra y cubierta de tierra, sea, como en la costa peruana, en un cementerio,

66 Les era más ventajoso cultivar las mesetas, puesto que allí podían, mejor que en otros lugares, cultivar la patata y la *quinua*, más apreciadas que el maíz.

67 Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica, Panoramas, pl. 12, que dibujamos en el valle de Cochabamba. Ulloa las ha hallado también en el Perú, *Noticias americanas*, p. 328.

68 Ulloa, *loc. cit.* p. 354.

69 Garcilaso de la Vega,*Com. de los Incas*, p. 25, 218, 113.

70 *Ibidem*, *lib.* II, *cap.* VIII, p. 133, y *lib.* I, *cap.* XXI, p. 25.

71 *Ibidem.*

72 Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, *lib.* IV, *cap.* XII, p. 116.

73 Véase Atlas, pl. 4, y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, pl. 14.

donde cada familia tenía, por pisos, un nicho para sus muertos, o, también, en una cueva de la casa que habitaba la familia [74]. Allí, rodeado de cuanto le había pertenecido y de vasos llenos de bebidas, el cuerpo se secaba por completo; y hemos hallado todavía hoy gran número de cadáveres muy bien conservados [75]. Por lo general, los lugares de sepultura eran comunes, colocando cada nación sus muertos separadamente unos junto a otros. He aquí lo que concierne al pueblo. Para los Incas, las costumbres eran distintas, pero como tienen relación con la religión y el gobierno, puesto que reunían las condiciones de soberanos y dioses-sacerdotes, hablaremos de ellas al tratar esas dos cuestiones.

La industria estaba muy avanzada entre los Quichuas: como agricultores habían realizado inmensos trabajos para traer de muy lejos, por canales de irrigación perfectamente construídos, el agua necesaria para regar los valles incultos, carentes de humedad. Esos canales son realmente extraordinarios [76] por el nivel que conservan y por las dificultades que debieron vencerse para construirlos. Lo mismo puede decirse de las escalinatas de piedras secas, destinadas a retener las tierras, en un país tan accidentado [77]. Los Quichuas cultivaban en las regiones frías la *quinua* y la patata, que hemos obtenido de ellos: en los valles más cálidos, el maíz y la coca (*oxalis*). Sabían conservar, por medio del frío, las provisiones de patatas secas. Como pastores, conducían sus rebaños de llamas y alpacas [78] a los lugares propicios, separándolos por sexos, a fin de evitar los accidentes. No se servían y no se sirven hasta hoy más que de las llamas machos como bestias de carga, las que siempre son tratadas con dulzura extrema. Como industriales, llevaron el tejido a un punto de perfección tanto más notable cuanto sus telares

74 Ulloa, *loc. cit.*, p. 354, 340. Se colocaban hasta treinta cadáveres en cada una.

75 En esas tumbas recogimos muchos vasos.

76 Hemos visto en las montañas de Cochabamba, ruinas que prueban la existencia de una obra realmente desconocida. Zárate, *Conquista del Perú*, *Anvers*, 155, *lib.* I, *cap.* IV. y Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, *lib.* IV, *cap.* I, p. 24, se refieren a esos canales.

77 Garcilaso de la Vega *Com. real*, p. 132. Hemos visto a toda la isla de Coati (*Voyage dans l'Amérique méridionale*, Antigüedades, Nº 13) y a todas las provincias de Yungas, cultivadas de la misma manera, la única posible en las montañas.

78 Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 140. Dice que en la época de los Incas la comarca estaba poblada a tal punto que los rebaños no tenían lugar. Son todavía muy numerosos.

eran muy groseros [79]. La finura de sus tejidos de lana era realmente notable y hubiera podido rivalizar con los productos de nuestras manufacturas. No estaban menos adelantados en la tintura de esos mismos tejidos; los colores más vivos, el rojo y el amarillo sobre todo, se fijaban en tal medida que, aunque encerrados durante siglos en las tumbas, conservan su frescura primitiva. Entre los metales, empleaban el oro, la plata, el cobre y el plomo. El oro y la plata servían para el adorno de los templos y de las casas de los Incas. Habían llevado muy lejos el arte metalúrgico, a pesar de la imperfección de las piedras que empleaban como herramientas, y muchas de sus obras eran huecas [80]. Es de recordar la descripción de los árboles de fantasía de Tumbez y el Cuzco, hechos con metales [81]. Muchos de sus vasos eran de la misma naturaleza. El cobre mezcla de estaño [82], era más duro y reemplazaba al hierro, que les era desconocido, en la elaboración de las armas [83].

En arquitectura, no conocían la bóveda; empero sus monumentos anunciaban ideas. Algunos, como en la infancia de los pueblos [84], estaban compuestos de enormes bloques de rocas, en general fallados irregularmente a la manera de las construcciones ciclópeas; otros estaban tallados en paralelepípedos y convexos por fuera [85], pero muy regulares en su conjunto. Tenían grandes templos, sin ventanas, cuyas puertas eran de planos inclinados [86]; fuertes, es-

79 Hemos hallado en las tumbas magníficos tejidos, aunque no se pueden comparar con los de las vírgenes del sol (Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* IV, *cap. II*, p. 108). Sus telares consistían en dos palos colocados horizontalmente en tierra y a los cuales se unía la trama.

80 Poseemos pequeñas figuritas en oro soplado, muy bien ejecutadas. Antonio Ulloa también se refiere a ellas, *Noticias americanas*, p. 376.

81 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* III, *cap.* XXIV, p. 103; Zárate, *Conq. del Perú, cap.* VI, y trad. franc. (1775), p. 25.

82 Humboldt, *Vues et monuments*, in 8º t. I, p. 314. Nosotros también poseemos muchas hachas y otros instrumentos compuestos de esa mezcla tan consistente.

83 Poseemos armas de esa clase, recogidas en las tumbas del Perú. Ulloa, *loc. cit.*, p. 373, también se refiere a ellas.

84 Acosta, *loc. cit., lib.* VI, *cap.* XIV, p. 272; Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* VII, *cap.* XXIX, p. 261, 257.

85 Tales son los templos del Cuzco, cuyo dibujo hemos visto. Lo mismo son los tambos y los monumentos más septentrionales. Humboldt, *Vues des Cordilléres*, in 8º, t. I, p. 311; *La Condamine, Mém. de l'Acad. de Berlin*, 1746, p. 443, y Don Jorge Juan y Antonio Ulloa, *Relación del viage a la America merid.*, Madrid, 1748, t. 2. *lib.* VI, *cap.* XI, p. 626, pl. 17.

86 Don Jorge Juan Ulloa, *loc. cit.*, t. II, *lib.* VI, p. 626, p. 17; Humboldt, *Vues*, t. I, p. 312, y t. II, p. 100 y sig. Véase Atlas, pl. 13, y *Voyage dans l'Amérique méridionale* de Antigüedades, Nº 12, el templo de Titicaca.

paciosos [87]; grandes casas para las vírgenes y los Incas [88]. Su escultura estaba en la infancia, puesto que a menudo sus estatuas no destacaban el cuerpo [89], pero asombra hallar, en sus vasos, figuras que anuncian el progreso del dibujo, en grado realmente extraordinario de verdad, perfección y finura en los rasgos [90], sobre todo cuando se los compara a las estatuas, lo que podría hacer creer que no les faltaban los medios de ejecución. Ninguno de sus monumentos posee relieves semejantes a los que se hallan en Tiahuanaco, entre los Aymaraes. Conocían también la pintura. Los autores antiguos han conservado la descripción de sus rutas y caminos, trazados en medio de las irregularidades de los Andes, en una longitud de algunos centenares de leguas [91]; los tambos o lugares de refugio que habían construído, de tanto en tanto, sobre los caminos, para descanso de los viajeros; sus puentes suspendidos sobre los precipicios [92], género de construcción que conocieron algunos siglos antes que nosotros. Empero, nunca han tenido lujo en los muebles; apenas poseían los más necesarios y además muy groseros. Todo lo que se refiere a las comodidades de la vida les era, por así decir, extraño: solamente al Inca le estaba reservado un sillón o litera dorada, sobre la que se lo transportaba [93]. Tenían oradores, poetas e historiadores, encargados de conservar los anales de la nación, pero no conocían la escritura. Muchos datos recogidos por los autores, permiten creer que empleaban caracteres simbóli-

87 El fuerte del Cuzco, descripto por Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* VII, *cap.* XXVII, p. 256, y muchos otros que hemos hallado en la cima de las montañas de Carangas, etc. Ulloa también los describe. Véase *Noticias americanas*, p. 354, así como Jorge Juan y Ulloa, *loc. cit.*, t. II, p. 629, pl. 18 y 19.

88 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* IV, *cap.* I, p. 106; Don Jorge Juan y Ulloa, *loc. cit.*, t. II, p. 626, pl. 17.

89 Véase Atlas, pl. 8, fig. 5, pl. 9, 10, y *Voy dans l' Am. méri.*, Antig., pl. 10, fig. 4, 5 y 6; pl. 9, fig. 5, parte histórica.

90 Atlas, pl. 5, y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica. Antigüedades, pl. 15; vaso que poseemos, hallado en una tumba no lejos de Chuquisaca.

91 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib.* IX, *cap.* XIII, p. 317; Agustín de Zárate, *Conq. del Perú, lib. I, cap. XIII, XIV*; Pedro Cieza, *Chronica del Perú*, 1554, *cap. XXXVII y LX*; Xerez, p. 189, 101; Ulloa vió también ruinas, *Noticias americanas*, p. 365, y Bouguer, *Voy.*, p. 105.

92 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. III, cap. VII*, p. 80, 1; Zárate, *loc. cit., lib. I, cap. XIV*; Herrera, *Dec. V, lib. IV, cap. III, IV*; Ramusio, III, p. 375; Ulloa, *Viaje al Perú*, t. I, p. 358; Humboldt, *Vues des Cordilléres*, t. II, p. 186.

93 Garcilaso, *Com. del Perú, lib. I, cap. XXVIII*, p. 37 y p. 51.

cos [94] pintados, además de sus quipus, conjunto de nudos e hilos de diversos colores, diversamente espaciados o variados en sus matices, que eran también los manuscritos más usados [95]. Habían calculado el año solar por el paso del sol. El arte militar estaba en la infancia; se servían, como armas, de hondas, mazas, picas, rodajas [96], construían fuertes, siempre en montañas aisladas [97], a fin de vigilar constantemente al enemigo; y no solamente hacían señales por medio del fuego [98], sino que tenían un sistema de correos, de *chasquis* ([99]), cuya velocidad al recorrer la distancia que se les asignaba, permitía obtener pronto noticias de los lugares más lejanos. En lo que se refiere a la navegación, era la menos adelantada de todas las artes, lo que se debió probablemente a la falta de árboles cerca del mar. Se servían, en los lagos de la meseta andina, de barcos construidos con rodillos de juncos atados en forma de barquichuelo [100], usando una vela de la misma naturaleza, y por remo una sencilla pértiga. En el litoral marítimo, donde les falta aquella materia prima, recurrieron a otro procedimiento: emplearon barcos formados con dos odres de piel de lobo marino, cosidos y unidos por medio de cuerdas, que llenaban de aire valiéndose de un tubo colocado en la extremidad de cada odre [101]. En Guaya-

94 Acosta, *loc. cit., lib. VI, cap. VII*, p. 266.

95 *Ibidem;* Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. VI, cap. VI*, p. 179. Diego d'Avalos y Figueroa, Lima 1602, *Miscelánea austral*, p. 151, dice que halló, en la casa de un viejo Indio, un *quipus* que éste había formado con todo lo acontecido en su provincia, para informar al Inca. *El corejedor tomó y quemó sus quentas, y castigó el Indio.* Así se estimulaba la industria indígena.

96 Véase Garcilaso, *Com. real de los Incas, lib. VI, cap. XXV*, p. 202. La rodaja era de piedra o de cobre y se colocaba al extremo de un palo flexible. Ulloa, *loc. cit.*, p. 378, hace referencia, y nosotros poseemos varias.

97 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. II, cap. XVI*, p. 54. Se denominaban *Pucaraes*. Hemos hallado varios en la provincia de Carangas. Don Jorge Juan y Ulloa. *Relación del viage a la Amer. meri.*, los hallaron también en Quito, to. II, p. 632, pl. XVI.

98 Ellos enseñaron ese tipo de telégrafo a los Araucanos, que lo emplean hasta hoy. Véase nuestro *Voyage dans l'Américic méridionale*, parte histórica, t. II, p. 221.

99 Véase Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. VI, cap. VII*, p. 180; Zolárzano, *Política Indiana*, 2ª edic., 1736, *t. I, lib. II, cap. XIV*, p. 119, part. 9.

100 Hemos recorrido el lago Titicaca en barcos de ese tipo. Véase nuestro *Voyage dans l'Américic méridionale*, Usos y Costumbres, pl. 8, parte histórica.

101 Los indígenas de una parte de la costa peruana no poseen hasta hoy otro tipo de embarcaciones. Véase nuestro *Voy. dans l'Amér. méri.*, Usos y Costumbres, pl. 9, parte histórica.

quil —la antigua Tumpis (Tumbez)—, aunque abundaban las maderas, no construían más que toscas almadías [102]. Un género de industria, en el que sobresalían los Quichuas, era la fabricación de vasos; asombra la variedad así como la regularidad de formas que les daban; y diremos lo mismo de la elegancia de la ejecución [103]. Sobre la costa norte, desde Lima hasta Quito, había, en casi todo el trayecto, juegos hidráulicos, sea formados de compartimientos dobles o cuádruples, sea de animales, frutas, hombres o figuras, dando una idea de la capacidad para dibujar, gusto y sobre todo de una originalidad singular. En las mesetas elevadas las formas eran más serias; vasos etruscos, a menudo de grandes dimensiones [104], estaban a veces adornados de pinturas o arabescos regulares. Los oficios, así como el gobierno, eran hereditarios [105].

Los vestidos del pueblo se confeccionaban con lana de alpaca. Consistían en una túnica que descendía hasta la mitad de la pierna y en un pantalón que caía igualmente hasta la rodilla. Llevaban un bonete sobre la cabeza [106] y sandalias (*usutas,* actualmente *ojotas*) en los pies; pero todo de un color sombrío y de tejido muy grosero. Sus cabellos caían en trenzas por detrás. El traje de las mujeres se componía de una camisa de lana; por otra, una túnica sin mangas, ni cosida por arriba, pegadas las dos piezas por medio de dos tupu o alfileres de plata y cubiertas de una tela cuadrada, que se unía en el pecho por medio de otro tupu. Sus cabellos caían también sobre las espaldas. Sus únicos adornos eran collares de piedras. Los Incas llevaban ropas que no podían ser más delicadas, tejidas por las vírgenes del Sol. A ellos únicamente estaban reservados los adornos de plumas y el color rojo y amarillo. Los habitantes de determinada provincia llevaban, por concesión de los Incas, lo mismo que el rey, las orejas largas y cayendo sobre las espaldas; la longi-

102 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. III, cap. XVI*, p. 94, dice que también los empleaban en los alrededores del Cuzco; Zárate, *Histoire de la conq. du Pérou*, cap. VI, p. 23; Jorge Juan y Ulloa, *Relación*, t. I, lib. IV, cap. IX, p. 266.

103 Véase Atlas, pl. 14 y 15, y *Voyage dans l'Am. méri.*, parte histórica, Antig. pl. 17, 18, 19, 20 y 21; Jorge Juan y Ulloa, *loc. cit.*, t. II, p. 621, 624, pl. 15, ha hallado en Quito vasos iguales a los de los alrededores de Lima.

104 Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. méri.*, Antigüedades, pl. 20, fig. 2. Ulloa también los vió (Noticias Americanas, p. 319).

105 Acosta, *loc. cit.*, lib. VI, cap. XVI, p. 276.

106 Véase Atlas, pl. 5, y *Voyage dans l'Am. méridionale*, Antigüedades, plancha Nº 15.

tud estaba limitada y era proporcional a los rangos [107]. No usaban ni tatuajes ni pinturas sobre la piel.

No podemos dejar de decir algunas palabras acerca de la historia de los Quichuas, antes de referirnos a su gobierno, con el propósito de aclarar ciertos hechos importantes sobre la migración de los pueblos y los centros de civilización. Las costas del lago Titicaca, como veremos en la descripción especial de los Aymaraes [108], están cubiertas de monumentos [109], de una arquitectura distinta de la de los Quichuas, y que anuncian una época más remota. ¿No resulta sugestivo ver que los Incas, en sus anales, hacen venir a su primer rey, hijo del sol, de las orillas del mismo lago [110], y transportar una civilización desconocida y una lengua particular [111] al Cuzco, donde fundó la monarquía peruana? [111 bis] ¿No es sugestivo ver además, posteriormente, a los Incas conservar tal agradecimiento por ese origen que le dedican dos islas en ese lago; una, la de Titicaca [112], al sol, y la otra a la luna, y construyeran templos suntuosos donde, todos los años, agradecían al sol haberlos hecho nacer en esos lugares? [112 bis] ¿No prueba la coincidencia de esos hechos y recuerdos con los restos de los monumentos que Manco Cápac no fué tal vez, más que el último depositario de esa civilización casi extinguida, a la cual pertenecían esas ruinas? ¿Y no sería la lengua sagrada que hablan exclusivamente los miembros de la familia de los Incas [113], la lengua Aymará, que ese primer soberano habría trasmitido a su familia? Aunque no esté apoyada por el testimonio de los historiadores, tal hipótesis no parece improbable, y podemos fundarla sobre muchos otros he-

107 Garcilaso, *Com. de los Incas,* lib. I, cap. XXII, p. 26, y cap. XXV, p. 30. Los habitantes de las islas Carolina llevan el mismo adorno. Quoy y Gaim, *Zool. de l'Atrol.*, t. I, p. 25 y 36.

108 A continuación del estudio sobre los Quichuas.

109 Véase Atlas, pl. 9, 10 y *Voyage dans l'Amér. mér.*, parte histórica, Antigüedades, planchas Nº 4, 5, 6 y 7.

110 Padre Acosta, *Hist. nat. y mor. de las Indias,* Barcelona, 1591, lib. I, cap. XXV, p. 54. Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas,* lib. I, cap. XV, p. 18, dice: *Puzo nuestro padre el sol* (es el Inca el que habla) *estos dos hijos suyos, en la laguna de Titicaca.* Francisco López de Gomara, *Gener. hist. de las Indias,* cap. XX; Zárate, cap. XIII.

111 Garcilaso, *Com. de los Incas, lib. I, cap. XVI,* p. 19.

111 bis *Ibidem.* Ulloa, *Noticias americanas,* p. 341, sólo hace remontar, erróneamente, la monarquía de los Incas a 250 años antes de la conquista.

112 Garcilaso, *Com. de los Incas,* lib. III, cap. XXV, p. 104.

112 bis *Ibidem,* p. 114.

113 *Ibidem,* lib. VII, cap. I, p. 221.

chos que señalamos por primera vez y que expondremos en un trabajo especial.

Manco Cápac vivió durante el siglo XI de nuestra era. Doce Incas se sucedieron hasta la conquista. El reinado, limitado en su origen a un círculo de veinte leguas alrededor del Cuzco [114], se agrandó poco a poco; bajo el reinado del cuarto Inca. *Maitacapac* se extendía ya, al sur, hasta Choque apu (La Paz,) y Paria (Oruro); hacia la costa, hasta Aroquepa (Arequipa). El quinto Inca Capac *Yupanqui,* conquistó a *Colchapampa* (Cochabamba); el sexto, *Charcas* (Chuquisaca), y hacia el norte avanzó hasta Chancas. Bajo el décimo Inca. *Yupanqui,* el imperio se extendió hacia Chiriguanos, al este de Bolivia, y hasta el río Maule en Chile. Pero fué recién bajo el duodécimo Inca, *Huainacapac,* que se incorporó a Quito, ubicada en el norte. Desde ese momento terminó la tranquilidad. El reino no creció más y los Españoles aparecieron en la costa [115]. La civilización de la meseta ando-peruana, de acuerdo con lo que acabamos de ver, habría nacido a orillas del lago Titicaca; de allí se extendió, primero, hacia el norte, hasta Cuzco, y luego hacia el sur, hasta Chile, y hacia el norte, hasta Quito.

El gobierno de los Quichuas es notable en su conjunto y en sus detalles. El primer legislador, que se decía hijo del sol, ordenó a sus descendientes en línea directa e hijos del sol como él, casarse con sus hermanas legítimas, a fin de no alterar su sangre y ser siempre respetados [116]. Con el nombre de Incas hereditarios, ejercieron una autoridad tanto más ilimitada cuanto mandaban como dioses y como reyes, acumulando todos los poderes religiosos y políticos [117] Dirigían a la vez, por consiguiente, el culto, la administración civil y la guerra. Eligieron a Cuzco por centro de su reino, al que dividieron en cuatro grandes partes [118]: *Colla-suyo,* al sur; *Chincha-suyo,* al norte; *Cunti-suyo* al oeste; y *Anti-suyo,* al este. Cada provincia tenía por jefe a un miembro de la familia de los Incas, sacerdote y gobernador a la vez, que debía rendir cuentas de su ad-

114 Acosta, lib. VI, cap. XX, p. 280, dice que había dos linajes de Incas; el segundo comenzó con el Inca Roca, que renovó las leyes y dió nuevos reglamentos al reino. Pero no parece probada tal cosa.

115 Garcilaso, *Com. de los Incas,* lib. IX, cap. XIV, p. 322.

116 Garcilaso, *Coment. de los Incas,* lib. IV, cap. IX, p. 113.

117 Tenían siempre por soberano pontífice a su tío o a su más próximo pariente, que dependían por entero de ellos. Garcilaso. *Com. de los Incas,* lib. I, cap. IX, p. 44.

118 Acosta, lib. VI, cap. XIII, p. 272; Garcilaso, *Com. de los Incas,* lib. II, cap. XI, p. 47.

ministración al Inca supremo. En cada gobernación, todo el pueblo estaba subdividido, bajo la dirección de los distintos jefes [119], por diez mil, mil cien y finalmente diez habitantes, en los que cada uno no debía entenderse más que con su jefe inmediato, y así por grados, de tal manera que el Inca estaba enterado hasta de los menores detalles sobre sus súbditos. Todos los empleos y profesiones eran hereditarios. Las tierras, propiedad exclusiva del Estado [120], se repartían todos los años, de acuerdo con las necesidades de las familias, y estaban divididas en tres partes [121]: la primera para el sol, cuyos productos quedaban para las personas empleadas en la construcción de los templos; la segunda para el Inca, como reserva de guerra; y la tercera, la más importantes, para todos los habitantes que las cultivaban juntos cantando [122]. Después de las tierras del sol, las primeras en cultivarse eran las de las viudas y huérfanos [123]. Las leyes eran severas y aplicaban siempre la muerte al culpable [124]; pero únicamente condenaban los crímenes odiosos, el robo, homicidio, adulterio, sacrilegio, etc. La policía no podía ser más perfecta y la ciega sumisión de los vasallos permitía una fácil ejecución de la menor orden. Por eso, el mayor orden reinaba en todas partes, y como cada individuo tenía derecho a quejarse directamente al jefe supremo, la justicia era equitativa y completamente paternal [125]. Las guerras se hacían en nombre del sol, con el propósito de aumentar el número de sus adoradores. Las conquistas armadas siempre estaban acompañadas de al mayor clemencia, y sólo se recurría a la fuerza cuando la persuasión era inútil [126]. Los pueblos sometidos eran bien tratados y sus ídolos conducidos al templo del sol en Cuzco [127]. El Inca dirigía generalmente en persona

119 Acosta, p. 271; Garcilaso, cap. XIV, p. 51. El orden de la división es realmente admirable.

120 Acosta, lib. VI, cap. XV, p. 275; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. V, cap. I, p. 131.

121 Acosta, *loc. cit.*, p. 276; Garcilaso, *loc. cit.*, p. 132.

122 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. V, II, p. 133.

123 *Ibidem, ibidem.*

124 Acosta, lib. VI, cap. XVIII, p. 277; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. II, cap. XIII, p. 49.

125 Acosta, lib. VI, cap. XII, p. 271.

126 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. XXV, p. 29: era una ley dictada por Manco Cápac, y lib. V, cap. XII, p. 144.

127 Los Incas conservaban en el templo del sol a los ídolos de los pueblos conquistados (Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, lib. V, cap. XIII). Los españoles destruyeron todas esas riquezas históricas. Podríamos preguntarnos si esos primeros conquistadores no demostraron más barbarie y vandalismo que los Incas.

al ejército o se hacía reemplazar por su pariente más próximo. El sistema decimal, que existía para el gobierno político, se aplicaba igualmente a las tropas, sujetas a una gran disciplina; y para que el Inca, cuando no mandaba personalmente, conociera hasta el menor detalle, de tanto en tanto, se había establecido un ingenioso sistema de correos, los chasquis [128], ubicados de distancia en distancia sobre toda la ruta a seguir, y siempre dispuestos a franquear a la carrera, el espacio que separaba a unos de otros para hacer llegar el *quipu* conteniendo las noticias. Creemos que, si por una parte, el gobierno de los Incas no podía ser mejor en lo que se refiere al interés de la estabilidad de las cosas y la felicidad individual de los súbditos; por la otra, el carácter hereditario de los empleos y de la industria, así como la carencia de propiedad personal, debían obstaculizar los progresos de la civilización y hacerlos estacionarios, al neutralizar la ambición y la emulación, fuentes originarias del adelanto de las sociedades.

La religión de los Quichuas era más compleja de lo que piensan muchos autores [129]. Hemos visto que el Inca, hijo del sol, enviado por éste para civilizar a los pueblos, estaba investido de poderes políticos y religiosos. No era considerado, por consiguiente, como dios, y menos aún como el principio de todas las cosas y creador del mundo; no sucedía lo mismo con el sol, su padre, pero sí con *Pachamamac* [130], el dios invisible, reverenciado en este carácter; nunca había sido visto, se lo adoraba a pleno aire, sin consagrarle imagen alguna [131]. El sol, su criatura, sometido, lo mismo que la luna, a la ley de una marcha uniforme, era pues su representante visible. Al sol se elevaban altares, y se le rendía un culto tanto más inmediato cuanto que los Incas, sus hijos y sacerdotes, servían de intermediarios entre el pueblo y la divinidad. Al sol estaban dedicados, pues, los famosos templos de Cuzco y el de Tumbez [132], así como todos aquéllos que cubrían los lugares habitados

128 Acosta, lib. VI, cap. X, p. 268, y cap. XVII, p. 277; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. VII, p. 180.

129 Aseguran por lo general que ellos no adoraban más que el sol. Robertson, *Hist. de l'Amér.*, edic. espa., t. IV, p. 56.

130 Padre Acosta, lib. V, cap. II, p. 198, y cap. XII, p. 215; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. IV, cap. IV, p. 37, 34; Ulloa, *Noticias americanas, Entreter* XX, p. 300, 377, 356.

131 Su templo estaba ubicado en el valle del Rimac, cerca de Lima; Garcilaso, p. 37 y p. 209; Ulloa, *loc. cit.*, p. 356.

132 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. III, cap. XX, pág. 98 y 99. Situado en Herbay, descrito por Ulloa, *loc. cit.*, pág. 365; Pedro Cieza, cap. LIV: Garcilaso, *Com. del Perú*, lib. I, cap. XI, p. 1.4

por los Incas[133]; al sol, fuente de la luz y fecundador de la tierra, se le ofrecían los primeros frutos debidos a su calor; al sol, finamente, se le inmolaban, algunas llamas mansas[134]. En su homenaje, mujeres del Cuzco le brindaban su virginidad perpetua[135]; para ser sus esposas las jóvenes se encerraban en los monasterios construídos en todas partes del reino, monasterios que le eran consagrados, pero donde el Inca, su hijo, era el único que tenía derecho a entrar y elegir sus concubinas[136]. El tío o hermano del Inca era el soberano pontífice, los miembros de su familia eran los únicos que podían ejercer funciones subalternas en toda la extensión del reino[137]. Se celebraban fiestas magníficas, con carácter de culto, al nacer un Inca[138], y luego, para hacerlo digno del mando, se le educaba con sumo cuidado, haciéndole pasar por pruebas de instrucción y de coraje[139]. Cuando el Inca reinante moría, se lo embalsamaba y se mantenía el duelo[140]; luego se coronaba a su sucesor, y cuando éste se cubría con la toca roja, símbolo de su autoridad[141], comenzaban las fiestas y las diversiones en todas partes del reino. Pero la solemnidad más importante era la del *Raimi*, celebrada en el equinoccio de setiembre[142]. Nada se ahorraba para que fuese brillante, y en tal ocasión se distribuía al pueblo el pan sagrado, amasado por las vírgenes[143]. Los Quichuas creían en augurios, consultando las entrañas de los animales inmolados[144],

133 Acosta, lib. V, cap. XXVI, p. 244, dice que solamente en el Cuzco había más de trescientos oradores, y lib. VI, p. 273; Garcilaso, *Com. real de los Incas*, lib. III, cap. XXIV, p. 103.

134 Acosta, lib. V, cap. XVIII, p. 224. Diego d'Avalos y Figueroa, *Micellanea austral*, etc., Lima, 1602, p. 150; *Colloquio XXXIV*; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. IV, p. 38, y lib. VI, cap. XXI, p. 196.

135 Padre Acosta, lib. V, cap. XV, p. 219; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. IV, cap. I, p. 106.

136 Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, lib. IV, cap. IV, p. 109.

137 *Ibidem*, lib. I, cap. IX, p. 44.

138 Al nacer Huainacapac se fabricó una famosa cadena de oro. Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. IX, cap. I, p. 302.

139 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. XXIV, p. 200.

140 Acosta, lib. VI, cap. XVIII, p. 278; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, p. 178.

141 Acosta, lib. VI, cap. XII, p. 270; Garcilaso, *loc. cit.*, lib. I, cap. III, página 28.

142 Acosta, lib. V, cap. XXVI, p. 245; Garcilaso, *loc. cit.*, lib. III, cap. XXIII, p. 101.

143 Acosta, lib. V, cap. XXIII, p. 234; Garcilaso, *loc. cit.*, lib. IV, cap. III, p. 109.

144 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. VI, cap. XXII, p. 198.

y eran crueles y fanáticos al extremo. Reverenciaban a la luna, como esposa y hermana del sol[145], consideraban a las tormentas y al trueno agentes del gran astro[146], y en sus viajes, hacían en la sima de cada precipicio o desfiladero (*apachitas*), alguna ofrenda al viento[147]. Los Incas, al morir, se encontraban con su padre el sol[148], mientras los plebeyos, siempre admitiendo otra vida, no tenían otra esperanza que volver a ver y servir a los Incas, sus amos[149]. En resumen, la religión de los Incas era muy dulce y se limitaba a la ejecución de las leyes trasmitidas por los sacerdotes-legisladores.

Si resumimos lo que hemos dicho de los Quichuas, veremos que por su color están en la serie de hombres de la raza pampeana; que por su talla, al contrario, están en relación con las otras naciones de las montañas, como los Araucanos; mientras que, por su nariz aquilina y el resto de sus facciones, constituyen un tipo diferente de los otros pueblos del Sur, semejantes solamente, en este aspecto, a los Aymaraes que describiremos, y en los cuales encontraremos características idénticas, salvo el color, a los pueblos de las mesetas mexicanas. ¿Es tal analogía el resultado de una comunidad de origen con este pueblo? Podría dudarse, al comparar su lenguaje y civilización. ¿O no es más que la consecuencia de la conformación del lugar que ocupaban esas dos primeras naciones de América? Esta cuestión, que está al margen de los hechos que hemos observado, escapa a nuestro dominio. De todos los pueblos de América meridional, los Quichuas eran, sin contradicción, los más avanzados en civilización, pero los que ocupaban la mayor extensión de tierra.

145 Padre Acosta, lib. V, cap. II, p. 198; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, p. 33, cap. IV, p. 37; lib. II, cap. XXIII, p. 62, y sobre todo lib. III, cap. XXI, p. 99 y sig.

146 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. III, cap. XXI, p. 99.

147 Padre Acosta, lib. V, cap. IV, p. 204. Esta costumbre se mantiene hasta hoy en Bolivia a pesar del cristianismo. Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica. Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 38; Ulloa, p. 337.

148 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. XXV, p. 29.

149 Padre Acosta, lib. V, cap. VII, p. 207; *Micellanea austral*, de Don Diego d'Avalos y Figueroa, Lima, 1602, p. 149; obra muy rara, que M. Teriaux ha tenido la bondad de facilitarnos.

NACIÓN AYMARÁ

La nación de que hemos de ocuparnos, aunque su nombre es apenas conocido en Europa, es, sin duda, la que merece mayor atención, y, según nuestra opinión, la primera que ha jugado un papel en la civilización de América meridional. En ella, en efecto, hay que buscar la cuna de ese pueblo religioso y conquistador, que formó el imperio de los Incas, pero no nos anticipemos a los hechos, y sigamos su marcha, en forma comparativa con las otras naciones ya descritas.

El nombre *Aymará* era llevado, desde antes de la existencia del Imperio de los Incas [1], por un pueblo que vivía no lejos de las orillas del lago Titicaca, el centro más antiguo de civilización de la meseta de los Andes. Allí Manco Cápac [2], fundador de la monarquía peruana, surgió del seno de una ola, y andando hacia el norte, convocó a los pueblos salvajes y los reunió para formar la ciudad del Cuzco [3], que pronto debía olvidar por completo el origen de su grandeza. Aunque el tercer rey, *Lloque Yupanqui* [4] comenzó a someter a los Aymaraes, los Incas no destruyeron los monumentos del Tiahuanaco, de donde, sin duda alguna, sus antepasados descendían, hasta que llegó *Maytacapac* [5], su sucesor; y el sometimiento completo de la nación de los Aymaraes a la dominación peruana recién tuvo lugar bajo el reinado de *Yahuar Huacac*, séptimo Inca [6]. La denominación *Aymará*, primero restringida a una provincia, se extendió pronto a toda la nación que hablaba el mismo idioma, distinto del de los Incas; y es así que se aplica aún hoy a los indígenas y descendientes de los primeros españoles.

Si la nación Aymará hubiera sido poco numerosa, si ella no hubiera cubierto una gran superficie, su lenguaje se hubiera mezclado al de los conquistadores, cuyo principio era establecer la unidad idiomática en su imperio [7]; y no nos quedaría tal vez más que

1 Garcilaso de la Vega, *Com. real de los Incas*, lib. III, cap. X, p. 84.
2 Padre Acosta, *Hist. nat. de las Indias*, Barcelona (1591), lib. I, cap. XXV, p. 54; Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. XV, p. 18; Francisco López de Gomara, *Hist. gen. de las Indias* (1552), cap. CXX; Zárate, *Hist. de la conq. del Perú* (1555), cap. XIII.
3 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. XVI, p. 19.
4 *Ibidem*, lib. II, cap. XX, p. 58.
5 *Ibidem*, lib. III, cap. I, p. 73.
6 *Ibidem*, lib. IV, p. 125. Fué el conquistador Carangas, etc.
7 *Ibidem*, lib. VII, cap. I, p. 221.

un nombre para citar, como para muchísimos otros pueblos que se encuentran en los relatos de los primeros historiadores de la conquista. Pero siendo una de las más numerosas y cubriendo toda la meseta andina desde el 15 a 20 grados de latitud sur, esa nación pudo conservar su idioma hasta nuestros días [8]. Los Aymaraes se extendían y se extienden hasta hoy, de norte a sur, desde el grado 15 hasta el grado 20 de latitud meridional, desde las provincias de Tinta y Arequipa, siguiendo la meseta de los Andes, hasta el valle de Paria y Oruro. De este a oeste, habitaban desde el grado 69 hasta el grado 75 de longitud oeste de París, o mejor dicho, una superficie irregular que ocupaba toda la meseta andina y su pendiente occidental, desde la cadena oriental hasta el mar; y más exactamente aun de acuerdo con las divisiones actuales, casi todo el departamento de Arequipa, las provincias de los Aymaraes y Paucartambo, el Cuzco, todos los departamentos de La Paz y Oruro. Sus vecinos eran, al noroeste, los Quichuas; al este, las naciones de la rama antisiana, tales como los Tacanas, los Apolistas y los Mocetenes; al sureste y al sur, los Quichuas de Cochabamba, de Chayanta y de Potosí; luego, sobre la costa al sur, los Atacamas y los Changos. Formaban así un centro geográfico alrededor del cual irradiaban los Quichuas. Las regiones que habitaban estaban principalmente entre límites de altura variables entre 2.000 y 4.792 metros [9] sobre el nivel del mar.

Si juzgamos por los enormes monumentos del Tiahuanaco, por la dimensión de los bloques que los componen [10], por los numerosos restos de casas en las orillas del Lago Titicaca [11], o por los

8 Actualmente el aymará se habla no solamente en todos los lugares habitados por los indios, sino también en las ciudades de La Paz y Oruro. Todos los descendientes de españoles lo conocen. El aymará es, por consiguiente, la lengua más usada y natural de esos lugares. Unicamente los extranjeros hablan el español.
9 Es sobre todo en la meseta elevada (término medio) 4.000 metros que la República de Bolivia está más poblada. En todas partes se ven ciudades, aldeas populosas y numerosas y gran número de casas dispersas. Lo mismo acontece en la meseta particular de los Andes occidentales, cuyos puntos son más elevados que los señalados.
10 Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, lib. III, cap. I, p. 73; Acosta, lib. VI, cap. XIV, p. 272. Véase Atlas, pl. 9, 10, 11, y *Voy. dans l'Am. mér.*, Antigüedades, pl. 4, 5, 6 y 7.
11 No existe en las dos repúblicas actuales de Perú y Bolivia parte más poblada que las orillas del lago Titicaca. En todas partes hay aldeas y también restos de la antigua población.

grupos de numerosas tumbas [12] que se encuentran todavía en medio de lugares hoy desiertos, la población Aymará no podía ser más considerable y sus provincias debían ser las más pobladas de las me-

	Aymaraes puros	Mestizos de Aymaraes y Españoles
Aymaraes de la provincia de Aymará, departamento del Cuzco (Perú)	10.782 [13]	2.255 [13]
de la provincia de Arequipa, departamento de Arequipa (Perú)	5.929 [13]	4.908 [13]
de la provincia de Camana, departamento de Arequipa (Perú)	1.249 [13]	1.021 [13]
de la provincia de Condesuyos, departamento de Arequipa (Perú)	12.011 [13]	4.358 [13]
de la provincia de Cellaguas, departamento de Arequipa (Perú)	11.872 [13]	1.417 [13]
de la provincia de Moquegna, departamento de Arequipa (Perú)	17.272 [13]	2.916 [13]
de la provincia de Arica, departamento de Arequipa (Perú)	12.870 [13]	1.977 [13]
del departamento de Puno (Perú) ..	78.000 [14]	39.000 [14]
de la provincia de La Paz (Bolivia)	3.140 [15]	15.701 [15]
de la provincia de Pacages, departamento de La Paz	30.679 [16]	15.339 [16]
de la provincia de Muñecas, departamento de La Paz	20.297 [16]	10.148 [16]
de la provincia de Larecaja, departamento de La Paz	15.455 [16]	7.727 [16]
de la provincia de Omasuyos, departamento de La Paz	39.638 [16]	19.819 [16]
de la provincia de Sicasica, departamento de La Paz	29.254 [16]	14.627 [16]
de la provincia de Yungas, departamento de La Paz	24.449 [16]	12.224 [16]
de la provincia de Oruro, departamento de Oruro	10.650 [16]	5.325 [16]
de la provincia de Poopo, departamento de Oruro	29.800 [16]	19.950 [16]
de la provincia de Carangas, departamento de Oruro	19.050 [16]	9.525 [16]
Totales	372.397	188.237

[12] Hemos hallado, sobre todo en la provincia de Carangas, en lugares deshabitados, grupos numerosos de tumbas, como lo atestigua nuestra reproducción de Antigüedades de *Pataca chulpa* (las cien tumbas).

[13] Esas cifras corresponden al censo de 1795, publicado en Lima, por

setas. La tradición no nos proporciona el número, aunque sea aproximativo, de la población en la época de la conquista; pero podemos dar, de acuerdo con los informes dispersos que hemos podido reunir, un cuadro de la población actual, toda cristiana y sometida a los diferentes gobiernos americanos.

El cuadro precedente, aunque nos hemos quedado por debajo del número real de Aymaraes, da la cifra total de 372.397 de raza pura, y de 188.237, mezclados con raza española. Puede, por consiguiente, apreciarse el papel que debía jugar una nación de esa importancia en medio de las que la rodaban, antes de ser diezmada por esas guerras crueles del comienzo de la conquista, en la época de las divergencias entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno, en 1547 [17]; por el trabajo en las minas, que cada año segaba a tantas personas; por la sangrienta revolución de Tupac Amaru, en 1780, cuando los Indios trataron de recuperar su libertad [18]; y, finalmente, por la guerra de la independencia de los colonos, que durante catorce años

orden del virrey, en *La guía política eclesiástica y militar del virreynato del Perú*, p. 84 y sig. Son citadas como las únicas cifras conocidas en el *Calendario y guía del forastero de Lima, para el año* 1833, p. 6. Nos ha parecido conveniente conservar esas cifras con tanta más razón cuanto esa obra divide a la población por castas. Las cifras que proporciona *La guía del forastero del Cuzco, para el año* 1833, se diferencian poco de las que presenta el censo de 1795, pero no hace la división por castas.

[14] La población del departamento de Puno es de 156 000 habitantes, según *El calendario y guía del forastero de Lima*, 1833, p. 6. Hemos creído, sin temor de equivocarnos y de acuerdo con la comparación hecha en los países vecinos, sobre los cuales tenemos informaciones precisas, divididas por castas, poder dar la mitad de esa suma para los Indios puros y la cuarta parte para los mestizos.

[15] La población de 31.402 almas de la ciudad de La Paz (*Calendario y guía del forastero de la república boliviana*, 1835, p. 78), como no está dividida en castas, para cuya comparación con las ciudades vecinas poseemos informaciones positivas, hemos resuelto considerarla a la mitad mestizos y al décimo indios puros. Es también la opinión del autor de las primeras informaciones estadísticas publicadas en el *Iris de La Paz*, en 1829.

[16] Lo mismo que en el censo de 1835 (*Calendario y guia del forastero de la república boliviana*, La Paz) no se señalan diferencias de castas, que permitan comparar con las provincias vecinas, y de acuerdo con lo que hemos visto, hemos dado la mitad de cada una de esas cifras a la población de indios puros y la cuarta parte a los mestizos. Aunque nos aproximamos a la verdad, estamos más bien por debajo que por arriba de la cifra real, porque hay muchos suburbios donde salvo el cura, todos los habitantes son indígenas.

[17] Véase Agustín de Zárate, lib. VII, cap. II; Garcilaso de la Vega, *Com. real del Perú*, lib. V, cap. XVIII, p. 301.

[18] Poseemos las crónicas originales de esa revolución. Hay en ellas informaciones muy valiosas y completamente desconocidas.

asoló sus campañas y los obligó a prestar servicio militar [19] como medios de transporte.

Los Aymaraes en nada se diferencian de los Quichuas, en lo que se refiere a las características físicas: son absolutamente del mismo tinte, de la misma talla mediocre, de las mismas formas cortas; y, como habitan mesetas todavía más elevadas, se destaca más en ellos el largo y volumen del pecho. Sus facciones son también iguales a las de los Quichuas, con quienes participan de la característica nariz aquilina y otros rasgos del rostro. En una palabra, es imposible descubrir una similitud más completa que la que presentan esas dos naciones, que sólo se diferencian realmente por sus lenguas, las que, sin embargo, creemos que han surgido de una fuente común, como lo veremos más adelante.

Los Aymaraes actuales tienen la misma forma de cabeza que los Quichuas, es decir, que es generalmente voluminosa, oblonga de adelante hacia atrás, o ligeramente comprimida lateralmente. Su frente, ligeramente comba, huye algo; pero ninguno tiene la cabeza aplastada como los cráneos que hemos hallado en las tumbas de sus antepasados de las islas del lago Titicaca, en las de la provincia de Muñecas en los lugares más salvajes de la provincia de Carangas, así como en los valles de Tacna, lo que demuestra que, en toda la superficie habitada por los Aymaraes, se reproduce el mismo hecho, que sólo podemos atribuir a una deformación de la cabeza por medios artificiales. Ya que hemos hallado en las mismas tumbas, junto a las cabezas comprimidas, un número muy grande de cabezas que no lo fueron, debemos inferir, lógicamente, que ese hecho no caracterizaba a la nación, sino que se debía a una operación mecánica. Esta primera observación, es decir, que esa costumbre no era general para todos los individuos, nos prueba que las cabezas en que la compresión es más extraordinaria [20], pertenecieron a hombres, mientras que aquellos cadáveres cuyo estado de conservación permite reconocer cuerpos femeninos, tienen la cabeza en su estado normal. Ningún historiador nos han dejado la menor idea acerca de la costumbre de los Aymaraes de aplastarse el cráneo, y, en consecuencia, de los medios que empleaban para llegar a ese resultado; pero tal hábito, común de muchos otros pueblos, ha sido descripto por gran

[19] El primer grito de libertad partió de Buenos Aires, en 1810, y la última batalla decisiva fué la de Ayacucho, en 1824.

[20] Véase Atlas, pl. 1, 2 y 3, y nuestro *Voyage dans l'Amér. méri.*, planchas de Mamíferos, Nº 1, 2 y 2 *bis*.

número de autores antiguos y modernos [21], con suficientes detalles como para que no dudemos de que la forma exagerada del cráneo de los Aymaraes se deba a la misma causa. Por otra parte, si buscamos pruebas en las cabezas mismas, nos será fácil hallarlas. Vemos, en el aplastamiento del coronal, en la saliente que forma sobre los parietales en su parte superior, como es fácil convencerse mediante el examen de nuestras planchas [22], que hubo, sin duda alguna, presión de adelante hacia atrás, lo que obligó a la masa cerebral a retroceder, determinando una especie de superposición del coronal sobre los parietales. La cabeza de un joven que está en nuestro poder [23], atestigua más positivamente aun, por una arruga longitudinal que existe en la parte superior mediana del coronal, por la pronunciada saliente del coronal sobre los parietales y por la no menos pronunciada saliente en la parte superior del occipital sobre esos

[21] Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. IX, cap. VII, p. 312, dice refiriéndose a los Apichiquis de la costa inmediata a Quito: *Deformavan las cabezas a los niños en naciendo, poniéndoles una tablilla en la frente y otra en el colodrillo, y se las apretavan de dia en dia hasta que eran de quatro ó cinco años, paraque la cabeza quedace ancha del uno lado al otro, y angosta de la frente al colodrillo.*

Rochefort, *Histoire des Antilles*, 1665, p. 437, dice que los Caribes de las Antillas se deformaban la cabeza.

Barrére la describe en los Tapoyranas de la Guayana (p. 239).

Gomara, *Histoires des Indies*, fol. XLV.

En la *Corrografia Bazilica*, cap. II, p. 326, se dice que los Omaguas de Maranham se aplastan la cabeza entre dos planchas.

John Scouler, *Zool. Journal*, 1829, p. 304, art. 38, no solamente señala esa costumbre en los americanos del norte de Colombia, sino también describe, en una erudita memoria, de manera perfecta, un aparato de que se sirven para comprimir la cabeza por medio de tablillas.

La Condamine, *Voy.*, 1745, p. 72, en lo que se refiere a los Omaguas, y *Mém. de l'Acad. des sciences*, 1745, p. 427.

Manuel Rodríguez, *Marañón y Amazonas*, 1684, lib. II, cap. X, pág. 124.

Ulloa, *Voy.*, t. I, p. 329.

Acuña, *Relac. del Río de las Amaz.*, II, p. 83.

Lawson, *Voy. to Carolina*, p. 33.

Jorge Juan y Ulloa, *Relación del viage a la América meridional*, t. II, lib. VI, cap. V, p. 534, describe también las tablillas con las cuales los Omaguas aplastan las cabezas de sus niños.

Por lo demás, después de la interesante memoria de Achille Foville, *Sur l'influence des vetemens sur les organes, et la déformation du crane*, es evidente que esas deformaciones existen entre nosotros, hasta en la misma Francia. (Véase p. 20 y, en fin, toda la memoria).

[22] Véase Atlas, pl. I, fig 2; pl. 2, fig. 1; y pl. 3, así como nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Mamíferos, pl. 1, fig. 2; pl. 2, fig. 1 y 2; pl. 2 *bis*.

[23] Véase Atlas, pl. 4, fig. 2, y *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica, Antigüedades, pl. 14.

parietales, que debió ejercerse la presión en forma circular, desde la más tierna infancia y sin duda por medio de una gran ligadura. Esta hipótesis parece tanto más admisible cuanto que, al retirarse hacia atrás, la masa cerebral no solamente da un tamaño muy grande a las partes posteriores, en perjuicio de las anteriores, sino también que al aumentar mucho la presión la convexidad de los lóbulos posteriores del cerebro, hace que los parietales deban necesariamente seguir los mismos contornos, al modelarse sobre aquéllos; también los parietales forman siempre dos convexidades latero-posteriores, ligeramente separadas por una definida depresión. Descubrimos, finalmente, una prueba más de esa presión en la obliteración de las suturas, que hemos notado en todos los puntos presionados, hasta en las cabezas de los jóvenes.

Creemos haber demostrado que la forma deprimida o alargada de esas cabezas no es, como se ha creído, la característica propia de los cráneos de los Aymaraes, sino una excepción debida a la intervención del hombre. Tratemos ahora de demostrar a qué antigüedad se remonta la costumbre de aplastar la cabeza y qué influencia ha podido ejercer en la inteligencia de los sujetos en los cuales se halla más marcada.

En lo que se refiere a la antigüedad, vemos en el perfil de la cabeza de una estatua colosal [24], anterior a la época de los Incas, que no estaba aquélla comprimida, porque los pueblos antiguos, que siempre trataban de exagerar las características existentes, no hubieran dejado de señalar esa característica en la estatua. Creemos, por lo tanto, que tal costumbre fué contemporánea de la soberanía de los Incas, y hasta el alargamiento de las orejas de uno de los sujetos de cabeza comprimida que poseemos, puede conducirnos a establecer más o menos el siglo en que vivió. Fué hallado en la provincia de Carangas, al oeste de Oruro. Es sabido que esa provincia fué conquistada recién bajo el reinado del séptimo Inca, *Yahuar Huacac* [25], quien, según todas las probabilidades, vivía por el siglo XIII. Puesto que los Incas no acordaban el honor de prolongar las orejas [26] sino por gracia especial y para recompensar a una nación vencida por su pronta sumisión a sus leyes, y como tal costumbre debía imponerse inmediatamente después del establecimiento de las costumbres de los conquistadores, debemos suponer que recién pudo generalizarse entre los Aymaraes por los siglos XIV y XV. Las estatuas muestran, por otra parte, que la costumbre de alargar las orejas [27] era desconocida de la primera civilización de la meseta andina.

[24] Véase Atlas, pl. 6 y 7, y *Voyage dans l'Amér. mér.*, Antigüedades, pl. 8 y pl. 11.
[25] Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. IV, cap. XX, p. 125.
[26] *Idem*, cap. XVII, p. 26 y p. 30, 271.

Nada hallamos que nos aclare la influencia que debía tener, sobre las facultades mentales de los Aymaraes, la deformación artificial de su cabeza, puesto que los antiguos historiadores no se han referido a ella; pero nos parece que no se producía más que un desplazamiento de las partes constitutivas del cerebro, sin desaparición ni siquiera lesión de estas últimas [28]. Es de creer que, por la natuarleza de sus ocupaciones, los jefes de esas naciones debían tener facultades intelectuales más desarrolladas que sus vasallos. ¿No debemos sacar de ese hecho un argumento en favor de nuestra opinión? Las cabezas más comprimidas que hemos hallado estaban siempre en las tumbas cuya construcción anunciaba que pertenecía a los jefes.

La lengua Aymará, por su riqueza, por sus combinaciones y por la variedad de sus formas para expresar el mismo pensamiento, es muy semejante a la de los Quichuas; es elegante y poética, pero también una de las más duras del mundo. Su guturación, superando todos los límites conocidos, sale del fondo de la garganta, y en nada cede a la lengua quichua por el número de sus consonantes y su redundancia ruda y contenida. Es también muy acentuada; la complicación de sus consonantes es casi idéntica a la que presenta la lengua quichua; hay que extraer también de la garganta, mediante enérgicas aspiraciones, las *qq*, las *cc*, las *kh*, las *tt*, las *pp;* pero tales sonidos únicamente se presentan al comienzo o en el medio de las palabras y jamás al final. Los finales siempre son con vocales, sobre todo con *a*, letra con la cual los siete octavos de las palabras están formadas. Las otras son la *e*, *i*, *o*, *u*, reemplazadas, muy de vez en cuando, por la consonante *t* solamente. No existen los diptongos, y tampoco el sonido equivalente a nuestra *u* francesa. Es frecuente la *j* española con toda su guturación. Nunca se emplean las letras *b*, *d*, *f*, *r*, *x*; el sonido de la *g* siempre es dulce, traducido en los vocabularios [28 bis], delante de las vocales, por *hua*, que debe ser pro-

[27] Véase Atlas, pl. 6, y *Voyage dans l'Amér. méridion.*, Antigüedades, p. 8.
[28] John Scouler, *Zool. Journal*, 1829, p. 304 y sig., dice que la presión de la cabeza no influye en nada sobre las facultades intelectuales. Su observación viene en apoyo de nuestra opinión.
[28 bis] Véase Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymará*, impreso en Juli, pequeña aldea de la meseta andina, en 1612, obra muy rara, que está en nuestro poder.

nunciado *wa*. Los nombres de las partes del cuerpo no son irregulares, como se puede ver con *nauna*, mejilla; *nayra*, ojos; *inchu*, orejas. Los adjetivos no varían nada según el género y caso. Su numeración es decimal y se extiende al máximo; se puede contar hasta un millón y los números no tienen relación con los nombres de los dedos. Esa numeración, para las cifras 3, 6, 8, 100 y 1000, deriva sin duda alguna de la misma fuente que el quichua, mientras que las otras son completamente distintas. La lengua es rica en sinónimos [29] para los sustantivos y, por lo general, las palabras compuestas se contraen, en interés sin duda de la eufonía. En las frases, el sujeto precede siempre al verbo y los adjetivos a los sustantivos, como puede verse en *kuyata nayra-ni*; de *kuyata* (pequeño), *nayra* (ojos), *ni* (aquel que tiene), o mejor dicho: aquel que tiene los ojos pequeños [30]. En resumen, la lengua aymará, por sus formas, por su composición, por su dureza y por su extensión se asemeja mucho a la de los Quichuas. Un vigésimo de las palabras de ambas lenguas tiene el mismo origen, sobre todo aquéllas que expresan ideas religiosas. Por consiguiente, aunque hemos encontrado numerosas palabras cuya raíz es diferente, creemos que la lengua aymará es la fuente de la lengua quichua, que la influye por todos los lados y que con el tiempo ha podido esta última modificarse. Esta hipótesis estaría en relación con la posición geográfica de la meseta de Titicaca, donde viven los Aymaraes, y más aún con los monumentos de esa nación, que parecen ser el punto central de la civilización primitiva. Podríamos preguntarnos también si la lengua sagrada que los Incas transportaron de las orillas del lago Titicaca al Cuzco [31] y que conservaron en su familia, no sería la lengua aymará.

Por el carácter, las facultades intelectuales, los hábitos, las costumbres, los usos privados y sociales, la industria agrícola y manufacturera y los vestidos, los Aymaraes se asemejaban y se asemejan todavía en un todo a los Quichuas, a los cuales, por otra parte, estaban sometidos. Pero si arrojamos la mirada rápidamente sobre el estilo arquitectónico de sus monumentos, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, hallaremos inmediatamente una gran diferencia con los Incas. Nos referimos a los monumentos del Tiahuanaco, ubicados en el centro de la nación, cerca del lago Titicaca;

29 Canal de irrigación se dice al mismo tiempo: *Larca, Pincha, Irpu;* hacer un canal de irrigación: *larcachatha, pinchachatha*, etc.

30 Véase Ludovico Bertonio, *Bocabulario de la lengua aymará*, Juli, 1612, página 328.

31 Garcilaso, *Com. real de los Incas*, lib. VII, cap. I, p. 221.

monumentos de los cuales muchos autores antiguos han hablado [32] y cuyo origen les era a tal punto desconocido, que uno de ellos ha dicho ingenuamente, tomando como propia una expresión figurada, que fueron construídos antes que el sol alumbrara la tierra [33]. Esos monumentos, descubiertos por nosotros, anuncian una civilización más avanzada posiblemente que la de Palenqué; se compone de un túmulo elevado de cerca de 100 pies, rodeado de columnas; de templos de 100 a 200 metros de largo, bien orientados hacia el este, adornados de series de columnas angulosas y colosales, de pórticos monolíticos, cubiertos de elegantes grecas y relieves lisos de una ejecución regular, aunque de un dibujo grosero, representando alegorías religiosas del sol y del cóndor su mensajero; de estatuas colosales de basalto cargadas de relieves lisos, cuyo dibujo de una cabeza cuadrada es de un estilo semiegipcio [34]; y, finalmente, de un interior de palacio formado de enormes bloques de roca perfectamente tallados [35] cuyas dimensiones llegan generalmente hasta 7 metros 80 centímetros de largo, sobre 4 metros de ancho y 2 de espesor [36]. Las puertas de los templos y palacios no son inclinadas como las de los Incas, sino perpendiculares, y su gran dimensión y las imponentes masas que las componen, superan en mucho, por su belleza y tamaño, a todo lo que posteriormente fué construído por los Incas. Además, en los monumentos de los Quichuas del Cuzco, no existe escultura alguna, ni relieves lisos, mientras que sí en los adornos de Tiahuanaco. La presencia de tales restos de una civilización anti-

32 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. III, cap. I, p. 74; Diego d'Avalos y Figueroa, *Colloquio* XXXIII, p. 145; Cieza de León *Chronica del Perú*, Anvers, 1554, p. 254.

33 Don Diego d'Avalos y Figuroa, *Micelanea austral*, Lima, 1602, p. 145, dice que los Indios refieren: *Ser obra de antes que huviese sol en el cielo.* Esto puede querer decir que se trataba de la época anterior a aquélla en que el culto del sol vino a aclarar la tierra. Hemos dibujado con cuidado todos esos momentos y se los puede hallar en nuestras planchas de Antigüedades. Nros. 4, 5, 6, 7, 8 y 11. Hemos encontrado todo aquello que indican Cieza de León, cap. CV y Garcilaso, *Com. de los Incas*, p. 74, pero muy modificado. Todas las iglesias de los alrededores fueron construídas con piedras y las masas pesadas son las únicas que quedan hoy.

34 Véase Atlas, pl. 6, y *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica, planchas de Antigüedades, Nº 8.

35 Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica, planchas de Antigüedades, Nº 5.

36 Es el mismo bloque que, según el padre Acosta, lib. VI, cap. 14, p. 272, tiene 38 pies de largo, 18 de ancho y 6 de espesor. Sus medidas no eran, sin duda, muy exactas, porque un bloque de ese tamaño no hubiera podido ser llevado, y el que nosotros hemos medido es el más grande de todos.

gua en el lugar de donde partió el primer Inca para fundar la del Cuzco, ¿no nos ofrece una prueba más de que de allí fueron transportados, con Manco Cápac, los últimos recuerdos de una grandeza extinguida sobre la tierra clásica de los Incas?

Las tumbas de los Aymaraes son muy distintas de las de los Quichuas: en vez de ser subterráneas, son grandes construcciones cuadradas [37] con una simple abertura por la cual se introducían los muertos, que se ubicaban alrededor de una pequeña cavidad, sentados, con sus vestidos, y, en algunos casos, cubiertos con una especie de tejido de paja que envolvía el cadáver [38], o bien pequeñas casas de ladrillos crudos, de la misma forma, con el techo inclinado y una abertura mirando hacia el este [39]; o bien todavía una especie de torres cuadradas, de varios pisos, conteniendo cada uno cadáveres, como en las islas de Quebaya [40] y otras, a las orillas del lago Titicaca. Pero esas tumbas, a veces muy grandes, están siempre reunidas en numerosos grupos y constituyen por lo general vastas ciudadelas.

Los Aymaraes, dependían de los Incas, en la época de la conquista de América. Aunque no tenemos ninguna noción sobre su gobierno anterior, podemos juzgar por la amplitud de sus monumentos y por el gran número de brazos que debieron reunir para transportar los materiales, que constituían un pueblo numeroso bajo una poderosa monarquía, anterior a la de los Incas. Si la nación hubiera estado dividida en pequeñas tribus, como lo indica el cándido historiador de los Incas, Garcilaso de la Vega [41], no habría podido llegar a tal grado de civilización y sus fuerzas no habrían podido sostener construcciones tan colosales.

Ninguna prueba, fuera de los monumentos, nos ha quedado para descubrir los rastros de la antigua religión de los Aymaraes; pero esos monumentos nos proporcionaban argumentos concluyentes en favor de la opinión de que el culto del sol, la industria y la civili-

37 Véase Atlas, pl. 12, y en nuestro *Voyage dans l'Amér.*, plancha de Antigüedades, Nº 3, donde hay dibujada una magnífica tumba de construcción semiciclópea, situada en la parte más aislada de los desiertos de la provincia de Carangas.

38 Véase Atlas, pl. 4, fig. 1 y *Voyage dans l'Am. mér.*, parte histórica planchas de Antigüedades, Nº 14.

39 Véase Vistas, Nº 8.

40 Ciertas regiones de las islas de Quebaya están cubiertas de gran número de tumbas.

41 Garcilaso, *Com. de los Incas*, lib. I, cap. IX, p. 12; Robertson, *Hist. de l'Amér.*, t. IV, p. 53.

zación de los Incas, nacieron a orillas del lago Titicaca. ¿No lo demuestra la orientación de todos los templos hacia el este [42], del lado donde aparece el astro? ¿No está escrito en los relieves alegóricos de esos pórticos monolíticos [43] que representaban al sol, con la cabeza rodeada de rayos, signos del doble poder religioso y secular [44], ocupando el centro del cuado, mientras que a cada lado marchan hacia él reyes coronados [45] y cóndores, considerados sus mensajeros [46], volando a lo alto y contemplando de cerca su gloria?

En resumen, la nación aymará, por todas sus características físicas y morales, parece pertenecer, evidentemente, al mismo origen que los Quichuas. Sólo difiere en el lenguaje, que aunque la mayor parte de sus palabras son distintas, tiene, por otra parte, la misma pronunciación y las mismas reglas gramaticales. Sólo difiere por la costumbre singular de aplastar la cabeza, y, en fin, por la construcción de las tumbas. Pero lo que hemos dicho de la coincidencia de la lengua sagrada de los Incas con el origen de Manco Cápac; del lugar donde yacen las ruinas de los monumentos de los Aymaraes, comparado con aquél de donde según las tradiciones partió el primer Inca, y sobre todo la seria presunción de un origen común de la religión, de acuerdo con los bajorrelieves del Tiahuanaco, ¿no dan a todos, lo mismo que a nosotros, esas deducciones casi la certidumbre de que los Aymaraes son la fuente primitiva de la civilización de la meseta de los Andes? ¿No demuestran que ocupaban la parte central, donde la vida agrícola y pastoril no se había entonces desarrollado, y donde las ideas sociales estaban en germen y donde el primer gobierno monárquico y religioso nació, en el seno de esa sociedad que llegó, hace muchísimo tiempo tal vez, a un grado avanzado de civilización, cuyo primer esplendor, religión e industria, transportados por Manco Cápac de las orillas del lago Titicaca al Cuzco, han terminado por crear la monarquía de los Incas, que, más tarde, relegó al olvido su cuna?

42 Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, parte histórica, Antigüedades, pl. 2.

43 Véase Atlas, pl. 10 y nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, planchas de Antigüedades, Nº 6, fig. 2.

44 Véase Atlas, pl. 11, y nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, planchas de Antigüedades, Nº 6, fig. 2.

45 Véase Atlas, pl. 11, figs. 1 y 2 y nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, planchas de Antigüedades, Nº 7, fig. 1, y sobre todo pl. 7, fig. 2.

46 Véase Atlas, pl. 11, fig. 3, y nuestro *Voyage dans l'Amér. méridionale*, planchas de Antigüedades, pl. 7, fig. 3.

NACIÓN ATACAMA

Poseemos menos informaciones sobre esta nación que sobre la de los Changos, su vecina. Sus antepasados se denominaban *Olipes* o *Llipi* [47]. Los atacamas ocupan, según nuestra creencia, toda la ladera occidental de los Andes, desde el grado 19 hasta el 22 de latitud sur, es decir, desde el sur de Arica hasta donde viven los Changos, quienes, con los Aymaraes, los rodean por todas partes y son sus únicos vecinos. Habitan, si es que estamos bien informados, toda la provincia de Tarapaca y la de Atacama, y su población, toda cristiana, sería:

	Raza pura	Mestizos
Para la provincia de Tarapaca	5.406 [48]	1.200 [48]
Para la provincia de Atacama	1.942 [49]	970 [49]
Totales	7.348	2.170

Hemos visto a muy pocos Atacamas, pero los suficientes como para poder decir que tienen absolutamente las mismas características físicas que los Quichuas y, de acuerdo con lo que se nos ha dicho, su lengua es diferente del chango, del quichua y del aymará. Del punto de vista moral, se asemejan a los Changos. Empero, como habitan a la vez la costa y los valles, son pescadores y agricultores, y tan adelantados, en ese sentido, como los Aymaraes actuales. Tienen hábitos sedentarios y viven en aldeas. En lo demás, parecen tener los mismos usos y costumbres que los Aymaraes. Ignoramos por completo lo que eran antes de la conquista. Unicamente por sus sepulcros, siempre subterráneos, se diferencian de los Aymaraes, y se asemejan a los Quichuas. Lo mismo que entre estos últimos, sus muertos se depositaban en fosas verticales, revestidas de murallas de piedra, y los cadáveres aparecen con los miembros doblados, en la posición

47 Hoy se dice *Lipes*, pero en la época de Garcilaso (p. 125) se decía *Llipi*.

48 Informaciones extraídas de la *Guía política, eclesiástica y militar del virreynato del Perú*, para 1795. Es el censo publicado en Lima en 1833 como el mejor que se ha hecho.

49 Según los datos censales publicados en Bolivia.

que tiene el hombre antes de nacer; los rodean sus vasos, sus vestidos y todos sus utensilios, tales como canastas y ollas de paja trenzada artísticamente; husos, hilos y útiles para tejer, si se trata de una mujer [50]; alimentos y armas, si es un hombre. El conjunto está cubierto de ramas o piedras, y sobre éstas tierra, y nada parece dirigido en dirección al sol. Los cementerios eran comunes, porque allí donde se descubre una tumba, se encuentran siempre muchas otras.

Pensamos que, lo mismo que los Changos, los Atacamas, si bien pertenecen positivamente a la rama peruana, constituyen una transición con los pueblos araucanos.

50 Poseemos varias de esas cosas, halladas en una tumba.

NACIÓN CHANGO

El nombre con el cual designamos a esta nación es empleado hoy para señalar a algunos Indios, restos, sin duda, de una nación más poderosa, que ocupaba únicamente el litoral del océano Pacífico, entre los grados 22 y 24 de latitud austral, principalmente en los alrededores del puerto de Cobija, en Bolivia. Tienen actualmente por vecinos, al norte y al este, a los Atacamas, y al sur, a los primeros Araucanos, de los cuales están separados por el famoso desierto de Atacama. Antes eran lo suficientemente numerosos como para que se pudiera establecer una Misión en Cobija [51]; pero hoy, dispersos sobre la costa, no creemos que su número supere las 1000 almas. Sin embargo, ésta no es más que una hipótesis, basada solamente sobre la información verbal de uno de los gobernadores de Cobija, que nos proporcionó en 1832 [52], porque nosotros apenas hemos visto un centenar, durante nuestra residencia en ese puerto. Los Changos habitan particularmente a dos leguas al norte del establecimiento.

El color de los Changos es idéntico al de los Quichuas, aunque algo más pronunciado, hollín negruzco. Su talla es también más o menos la misma, si no más pequeña todavía. De acuerdo con lo que hemos visto, podemos creer que no llega, término medio, más que a 1 metro 60 centímetros (4 pies 9 pulgadas), no encontrando quien supere los 5 pies 1 pulgada (1 metro 65 centímetros). Creemos poder afirmar, en general, que es la más pequeña de las naciones andoperuanas. Las mujeres son proporcionalmente más pequeñas que los hombres (1 metro 455 milímetros). Se asemejan a los Quichuas por sus formas: son grandes y cortas, sin que el pecho tenga, empero, tanto desarrollo; su conjunto es el mismo. Las facciones de los Changos son también idénticas a las de los Aymaraes y Quichuas, con la sola diferencia que, teniendo el rostro semejante y los ojos horizontales, la nariz es mediocre, casi nunca aquilina. Es, por el contrario, estrecha en su extremidad, aunque algo alargada en las fosas nasales. Su fisonomía es igualmente sombría y triste, lo mismo que la de los pueblos que acabamos de citar.

51 Una inscripción grabada sobre la iglesia lleva la fecha 1777, como época de su construcción. Puede así suponerse que a comienzos del siglo XVIII comenzaron a ser *reducidos* los Changos.

52 En la época del viaje de Frézier, en 1712, había cincuenta casas reunidas (*Relation du voyage de la mer du Sud.* Paris, 1716, p. 130).

Sólo sabemos del lenguaje lo que los mismos indígenas nos han dicho, es decir, que se diferencia del de los de Atacama, tanto como del quichua y del aymará. Pero, como no hemos podido reunir vocabularios, los Indios a quienes nos hemos dirigido no nos han podido precisar nada al respecto, ya que han olvidado, por así decirlo, su lengua primitiva.

Su carácter parece dulce y afable; son serviciales, abnegados y hospitalarios, a la vez que sumisos al máximo a las leyes del país. Parecen muy unidos en la vida familiar. Viven constantemente a orillas del mar, por donde generalmente ambulan. Ya que jamás llueve en los lugares que habitan, construyen sus casas [53] sobre tres o cuatro estacas fijas en tierra junto a la costa y sobre aquellas estacas ponen pieles de lobos marinos y algas marinas. Toda la familia se acuesta promiscuamente sobre algas secas, en algunas telas de lana o sobre cueros de carnero. Su mobiliario consiste en algunas conchillas, vasos, instrumentos de pesca y pequeños arpones, ingeniosamente fabricados. Siendo la pesca su único medio de subsistencia, ponen todo su arte en ella; sus embarcaciones son pequeños navíos formados con dos odres de cuero de lobo marino inflados y atados entre sí, de los cuales hemos hablado en la parte referente a los Aymaraes [54]. Esos barquichuelos están formados de dos odres cilíndricos, frotados con aceite de foca, levantados en los dos extremos e inflados con aire por medio de un tubo: una vez inflados, los Indios los atan entre sí y los aprietan más de un lado que del otro, a fin de formarles la proa. Los arrojan al agua, desafiando al oleaje, y puestos de rodillas en la parte delantera, los dirigen mediante un remo de dos manos, que cambian alternativamente de lado. Sobre esa ligera embarcación cazan a los lobos marinos en los peñascos y escrutan el mar para descubrir los peces, que arponean con una destreza extraordinaria. Tienen en la actualidad el monopolio del contrabando comercial de la costa. Agiles al extremo, sirven a menudo de guías por los desiertos que separan la costa de los primeros puntos habitados del interior. Sus mujeres llevan las cargas en los viajes. Se valen de canastas cónicas formadas con seis palos, unidos en la base y retenidos, a la mitad de la altura, por un tejido muy homogéneo. Esas canastas son sostenidas por una cincha que llevan en la frente y las apoyan en las espaldas, llevando en ellas las provisiones y las

53 Frézier también los vió (*Relation du voyage de la mer du Sud.* p. 130).

54 Véase nuestro *Voyage dans l'Am. mér.*, parte histórica, Usos y Costumbres, p. 9; y nuestro amigo Moerenhout, en su interesante *Voy. aux iles du gram Océan*, t. 1º, p. 15.

criaturas [55]. Los Changos saben tejer bastante bien. Su vestimenta es la misma que la de los habitantes actuales de los alrededores. Antiguamente era, por lo que hemos visto en sus tumbas, la misma que la de los Quichuas. Nada sabemos respecto a su gobierno y religión antiguos.

Se realizó en Cobija, en 1830, una excavación que puso al descubierto un gran número de cadáveres de Indios, los cuales a juzgar por la enorme capa de tierra que los cubría (3 a 4 metros), debían haber sido enterrados en la más remota antigüedad. Estaban alineados separadamente por sexos y edad, envueltos en sus vestidos, tejidos con lana muy fina [56]. Tenían todavía cabellos y estaban acostados a lo largo, costumbre que no hemos encontrado en ninguna otra nación americana, puesto que generalmente se dobla el cadáver de manera de colocarlo en la posición natural del hombre antes del nacimiento.

En resumen, pensamos que de acuerdo con sus características físicas y morales los Changos pertenecen del todo a la rama peruana, pero que su nariz poco larga y no aquilina establece la transición de los Aymaraes y Quichuas a los Araucanos de Chile.

55 Véase nuestro *Voyage dans l'Amér. mérid.*, Usos y costumbres, pl. 6.
56 Hemos traído a Francia muestras de ese tejido.

SEGUNDA RAMA

ANTISIANA

Color: varía del moreno-oliva pronunciado hasta un tinte muy claro. Talla media variable: 1 *metro* 645 *milímetros. Formas poco macizas; tronco de proporciones comunes. Frente no huyente; rostro oval; nariz variable; boca mediana; ojos horizontales; rasgos afeminados; fisonomía viva y dulce.*

La rama de las razas *ando-peruanas*, que hemos denominado Antisiana, porque está circunscripta en los límites de una comarca que los Incas llamaban Antis [1], se distribuye por las regiones cálidas y húmedas de la ladera oriental de los Andes bolivianos y peruanos, desde sus últimos contrafuertes, cerca de Santa Cruz de la Sierra, en el grado 17 de latitud sur, remontando hacia el norte hasta más allá del grado 13, en una extensión que no tiene más de 20 a 30 leguas marinas.

La comarca que ocupa esa rama es uniforme en sus aspectos particulares. Allí no existen las elevadas mesetas desprovistas de sombras, donde extensas planicies y frías montañas, cubiertas de gramíneas que crecen debajo de las nieves eternas, permiten al pastor aymará y quichua vivir tranquilamente del producto de su cultivo y de su rebaño, en medio de su antigua civilización y de las ruinas de sus monumentos. Allí no se ven los terrenos poco accidentados, desnudos parcialmente o cubiertos de zarzas, semejantes a los que ocupan los guerreros araucanos. La comarca de los salvajes antisianos parece inhabitable a primera vista. En todas partes hay monta-

1 Los Incas denominaban *Antis* (Garcilaso de la Vega, *Com. de los Incas*, lib. II, cap. XI, p. 47) al país situado al este de las montañas del Cuzco, y de allí sacaron el nombre de *Antis* para la cadena oriental, que los Españoles convirtieron en *Andes*, aplicándolo erróneamente a las dos cadenas de los Andes, modificando así el nombre primitivo.

ñas con cumbres chatas o agudas, sobre las cuales crece, sin embargo, la vegetación más activa y grandiosa. En todas partes aparecen valles sombríos y profundos, donde corren con estrépito furiosos torrentes, entre precipicios espantosos. Al borde de esos torrentes y de esas cascadas que se renuevan sin cesar, al pie de esos peñascos suspendidos sobre la cabeza, el hombre antisiano ha fijado su morada, bajo árboles enormes, cuyas ramas se elevan hasta el cielo, formando una cúpula impenetrable a los rayos del sol [2], donde la sombra protege siempre a la vegetación más fresca y variada. En el seno de esa imponente naturaleza, el hombre de las montañas ha debido modificar sus características físicas y sus hábitos. ¿Podía seguir siendo igual al hombre de las regiones elevadas, con las cuales contrasta tan fuertemente la región que habita? Hemos de examinar esta cuestión en las generalidades siguientes [3].

Las naciones que incluímos en esta rama son cinco:

1ª La primera de que hablaremos es la de los *Yuracarés,* que ocupa el extremo oriental del territorio asignado a la rama, sobre los pequeños afluentes de los ríos Ibabo, Chimoré, Mamoré y Securi [4], desde Santa Cruz de la Sierra hasta más allá de Cochabamba, en los bosques más tupidos del pie oriental de los Andes bolivianos. Marchando hacia el norte se hallan:

2ª Los *Mocetenes* de los primeros afluentes del Río Béni al este, en los valles más sombríos y húmedos;

3ª Los *Tacanas* de la orilla occidental del Río Béni;

4ª Los *Maropas* de la orilla oriental del mismo río, frente a los últimos Tacanas, y finalmente.

5ª Los *Apolistas* del valle del Río Apolo, mucho más al oeste que las otras naciones sobre los contrafuertes más elevados de los Andes peruanos [5].

El cuadro siguiente dará una idea de la población relativa de cada una de ellas:

2 Véase *Bulletin de la Societé de géographie,* marzo de 1838.

3 Véase nuestro Mapa especial de Bolivia y el de las naciones.

4 Ningún relato y ninguna obra impresa se refieren a las naciones que describiremos. Las dificultades para penetrar en las regiones que éstas habitan, explican los escasos conocimientos que se tienen, hasta en las provincias vecinas.

5 Como lo señalamos, a continuación de las descripciones especiales de las naciones de esta rama, no dudamos que puedan agregárseles muchas otras que se hallan mucho más al norte, en comarcas completamente análogas a las que ocupan las que hemos podido estudiar personalmente.

Nombres de las Naciones	Número de individuos de cada nación		Total
	Convertidos al cristianismo	Salvajes	
Yuracarés	337	1.000	1.337
Mocetenes	1.600	800	2.400
Tacanas	5.304	1.000	6.304
Maropas	900	—	900
Apolistas	3.615	—	3.616
Totales	11.757	2.800	14.557 [6]

Producirá tal vez asombro ver que sólo llegamos a 14.557 individuos, de los cuales 2.800 permanecen en estado salvaje, pero esas cifras corresponden al país que conocemos, es decir, a la República de Bolivia, y no a toda la rama, a la que se añadirán numerosas naciones, sin duda, cuando los viajeros prosigan el trabajo que nosotros iniciamos. Este pequeño número no deja, por eso, de presentar hechos interesantes, referentes a la influencia de las localidades sobre las características físicas y morales del hombre.

El color de la rama de los Antisianos nos ofrece una primera prueba de esa influencia de las circunstancias locales. Las naciones que la componen viven siempre a la sombra de los bosques espesos, cálidos y húmedos, donde llueve casi continuamente. Su tinte, en consecuencia, debe ser menos pronunciado que el de los habitantes de las montañas secas, de esas mesetas elvadas, desprovistas de vegetación activa y de la sombra de los bosques. Las naciones de esta rama son, en efecto, casi blancas, comparadas con los Aymaraes, los Quichuas, los otros montañeses de las mesetas elevadas y hasta, comparativamente, con los habitantes de las llanuras de Moxos. Un hecho viene además a probar nuestra hipótesis: entre esas naciones, las de color más pronunciado son los Maropas, trasladados desde hace mucho tiempo a las llanuras, y los Apolistas, que habitan las montañas más elevadas y menos húmedas; mientras que los Yuracarés [7],

6 Las cifras de individuos convertidos al cristianismo se extrae de los censos hechos en 1832 y en los cuales se puede tener confianza. En cuanto a los indígenas todavía salvajes, sólo son positivas para la nación de los yuracarés; las otras son aproximadas y dadas por ellas mismas.

7 Los Incas los denominaban *Yurak kari,* de *yurak,* blanco, y de *kari,* hombre, lo que probaría que habían notado esa rareza del tinte.

los Mocetenes y los Tacanas [8], que vivan en los bosques más impenetrables a los rayos solares, son casi blancos del todo. El color de los Antisianos, mucho más claro que el de los restantes Ando-Peruanos, es ligeramente cetrino y tiene poco de amarillo. Otra característica, que parece empero tener por causa alguna enfermedad cutánea, como hemos podido observarlo, pero que no por eso está menos generalizada en los individuos de esa rama, es tener el rostro y todo el cuerpo cubiertos de grandes manchas muy pálidas. Esta particularidad se manifiesta sobre todo en los Mocetenes, en los Tacanas y en los Yuracarés de las partes más septentrionales de su territorio.

La talla nos proporciona una segunda prueba de la influencia de las localidades: los montañeses de los Andes, tales como los Aymaraes y los Quichuas, son de una talla por debajo de la mediana, mientras los Antisianos son más altos que bajos. Los Yuracarés, que viven al pie mismo de la ladera oriental de los Andes, son los más altos de todos; tienen, término medio, hasta 1 metro 66 centímetros (5 pies 1 ½ pulgadas), mientras los Mocetenes, los Tacanas y los Maropas son algo menos altos y no pasan de 1 metro 65 centímetros (5 pies 1 pulgada). Los Apolistas son los más pequeños, acercándose, en ese aspecto, a los otros montañeses de las mesetas elevadas, de los cuales son los vecinos más próximos. La talla media de esta rama es, pues, de 1 metro 645 milímetros.

Las formas siguen las mismas modificaciones que las otras características: los Antisianos no son hombres grandes y bajos, cuyo tronco no guarda proporción con las extremidades, como es el caso de los habitantes de las mesetas elevadas, donde la rarificación del aire se hace sentir poderosamente. Los Antisianos presentan, por el contrario, bellas formas, proporciones masculinas y graciosas al mismo tiempo; su cuerpo es robusto, algo elevado, semejante al de los Europeos. Los mejor formados de todos son los Yuracarés; las otras naciones son por lo general más macizas. Los miembros anuncian el vigor; son llenos, bien hechos y a veces aparecen los músculos exteriormente.

Las facciones de los Antisianos presentan dos características bien definidas, que prueban también la influencia de las localidades. Las de los Yuracarés, con rostro oval y nariz larga y generalmente aquilina, son las mismas que las de las naciones aymará y quichua de las mesetas elevadas, de las que los Yuracarés se diferencian tanto, por otra parte, por el color, la talla y las formas. Si se consideran a las facciones características típicas, podría suponerse que los Yuracarés descienden de esos pueblos montañeses de los cuales tienen la apariencia exterior, pero en los que el calor y la humedad han cambiado paulatinamente su color, haciéndolo más claro, mientras que la no rarificación del aire de sus hermosos valles permite al cuerpo desarrollarse y adquirir bellas formas. Esas conjeturas no dejan de ser hipotéticas, como nos apercibimos, por bien fundadas que parezcan.

[8] El redactor de un corto manuscrito sobre la provincia de Caupolicán, dirigido al presidente de Bolivia y cuya copia poseemos, dice, p. 15, hablando de los Tacanas: Son de un *color blanco pálido*.

Sería difícil establecer la misma hipótesis para las otras naciones de esa rama, como los Mocetenes, los Tacanas, los Maropas y los Apolistas, porque no tienen las facciones de los montañeses: su rostro es redondo, siempre afeminado. Su nariz corta y chata, jamás aquilina, los acerca a los Aymaraes o a los pueblos de las llanuras. Es, pues, probable que haya sufrido las mismas influencias que modificaron sus tintes al ascender de la región de las llanuras, de donde son, tal vez, originarios, a la región de las montañas.

Los idiomas antisianos no ofrecen ninguna característica que los diferencien de una manera bien marcada de aquéllos de las otras ramas. Las lenguas de los Yuracarés, Mocetenes, Maropas y Apolistas, son dulces y eufónicas; no se parecen, en lo más mínimo, en ese aspecto, a las de los Aymaraes y Quichuas. La única que se parece, por su dureza, es la lengua de los Tacanas. Por lo demás, únicamente conocemos bien la de los Yuracarés, que como puede verse en la descripción de esa nación, no tiene irregularidades y posee un sistema de numeración decimal.

Existe poca uniformidad en el carácter moral de los Antisianos: el Yuracarés, en medio de sus hermosos bosques, se cree siempre el primero de los hombres; se muestra así orgulloso, insumiso, insociable, independiente, emprendedor, mentiroso, cruel, insensible tanto para sí mismo como para los demás; es, en una palabra, el verdadero tipo del salvaje librado a sí mismo. Reúne todos los vicios al egoísmo más completo. El Tacana igualmente orgulloso, se ha sometido empero al cristianismo; y, hasta en el estado salvaje, es menos duro e insociable. Las otras naciones tienen todas un carácter mezclado de orgullo y dulzura, todas han cambiado con facilidad sus creencias religiosas. Los Yuracarés, los Mocetenes, los Tacanas y los Maropas no son alegres; bailan sin que parezca que se diviertan; la sonrisa muy raramente aflora en sus labios. Solamente los Apolistas consti-

tuyen una excepción, sin llegar empero a la hilaridad casi continua de los Chiquitos. Los Antisianos, en general como todos los montañeses, conocen poco la verdadera alegría.

En lo que se refiere a los hábitos, hay más uniformidad en las naciones de esta rama, lo que se debe, sin duda, a que habitan localidades semejantes. Todos los Antisianos son cazadores y pescadores apasionados por afición, y agricultores por necesidad. Algunos de ellos fijan su residencia a lo largo de un río, mientras otros (los Yuracarés) son los más inconstantes de los pueblos cazadores, siempre vagabundos y nómadas, no permaneciendo en el mismo lugar más de dos años seguidos. Todos aman la guerra y están divididos en pequeñas tribus. El cristianismo ha logrado reunir a algunos en grandes aldeas. Entre esas naciones, únicamente el Yuracarés es cruel por insensibilidad; tiene hábitos bárbaros, fiestas donde se cubre de heridas para mostrar su coraje; conoce el duelo y el suicidio; no es nada amable con su mujer, no respeta a su padre, a quien abandona en su vejez, y no es tierno con sus hijos, que sacrifica para no tener la molestia de criarlos o por numerosas supersticiones. Esos pueblos eran guerreros antes de ser sometidos, lo que se debe a sus hábitos de cazadores. Pero, en ese aspecto, su contacto con los Cristianos ha cambiado mucho sus costumbres. Son aficionados a las bebidas fermentadas y sólo bailan en las orgías.

La industria está poco adelantada entre los Antisianos. Los hombres se confeccinan las armas, que consisten en arcos y flechas generalmente adornadas en forma artística con plumas de colores; cultivan la tierra, construyen las almadías que les sirven para navegar, pescan y cazan con el arco y levantan sus casas cubiertas de hojas de palmeras. Los hombres Yuracarés se hacen camisas de corteza de árbol y las cubren de dibujos, representando curvas regulares, pero jamás formas imitativas. Estos conocen en el estado salvaje, la impresión por medio de planchas de madera, que esculpen para adornar sus túnicas de figuras diversas. Se le reserva a las mujeres el transporte de los efectos de viaje, el arreglo de la casa y la fabricación de la alfarería, generalmente acompañada de prácticas supersticiosas. Las que hilan y tejen el algodón y la lana, aprendieron ese arte de sus vecinos, los Incas. Muchas de las labores actuales de los diversos Indios de estas naciones, hacen pensar que serían capaces de aprender fácilmente todo lo que pudiera enseñárseles, en lo que se refiere a trabajos manuales.

El vestido de los que van casi completamente desnudos se reduce a túnicas sin mangas, más o menos largas, y generalmente adornadas con colores vivos; unas están tejidas con algodón y lana, y otras son de corteza de árbol. Van con los pies desnudos y jamás se cubren la cabeza, a menos que no sea con plumas de colores, para bailar en sus días de fiestas. Todos llevan los cabellos largos, atados por atrás. Ninguno se tatúa, pero los Yuracarés y los Mocetenes se cubren casi toda la cara con rayas rojas y negras. Los primeros se depilan las cejas y la barba. Las mujeres se adornan con vidrios, el cuello y las espaldas, y algunas llevan brazaletes.

No existía en las naciones de la rama antisiana en su estado primitivo, ningún cuerpo político y, en consecuencia, ningún gobierno. Divididas en pequeñas tribus, algunas tenían jefes, a los cuales no mostraban la menor sumisión. El respeto por la libertad individual llega a tal punto, entre los Yuracarés, que jamás un hijo está obligado a obedecer a su padre, quien considera un crimen castigar a sus hijos.

Desconocemos por completo cuál es la religión de las naciones antisianas, salvo la de los Yuracarés, tal vez una de las complicadas. No es raro que el hombre que vive en medio de una naturaleza tan hermosa haya sentido elevarse su espíritu y que la exaltación de su genio le haya creado graciosas ficciones sobre su origen, así como sobre el de las otras naciones. Los Yuracarés tienen una mitología tan interesante como vasta, llena de hechos extraordinarios y originales sobre el origen de los pueblos, pero lo curioso de ellos es su facilidad para conciliar la independencia más completa con sus creencias religiosas y sus innumerables supersticiones, vinculadas a todas las cosas animadas e inanimadas, a todas las circunstancias de su vida. Nada adoran, nada temen, creen al hombre infinitamente libre en todas sus acciones, piensan que las cosas se han formado por sí mismas, no esperan nada del porvenir y no conservan ningún recuerdo del pasado. La época de la nubilidad de las muchachas, es señalada por medio de ceremonias sangrientas.

Resumiendo los hechos que acabamos de enunciar, se podrá ver que la piel clara, junto a la uniformidad de la habitación y del fondo de sus hábitos, son las únicas características generales de los Antisianos, pero a poco que se los compare con las otras ramas de los pueblos montañeses, se los hallará siempre en oposición a estos últimos. Los Yuracarés, que por las facciones se acercan más a los Peruanos, son, en efecto, los que más se alejan de ellos por sus formas, color, talla, dulzura del lenguaje, carácter, espíritu independiente y religión; mientras la nación de los Tacanas, cuyas facciones son diferentes de las de los Peruanos, es en el aspecto de la dureza del len-

guaje, la que más se le aproxima. En una palabra, la rama antisiana se parece a la rama peruana por las facciones de los Yuracarés; a la rama araucana por las de las otras naciones; mientras que el espíritu de independencia de los Yuracarés y su educación, son análogos a los de los Araucanos; y, al contrario, la sumisión de los Mocetenes y Apolistas, así como sus caracteres, los colocan cerca de los Peruanos. Los Antisianos, sirven, pues, de un lado como intermediarios entre los Peruanos y los Chilenos; y del otro entre los montañeses y los pueblos de las llanuras.

NACIÓN YURACARÉS

El nombre de los *Yuracarés* parece provenir de la lengua quichua o inca, y significa hombres blancos, de *yurak* (blanco) y *kari* (hombres). Sin embargo, algunos indígenas de la nación lo pronuncian *Yrujuré*, pero solamente por imitación, porque entre ellos se dividen en dos tribus enemigas desde hace siglos: los *Solostos* en el este, y los *Mansiños* en las montañas del oeste. Creemos que también los Oromos, destruídos por la tribu de los Mansiños, pertenecían a la misma nación. Además, en diferentes épocas fueron conocidos bajo distintos nombres de secciones, como los *Conis* y *Cuchis,* citados en un manuscrito de 1796, por el naturalista Haink, y que, sin ninguna duda, se llaman así por el lugar que habitan y los Enetes, consignados en una carta manuscrita del mismo naturalista. La denominación de Yuracarés ha sido universalmente consagrada en el país por los Españoles, mientras que los otros no son conocidos fuera de la nación misma. Los Solostos reunidos en la Misión de San Carlos, reciben el nombre de *Mages, de* los habitantes de Santa Cruz.

Los Yuracarés habitan al pie de los últimos contrafuertes de los Andes orientales y los bosques de las llanuras que los bordean, sobre toda la superficie comprendida entre Santa Cruz de la Sierra al este, hasta la longitud de Cochabamba al oeste, sobre una gran banda al este y oeste, de bosques húmedos y calurosos que se extienden sobre una distancia de veinte a treinta leguas, desde el grado 67 al 69 de longitud oeste de París, y por los grados 16 y 17 de latitud sur. Son los últimos pueblos de las montañas bolivianas, cuyo pie habitan por lo general, diseminados en pequeñas familias, en medio de los bosques más tupidos, cerca de las fuentes de una multitud de afluentes del Mamoré. Con sus vecinos: al norte, los Moxos; al nordeste, los Sirionos; al oeste los Mocetenes de las montañas; al sureste, los

Chiriguanos y al suroeste, los Quichuas de Cochabamba. Actualmente, todos los *Mansiños* son salvajes en los mismos lugares donde vivían antes, y los Solostos están reunidos en la Misión de San Carlos, cerca de Santa Cruz de la Sierra. Los Mansiños son más o menos unos 1.000 [9]; los Solostos de San Carlos se elevan a 337 [10]; el número total sería así 1.337.

El color de los Yuracarés podría considerarse fuera de lo común, si no fuera también el de los Mocetenes y Tacanas, que habitan comarcas completamente análogas. Los Quichuas o Incas lo denominaban *Yurakari* (hombres blancos). En efecto, su color no es el de los Quichuas y otros habitantes de las montañas descubiertas; es casi blanco, comparado al de los Incas y muchos hombres morochos de las regiones meridionales de Europa no son más blancos que ellos. Ese matiz contiene muy poco de amarillo y es un tinte ligeramente cetrino, mucho más claro que el de las naciones de raza pampeana y hasta del de todas las naciones de las montañas. Muchos de ellos tienen el rostro y el cuerpo cubiertos de grandes manchas casi blancas. Creemos que esa particularidad debe atribuirse a alguna enfermedad cutánea que destruye la epidermis, anomalía que por otra parte se observa en todas las naciones de esa rama. Creemos que el color claro de los Yuracarés se debe al efecto prolongado del lugar que habitan: rodeados de naciones cuyo color es mucho más pronunciado, debe atribuirse el empalidecimiento del suyo a la influencia continua de las sombras perpetuas bajo las cuales viven en el seno de los bosques espesos, donde llueve casi continuamente; mientras los montañeses, sus vecinos, habitan comarcas accidentadas, siempre desprovistas de sombra y cuya temperatura es de lo más seca [11].

A pesar de pertenecer a las razas ando-peruanas, su talla es hermosa y se acerca mucho a la de las naciones de las llanuras: en efecto, los Yuracarés son, sin duda, de los más altos de los pueblos montañeses. Llegan a tener hasta 1 metro 76 centímetros (5 pies 5 pulgadas) y los que hemos medido, nos permiten afirmar que su talla media no es inferior a 1 metro 66 centímetros (5 pies 1½ pulgada).

[9] Esa cifra nos ha sido proporcionada por el padre Lacueva, quien, durante diecinueve años, ha predicado sin éxito el cristianismo a esos pueblos.

[10] Según el censo que hicimos hacer en 1832, igual al presentado al gobierno por el prefecto.

[11] No puede atribuirse la intensidad de su color al cruce de razas, porque todavía son salvajes, y, so peligro de duelos interminables, sólo se casan con sus parientes más próximos, sin aliarse jamás a otras tribus de la misma nación, y con mayor razón, a mujeres blancas, que consideran muy por debajo de ellos.

Las mujeres tienen hermosas proprociones y todas superiores a la estatura ordinaria; su talla media es más o menos de 1 metro 530 milímetros.

Los Yuracarés tienen formas muy hermosas, el aspecto vigoroso, las espaldas anchas, el pecho combo, el cuerpo bastante esbelto, los miembros repletos y con buena musculatura. Todo en ellos anuncia la fuerza y la agilidad. Son derechos y bien plantados; su aire orgulloso y arrogante está prefectamente de acuerdo con su carácter y la alta idea que tienen de sí mismos. Creemos que son los mejor constituídos de todas las naciones que hemos visto. Las mujeres son también muy bien constituídas, más fuertes y robustas en proporción que los hombres; sus miembros son repletos y musculosos, sin que sus formas dejen de ser graciosas.

Los Yuracarés presentan, también por las facciones, una rareza difícil de explicar: cuando se los compara con las otras naciones de las montañas boscosas que tienen su color, sorprende encontrar facciones completamente diferentes, mientras que se parecen a la de los Incas o Quichuas, cuyo color y formas son tan distintos de los suyos. ¿Será tal vez la influencia de las localidades sobre el color y sobre las formas? Su rostro es casi oval, sus pómulos son poco salientes, su frente es estrecha, ligeramente comba, su nariz bastante larga, generalmente aquilina, ni muy chata ni muy ancha en la base sus fosas nasales son poco abiertas; sus ojos negros, muy pequeños y horizontales; sus orejas pequeñas, su cejas estrechas y arqueadas, cuando no se las sacan; su barba recta, poco tupida, crece tarde y solamente en el mentón y sobre el labio superior; se la arrancan. Sus cabellos son negros, rectos y largos. Su fisonomía es fina llena de vivacidad, de orgullo y no le falta cierta expresión alegre. El rostro de los hombres es pasable y poco afeminado. Las mujeres tienen las mismas facciones, pero menos pronunciadas; su rostro es menos redondo, la expresión es más dulce; se puede considerarlas bonitas.

La lengua yuracarés es eufónica y difiere esencialmente, en ese aspecto, de los duros idiomas de las naciones montañesas, por ejemplo del de los Quichuas y Aymaraes de los Andes. No tiene complicación de consonantes ni finales duros. La única consonante que termina las palabras es la s; no tienen, a este respecto, ninguna dureza, ninguna de las letras francesas como la *z*, la *u* o la *e* muda. Todas las palabras pueden ser escritas con la pronunciación española, tanto más necesaria cuanto la *j* de esta lengua, con su guturación, es muy común. La *f* es la única letra que falta en la lengua de los yuracarés. No existía ninguna analogía para los nombres de las partes del cuerpo. Los adjetivos son diferentes según el sexo y los plurales distintos de los singulares. El sistema numércio llega hasta cien, por divisiones decimales, y no tienen ninguna relación con los nombres de los dedos.

Los modales de los Yuracarés son los que podrían esperarse de la nación más orgullosa y que más se envanece de su independencia salvaje: su carácter presenta la más monstruosa reunión de todos los defectos que puede dar, en el hombre sin instrucción y supersticioso, una educación desprovista de todo freno y hasta de los más simples consejos. Los Yuracarés son muy alegres, tienen una fácil penetración, inteligencia y mucha sutileza; se creen los primeros entre los hombres; altaneros, insolentes, audaces, emprendedores no se someten ante nada. Son tan crueles consigo mismos como con los demás, resistentes a los sufrimientos físicos, su insensibilidad llega al extremo, habituados como están en cada una de las oportunidades que les presentan sus innumerables supersticiones, a cubrirse de heridas y martirizar a sus mujeres e hijos. No tienen ningún apego a sus padres, que abandonan por lo general, e inmolan a sangre fría a sus hijos, con el único fin de librarse del trabajo de criarlos. Son enemigos de toda especie de sociedad que pueda limitar en algo su independencia y sólo viven en familias, y todavía en éstas, no conocen ni los cuidados mutuos ni la subordinación viviendo cada individuo para sí mismo. Las mujeres participan del carácter de los hombres y no siempre poseen el sentimiento maternal; inmolan con frecuencia a la mitad de sus hijos, para no ser esclavas de ellos al criarlos [12].

Los hábitos de los Yuracarés son completamente análogos a su carácter. Se muestran hoy tal como eran al arribo de los Españoles y en nada han cambiado sus usos y costumbres por el contacto de la civilización que los rodea. Viven siempre en lo más espeso de los bosques, diseminados en pequeñas familias ambulantes que huyen y tratan de estar siempre lejos de los lugares habitados por los Cristianos. Un Yuracarés, casado dspués de una orgía, se separa inmediatamente de sus padres y va a radicarse con su mujer a la vera de un arroyo en medio de los bosques más sombríos. Allí, ayudado por los suyos, que invita en esa circunstancia, abate árboles, construye una gran cabaña de hojas de palmera, siembra un campo; y, mientras espera la cosecha, vive de la caza y de la pesca. Vive allí algunos años para ir luego a fijarse en un lugar algo distante; la mujer se encar-

[12] Existen, hasta cierto punto, relaciones entre el carácter de los Yuracarés y el de los Aucas o Araucanos, por el espíritu de independencia y el sistema, que les son comunes.

ga entonces del equipaje encerrado en una especie de red, y de sus hijos, mientras su marido no lleva más que el arco y flechas. Visitantes infatigables, los Yuracarés no llegan jamás a las casas de sus vecinos sin hacerse anunciar desde lejos por medio de charangas o silbidos; se tratan entre sí con muchas ceremonias y mantienen prolongadas conferencias, sin mirarse nunca a la cara mientras hablan. Esas reuniones terminan casi siempre en borracheras con bebidas fermentadas y en danzas monótonas: se renuevan en diversas épocas de su existencia, por ejemplo cuando la nubilidad de una joven, y nunca terminan sin que alguien riegue la tierra con su sangre, haciéndose numerosas heridas en los brazos y piernas. Las mujeres dan a luz en medio de los bosques, a orillas de un arroyo, en el que se bañan inmediatamente y regresan a su casa a continuar con sus trabajos corrientes. Pero a menudo matan en seguida a su hijo, sea porque tienen demasiados, sea porque los primeros no les han vivido. Los hombres practican el suicidio y se baten a menudo en duelo a flechazos. Cuando se reunen comen en conjunto y sus comidas, como su caza y pesca, están sujetas a numerosas supersticiones. Los enfermos son tratados, a menudo en medio de los bosques, por sangrías locales y con ceremonias supersticiosas. Cuando uno de ellos muere, todo lo que perteneció al enfermo es destruído; antes de enterrarlo, se abandona su cabaña y su campo, pero su recuerdo se conserva mucho tiempo en la familia. Los Yuracarés tienen la costumbre de no reprimir jamás a sus hijos, ni siquiera hacerles una observación [13]. Se envanecen de ser muy grandes oradores y hablan a veces horas enteras.

Su industria se limita a la fabricación de arcos y flechas, que cuidan mucho, y a la decoración de sus camisas de corteza de árbol, cuyos adornos consisten siempre en dibujos regulares, de líneas rectas y curvas, sin representar jamás animales o plantas. Se sirven para imprimir sus dibujos, de planchas de madera tallada [14]. Antes de estar en relación con los Moxenos, no conocían la navegación, y la aprendieron de estos últimos. Hábiles cazadores, ponen todo su arte en manejar con destreza la flecha, que les sirve también para pescar. Desconocen el tejido y el empleo de la hamaca. Las mujeres fabrican la alfarería con muchas ceremonias supersticiosas; hacen

13 La relación histórica de nuestro viaje contendrá todos los detalles deseables sobre las costumbres raras y complicadas de los Yuracarés.

14 Es curioso hallar entre los Indios más salvajes el conocimiento de la impresión, mientras los Incas, sus vecinos, ya civilizados, y las otras naciones que los rodeaban, la ignoraban por completo.

también las bebidas fermentadas y cultivan la tierra. Sobre sus hombros recae el trabajo interior de las casas y los cambios de domicilio. Entonces, con los equipajes y víveres, llevan también a sus hijos y a los animales domésticos.

Su vestido consiste en túnicas sin mangas, hechas de corteza de morera y de *ficus*, sobre las cuales imprimen dibujos regulares rojos y violetas, a los que les falta gusto [15]. Los hombres se cortan los cabellos en cuadrado sobre la frente y el resto les cae en forma de trenza por atrás. Se arrancan las cejas y se pintan la cara de rojo y negro, sobre todo la nariz y la frente. Los días de fiesta se adornan con plumas, o después de sus visitas, se cubren la cabeza con el plumón blanco de la gran harpía. Además cuelgan de una banderola sus pitos y otros adornos; su cuchillo está atado por atrás a los cabellos. Las mujeres llevan una túnica sin dibujos, pero después de los bailes, se adornan los hombros con penachos de plumas de color.

Su gobierno es completamente negativo: tienen un jefe de familia, a quien no obedecen en lo más mínimo. Son independientes y viven diseminados en pequeñas secciones, entre cuyos miembros no exite ninguna subordinación. Podemos decir que desconocen la nacionalidad.

La religión de los Yuracarés es de lo más singular: no adoran ni respetan a ninguna divinidad, y sin embargo son más supersticiosos que todos sus vecinos. Creen que las cosas se han formado por sí mismas en la naturaleza y que, por lo tanto, no deben agradecer a nadie, que nada deben temer de una conducta más o menos viciosa, puesto que el hombre nace amo absoluto de sus acciones buenas o malas, sin que jamás nada deba frenarlo. Tienen, empero, una historia mitológica de lo más complicada, llena de graciosas ficciones [16], en la que aparecen sucesivamente gran número de dioses o seres fabulosos. El *Sararuma* causa un incendio general en los bosques que equivale al diluvio de las otras naciones, del cual se salva un solo hombre, ocultándose en una caverna. El mismo Sararuma le proporciona granos que le sirven para repoblar de árboles a la tierra; después de lo cual se suceden en el mundo diversos seres que juegan un gran papel: *Ulé*, que de árbol más brillante de los bosques, que era antes, se metamorfoseó en hombre, a ruego de una joven, *Tiri*, que cría la hembra de un jaguar, luego de haberla arrancado del se-

15 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Vestidos, plancha 2, parte histórica.

16 Véase nuestro *Voyage dans l'Amérique méridionale*, parte histórica.

no de aquella misma joven, hecha madre; *Caru*, que hizo mortales a los hombres; *Tiri*, otra vez, que hizo salir del hueco de un árbol a todas las naciones conocidas de los Yuracarés, y que cerró el hueco cuando vió la tierra suficientemente poblada. Los Yuracarés conocen toda la historia mitológica de su país, pero no reverencian a ninguno de los seres mitológicos incluídos en ella; por el contrario, los detestan y querellan. Así sucede con el dios del trueno, *Mororoma*, que desde lo alto de las montañas lanza sus rayos, y al que amenazan con flechas, desafíandolo cuando truena; con *Pepezu*, que los saca de en medio de los bosques; con *Chunchu*, dios de la guerra. Si se les pregunta cuál es su divinidad bienhechora, muestran su arco y flechas, armas a las cuales deben su alimento. Creen en otra vida, en la que tendrán caza en abundancia, y donde todos, sin excepción, deben encontrarse. Transmiten de padres a hijos sus supersticiones. Poco saben en lo que se refiere a enfermedades. Pero todo lo que tiene relación con la caza, la pesca y los alimentos, les inspira muchas supersticiones de lo más absurdas: temen, por ejemplo, que si ofenden a los animales muertos, éstos no quieren volver a presentarse para cazarlos. Lo mismo les acontece con la agricultura y las plantas. La época de la nubilidad de las muchachas es señalada con fiestas sanguinarias, donde, después de bailar, los asistentes de todas las edades se cubren los brazos con heridas profundas los hombres para ser más diestros las mujeres para fortificarse, los niños para crecer.

En resumen, los Yuracarés presentan, desde varios puntos de vista, una particularidad que los distingue de los pueblos de las montañas: su color casi blanco contrasta con el de los Incas y Aymaraes, sus vecinos, y como tienen la nariz aquilina de éstos, podría creerse que las regiones calurosas, húmedas y continuamente umbrías donde viven influyen sobre su tinte. Su color es igual al de las naciones colocadas en las mismas circunstancias, como los Mocetenes y los Guarayos, Su talla es bastante más elevada que la de los otros habitantes de las montañas, lo que podría hacer pensar que únicamente la influencia de la rarificación del aire puede cambiar mucho la talla y las formas. Su lenguaje no tiene ninguna relación con el de los montañeses; su carácter indócil y orgulloso, así como sus costumbres bárbaras, recuerdan a las naciones del Gran Chaco, a las cuales se asemejan por el gobierno, aunque no por la religión, que en ellos es mucho más complicada y anuncia, en una nación de cazadores salvajes, un genio más elevado y una visión de alcance mucho más vasto del que debía esperarse lógicamente.

NACIÓN MOCETENES

Con el nombre de *Mocetenes* existe en las montañas una nación que los Yuracarés denominan *Maniquíes*, y que los Españoles de Bolivia, si bien conservan la primera denominación, llaman también muy impropiamente *Chunchos*, nombre aplicado desde hace siglos a las naciones que viven al este de Lima. Se denominan también *Magdalenos*, *Chimanisas* o *Chimanis*, a los que viven en la confluencia del Río Coendo; *Muchanís*, a los del Río Béni; y *Tucupi*, a los de la confluencia del Río Bogpi y del Río Béni.

Los Mocetenes habitan las barrancas que se extienden a lo largo del Río Béni y sus afluentes, desde el Río de la Reunión al norte de Cochabamba, hasta el norte de La Paz, en una extensión de 30 a 50 leguas geográficas de montañas comprendidas entre los grados 15 y 16 de latitud sur y 69 a 71 de longitud oeste de París. No ocupan, por así decirlo, más que una ancha banda limitada al noroeste por la cadena de los Yuracarés, que los separa de la llanura de Moxos, y al suroeste por las altas montañas de la pendiente oriental de los Andes bolivianos. Están divididos en muchas tribus, formando aldeas en sombríos bosques, al borde de terrenos fragosos, que descargan sus aguas en el Béni. Son sus vecinos: por el norte, los Apolistas; al oeste, los Aymaraes; al sur, los Quichuas; al este, los Moxos y los Yuracarés. Muchas de esas tribus viven aún en estado salvaje, mientras otrsa han sido recientemente reunidas en Misiones, con los nombres de Santa Ana y San Miguel. Su número alcanza tal vez a 800 [17], para los que viven todavía en estado salvaje, y más o menos el doble, para los que han sido incorporados a las Misiones. Se podría así calcular su total aproximativo en 2.400 [18].

El color de los Mocetenes es completamente el mismo que el de los Yuracarés: moreno o ligeramente cetrino, pero lo suficiente claro como para parecer blanco, en comparación al de los Aymaraes y otras naciones de las montañas. Creemos haber notado que es algo más mezclado de amarillo que el de los Yuracarés. Los Mocetenes, lo mismo que estos últimos, están casi completamente cubiertos de grandes manchas irregulares, menos pronunciadas en el cuerpo y en el rostro, lo que les da un aspecto fantástico.

[17] La cifra nos ha sido proporcionada por los mismos Mocetenes.
[18] La cifra de los Mocetenes reducidos nos ha sido dada por uno de los misioneros que se ocupan de la conversión de la nación.

Su talla nos ha parecido, en general, diferente de la de los Yuracarés; es menos elevada y anuncia ya la influencia de las montañas. En un número bastante crecido de Mocetenes que hemos encontrado en nuestros viajes al norte de Cochabamba y en la provincia de Yungas, el más alto no pasaba de 1 metro 68 centímetros (5 pies 2 pulgadas), y la talla media no nos parece que se eleve más de 1 metro 65 centímetros (5 pies 1 pulgada).

Sus formas son también algo diferentes: poseen ese vigor, es cierto, que agrada en los Yuracarés, pero si las espaldas son anchas, si el pecho es combo, el cuerpo, algo alargado, no es tan elevado. Los mocetenes tienen los miembros llenos, redondeados; son derechos y su modo de andar es suelto y soberbio.

Sus facciones no son nada parecidas a las de los Yuracarés: su rostro es redondo, bastante lleno, los pómulos son poco salientes, la frente mediana, la nariz ancha, algo alargada, las fosas nasales poco abiertas, la boca mediocre, los labios muy finos, los ojos negros, pequeños, horizontales; las orejas pequeñas, las cejas arqueadas y delgadas. No les hemos visto barba, aunque es cierto que se arrancan todo lo que puede crecerles. Sus cabellos son negros, rectos y largos; su fisonomía es alegre, dulce y expresiva; su rostro es afeminado y fácilmente se puede confundir a un hombre con una mujer, porque ambos sexos tienen la misma expresión y la misma regularidad en los rasgos.

La lengua mocetenes, de la que no hemos podido escribir un vocabulario, es muy eufónica. Nos ha parecido que carece de guturación y redundancia de sonidos; difiere, empero, de la de los Yuracarés, por lo que nos han asegurado éstos y por lo que hemos podido comprender.

El carácter de los Mocetenes es dulce, sin que les falte soberbia. Son alegres, confiados, buenos, fáciles de engañar y parecen amarse entre sí. Nunca se han negado a convertirse al cristianismo, y todas las veces que se ha enviado misiones a sus moradas, cuyo acceso es sumamente difícil debido a los precipicios y accidentes del terreno, se han sometido voluntariamente.

Los Mocetenes viven a lo largo de los umbríos torrentes de sus montañas, cubiertos de una activa vegetación, reanimada de continuo por abundantes lluvias. Están repartidos en pequeñas aldeas, principalmente en la confluencia de los ríos, que recorren incesantemente para cazar y pescar con sus flechas. Esas aldeas están a veces constituídas por muchas familias, lo que prueba que son más sociables que los Yuracarés. Sus cabañas, hechas de cañas y cubiertas de hojas

de palmera, cuando los accidentes del terreno lo permiten son rodeadas de plantíos de *yuca* y bananeros. Allí viven apaciblemente en familia los Mocetenes, abandonando a menudo a su mujer e hijos para seguir el curso del agua, cazando monos y pecaríes, en medio de los bosques, o para espiar en el seno de una onda cristalina a los peces, que pescan con sus agudas flechas. Si la caza es abundante, la secan y regresan cargados de provisiones. A menudo remontan los torrentes, en sus ligeras almadías, después de haber guardado cuidadosamente las provisiones en odres, precaución indispensable para viajar en esas frágiles embarcaciones, que frecuentemente naufragan debido a la violencia de las corrientes. Van a visitar así a los habitantes de la provincia de Yungas, con el propósito de adquirir cuchillos y hachas, a cambio de sus plumas de vivos colores. Los hombres son tan celosos, que jamás dejan a sus mujeres viajar. Aunque poco belicosos, no permiten que nadie los ataque.

Una parte de su industria proviene tal vez de su contacto con los Cristianos o con los Incas. Los hombres cultivan la tierra, cazan y pescan y fabrican sus armas y sus adornos de plumas; las mujeres hilan el algodón y tejen, tiñen hábilmente los tejidos con colores brillantes que extraen del jugo de las plantas de sus bosques. No construyen piraguas; sólo navegan empleando ligeros troncos de árbol, que unen mediante lianas; sus armas son el arco y la flecha.

Su vestido consiste en túnicas sin mangas, de un hermoso color violeta, ribeteado de rojo, confeccionado con tejidos bastante finos de algodón. Esas túnicas descienden hasta las rodillas. tienen los cabellos cortados en forma cuadrada por delante y reunidos por atrás en una trenza, de la que cuelgan su cuchillo. No se arrancan las cejas; su rostro está pintado, o mejor dicho, marcado con tres rayas azules, una en forma de arco, y que pasa de las mejillas al labio superior; la segunda, por debajo del labio inferior, y la tercera sobre la nariz. Llevan argollas en las orejas y para bailar se adornan la cabeza con plumas de ala de papagayo. Cuando viajan llevan sus cosas sobre el hombro izquierdo en un zurrón de hilo tejido.

Su gobierno se reduce a la autoridad puramente nominal de ciertos jefes, a los cuales no obedecen siempre. Unicamente los siguen cuando hay guerra y hay uno por aldea.

Nada sabemos del sistema de su religión primitiva. Unicamente podemos decir que aquéllos que se han convertido al cristianismo se muestran poco fervientes.

En resumen, los Mocetenes, con un tinte análogo y las mismas manchas sobre el cuerpo que los Yuracarés, se diferencian de éstos

por una nariz corta, un rostro más afeminado, una talla menos elevada y modales más dulces, caracteres que se encuentran en todas las naciones de que hablamos. Los Mocetenes no tienen de los pueblos de las regiones elevadas, más que el cuerpo algo rechoncho y las piernas cortas en proporción.

NACIÓN TACANA

Tacana es el nombre que da a esta nación, la lengua que habla. Por eso hemos creído más lógico conservarlo, en vez de ubicarla bajo el nombre de *Atenianos*, dado por los Españoles a los de la Misión de *Aten*, de *Isiamas* y de *Cavinas*, que sólo son denominaciones locales. Las tribus que todavía se mantienen en estado salvaje llevan el nombre de *Toromonas*.

Los Tacanas habitan el fondo de los barrancos de la orilla occidental del Río Béni, en medio de montañas boscosas y húmedas, que cubren las pendientes orientales de los Andes bolivianos, desde el grado 13 al 15 de latitud sur, y en longitud desde el 70 al 71, al oeste de París, sobre una ancha banda nor-noreste y sur-sureste, limitada al este por el río Béni y al oeste por los Andes orientales. Están divididos en numerosas tribus, unas salvajes y otras congregadas en Misiones; las primeras con el nombre de Toromonas, viven en aldeas, en medio de los bosques; las segundas, convertidas al cristianismo, constituyen las aldeas de *Aten*, *Cavinas*, *Tumupasa* e *Isiamas*. Son sus vecinos, del otro lado del Béni, al este-norte-este, los *Maropas* de Reyes; al sur, los *Mocetenes*; al norte, las naciones salvajes de los *Huacanahuas* y *Suriguas*; al oeste, los *Apolistas* y *Aymaraes*.

La nación está dividida de la siguiente manera:

Toconas de la Misión de Aten.		2.033
de la Misión de Isiamas		1.028
de la Misión de Cavinas		1.000
de la Misión de Tumupasa		1.170
de San José		73
	5.304 cristianos [19]	
Toromonas (salvajes)	1.000 [20]	
Total	6.304 almas.	

[19] Esas cifras son de un manuscrito de 1832 sobre la provincia de Caupolicán o Apolobamba y el resultado del censo realizado por los curas.

[20] Cifra aproximativa, admitida por los habitantes.

El color de los Tacanas, algo más pronunciado que el de los Mocetenes, lo es menos que el de los Apolistas y, con mayor razón, que el de los Aymaraes, que los consideran blancos cuando los comparan con sí mismos. Los Tacanas, lo mismo que los Mocetenes y los Yuracarés, están casi todos cubiertos de manchas claras sobre el cuerpo y el rostro.

La talla de los Tacanas los acerca a los Yuracarés o por lo menos iguala a la de los Mocetenes: algunos hombres llegan a 1 metro 70 centímetros (5 pies 2 ó 3 pulgadas); pero creemos que su talla media está por debajo de 1 metro 65 centímetros (5 pies 1 pulgada).

Sus formas se asemejan en un todo a las de los Mocetenes: su cuerpo es también robusto y bien formado; sus miembros son llenos y redondos; su modo de andar es ágil y gracioso.

Sus facciones, tanto de los hombres como de las mujeres, aunque reproducen en los detalles las de los Mocetenes, son menos delicadas y afeminadas: su nariz es corta y chata; su fisonomía regular, alegre, fina, sin ser muy agradable; sus ojos son mediocres, horizontales, vivos y expresivos; sus cabellos negros y largos.

La lengua tacana parece ser una de las más guturales y cerradas de América, si la juzgamos por lo que dice el autor de una memoria sobre la provincia de Apolobamba [21], que hablaba el aymará y consideraba más duro aún el tacana [22], pero como no hemos podido obtener un vocabulario, nos limitamos a informar lo que nos han dicho los mismos habitantes de la provincia de Apolobamba.

Los Tacanas poseen un carácter íntegro, irritable, lleno de altivez y sin mucha alegría. Se sometieron, sin embargo, con facilidad al cristianismo y sus hordas salvajes todavía, sólo esperan a los misioneros para constituirse en Misiones.

Los Tacanas salvajes viven en tribus, en el seno de bosques húmedos en las últimas montañas de la ladera oriental de los Andes; los que son Cristianos forman grandes aldeas situadas en los valles de las montañas boscosas. Han sido y son agricultores, cazadores y pescadores, pero siendo ricos por la fertilidad de su suelo, sólo cultivan lo necesario para alimentarse y tener algunos adornos. Cada hombre debe construirse la casa que habitará más tarde con su familia, y si no lo hace, se cubre de oprobio.

[21] En la página 14 del manuscrito se lee: *Su guturación es fuerte y golpeada.*

[22] El aymará que se habla en La Paz es posiblemente, por su guturación, una de las lenguas más duras del mundo.

La industria de esta nación es muy atrasada y está muy por debajo de las de las Misiones de Moxos. Las mujeres tejen muy groseramente el algodón y los hombres se hacen adornos tejidos de plumas, cuyos colores, de matices agradables, prueban que no les falta gusto. Su vestido, en el estado salvaje, se reduce a algunas tocas de plumas para el baile; van, por lo demás, completamente desnudos. Los Tacanas de las Misiones no se cubren la cabeza; llevan una camisa de lana de mangas cortas, que les desciende hasta las rodillas. Las mujeres son más rebuscadas en sus vestidos y sobre todo en sus adornos. Las jóvenes se rodean de brazaletes la muñeca y la parte superior del codo, repitiendo ese adorno en la parte inferior de la pierna y arriba de la rodilla. Llevan también la camisa sin mangas de las Misiones y se adornan el cuello con muchas chucherías y quincalla. Ambos sexos andan con los pies desnudos, lo mismo que los restantes Americanos.

Su gobierno consiste, en el estado salvaje, en el reconocimiento de los jefes de las pequeñas secciones que los conducen a la guerra o a expediciones lejanas, pero no constituyen un cuerpo nacional. Nada sabemos de su religión primitiva.

Los Tacanas no presentan, en resumen, ninguna característica fisiológica que los diferencie de los Mocetenes, nación a la que se asemejan más, y sólo se distinguen por una lengua muy dura y por ser más soberbios.

NACIÓN MAROPA

Consideramos, con el nombre de *Maropa*, una nación que, si bien forma parte de la provincia de Moxos, pertenece también a la rama Antisiana y se da a sí misma el nombre con el cual la designamos.

Los maropas ocupaban, antes de formar una Misión, el gran valle del Río Béni, al pie de las montañas boscosas y húmedas de los últimos contrafuertes de los Andes bolivianos. En el curso del siglo pasado, los Jesuítas los reunieron y formaron con ellos la Misión de Reyes, situada no lejos del Río Béni, sobre la orilla oriental, en el 13º 50' de latitud y 70º de longitud oeste de París. Vivían sobre el curso mismo del Béni, teniendo por vecinos al sur y al este, a los Tacanas; al este, a los Cayuvavas de Moxos; al norte, a tribus salvajes poco conocidas. En la Misión de Reyes su número alcanza a 900 [23], todos Cristianos.

[23] Según el censo de 1831, realizado mientras estábamos en Moxos.

Los Maropas que hemos visto tienen todos, con poca diferencia, el color de los Mocetenes; solamente son de un moreno más pronunciado, sin acercarse empero al tinte característico de Moxos. Su talla no es más alta que la de los Tacanas y no pasa, término medio, de 1 metro 65 centímetros (5 pies 1 pulgada). Sus formas son también las de los Tacanas y Mocetenes. Sus facciones, mucho más afeminadas que las de los Tacanas, lo son menos, empero, que la de los Mocetenes. Tienen como estos últimos, una cara redonda con una expresión notable de dulzura y un conjunto pasable.

La lengua maropa nos ha parecido muy dulce; por algunas palabras que hemos captado, podemos creer que se diferencia de la de los Mocetenes.

Los Maropas, por la dulzura y docilidad de su carácter, y por sus usos y costumbres, se asemejan a los Mocetenes. Creemos que si, bajo ciertos aspectos, han modificado sus usos, esas modificaciones no se deben más que al régimen de uniformidad establecido por los Jesuítas en las Misiones de Moxos, de las cuales dependen. La substitución por ellos de la navegación en almadías por la navegación en piraguas, así como lo poco que sacan de su pequeña industria, se debe, sin duda, al mismo principio. Su vestido también ha sido modificado: llevan la camisa sin mangas, pero tal camisa, mucho más corta que la de los Moxenos, es tejida en lana.

Nada sabemos del gobierno ni de la religión primitivos de esta nación, a la que todas sus características fisiológicas colocan cerca de los Mocetenes, y en consecuencia, en la rama Antisiana.

NACION APOLISTA

Los Españoles de los alrededores conocían a esta nación con el nombre de *Apolista*. No podemos precisar si son los Apolistas quienes han dado su nombre a la provincia de *Apolobamba* o es esta provincia que ha dado el suyo a la nación. Pero tal hecho tiene una importancia secundaria.

Ignoramos también dónde vivían los Apolistas antes de someterse al cristianismo. Sin embargo, creemos que no hicieron más que reunirse en un punto, sin abandonar los lugares que ocupaban en el estado salvaje. Todos son cristianos hoy en la villa de Apolobamba, antes Misión, situada en medio de un gran valle atravesado por el Río de Apolo, que corre entre montañas elevadas y va a

reunirse, no lejos de allí con el Río Béni, más o menos en el 15º de latitud sur y 71º de longitud oeste de París. Sus vecinos son, al sur, los Mocetenes; al norte, los Tacanas, y al oeste, los Aymaraes, y están separadas de estas naciones por altas montañas. Su número llega a 2.775 [24] en Apolobamba; es, por lo menos, la población de esa villa a la cual se mezclan contados blancos y algunos mestizos; y la de Santa Cruz puede calcularse en 841 almas, lo que da un total de 3.616.

El color de los Apolistas es más pronunciado que el de los Mocetenes y Yuracarés, acercándose al de los Aymaraes y Quichuas de los Andes: es cetrino o moreno pronunciado, mezclado de amarillo.

Su talla, de acuerdo con lo que hemos visto, y según la opinión de personas que han vivido mucho tiempo entre ellos, sería menor que la de las otras naciones antisianas; se elevaría poco por encima de 1 metro 62 centímetros (5 pies), lo que señalaría ya la influencia de las montañas como lugar de residencia.

Sus formas son las de los Mocetenes, con la diferencia de que su vigoroso tronco es más ancho y más largo que el de los Yuracarés; sus miembros son cortos, llenos y redondos.

Sus facciones son menos afeminadas que las de los Mocetenes; su color, así como sus formas, les señalan como transición hacia las naciones de las mesetas elevadas de los Andes. Sin embargo, la nariz de los Apolistas es también corta y chata; los detalles de sus facciones recuerdan a los Mocetenes. Su fisonomía es dulce, expresiva y llena de alegría.

Su lengua no es muy dura y, según los misioneros, se diferencia poco de la de los Mocetenes y Tacanas.

El carácter de los Apolistas no puede ser más dulce y dócil; aman el placer y son, sin embargo, sumisos y laboriosos. Todo

[24] Esta cifra se halla en una memoria manuscrita sobre la provincia de Apolobamba, redactada en 1832 por un habitante de Apolo.

Observación. — Nos parece probable que muchas otras naciones salvajes poco conocidas, que habitan los contrafuertes y el pie oriental de los Andes Peruanos, al norte de aquellas que acabamos de considerar, deben igualmente formar parte de esta rama, pero no hemos podido visitarlas y sólo han llegado sus nombres hasta nosotros. Son los *Huacanahuas*, los *Suriguas*, los *Machuis*, considerados pueblos guerreros; los *Ultume-Cuanas*, los *Chontaquiros*, y hasta los *Quixos* y los *Chayavitos* de regiones aún más septentrionales. Tal vez esta rama se extienda sobre la ladera oriental de los Andes, hasta el pie meridional de la meseta de Cundinamarca.

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

anuncia en ellos la existencia de disposiciones para una cviilización más adelantada.

Nada sabemos de sus costumbres primitivas. Hoy están reducidos por completo al régimen de las Misiones y se sienten atraídos por la agricultura, la caza y la pesca; las numerosas fiestas del cristianismo, les ofrecen frecuentes oportunidades para tener reuniones y alegres bailes, siempre estimulados por bebidas fermentadas, de las cuales abusan hasta perder la razón. Son industriosos y fabrican todo aquello que habitualmente hay en las Misiones. Llevan el vestido de los Indios actuales de los Andes, mezcla de vestido primitivo y de vestido español.

Nada sabemos de su gobierno ni de su sistema religioso primitivos; hoy son católicos hasta el fanatismo.

En resumen; por sus formas, su color pronunciado y su talla poco elevada, los Apolistas tienen mucho de semejante a las naciones de las mesetas de los Andes, pero, por sus rasgos afeminados, por su nariz corta y por su lengua poco dura, se parecen a las naciones de las montañas cálidas. Por lo tanto, sus características y el lugar que habitan señalan el paso entre los Antisianos y los Peruanos.